



JONAIRA CAMPAGNUOLO

Hijos del pecado

UN ROMANCE PROHIBIDO

HIJOS DEL PECADO

UN ROMANCE PROHIBIDO

Reedición de la novela “Bajo la sombra del cedro gigante”

Jonaira Campagnuolo

HIJOS DEL PECADO. UN ROMANCE PROHIBIDO

Reedición de la novela “Bajo la sombra del cedro gigante”, publicada en 2015.

Primera Edición Julio 2024

ISBN: 1981465499

© Edición y Diseño **Jonaira Campagnuolo**

© Portada **Jonaira Campagnuolo**

Imagen: Halayalex en www.freepik.es

© *Jonaira Campagnuolo, 2024. Todos los derechos reservados.*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1. La cruz que debo cargar.](#)
[Capítulo 2. La misteriosa herencia.](#)
[Capítulo 3. Un mundo fabricado con mentiras.](#)
[Capítulo 4. Abandonada.](#)
[Capítulo 5. Dispuesto a comerse al mundo.](#)
[Capítulo 6. El ogro de un cuento de hadas.](#)
[Capítulo 7. Un despertar diferente.](#)
[Capítulo 8. Una visita inesperada.](#)
[Capítulo 9. Un accidentado encuentro.](#)
[Capítulo 10. Sentimientos confusos.](#)
[Capítulo 11. El gran cedro.](#)
[Capítulo 12. Encuentros incómodos.](#)
[Capítulo 13. Una gran curiosidad.](#)
[Capítulo 14. Cara a cara con su pasado.](#)
[Capítulo 15. Míralo desde otra perspectiva.](#)
[Capítulo 16. Fanática de las rosas.](#)
[Capítulo 17. Desafiando al destino.](#)
[Capítulo 18. Una repentina propuesta.](#)
[Capítulo 19. Abriendo su corazón.](#)
[Capítulo 20. Una historia de amor truncada.](#)
[Capítulo 21. Tú no me conoces.](#)
[Capítulo 22. La excursión.](#)
[Capítulo 23. Un abrazo al enorme árbol.](#)
[Capítulo 24. Abridados por la sombra del cedro gigante.](#)
[Capítulo 25. Sucumbir al deseo.](#)
[Capítulo 26. Amarse a escondidas.](#)
[Capítulo 27. Peligros a la vista.](#)
[Capítulo 28. Fecha límite.](#)
[Capítulo 29. Una visita inesperada.](#)
[Capítulo 30. Súplicas de madre.](#)
[Capítulo 31. Una dura realidad.](#)
[Capítulo 32. Un grave error.](#)
[Capítulo 33. Confesiones para liberar el alma.](#)
[Capítulo 34. Juego sucio.](#)
[Capítulo 35. Una incómoda visita.](#)
[Capítulo 36. Exigencias.](#)
[Capítulo 37. No puedo ni quiero hacerlo.](#)
[Capítulo 38. Necesito verte.](#)
[Capítulo 39. Un ataque despiadado.](#)

[Capítulo 40. Salvadores repentinos.](#)

[Capítulo 41. Límites.](#)

[Capítulo 42. Amargas noticias.](#)

[Capítulo 43. Absurdas peticiones.](#)

[Capítulo 44. Enfrentando los problemas.](#)

[Capítulo 45. Planes.](#)

[Capítulo 46. Preocupaciones.](#)

[Capítulo 47. Aclaraciones.](#)

[Capítulo 48. Acorralados.](#)

[Capítulo 49. Ataque sorpresivo.](#)

[Capítulo 50. Súplicas.](#)

[Capítulo 51. Palabras que conmueven.](#)

[Capítulo 52. Un duro sacrificio.](#)

[Capítulo 53. Un nuevo y violento ataque.](#)

[Capítulo 54. Un oasis en medio del desierto.](#)

[Capítulo 55. Su juramento personal.](#)

[Capítulo 56. Rechazo.](#)

[Capítulo 57. Luchar por amor.](#)

[Capítulo 58. La llamada que temía recibir.](#)

[Capítulo 59. Decepción.](#)

[Capítulo 60. Un bálsamo reconfortante.](#)

[Capítulo 61. Dos arcoíris en el cielo.](#)

[Capítulo 62. Vientos de libertad.](#)

[¿Te gustó?](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Capítulo 1. La cruz que debo cargar.

—¡Señorita, está lista la cena!

Jimena Luna Ramos resopló al escuchar el llamado del ama de llaves.

Dejó caer el libro que leía sobre su pecho y deseó ser absorbida por el colchón de la cama donde se hallaba acostada.

Una misteriosa desaparición sería la excusa perfecta para no verse obligada a compartir otra asfixiante reunión familiar.

Sin embargo, en medio de un suspiro salió de la habitación con semblante sombrío, dispuesta a juntarse con sus familiares en el comedor.

Las «normas de la casa» no le permitían faltar a ese compromiso. Ni siquiera sus veintiún años de edad le concedían la potestad para revelarse contra esas costumbres.

Le aliviaba la idea de que pronto se iría esa casa. Se alejaría lo más que pudiera de la familia Luna para liberarse de esa pesada cruz. Aquel había sido el acuerdo que había llegado con su padre y estaba loca por que se cumpliera.

Mientras caminaba hacia el comedor pasó frente a la puerta entornada del dormitorio de su hermana mayor, Dayana Luna Sartori.

La joven, como siempre, se miraba en el espejo agregándose varias capas de rímel con el iPod instalado a unos parlantes portátiles y el manos libre de su teléfono móvil ajustado a las orejas.

De esa manera podía maquillarse, escuchar música y conversar al mismo tiempo, así su mente y oídos se desconectaban de la realidad viviendo sumergida en su propio mundo. Ajena a lo que sucedía a su alrededor.

Aunque entre Dayana y ella solo se interponían dos años vida, las diferencias se erguían como gruesas murallas que las separaban y hacían imposible la comunicación.

Dayana era alta, delgada y de cintura estrecha, características que la ayudaban a resaltar en su carrera como modelo. Gracias a su larga cabellera castaña, convertida en rubia con la ayuda de toneles de tintes, y su rostro angelical nunca pasaba desapercibida. Rasgos heredados de su difunta madre, Esperanza Sartori.

De su padre lo único que obtuvo fueron sus ojos color ámbar.

Jimena, en cambio, no era rubia ni deseaba serlo. Le encantaba su cabello lacio y negro como la noche (al igual que sus ojos). En sus ojos rasgados y pequeños y en su piel trigueña se revelaba el legado genético dejado por su también difunta madre, Adelaida Ramos, producto de su descendencia *Wayúu* (tribu indígena asentada entre los límites de Venezuela y Colombia, en la península de la Guajira).

«Eres igual a tu madre», expresaba constantemente su padre, aunque siempre utilizando un tono de reproche y mencionándolo cada vez que quería destacar los rasgos que la diferenciaban del resto de los integrantes de la familia Luna.

—¡El último es un huevo podrido!

La joven casi fue arrollada por la anatomía robusta de su hermano de ocho años, Alejandro Luna Ceballos, un chico alto para su edad, de rostro pecoso y cabellos tan rubios como el trigo, o quizás, como los de su madre, Tamara Ceballos, la espigada y elegante mujer que ahora caminaba detrás de él haciendo sonar en el parqué sus tacones.

—¡Qué indetenible es mi chiquito! —pronunció la mujer con orgullo y como para sí misma, mientras pasaba junto a Jimena (también atropellándola) para seguir a su hijo y evaluar que no hiciera una travesura antes de la comida.

Tamara era altiva y sofisticada, la finura empacada en un cuerpo delgado y curvilíneo, y adornado por un cabello suave y recortado a la altura de la mandíbula.

Sus movimientos eran sinuosos, como los de una serpiente, y su mirada arrogante. Siempre observaba a sus allegados con los ojos entornados y por encima de su hombro, a menos que se tratara de alguien superior a ella en rango social o económico. En ese caso mostraba una cara más bondadosa y humilde.

—Está despeinado. Tendré que apresurarme para arreglarle los cabellos antes de que lo vea Rodrigo.

La mujer parecía hablar sola, aunque en realidad, aquello lo hacía cuando sabía que alguien la escuchaba. Era su forma de entablar una conversación: sin establecer vínculos con su interlocutor para no ser interrumpida, solo escuchada.

Jimena atravesó el salón ignorando los esfuerzos de Tamara por detener los incesantes brincos de Alejandro y acomodarle los cabellos, pero no pudo evitar desviar su atención hacia el chico cuando percibió, por el rabillo del ojo, que su hermano subía al respaldo de un sofá.

El niño se paró muy firme sobre la cima y estiró los brazos en forma de cruz. Luego se lanzó sobre el mueble ubicado frente a él antes de que su madre intentara atraparlo en el aire.

A Jimena le fascinó el brillo de alegría y satisfacción que los ojos color ámbar de su hermano reflejaron mientras caía de panza sobre un sillón.

Una punzada de envidia le recorrió el pecho. Ansiaba experimentar una emoción tan placentera y viva como la que el chico había conocido durante su peripecia.

Que le hiciera estallar la adrenalina en sus venas y le arrancara una inmensa sonrisa de júbilo.

Al llegar al comedor, ocupó su lugar en la mesa. Su padre ya estaba sentado en la cabecera.

Él asumía una pose despreocupada en la silla, con su cuerpo alto y robusto enfundado en un traje hecho a la medida.

La cabeza la tenía tapada con un documento que leía, pero al sentir que alguien se ubicaba dos puestos más alejado de él bajó los papeles para dirigir una mirada hacia el recién llegado.

—Ah, eres tú —masculló con desagrado y se incorporó en la silla dejando el documento a un lado.

Sus ojos ambarinos, resaltados en una cara ancha de cejas pobladas, observaron la nada con actitud pensativa.

—Ya recibiste tú título universitario —habló Rodrigo Luna a su hija—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Jimena respiró hondo antes de hablar.

—Me ofrecieron unas suplencias en Valencia —comentó, haciendo mención a la oferta de trabajo que la principal universidad pública de esa región de Venezuela le había hecho llegar—. Marcos me ayudó a ubicar una residencia cerca de la universidad —explicó, nombrando a su mejor amigo, un chico con una mente privilegiada para los números y las estadísticas, quién había obtenido la mención honorífica *summa cum laude* en la promoción de economistas de la que ambos habían salido hacía apenas unas semanas.

—Bien —agregó Rodrigo sin verla, pero con una expresión de alivio en el rostro—. ¿Cuándo piensas marcharte?

—La próxima semana.

—Y las clases, ¿cuándo inician?

—A finales de septiembre.

Hubo un incómodo silencio entre ellos. Solo se escuchaban los murmullos provenientes del salón privado. Dayana parecía contarle a Tamara algo que le habían revelado en su conversación telefónica mientras Alejandro cantaba incoherencias en voz alta para molestar a su madre y a su hermana.

—Como aún faltan dos meses para que comiencen las clases, ¿podrías demorar la mudanza?

En esa ocasión Jimena alzó la cabeza hacia su padre y lo observó con el ceño apretado.

A pesar de vivir bajo el mismo techo desde que ella tenía doce años, nunca fueron cercanos. Le resultaba insólito que le pidiera más tiempo para estar en esa casa cuando el deseo de ambos era lo contrario.

—Necesito un... favor de tu parte. —Rodrigo mantuvo la misma postura, solo dirigió sus ojos claros hacia la chica. Jimena conservaba su expresión desconcertada—. Que viajes con nosotros a la Colonia Tovar el próximo lunes.

Ella arqueó las cejas. ¿Un viaje familiar? ¿Acaso su padre estaba al borde de la muerte?

—¿Yo? ¿Con ustedes? —balbuceó.

Durante los años de convivencia, jamás habían hecho juntos un viaje de placer.

—Sí, verás... —Rodrigo suspiró mientras se incorporaba en la silla—. Tu madre antes de morir te dejó una propiedad como herencia. —La joven amplió las órbitas de sus ojos—. No es gran cosa, pero ahora podría servirnos de algo. La idea es viajar a la Colonia Tovar para evaluar el estado de la propiedad y tomar allí una decisión, pero el dueño actual se niega a darme autoridad sobre esas tierras. Dice que solo te entregará a ti las llaves de la casa y el título de propiedad.

—¿A mí? ¿El dueño actual?

Jimena no podía salir de su asombro. Sin embargo, la conversación se vio truncada por la entrada del resto de la familia al comedor.

Alejandro corría sin parar alrededor de la mesa, gritaba tonadas que él solo comprendía. Tamara y Dayana no dejaban de comentar chismes ajenos mientras ocupaban sus asientos.

Rodrigo, con una renovada expresión de alivio, se incorporó y llamó al ama de llaves para que comenzara a servir la comida. Jimena estaba tan sumergida en sus recuerdos que no atendió la locura que se desató a su alrededor.

Su madre, Adelaida Ramos, había trabajado como camarera en un restaurante de Caracas que Rodrigo utilizaba para reunirse con sus clientes.

Allí se conocieron y vivieron un romance al margen del matrimonio que el hombre mantenía con Esperanza Sartori, la madre de Dayana. La aventura terminó al conocerse la existencia de un embarazo.

Rodrigo no quería que aquello afectara su matrimonio. Esperanza era la hija de un empresario de origen italiano que manejaba una fortalecida red de tiendas por departamento en todo el país y él era uno de sus administradores.

El flujo de dinero que aquella asociación le aportaba era demasiado rentable como para perderla por una aventura prohibida. Su intención había sido deshacerse de la niña antes de que naciera, pero Adelaida se negó y tuvo a Jimena lejos de los Luna.

No obstante, cuando Esperanza se enteró del asunto, obligó a su esposo a hacerse cargo de su hija y luchar por la custodia.

Adelaida Ramos era una mujer humilde que vivía arrimada en la casa de unos familiares en una barriada pobre de la capital y laboraba en dos empleos para hacerse cargo de las necesidades de su hija.

Una situación inconcebible para Esperanza Sartori: «una Luna no debía criarse en medio de la miseria».

No podía permitirlo, aunque sus verdaderas intenciones era castigar a la bruja que había hechizado a su marido y lo empujó al adulterio. Necesitaba quitarle lo que más quería en el mundo como venganza.

Si ella viviría con la cruz de ser una mujer engañada, Adelaida viviría con la cruz de estar

lejos de su única hija.

Rodrigo cumplió con su capricho para no afectar la relación y perder su posición con los Sartori, logrando obtener la custodia de Jimena cuando esta contaba con doce años de edad.

Al morir Esperanza, aquejada por un cáncer, seis años atrás (el mismo año en que Adelaida murió a causa de una infección pulmonar), al hombre no le quedó otra opción que seguir manteniendo a su hija.

Al menos, hasta que ella tuviese la posibilidad de hacerlo por su cuenta. Situación que había alcanzado cuando culminó sus estudios, consiguió trabajo y un lugar donde mudarse.

A pesar de sus ansias por librarse de esa carga, él no podía dejarla marchar. Jimena comenzaba a descubrir que el favor que su padre le había pedido de quedarse un poco más con ellos, tenía mucho que ver con esa desconocida herencia de la que venía a enterarse ahora.

Rodrigo no le permitiría irse sin que asegurara antes esa propiedad para su familia, como parte de pago por todo lo que habían invertido en ella.

Capítulo 2. La misteriosa herencia.

Rodrigo Luna estaba en la quiebra. Eso creía Jimena.

Su padre ya había dilapidado toda la herencia que Esperanza Sartori había dejado a su hija Dayana.

En una ocasión Jimena escuchó por accidente una conversación que su padre había mantenido con Douglas Herrera, su abogado.

—Tienes que inyectar una gran cantidad de capital a tus cuentas para salir del atolladero en el que te hayas inmerso. Si no lo haces, te comerán los intereses y te costará mucho más salir de ellos.

—¿Y de dónde voy a sacar ese dinero? Ya no tengo más propiedades qué vender.

—Haz una doble hipoteca de esta casa. Puedo conseguirte una reunión con el gerente del Banco Central, pero tienes que presentarle un buen proyecto de recuperación financiera para que te lo conceda mientras muevo para ti otros contactos en las grandes esferas bancarias.

Rodrigo gruñó inconforme.

—Asumir una nueva hipoteca para pagar la primera no me parece una buena solución. Tengo una última carta bajo la manga, pero necesito tiempo. La dificultad aquí radica en convencer a un cabeza dura de entregarme una propiedad que podría sacarme de este fango.

Jimena podía deducir que la propiedad a la que su padre se refería, era la misteriosa casa que su madre le había dejado en herencia en la Colonia Tovar, un asentamiento agrícola y turístico de raíces alemanas ubicado en las montañas más altas de la cordillera de la costa venezolana.

Lo que desconcertaba a la joven era esa posibilidad de que Adelaida le dejara algo en herencia, sobre todo, una vivienda.

En vida, Adelaida nunca fue una mujer con dinero. Después de que Rodrigo ganara su custodia, ella fue trasladada a la casa de los Luna y poco se comunicaba con su madre.

Por orden de un juez los encuentros se limitaban a los fines de semana, pero se alargaron a uno por mes cuando Adelaida se mudó a la Colonia Tovar para trabajar como empleada de limpieza en una finca de rosas.

Conversaban en ocasiones por vía telefónica, casi siempre de cosas que habían hecho durante el tiempo en que no se veían, pero su madre nunca le confesó que poseía propiedades en aquellas tierras.

Una sensación de reproche se instaló en su pecho. Creía que había sido cercana a su madre mientras esta estuvo con vida, pero al parecer, Adelaida fue tan extraña para ella como ahora lo era Rodrigo.

—Hay algo que debo informarles —anunció el hombre a su familia luego de la cena, cuando estaban reunidos en la sala tomando una bebida caliente—. El lunes viajaremos a la Colonia Tovar —declaró—. Iremos todos, ya que pienso hacer negocios con unos alemanes defensores de la unión familiar y para convencerlos deben verme con mi familia —comentó con sarcasmo—. Además, Jimena debe evaluar una propiedad que le dejó su madre en herencia.

Tamara y Dayana emitieron una exclamación ahogada después de las últimas palabras. Dayana observó a su hermana con escepticismo, pero Tamara parecía molesta.

Jimena bajó la mirada hacia su café, no por timidez, sino para esconder su irritación.

—¿Adelaida tenía propiedades? —inquirió Dayana sin poder ocultar su asombro.

Jimena, al alzar el rostro para verla, logró atisbar un brillo de burla reflejado en su mirada.

—Solo será por unos días —manifestó Rodrigo ignorando la pregunta de su hija mayor—. Conseguí reservaciones en una posada que tiene increíbles vistas a las montañas y paseos turísticos incluidos. Hasta disfrutaremos de una cena elegante con una de las familias más importantes de la zona, así que pueden tomarlo como unas vacaciones exclusivas.

—¡Vacaciones! ¡Qué bien! —vociferó Alejandro con la boca llena de comida y las manos alzadas.

Tamara lo retó para que mantuviera la compostura, aún demostrando su inquietud por el anuncio.

La mujer poseía una personalidad envidiosa que no podía disimular. Aunque se había propuesto ser una madre ejemplar para todos los hijos de su esposo, sin marcar diferencias, con Jimena tenía una relación tirante que no lograba armonizar de ninguna manera. Como si ambas estuvieran predestinadas a ser indiferentes una de la otra por naturaleza.

En su pasado, Tamara había sido una enfermera de clase media más cercana al nivel bajo que a cualquier otro. Vivía con una tía en la capital, lejos de su humilde familia asentada en el oriente del país, mientras trabajaba en la clínica donde Esperanza Sartori trataba su cáncer.

Ella ocultaba esos orígenes por vergüenza, por eso no congeniaba con Jimena, que en cierto modo tenía unos similares.

Al conocer a Rodrigo Luna, la mujer no dudó en mantener una aventura clandestina con él. Le fascinaba su porte elegante y su vida ostentosa.

Al quedar embarazada, el hombre pretendió alejarse de ella, pero su astucia fue más veloz y logró establecer acuerdos con él conformándose con las migajas que podía entregarle a cambio de no hacer pública la relación, ni al niño concebido entre ambos.

Así estuvieron por dos años hasta que Esperanza murió y ella se las ingenió para meterse poco a poco en aquella familia y ocupar un puesto predominante.

—Me parece una propuesta interesante, papá —comunicó Dayana mientras se ponía de pie—. Evaluaré mis posibilidades y te comunicaré mañana mi decisión —concluyó antes de darles

la espalda y marcharse sin despedirse.

La chica era totalmente independiente, pero consciente de que su mayor fuente de ingreso se la aportaba su padre. «Su decisión» ya estaba tomada, ella solo lo mencionaba para no perder ante otros esa imagen de «mujer libre y empoderada».

Si podía ayudar a que el hombre fortaleciera los negocios, lo haría con el mismo ánimo con que se reunía con sus amistades. No estaba dispuesta a perder su estilo de vida.

—Sabes que con nosotros cuentas para ese viaje —aseguró Tamara en referencia a ella y a su hijo, y continuó bebiendo su té con actitud soberbia.

—Yo en cambio, quisiera que conversáramos un poco más sobre ese tema —pidió Jimena, pero al ver que su padre la observó con una mezcla de incredulidad y disgusto agregó:— No puedo reclamar algo que desconozco. Al menos, entrégame la información completa sobre esa fulana herencia y explícame por qué ahora, seis años después de la muerte de mi madre, me informas que me dejó una propiedad.

Tamara y Alejandro pasearon su mirada asombrada entre Rodrigo y Jimena. No era habitual que la chica se impusiera y le exigiera a su padre explicaciones sobre algo.

Jimena, aunque estaba furiosa, se mantenía lo más imperturbable posible. Nunca tuvo afán por inmiscuirse en los asuntos de su propia familia y pretendía conservar esa costumbre hasta que pudiera marcharse muy lejos de ellos, pero esa situación la afectaba y modificaba sus planes.

Si se dejaría arrastrar por las condiciones de su padre, quería contar con todos los por qué.

—Lo haremos, cuando termine mi descanso —dictaminó el hombre con severidad y atendió el resto de su café, a pesar de que había decidido minutos antes no beber más. Solo quería ignorarla—. En mi despacho —concluyó para evitar la mirada aireada que la chica le dirigía.

Jimena respiró hondo antes de disculparse y retirarse a su habitación. No le permitirían más insolencias. Si decía o exigía algo más, la tratarían con tanta agresividad que hasta podían golpearla.

Había logrado evitar que su padre le diera un bofetón desde hacía varios años, al mantenerse al margen, pero aquella situación amenazaba con hacer volver las malas costumbres.

Una hora después tocó con suavidad la puerta del despacho de su padre.

—Adelante —respondió una voz disgustada al otro lado.

Jimena entró a una habitación amplia poblada de muebles de madera oscura, organizados sobre una alfombra de pelo corto en colores caobas.

—Soy toda oídos —declaró la chica mientras tomaba asiento en una de las sillas ubicadas frente al escritorio.

Rodrigo le lanzó una mirada evaluativa con el ceño fruncido.

—No hay mucho que saber. Tu madre dejó una propiedad que yo administré como

correspondía. Ahora necesitamos de ella, por eso debemos viajar.

—¿La administraste como correspondía? ¿Es propiedad dejaba algún tipo de ganancia? ¿Existe un testamento o algo por el estilo que pueda revisar?

Rodrigo suspiró exasperado y se recostó en el respaldo de su butaca.

—Lo hay, pero todo eso lo maneja Douglas. No necesitas revisar nada.

—¿No? ¿Con qué argumentos voy a reclamar ese terreno? —inquirió Jimena, y mantuvo la mirada fija en su padre.

—¡Con el único argumento de que eres la hija de Adelaida Ramos, la anterior dueña de esa propiedad! —señaló con irritación y bajó la vista hacia el manojito de documentos que estuvo leyendo antes de que ella llegara.

Jimena se mordió los labios y tamborileo con la punta de los dedos el brazo de la silla. Sabía que Rodrigo le negaría información. No estaba acostumbrado a dar explicaciones, menos a ella.

—Mi mamá no tenía dinero, lo sabes, y mi familia materna es tan pobre que trabajan bajo el sol durante el día para poder comer algo en la noche. Nada tienen más allá de la casa donde todos viven hacinados en la Guajira, lo único que quiero saber es de donde salió esa herencia.

—Adelaida tenía sus mañas para conseguir lo que quería —masculló el hombre, haciendo gala de un tono con doble sentido y sin alzar la vista.

—Papá, no te permitiré...

El reclamo que Jimena pretendía lanzar hacia Rodrigo por haber ofendido a su madre fue cortado por la mirada lacerante que este le dedicó.

—¡Tú no estás aquí para permitir nada! Que no se te olvide cómo ni por qué estás en esta casa —asestó el hombre con una expresión gélida en el rostro. Jimena quedó de piedra, con la rabia y la indignación represadas en sus pupilas—. Viajarás con nosotros a la Colonia Tovar el lunes, recuperarás los documentos de propiedad para entregármelos y luego puedes hacer con tu vida lo que quieras. ¿Entendido?

Ella se levantó de la silla sin dejar de observar con desafío a su padre y apretó la mandíbula para mantener bajo un férreo control sus emociones.

—Prescindiría de ti si fuera posible, sabes que no te soporto —continuó Rodrigo—, pero el hombre que cuida la casa no quiere tratar conmigo, así que no tengo otras opciones —reprochó antes de regresar su atención a los papeles que leía.

Jimena cerró los puños por unos segundos, ansiosa por gritarle muchas verdades a su padre en la cara, pero al ser consciente de que con eso no lograría nada, solo empeorar su situación, se esforzó por relajar la tensión de su cuerpo.

Dio media vuelta y salió del despacho, seguida por los ojos cautelosos del hombre.

Capítulo 3. Un mundo fabricado con mentiras.

—Espero disfrute de la fiesta, joven.

David León arrugó el entrecejo por un instante, pero enseguida le mostró una amplia sonrisa a Efraín, el chofer de su hermano Danilo, quien fue el encargado de recibirlo en el aeropuerto después de su largo viaje desde Europa.

—Gracias, amigo, eso tenlo por seguro —garantizó y estrechó la mano del moreno—. Deja mi equipaje en casa de mi hermano, él lo recibirá con gusto —ironizó y salió del auto en medio de las risas divertidas del chofer, quien sabía tanto como él, que Danilo recibiría sus pertenencias como si le estuvieran entregando las llantas inservibles de un auto.

Al quedar de espaldas al vehículo se le borró la sonrisa y observó con frialdad la enorme mansión, con helipuerto privado en la azotea, que se alzaba frente a él.

Se paró firme frente a unas escalinatas de granito que se extendían a través de unos jardines cuidados. Cerró los botones de la chaqueta de su traje, se ajustó la corbata y comenzó a adentrarse en ese mundo fabricado a base de mentiras, del que una vez había logrado escapar.

Un rígido mayordomo le dio entrada al hogar de los Acosta Castillo, una de las familias más adineradas de Venezuela.

Don Leonel Acosta era el dueño de un conglomerado de medios de comunicación conformado por periódicos impresos y digitales, portales web, revistas, estaciones de radio y editoriales.

Además, poseía acciones en el canal de televisión más importante del país y en ocasiones, participaba como productor de películas y documentales para el cine.

—Lo esperan en el área de la piscina, joven —notificó el mayordomo y le señaló el pasillo que atravesaba los extensos salones del hogar.

Caminó con premura, pero al llegar a unas puertas acristaladas que daban paso al exterior se detuvo y lanzó una mirada melancólica en dirección a las montañas siempre verdes que bordeaban el lugar, pertenecientes al estado Miranda. El fulgor de las estrellas y de la luna las cubría con su brillo.

Su memoria se sumergió por un instante en un pasado lejano y salvaje, que le había dejado experiencias intensas, pero también, heridas profundas.

Su imagen se reflejó en el vidrio, y al observarla, comprendió que ya no era el mismo.

Esa apariencia pulcra, de contextura atlética y enfundada en trajes confeccionados a la medida, piel bronceada, cabellos castaños bien cortados y mirada café e inexpresiva, le otorgaba la imagen ideal del sujeto prudente que pretendía ser.

Sin embargo, estaba distante del joven desgarbado, indetenible, divertido y ocurrente que

le sacaba canas verdes a sus padres en su época universitaria, se enamoraba de todas las mujeres que pasaban por su lado y vivía hambriento de aventuras, con millones de sueños por cumplir.

Aquel joven del pasado estuvo tan embriagado por la vida que nunca midió las consecuencias de sus actos. Hasta que la tragedia lo miró a los ojos y le mostró la cara oculta de la luna, extinguiendo sus ansias por ser diferente.

Su vista se alejó de las montañas al captar un movimiento en los jardines colindantes a la piscina.

Una joven sonriente y hermosa, ataviada con un corto vestido de coctel blanco y con una larga y rubia cabellera que se batía sobre su espalda, se acercó a él.

David desechó los recuerdos frustrantes y dibujó una sonrisa seductora en su rostro. Era momento de sacar al ruedo su personalidad oportunista, aquella que construyó en el exterior y fue forjada con cada una de las gotas de sangre que derramaron las heridas que le marcaron el alma.

Abrió las puertas corredizas y salió al jardín. Amanda Dietrich Castillo lo envolvió en un firme abrazo por el cuello y le estampó un beso en los labios.

—¡Por fin estás aquí! —expresó con alegría.

—¿Cómo negarme a una orden de Leonel Acosta? —exteriorizó él y besó el cuello de la mujer.

Amanda tomó el comentario como un gracioso sarcasmo y rió con sonoridad.

—Ven —lo aupó y desenvolvió su abrazo para tomarlo de la mano—, mi tío se pondrá feliz cuando te vea —expresó con un gesto coqueto y lo dirigió hacia uno de los extremos de la piscina, donde un grupo de hombres, vestidos de manera informal: con camisas tipo guayaberas y pantalones de lino, mantenían un animado debate sentados alrededor de un mesón.

Algunos fumaban puros y otros bebían licores de etiquetas exclusivas mientras criticaban las últimas medidas económicas anunciadas por el gobierno de turno.

—Mira quién está aquí —informó Amanda en dirección al hombre ubicado a la cabeza del grupo: un sujeto de unos sesenta años, de contextura bastante delgada, casi huesuda, cabellos castaños y rostro severo poblado de arrugas.

Después de lanzar una mirada evaluativa hacia David y repasarlo de pies a cabeza con sus ojos café, Leonel Acosta se levantó de su asiento con las cejas arqueadas. Sacó de su boca el tabaco que mordía y alzó el vaso de whisky como saludo.

—David León —enunció con una media sonrisa—. Qué bueno tenerte por estas tierras.

—Hablas con tanto gusto que me haces pensar que lo dices de corazón —formuló él socarrón. Leonel gruñó inconforme.

—Si te hice venir desde Londres es por un asunto de suma importancia.

—No pensé que algún día podría serte útil. Sin embargo, aquí me tienes, tío.

Amanda sonrió. Aunque la relación real entre los hombres era la de padrino y ahijado, las esperanzas se le renovaron al escuchar el calificativo que David había utilizado para dirigirse a Leonel Acosta.

Estaba ansiosa por entablar un noviazgo serio y estable con él, pero David le era muy escurridizo.

—Vayamos a mi despacho, no me gusta perder el tiempo —indicó Leonel y pasó por su lado con indiferencia en dirección a la mansión.

David se despidió de Amanda con un beso en los labios y, mientras le acariciaba la mandíbula, sus profundos ojos se clavaron en los de la mujer enviándole silenciosas promesas que la hicieron sonreír.

Leonel y David entraron a la vivienda y se sumergieron por iluminados pasillos adornados con elegancia hasta llegar al despacho, una habitación con amplios ventanales y paredes cubiertas por ladrillos grises, que le daban al ambiente un aire rustico.

—Toma asiento —pidió Leonel, y señaló la butaca dispuesta para la visita mientras él se ubicaba en la suya, tras el escritorio.

—¿Para qué me hiciste venir? ¿No tienes suficientes dianas en este lugar que puedan recibir tus flechas? —consultó David y se sentó con postura relajada en el asiento.

Observaba a Leonel con atención, sin poder evitar que la curiosidad lo invadiera. Había notado el estado deplorable en el que se hallaba el hombre, sabía que llevaba años enfermo, pero nunca imaginó que la complejidad de sus males fuera tan seria.

Su casi extrema delgadez no podía ser normal.

Al dirigirse al despacho Leonel fue atacado en dos oportunidades por una tos expectorante nada agradable, además, caminaba arqueado y con lentitud.

Las grandes ojeras, la mirada cansada y los hombros caídos evidenciaban lo mal que se hallaba. El aire arrogante e invencible que antes proyectaba, lo había perdido casi por completo.

Le hubiera gustado preguntarle por su salud, pero eso afectaría el semblante estoico que se esforzaba por mantener desde que había llegado a ese país, para dejar en claro que no se sentía a gusto.

Leonel apoyó el tabaco que mordía en un cenicero de cristal y el whisky sobre un posavasos, así pudo hurgar sin inconvenientes entre una pila de documentos que tenía junto al computador.

—Necesito que asumas uno de mis negocios.

David por un momento perdió la sonrisa, pero enseguida sacó al ruedo su careta de chico alegre y despreocupado.

Llevaba cuatro años sin tocar tierras venezolanas y pensó nunca más hacerlo. Imaginó que ese viaje, producto de una supuesta «situación personal», lo obligaría a estar allí por un período

corto, pero eso de: «necesito que asumas uno de mis negocios», implicaba un lapso de tiempo más extenso.

—¡Vaya! La situación debe estar bien difícil en este país para que tengas que hacerme venir desde Londres y hacer uso de mis facultades.

Leonel afincó una mirada retadora en el joven.

Aquellos pares de ojos, tan iguales, pero a la vez tan diferentes a los de David, se entrelazaron con los del chico permitiéndole a este apreciar un atisbo melancólico reflejado en las pupilas del empresario.

David apretó los puños por instinto, creyó confundir aquello con una súplica, pero Leonel enseguida desvió la mirada y le ocultó sus sentimientos.

—Quiero expandir mis empresas agrícolas para hacerlas tan sólidas como los medios de comunicación que manejo —explicó, al tiempo que dejaba frente a David y sobre el escritorio la carpeta. Él no se movió para tomarla, mantenía su atención fija en el hombre—. Y ya que tienes algo de experiencia en ese asunto, me gustaría que asumieras el reto.

David respondió a esas palabras con una leve risa irónica. Leonel, antes de recibir un sarcasmo más del joven, tuvo que completar su alocución con una clara advertencia:

—Han pasado cuatro años, es hora de que te enfrentes a tus problemas y me retribuyas la ayuda que te he brindado.

David se mostró sorprendido.

—¿Esa ayuda no era desinteresada? —inquirió mordaz, a pesar de haber experimentado un oleaje de frustración y rabia en su organismo.

—Nada en este mundo carece de interés.

—Recuerdo que en aquella oportunidad hiciste mención a la gran amistad que habías tenido con mi padre y al amor incalculable que aún sientes por...

—¡Ya basta! —lo calló con severidad—. No se te ocurra ofenderme, David, mucho menos a tu madre, porque te juro que la pagarás —advirtió y lo señaló a la cara con un dedo.

David arqueó las cejas sin perder sus facciones divertidas y se inclinó para tomar la carpeta que le había entregado.

—¿Esperas que sea tan leal como lo fuiste con mi padre?

Leonel resopló con cansancio.

—Espero que por una vez seas inteligente, aproveches las oportunidades que te entrego y no sigas metiendo el dedo en la llaga, o me olvidaré de las promesas que un día hice.

—Eso sí me da miedo —se burló mientras revisaba los documentos que se hallaban dentro de la carpeta—. Pero tranquilo, juré mantener la boca cerrada y yo sí puedo ser consecuente con mis promesas.

Las últimas palabras David las expresó con indiferencia. No obstante, el rostro se le

transformó a medida que leía los papeles guardados en la carpeta.

Leonel se mantenía imperturbable, lo observaba con atención. Era consciente de lo mucho que le afectaba al joven la noticia que acababa de entregarle.

—¿La Colonia Tovar?! ¿Qué demonios pretendes?! —gruñó David exasperado y clavó una mirada furiosa en su padrino.

—Ya te dije, necesito que asumas...

—¿Es un chiste?! —inquirió y se levantó de la silla con el cuerpo rígido.

—No lo es —aseguró Leonel con firmeza—. Me cedieron unas tierras en la zona a cambio del pago de una deuda y sabes lo delicada que está actualmente la situación en el país con respecto a los espacios improductivos. Si no pongo esas tierras a trabajar me las expropia el gobierno, o las invaden. Quiero que te encargues de activarlas cuanto antes.

—¿En la Colonia Tovar?! ¿No podía ser otro sitio que ese maldito lugar! —vociferó David. La ira le corría con celeridad por las venas.

Leonel suspiró con agobio.

—No puedes esconderte toda la vida. ¿Siempre vas a huir de las tragedias del pasado?

El joven apretó con fiereza la mandíbula. Sus ojos café estaban encendidos por la rabia.

Capítulo 4. Abandonada.

A Leonel le dolía más que a él aquella situación, pero no podía evitarlo. Debía obligar a David a enfrentar sus propios miedos.

—Dispuse una casa para ti en el pueblo, así podrás llevar a cabo y con comodidad el trabajo en las tierras —explicó Leonel. Se esforzaba por mostrarse neutral ante la cólera reprimida que manifestaba el chico—. La empresa de Armando Pocaterra será la encargada de construir lo que te parezca más factible en la zona y cosechará lo que decidas. En la carpeta hallarás los rubros que los analistas han determinado prudente para la siembra, asegurando la producción y la exportación de los mismos —señaló y tomó de nuevo el vaso de whisky para dar un trago largo a la bebida—. Armando tiene la orden de hacer lo que le indiques —completó, antes de ser atacado por la tos.

—Tengo responsabilidades en Londres —reclamó David, petrificado por la irritación.

Miraba con rabia como el hombre se esforzaba por recuperar la compostura.

—Me encargaré de eso.

A Leonel Acosta no le gustaba aceptar un «no» por respuesta, pero además, se encontraba en un momento de su vida en que no podía recibirlos.

Necesitaba a David en Venezuela y si para eso debía valerse de los medios más cínicos, lo haría. No tenía otras opciones.

—Sé que podrás manejarlo, solo confío en ti para este asunto —agregó, notando que sus palabras no eran suficientes para convencer al joven, así que decidió ser más duro—. Cerraré la empresa en Londres si te niegas —dictaminó para dar mayor énfasis a sus palabras y simuló desinterés mientras tomaba su tabaco—, más de doscientas personas perderán su empleo si decides no asumir la responsabilidad que acabo de entregarte —concluyó con frialdad, estremeciendo a David.

Al chico le pareció que, a pesar del estado deplorable del empresario, su personalidad orgullosa y soberbia sobrevivía entre las cenizas.

Él sabía que Leonel no amenazaba en vano, era un hombre con poder, recursos y nada de corazón. Si algo quería haría hasta lo imposible por obtenerlo. Así eso incluyera pasar por encima de otros y destruirles la vida.

Cerró los puños por unos segundos antes de dibujar una sonrisa insolente en su rostro.

—Después no digas que mi insoportable presencia te molesta —advirtió y se giró sobre sus talones para dirigirse hacia la puerta con la carpeta aferrada a una de sus manos. Pero antes de salir se detuvo y observó a Leonel por sobre su hombro—. Ah, y no esperes a tu sobrina ni siquiera para desayunar mañana —le aseguró y se fue sin despedirse.

Caminó erguido por los elegantes pasillos, con el cuerpo tan tenso como las cuerdas de una guitarra, mientras sentía que el mundo se caía a pedazos a su alrededor. Por segunda vez.

En esa ocasión no miró los despojos, se mantenía impasible ante la destrucción.

—Hay mucho silencio, no me gusta —lloriqueó Alejandro con su rostro pecoso adherido al cristal de la ventanilla del auto.

Observaba acongojado las interminables montañas por las que transitaban, como si fuera llevado a su habitación como castigo y no de vacaciones a través de un paraje turístico que albergaba más de cien años de historia, y contenía exuberantes bellezas naturales.

—Falta poco para llegar. ¿Cierto, Rodrigo? —expresó Tamara desde el asiento del copiloto mientras hojeaba una revista de moda.

Buscaba algo que la ayudara a mantener a raya su ansiedad.

—Estamos cerca —anunció el aludido, quien dividía su atención entre la serpenteante carretera y el mapa que tenía sobre su regazo—, este paseo será muy divertido.

Un bufido sonoro se hizo eco en el asiento trasero, emitido por el niño.

Dayana tecleaba sin parar en su teléfono móvil, sentada en el puesto del medio, e indiferente a la conversación. Se quejaba a cada rato por la poca cobertura que había en el lugar.

Jimena era la única que parecía disfrutar del paisaje.

A pesar de tener que transitar por un vía abrupta, llena de curvas cerradas y pavimento cuarteado en algunas zonas, desde la ventanilla admiraba con una diminuta sonrisa las enormes formaciones rocosas pertenecientes al Monumento Natural Pico Codazzi, de laderas desiguales y cubiertas por bosques nublados de pastos verdes.

Mientras viajaban, pensaba en la información que su padre de mala gana le había hecho llegar con su abogado sobre la propiedad.

El terreno que supuestamente recibió en herencia, era un espacio ubicado en una pendiente poco pronunciada que poseía una casa junto a una pequeña granja de flores. Cosecha que al parecer, no había sido bien atendida.

No comprendía cuál era la intención de Rodrigo: vender o explotar el feudo emplazado cerca de un poblado turístico muy concurrido en épocas vacacionales.

Su obligación consistía en reunirse con la persona que se hacía cargo de la propiedad y convencerla de entregarle lo más pronto posible toda la documentación, así como las llaves de la casa.

Rodrigo pretendía establecer en esa misma ocasión, con la familia de alemanes que visitaría, el negocio que incluiría a ese terreno.

Necesitaba dinero rápido. No podía perder más tiempo.

Llevaban casi dos horas de viaje y comenzaba a sentirse con más intensidad la tensión

dentro del auto.

Alejandro y Tamara no podían controlar su inquietud, lo único que veían era más y más montañas; Dayana estaba molesta por la falta de comunicación, no le gustaba estar desconectada de su mundo por mucho tiempo; y Rodrigo, cuando pasaba más tiempo del prudente rodeado de familia, se le hacían visibles las venas en el cuello, los ojos se le dilataban y los movimientos se le volvían torpes y nerviosos.

Al llegar a una bifurcación, el hombre detuvo el vehículo al costado del camino.

Casas de arquitectura colonial alemana tipo chalets, de techos rojos y paredes blancas con tramado negro, se diseminaban por la extensión de la montaña, separadas entre sí por amplios espacios verdes. Algunos aprovechados para el cultivo de hortalizas, frutas o flores.

—Jimena, bájate del auto.

La chica arrugó el ceño ante la orden de su padre, pero obedeció en silencio. Al salir, la brisa helada del final de la tarde la obligó a entrar de nuevo en busca de su abrigo.

—¿Qué sucede? —preguntó algo aturdida al reunirse con su padre en el maletero.

Se frotaba las manos para darse calor mientras Rodrigo sacaba con premura el equipaje de la chica.

—Irás tú sola a la propiedad de tu madre —expuso Rodrigo con los hombros encogidos por el frío.

—¿Qué?! —acusó la joven con cierta preocupación.

—Allí viven miembros de tu familia materna, estarás bien —aseguró sin mirarla a los ojos.

Dejó la maleta sobre el bordillo de tierra y cerró de un golpe la cajuela para luego encaminarse con rapidez hacia el cálido interior del vehículo.

—¿Mi familia?! —acentuó ella con enfado mientras lo seguía—. ¿De qué hablas?! ¡No los conozco! ¡Nunca en mi vida he estado en este lugar! —expresó y dio una ojeada angustiada a los alrededores.

La carretera estaba desolada, solo se oía el silbido de la brisa que empujaba a la neblina en dirección a los valles.

—No son gente peligrosa y están ansiosos por conocerte —confesó Rodrigo al ocupar de nuevo el asiento del piloto—. Convéncelos de que te entreguen hoy mismo los documentos y las llaves de la casa. Nosotros iremos a un hotel. Es más cómodo para todos.

—¿Para todos?! —inquirió la chica con irritación.

Odiaba que su padre no ocultara el desapego que sentía por ella. Simplemente era la hija del medio, producto de una relación prohibida. Un saco que aumentaba la carga del burro, pero que hasta ahora no había sido útil.

Y aún no lo era. No hasta determinar si la heredad que recibiría podía servir para rescatar la economía de la familia Luna.

Si por el contrario resultaba una piedra en el zapato, de molestar a alguien, lo mejor era que lo hiciera solo con Jimena.

—No tengo tiempo para conversaciones, pronto el sol se ocultará. Hay mucha delincuencia desatada en el país y estas montañas no son una excepción. Debo llevar a Tamara y a los chicos al hotel.

La joven amplió las órbitas de sus ojos. Rodrigo se preocupaba por la seguridad de su esposa y de sus otros dos hijos, pero a ella la dejaba en medio de una soledad desconocida.

—Según el mapa, esta calle es ciega —siguió él y señaló uno de los caminos que se internaba en la montaña—. Al final está ubicada la casa de tu madre. No te perderás. Luego te llamo —concluyó y cerró con un portazo para enseguida encender el motor del auto.

Jimena lo observó paralizada, con los ojos tan brillantes como piedras preciosas. Se aferraba a las últimas esperanzas que aún mantenía en su pecho. Se negaba a creer que su padre la abandonaría a su suerte en aquel lugar.

Sin embargo, al ver que el vehículo se ponía en marcha y se alejaba con rapidez de su lado, dejando una estela de polvo, no solo las esperanzas se le esfumaron.

Todo tipo de cariño, respeto y apego que podía haber sentido por aquella gente fueron aspirados por un hoyo negro que se instaló en su corazón.

Un minuto después, al darse cuenta de que se había quedado sola, realizó un doloroso suspiro y apretó los puños antes de ir en busca de su maleta. El aire helado transformó su aliento en un vaho gélido.

Comenzó a andar en dirección al hogar, decepcionada, frustrada y enfadada. Estaba harta de ser siempre un punto muerto en la familia, un error de cálculo, una responsabilidad que ya era hora de quitarse de encima.

Debió imaginar que algo así ocurriría el día en que salió del auditorio de la universidad después de haber obtenido su título como Licenciada en Economía, y recibir una palmada en el hombro por parte de su padre: «ya cumplí con mi compromiso», fueron sus felicitaciones.

Sin haberlo supuesto, ese viaje significó lo último que compartiría con esa familia. Ahora quedaba oficialmente sola, pero antes de cortar el vínculo debía cerrar las deudas que aún tenía con ellos, haciéndoles entrega de la propiedad de su madre.

Caminó con desánimo por el bordillo de la vía, cabizbaja, en dirección a un destino incierto. El único puerto que divisaba en aquel horizonte salvaje.

Capítulo 5. Dispuesto a comerse al mundo.

David salió de la habitación mientras subía la cremallera de su pantalón. Iba descalzo y sin camisa.

Se dirigió a la cocina, al tiempo que intentaba poner en orden sus cabellos con los dedos de las manos. A puerta contigua a su dormitorio se abrió saliendo de allí un hombre.

—¡Trae hielo! —pidió una voz femenina desde el interior.

—Sí, mi vida. Descansa, ya vuelvo —aseguró el sujeto que vestía solo unos pantalones cortos.

Su respuesta arrancó una sonrisa burlona en David.

—Que complaciente eres —se mofó al tenerlo a su lado.

—Maldita sea —se quejó Gonzalo Pocaterra, un joven rubio, de cuerpo fibroso y mirada burlona—. Si no fuera porque esa mujer es una fiera en la cama, la mandaría hoy mismo al carajo.

David rió mientras entraban en la cocina del elegante y amplio apartamento que Amanda ocupaba con Sabrina Landaeta, su mejor amiga y socia, ubicado en una de las zonas más opulentas de Caracas.

Se sirvió un poco de agua y se sentó en una banqueta que halló junto a una encimera. Miraba como su amigo, el flamante novio de Sabrina, tomaba una cubitera y la llenaba con hielo.

—¿Cuándo vas a formalizar la relación? —le preguntó con una sonrisa pícar—. Llevan mucho tiempo juntos.

—¿Estás loco? Yo no me caso ni dejándola embarazada —rezongó Gonzalo sin dejar de atender su tarea.

—¿Ni siquiera si ella te lo pide de rodillas y con lágrimas en los ojos? —consultó divertido.

—Ni así. La libertad es mi marca distintiva.

David bebió un trago de agua para sofocar la risa, sabía que a su amigo no le gustaba que se burlaran de él, mucho menos en referencia a la relación de más de cinco años que mantenía con Sabrina.

Gonzalo no se cansaba de repetir que lo único que sentía por ella era una simple atracción física, que la mujer no le importaba de otra manera, pero era incapaz de abandonarla.

—¿Vas a asumir el trabajo que te indicó Leonel Acosta? —inquirió Gonzalo. La pregunta le borró a David la sonrisa del rostro—. Mi papá ya tiene los permisos para comenzar los estudios de las tierras —señaló, haciendo mención a su padre, Armando Pocaterra, el hombre elegido por Leonel para llevar a cabo el proyecto agrícola.

—Esa es una buena noticia —refutó el aludido, y asumió una postura despreocupada. Regresar a la Colonia Tovar despertaba en él muchos sin sabores—. Quiero iniciar cuanto antes el trabajo para terminarlo pronto y volver a Londres.

Gonzalo bufó.

—¿Irte? ¿Crees que te dejarán?

David apretó la mandíbula, sabía que al final tendría un montón de problemas para regresar. Su madre y Amanda insistirían en que se quedara.

No obstante, el conflicto que tendría con ellas era lo que menos le preocupaba, su inquietud se centrada en pisar de nuevo las tierras del municipio Tovar, donde se hallaba asentado el pueblo de la Colonia.

Allí su vida había dado un vuelco total cuatro años atrás, cuando fue testigo de la desesperación y del miedo. En esas montañas lo perdió todo, incluyendo sus sueños y anhelos.

Por más que se esforzaba no comprendía por qué Leonel Acosta lo había hecho venir desde Londres para estar a la cabeza de esa tarea, y en esa región en especial, aún sabiendo el dolor que aquello le producía.

El hombre tenía a mucha gente en el país que podía ocuparse de esa labor, como su hermano Danilo por ejemplo, quien no perdía oportunidad para limpiar el suelo que el empresario pisaba.

—Mañana mismo viajaré a la Colonia —masculló con la mirada perdida. Si debía enfrentarse a los fantasmas del pasado, lo haría lo más pronto posible.

—¿No pasarás unos días aquí en la capital? ¿Con tu familia? —ironizó su amigo—. No se ven desde hace un año, cuando fueron a visitarte a Londres.

—No estoy de ánimo para discutir con mi madre, ni para soportar los reproches de mi hermano —confesó David con seriedad. Dejó el vaso en el mesón y se levantó de la banqueta.

—¿Sabías que mi papá me asignó como representante de la empresa para ayudarte con el trabajo? —se apresuró a decir Gonzalo—. Tendrás que soportarme por un tiempo —completó con una expresión divertida.

David mostró una media sonrisa.

—¿Irás conmigo? ¿Para qué? ¿Para correr a la capital ante la primera llamada de Sabrina?

—¡No digas idioteces! —reclamó el hombre con enfado y buscó un par de botellas de Redbull almacenadas en el interior del refrigerador—. Necesito un descanso y nuevos cuerpos qué disfrutar. Estoy harto —expresó y pasó junto a su amigo en dirección a la habitación de su novia con las bebidas revitalizantes y el hielo, que los pondrían de nuevo a punto para disfrutar del resto del día.

David sonrió por la escena, pero prefirió no hacer comentarios. Su amigo siempre hacía lo mismo.

El tiempo que estuvo en Europa recibió la visita de Gonzalo en tres ocasiones, con la intención de quedarse con él por una temporada indefinida, pero nunca pasaba más de un mes.

Enseguida hacía sus maletas y tomaba el primer vuelo hacia Venezuela cuando Sabrina lo llamaba, y lo amenazaba con conseguirse a otra pareja si no regresaba pronto.

Se adentró en la habitación sin comprender la actitud de su amigo. Ya quisiera él tener un puerto al qué llegar, alguien que lo quisiera por lo que era y no por cómo se veía o por la cantidad de dinero que tenía en sus tarjetas de crédito. Que no esperara más de lo que podía dar y no le exigiera amparándose en sus deudas.

Observó a la exuberante rubia acostada boca abajo en medio de la cama. Amanda levantó la cabeza de la almohada y sonrió con pereza, para finalmente llamarlo con un dedo dispuesta a reiniciar la acción.

David obedeció y se acercó a ella con una actitud dominante mientras repasaba con mirada hambrienta el cuerpo inmaculado de la mujer.

Se movía en un mundo en el que debía dejar en claro su poderío para sobrevivir. Al más mínimo signo de debilidad, sería aplastado como a una cucaracha.

De nuevo se olvidó de sus anhelos y se concentró en dar lo mejor de sí.

Si David León regresaba, sería para comerse al mundo, no para permitir que el mundo volviera a devorárselo a él.

Capítulo 6. El ogro de un cuento de hadas.

El enfado hacía que Jimena se moviera por instinto. Atravesó a pie la larga calle asfaltada mientras el sol se ocultaba tras las montañas.

Al divisar en la lejanía el hogar construido íntegramente de ladrillos rojos, con techo de tejas oscuras y bordeado por un hermoso jardín cubierto de follajes y rosas, las emociones parecieron calmarse en su interior.

Una incipiente curiosidad la motivó a acercarse y empuñar con una de sus manos el enrejado negro que protegía la construcción.

Sus ojos admiraron la vivienda cimentada sobre una pequeña colina. Todo a su alrededor era verde y natural, y el hogar tan rojo, que daba la impresión de ser un gran rubí asentado entre esmeraldas.

Debía confesar que era más hermosa de lo reflejado en las fotografías de baja resolución que su padre le había facilitado. Y no estaba para nada destruida ni abandonada, como él le aseguró.

Se acercó a la puerta de hierro que daba entrada a la casa, ubicada bajo un marco de ladrillos con forma de arco. Tocó el timbre y esperó a que alguien saliera.

A los pocos minutos una mujer robusta, de unos sesenta años, con el cabello canoso semioculto bajo una pañoleta azul y ataviada con un vestido floreado hasta las rodillas y con un delantal manchado, se aproximó.

Cuando la mujer estuvo cerca, las facciones del rostro se le ampliaron.

La miró con sorpresa mientras se llevaba las manos cerradas en un puño hacia el pecho.

—¡Sagrado Corazón de Jesús!

Su exclamación preocupó a Jimena.

—Buenas tardes, soy...

—¡Jimena Luna Ramos! —completó la mujer y dibujó una gran sonrisa en su rostro—. ¡Niña, eres igual a tu madre!

El comentario estremeció a Jimena.

La mujer corrió hacia la reja, sacó con rapidez un manojito de llaves del bolsillo de su delantal y al abrir, se volcó sobre la chica para darle un gran abrazo.

Jimena quedó por un instante aturdida por la muestra de cariño, pero la calidez del gesto y el aroma a especias que su anfitriona llevaba encima la hizo sonreír.

Entre los pocos recuerdos que tenía de su madre se encontraba su olor. Adelaida siempre estaba rodeada por los aromas de la comida, de los aliños listos para agregar a la sopa o a las salsas, y del café recién colado.

Esa mujer olía igual, era alguien dedicado a la cocina en cuerpo y alma. Una vez escuchó que quienes se ocupaban en elaborar con dedicación los alimentos que satisfacían al estómago, no podían ser malas personas. Por eso pudo sentirse a gusto entre los brazos de esa desconocida.

—¡Qué felicidad! Don Tomás va a dar saltos de alegría cuando sepa que ya estás aquí —dijo y sin consultarlo, le arrancó de la mano la maleta y la empujó hacia el interior de la casa.

Tras ellas, la neblina comenzaba a invadir cada rincón de aquellas interminables montañas, así como la oscuridad.

Jimena suspiró de satisfacción al entrar a la vivienda. Una agradable calidez la envolvió.

Las paredes seguían mostrando el brillo de los ladrillos rojos y los muebles eran todos de madera oscura.

Las cortinas opacaban la intensidad de la luz natural y la cantidad de ornamentos, cuadros, jarrones con flores naturales y candelabros que ataviaban cada rincón, aunque podían resultar excesivos, le otorgaban al hogar un ambiente familiar.

—Bienvenida a tu casa, mi niña —expresó la mujer—. Avisaré a mi marido que llegaste, espérame aquí unos segundos —indicó y dejó a Jimena parada junto a su maleta para subir con rapidez los dos escalones de un entarimado situado al fondo, en el que estaba asentado el comedor, y desaparecer por una puerta lateral.

La chica volvió a aspirar cuando estuvo sola, e intentó detallar los adornos de las paredes.

Podía divisar fachadas de casas fabricadas en arcilla, platos de cerámica con dibujos de parejas engalanadas con los trajes típicos de la cultura colonial alemana, oleos pintados en colores vivos y decenas de figuritas en madera, entre muchas otras cosas.

Se acercó a un grupo de fotografías en busca de alguna cara conocida, no obstante, el ruido de algo que se quebraba, producido en una habitación contigua, la sobresaltó.

A un costado de la sala, entre el entarimado y los ventanales, se hallaba una puerta con forma de arco.

—¡MALENA!

Un atronador rugido se generó tras ella. La poderosa voz retumbó en la sala e hizo vibrar cada uno de los objetos.

Jimena quedó de piedra y con los ojos abiertos en su máxima expresión mientras veía salir a un hombre alto, de contextura musculosa, piel curtida por el sol y con los ojos tan verdes como los jardines que bordeaban la casa.

Los fuertes brazos cubiertos de vello se notaban tensos. El sujeto llevaba puesta una camisa blanca arremangada en los codos y unos pantalones negros empapados con algún líquido.

Su rostro de facciones furiosas enseguida se estiró al verla. La sorpresa, matizada con algo de temor, hizo gala en su cara ancha enmarcada por una mata de cabello castaño y desordenado.

Parecía que el hombre regresaba de una afanosa pelea consigo mismo.

—¡Pero, ¿qué demonios...?!

La expresión impactada del sujeto se vio interrumpida por la entrada apresurada de la mujer que había recibido a la chica.

—¡Don Tomás! ¡¿Qué sucedió?!

El hombre permanecía inmóvil, con sus ojos aterrorizados fijos en Jimena. Ella lo observaba de la misma forma, sin poder siquiera respirar.

Malena se acercó a él y con su delantal tuvo la intención de limpiar la ropa empapada, pero enseguida Don Tomás la fulminó con una mirada llena de advertencias que hizo que la mujer olvidara su gesto y enderezara los hombros para hacerle frente.

—Es la niña Jimena —explicó con tanta serenidad que Jimena sintió admiración por ella.

Aquella dama menuda se enfrentaba con valentía a un sujeto que parecía el ogro de un cuento de hadas.

El hombre se relajó mientras evaluaba de nuevo a la recién llegada.

—¿Le ofreció algo? —se quejó hacia Malena.

—Fui a buscar a Goyo para que acompañara a la niña mientras le preparo café, pero no lo conseguí en la cocina y usted me llamó de forma repentina.

Tomás pareció dudar. Jimena rumiaba en su mente alguna excusa para marcharse a otro lugar. No quería tener problemas con nadie, mucho menos, con un sujeto tan bárbaro como aquel.

—Haga lo que tenga que hacer, yo me quedo con ella. —Malena amplió los ojos y lo observó dubitativa. Tomás estaba tan distraído mirando con curiosidad a Jimena que no reparó en la reacción de la mujer, hasta que lanzó una ojeada hacia ella—. ¡¿Qué hace aquí?! —la reprendió con severidad, lo que originó que ambas mujeres dieran un respingo.

La dama se irguió enfurecida y achicó los ojos hacia el hombre, pero no hizo ningún comentario. Se retiró con movimientos toscos por la misma puerta por la que había aparecido minutos antes.

Al quedar de nuevo sola con aquel sujeto, Jimena se angustió. Sin embargo, al ver que él sacaba y metía con nerviosismo las manos en los bolsillos húmedos de su pantalón, suavizó la postura y entrelazó las manos en la espalda para de esa manera ayudarlo a serenarse.

—Siéntate —expresó Tomás de forma brusca y señaló uno de los sillones. Jimena lo miró con cierta sorpresa, pero él enseguida agregó en voz baja:— Por favor.

Ella obedeció en silencio. Sentía curiosidad por ese sujeto irritable que se comportaba como un cervatillo asustado.

Al ocupar un puesto en un sofá de tres asientos notó que el hombre buscaba algo en los alrededores con el ceño fruncido.

—¿Y tu padre? —preguntó con voz rencorosa.

—Decidió quedarse en el pueblo, en un hotel —informó ella con total formalismo. Evitaba mostrar su turbación.

—Maldito hijo de...

Tomás enseguida se calló al ver el rostro impresionado de la chica y farfulló un montón de maldiciones en voz casi imperceptible mientras se acercaba a una silla ubicada lo más alejado posible de la joven.

El mueble era una banqueta de madera con asiento de cuero, tan pequeño y delgado que Jimena dudaba que aguantara por mucho tiempo el peso del hombre.

Él se sentó con rigidez y apoyó las palmas de las manos en los muslos.

—Soy Tomás Reyes, y fui... amigo de tu madre —aclaró con una forzada serenidad.

Jimena lo observó con detalle. Aprovechó que él mantenía la mirada en cualquier otra parte menos en ella para evaluarlo.

Tomás Reyes era un hombre grande e intimidante, pero atractivo, y de cierta manera, tierno. Por poco debía superar los cuarenta años.

—Mi padre me dijo que usted quedó a cargo de la casa después de la muerte de mi madre.

Tomás se tensó, la miró con desazón por un instante y luego volvió a extraviar la vista entre los ornamentos.

—Adelaida siempre soñó con que tú ocuparas la casa y te encargaras de la granja de flores, pero Rodrigo nunca lo permitió. Por eso quedé a cargo.

Ella asintió mientras escarbaba entre la poca información que le había entregado su padre.

—Él me dijo que la granja de flores no produce y que usted me entregaría los documentos de propiedad hoy mismo, para iniciar la evaluación del terreno con miras a una venta.

Tomás se levantó en medio de un gruñido de impotencia y se paró firme frente a la chica con una postura amenazante.

Apretó los puños a ambos lados de sus caderas con tal fuerza, que el ramaje de venas de los brazos podía divisarse desde la distancia.

—¡La granja es una de las más productivas de la zona y no pienso entregársela a ese miserable para que la destruya como lo hizo con Adelaida! —rezongó con enfado.

Jimena sintió que el corazón le galopaba con fuerza en el pecho, con suavidad se levantó del sillón y alzó las manos con las palmas dirigidas hacia el hombre en un gesto de rendición.

—La intención de mi padre no es...

—¡Conozco muy bien las intenciones de tu padre! —gritó Tomás, paralizando a Jimena—. ¡Por ley estas tierras ahora me pertenecen, no la ocupaste en el tiempo estipulado, puedo reclamar los derechos sobre la propiedad cuando quiera!

Aquella intimidación le agitó a Jimena la rabia en el pecho. Se irguió y alzó el mentón.

—Yo no sabía de la existencia de este lugar, mi papá me habló de él hace tres días.

El silencio fluyó entre ambos como la filosa hoja de una espada. Por un tiempo indeterminado las miradas se fundieron en un duelo de voluntades.

Tomás se esforzaba por asimilar la noticia y controlar el volcán de ira que se agitaba en su interior. Jimena procuraba mantener la calma, no estaba habituada a exteriorizar sus emociones y no comenzaría a hacerlo frente a un desconocido.

—Está listo el café. —La voz serena pero firme de Malena retumbó detrás del hombre. La mujer lo rodeó para que Jimena pudiera verla y estiró una mano hacia ella, la invitaba a seguirla a la cocina—. Ya tendremos tiempo para aclarar el tema. Ahora debes comer algo, mi niña, y descansar.

Aunque el estómago le rugía por el hambre, ya que no había comido nada desde el medio día, Jimena no pensaba moverse de allí. Si se mostraba débil ante Tomás Reyes el hombre se la comería viva en cualquier momento.

Sin embargo, al ver que él, después de emitir un sonoro bufido, se giraba sobre sus talones y se dirigía con pasos largos hacia la habitación de la que había salido, respiró aliviada.

Con un portazo el sujeto puso punto final a la discusión y siguió en lo suyo. Así le daba oportunidad a la chica de asentar sus emociones, comer algo y pensar con calma la situación.

Aquello no sería tan fácil como su padre le había garantizado.

Capítulo 7. Un despertar diferente.

—Buenos días —saludó Jimena al entrar en la cocina a la mañana siguiente de su llegada a la Colonia Tovar, envuelta en un grueso abrigo.

El sol ya había hecho acto de presencia en el cielo, pero nubes blancas debilitaban la luz natural. Aquello le daba la impresión de encontrarse en las primeras horas de la jornada y dejaba el frío anclado sobre la tierra.

La noche anterior no volvió a encontrarse con Tomás Reyes. El hombre estuvo encerrado en su despacho mientras ella acompañaba a Malena en la cocina.

Escuchó miles de anécdotas de su madre al tiempo que miraba con admiración como Malena elaboraba unos delicados dulces de leche con formas de fruta, que luego pintaba con colorantes comestibles y finalmente cubría con azúcar.

Nunca había consumido tanto dulce antes de dormir, pero la agradable charla y los exquisitos aromas la ayudaron olvidarse de sus problemas y entregarse al llamado seductor de esas golosinas.

—¡Buenos días, mi niña! —la saludó con efusividad Malena que no se notaba afectada por el ambiente gélido—. Espero hayas descansado lo suficiente, aunque por la hora en que te levantas, asumo que habrás recuperado las fuerzas perdidas de toda una semana —mencionó con sorna mientras se alejaba del fregador y se secaba las manos en su delantal.

Se aproximó a la mesa para ocuparse en rellenar una arepa asada que descansaba dentro de una cesta con un poco de mantequilla y queso amarillo rayado.

Jimena la observó confusa. No sabía si era debido al clima pero sentía que los horarios se le habían modificado en aquel lugar.

—¿Qué hora es? —preguntó sin perder de vista los movimientos de la mujer, quien terminaba de servir café con leche en una taza grande de cerámica y se lo entregaba.

Ella no dudó ni un segundo en tomarlo. El aroma la atraía como un fuerte imán.

Cuando Jimena posó sus manos rígidas por el frío en el recipiente caliente, no pudo evitar gemir de satisfacción.

Lo acercó a su rostro hinchado por haber dormido durante horas y se empapó la piel con el calor que desprendía.

—En pocos minutos serán las nueve de la mañana. Si no desayunas ahora, se te unirá con el almuerzo, y no es bueno que alguien no habituado al clima de estas montañas se salte las comidas —expresó Malena—. Para que el cuerpo mantenga su calor y energías, debe estar bien alimentado —argumentó con sabiduría y colocó en un plato la arepa rellena, así como un poco de huevos revueltos y algo de jamón ahumado.

Jimena amplió los ojos ante la cantidad de alimentos que ubicaron frente a ella. Todo humeaba, como si estuviera recién hecho.

¿Acaso Malena la había espiado y comenzó a cocinar apenas ella se levantó de la cama?

Su estómago rugió por el atrayente aroma y la obligó a dejar de lado sus aprehensiones para sentarse en la mesa y comenzar a engullir la comida.

No habituaba levantarse después de las seis de la mañana y no desayunaba más que un poco de manzanilla caliente y alguna galleta salada o tostada con margarina.

Tan solo había pasado una noche en aquel lugar y ya parecía haberse deshecho de su antigua vida. Comía con gusto la arepa rebotante de queso y tomaba aquel café como si fuera la única bebida que había probado en semanas, cuando ella solía evitar la cafeína para no volverse una adicta como lo era Tamara.

Recordar a su madrastra la hizo pensar en su padre, en su abandono en medio de la vía y en su falta de comunicación.

Rodrigo le había prometido que la llamaría después de instalarse en el hotel, pero ya había pasado media mañana del día siguiente y aún no tenía noticias del hombre.

Era evidente que Rodrigo Luna pensaba deshacerse de ella y la dejaría sola en ese lugar.

—Hoy por fin conocerás a Goyo, mi marido —comentó Malena mientras se sentaba al otro lado de la mesa. La mujer ubicó un colador lleno de verduras lavadas sobre la madera y se dispuso a pelarlas sin apuros—. También conocerás a Emmanuel, mi ahijado. Él trabaja con Don Tomás durante el día y en las noches se queda en un pueblo ubicado a un par de kilómetros de aquí, donde cuida la casa de unos amigos que viven en la capital y vienen por vacaciones —explicó, al tiempo que tomaba una zanahoria—. Por estos días no podemos dejar las casas tanto tiempo solas porque las invaden. Hay tanta desesperación por tener una vivienda en este país, que la gente no duda en abandonar la ciudad para asentarse en estos pueblos olvidados.

Jimena suspiró mientras tomaba un poco de café. Sabía que esas invasiones no solo ocurrían en las zonas apartadas, sino también en la ciudad.

Uno de los edificios que había pertenecido a la herencia dejada por la madre de su hermana Dayana, había sido expropiado por el gobierno para cederlo a los habitantes que lo habían invadido años atrás.

Su padre luchó por recuperarlo, o al menos, lograr una venta discreta. A pesar de que había dejado que la edificación se consumiera por la desidia al no estar ubicada en una zona exclusiva que pudiera ofrecer a los clientes opulentos con los que solía tratar.

—Goyo y Emmanuel tuvieron que ir al pueblo para hacerle unos encargos a Don Tomás —continuó Malena, al tiempo que picaba con gran destreza y rapidez las verduras que tenía dentro del colador—. Quizás encuentren a tu padre, aunque dudo que mi Goyo, que nunca ha sido bueno recordando nombres o rostros, reconozca a Rodrigo Luna.

A Jimena no le pasó por alto el tono de reproche que la mujer utilizaba cada vez que mencionaba a su padre.

Malena había sido prima hermana de Adelaida, y quien la convenció de mudarse a la Colonia Tovar después de haber perdido la custodia de su única hija para que trabajara en un ambiente más calmado y agradable.

Fue esa mujer quien cuidó de su madre durante su enfermedad y quien se ocupó de trasladar su cuerpo a la Guajira para que pudiera ser enterrado en el panteón familiar. Con seguridad sentiría algo de rencor hacia su padre.

—¿Y Don Tomás? —preguntó antes de darle un nuevo mordisco a la arepa, deseaba alejar la conversación de Rodrigo Luna para no generar inconvenientes.

—En los rosales —respondió Malena sin apartar la vista de su tarea—. Se levanta antes de que aparezca el sol, desayuna y enseguida se hunde entre las rosas hasta la hora de la comida. ¿Quieres conocer los rosales? —inquirió la mujer con un brillo de esperanza en la mirada, pero Jimena se negó con una pequeña sonrisa dibujada en el rostro mientras apuraba el bocado.

—Primero intentaré comunicarme con mi padre —expresó y continuó con su desayuno.

—Las rosas son hermosas. Vas a adorar este lugar, ya lo verás.

Jimena miró con ansiedad a la mujer antes de enfocar su atención en la comida. No quería involucrarse mucho con esas tierras para no encariñarse.

Su trabajo allí solo consistía en recuperar los documentos de propiedad y entregárselos a su padre. La noche anterior le había contado a Malena sus planes.

Luego se marcharía para iniciar una nueva vida lejos de los Luna y de todo su asfixiante pasado.

No hablaron más. Malena se concentró en su trabajo y Jimena en su desayuno. Al culminarlo, se puso de pie y tomó los platos para llevarlos al fregador con intención de lavarlos.

—¡Deja eso! —la regañó Malena, pero Jimena siguió con el lavado de los utensilios.

—No te preocupes, no me gusta sentirme inútil.

—Y a mí no me gusta que se metan con las cosas de mi cocina —advirtió y se aproximó con rapidez hacia ella para secar la losa y colocarla en su lugar.

—Tendrás que aceptar una ayudante, no pienso estar aquí sin que me dejes hacer algo.

—Cuando Don Tomás comience a explicarte todo sobre los cultivos de rosas no te quedará tiempo ni para llevar los platos al fregador, créeme.

Jimena se mordió los labios mientras se secaba las manos con un paño. A pesar de conocer sus propósitos, esa gente confiaba en que ella ocuparía el puesto que le correspondía. No sabía si sentir pena por ellos o por sí misma.

Aprovechó que Malena estaba distraída organizando la losa para detallar su perfil. La mujer era robusta y de piel trigueña. Sus ojos negros y rasgados tenían una mirada sagaz. Su

nariz chata y labios carnosos eran los mismos que habían poseído su madre, aunque Malena tenía los pómulos más altos y la frente más ancha.

A pesar de las diferencias, Adelaida y Malena gozaban de marcadas similitudes que despertaron en Jimena un especial anhelo.

Hubiera querido que la mujer que tenía a su lado fuera Adelaida Ramos. Esa madre con la que poco compartió los últimos años, pero a la que mucho necesitó.

—¿Hay cosas de mamá en la casa? —consultó en voz baja.

Temió recibir una reacción tosca como respuesta, como era habitual en Rodrigo cada vez que ella tocaba ese tema. Sin embargo, lo que le entregó Malena fue una sonrisa amplia.

La mujer dejó de lado lo que hacía y la tomó por un brazo para arrastrarla hacia la habitación donde Jimena había pasado la noche.

—Claro, dejó varias cosas para ti —notificó con ánimo.

Aquello despertó una confusa emoción en Jimena. Una mezcla de alegría, curiosidad y temor que no tuvo tiempo de evaluar, ya que Malena, evidentemente emocionada, la remolcó por toda la casa hacia el dormitorio.

Capítulo 8. Una visita inesperada.

David entró en la primera propiedad que Leonel Acosta le había asignado y suspiró al evaluarla con la mirada: piedras, infinidad de árboles inútiles, zanjones mal contruidos, charcos y restos de cultivos sembrados sin ningún tipo de orden poblaban el terreno.

Aquel lugar le daría más trabajo del que había supuesto y eso que era la primera de las cinco propiedades que le habían encargado.

—Pablo y yo comenzaremos el inventario de los árboles y de los cultivos —informó Gonzalo y se sumergió junto a un chico delgado y moreno en el interior del terreno.

David dejó de lado las inquietudes que aquella región le producía y se concentró en su responsabilidad. Ubicó tres puntos estratégicos a lo largo del lugar para realizar la evaluación del suelo.

Hora y media después se hallaba en el fondo de la propiedad, hacía figuritas de barro y estudiaba el tipo de animalitos que convivían bajo la tierra.

Gonzalo se acercó a él con la frente perlada de sudor.

—Hay mucho que puede aprovecharse, pero cosecharon sin control. Tendremos que hacer varias modificaciones —comentó y se sentó sobre una piedra cercana.

El joven Pablo había decidido llegarse hasta los vehículos en busca de agua potable.

—El suelo también nos llevará trabajo —indicó David—. Aquí abajo la capa fértil es profunda y húmeda, pero arriba está tan delgada y seca que ni siquiera posee vida —se quejó—. Después de limpiar tendremos que enriquecer la tierra, o no servirá para la siembra.

—Tampoco parece tener un buen sistema de drenaje. Mucho de los canales están mal contruidos y otros están llenos de fango y maleza.

David lanzó a la tierra la rosca de barro que había formado y tomó un envase plástico lleno de agua que había llevado para lavarse las manos.

—Si el resto de los terrenos que debemos visitar están en las mismas condiciones, a Leonel le costará una buena cantidad de dinero repararlos para las cosechas.

—Eso no será problema para él. Papá dice que está obsesionado con este nuevo negocio, si es así, hará lo que sea para que estén listos en tiempo record —declaró Gonzalo mientras se ponía de pie y caminaba en dirección a la salida.

—No entiendo para qué quiere trabajar estas tierras desechas teniendo empresas mucho más productivas qué atender.

—Nuestro trabajo aquí no es juzgar los motivos de don Leonel, sino hacer nuestro trabajo. El dinero es suyo, puede hacer con él lo que desee.

Para David no resultaba tan fácil ignorar esa situación porque lo involucraba directamente.

Claro que Leonel podía hacer con su dinero lo que quisiera, lo que no podía hacer era molestarlo a él para que actuara como su títere en sus caprichos.

Después de lavarse las manos y guardar en una caja las muestras que había tomado del suelo para solicitar un análisis de su Ph, lo siguió.

Afuera dio un repaso a los alrededores y de las parcelas aledañas. Algunas estaban tan abandonadas como la que acababa de evaluar, pero había una en especial, asentada a varios metros de distancia y precedida por una hermosa casa de ladrillos rojos, que destacaba entre las demás.

—¿Vamos primero al pueblo o pasamos por la siguiente propiedad? —preguntó Gonzalo al acercarse a él—. No sé tú, pero a mí este frío me da hambre —enfaticó y lanzó una mirada hacia el cielo despejado.

—A ti cualquier clima te da hambre —bromeó David mientras abría la cajuela de su auto—. Ve al pueblo con Pablo y pasa por el negocio de Elías para que te entregue las llaves de la cabaña que alquiló Leonel. Yo haré una visita antes de reunirme con ustedes —informó, al tiempo que guardaba su libreta de anotaciones, las muestras que había tomado del suelo y el envase donde llevó el agua para el aseo de las manos.

—¿Una visita? ¿A quién? —inquirió Gonzalo con el ceño fruncido.

David señaló la vivienda de ladrillos rojos.

—Parece un terreno bien cuidado. Me gustaría hablar con el dueño para conocer la forma en que trabaja la tierra y ver si hay posibilidades de cooperación mientras logramos poner a punto la propiedad.

Gonzalo lanzó una mirada desconfiada hacia la casa y alzó los hombros con indiferencia.

—Si eso quieres, está bien. Le pediré a Elías que nos recomiende un lugar para comer. Te mantendré informado —expresó y se dirigió a su auto.

Al quedar solo, y después de cerrar la cajuela, David se encaminó hacia la casa de ladrillos rojos.

Por la belleza del lugar podía intuir que el dueño era una persona que amaba sus tierras y las trabajaba con dedicación, o al menos, no le temblaba la mano para invertir en ella y tenerla en óptimas condiciones.

Se paró bajo el marco de ladrillos con forma de arco que enmarcaba la entrada y tocó el timbre. Mientras esperaba a que le abrieran evaluó los jardines.

Notó la variedad de rosas que convivían en armonía en un mismo espacio. Los follajes estaban sembrados para resaltar la vistosidad de las mismas, pero también, para otorgarles la suficiente sombra, e incluso, para que sus hojas sirvieran de abono a la tierra.

Los pequeños abetos que rodeaban los jardines parecían cortados con diseños estudiados, que además de belleza estética, lograban favorecer el crecimiento de la planta sin estropear su

función.

Definitivamente aquello lo había hecho alguien que conocía muy bien sobre pantas y las amaba tanto como para procurar su bienestar.

Casi un minuto tuvo que esperar antes de que una mujer robusta y trigueña lo recibiera.

La dama, con el cabello canoso cubierto con una pañoleta roja y con un vestido de rayas tapado por un delantal manchado, se acercó a la reja con el ceño apretado.

—¿Qué desea? —consultó mientras lo observaba de pies a cabeza.

—Buenos días, soy David León, y trabajo para el nuevo dueño de la propiedad ubicada frente a esta.

La mujer echó una mirada curiosa hacia el terreno abandonado que él señalaba.

—No sabía que habían comprado esa parcela, lleva años abandonada, pensé que de un momento a otro la invadirían.

David sonrió divertido.

—Dudo que lo hagan, está bastante descuidada, hay que invertir mucho en las tierras para hacerlas productivas.

—Entonces, ¿por qué su jefe las compró? —preguntó contrariada la mujer.

David arrugó el ceño, él tampoco comprendía los motivos por los que Leonel Acosta gastaba su dinero en semejantes tierras.

—Creo que se las regalaron —argumentó con una media sonrisa—. ¿Puedo entrevistarme con el dueño de esta casa? Me gustaría saber qué técnicas utiliza para enriquecer el suelo y qué tipo de sistema de riego y drenaje posee —completó y dio una mirada hacia la parte trasera donde podían divisarse rosales sembrados a cielo abierto, instalados sobre un terreno algo inclinado.

La mujer chasqueó la lengua y reflejó incomodidad. David podía intuir que era la cocinera, y con seguridad, estaría recargada de trabajo preparando la comida.

—Lo haré pasar, pero no le aseguro que lo atienda. Don Tomás no es un hombre afecto a las visitas —indicó la mujer y sacó las llaves del bolsillo de su delantal para abrirle la puerta.

Capítulo 9. Un accidentado encuentro.

Jimena se encontraba en la habitación donde había pasado la noche y que se limitó de evaluar al no saber a quién pertenecían las cosas que allí se encontraban.

Al enterarse de que todo había sido propiedad de su madre, se estremeció. Ahora tenía tanto de la mujer que no sabía cómo reaccionar.

Revisó los cajones y descubrió algunos pocos ornamentos para el cabello y sobre las repisas se encontraba una colección de adornos tallados en madera y un joyero de aluminio tipo vintage, con un ovalado de plástico pegado a la tapa, rodeado de piedras que imitaban a rubíes y en el que estaba dibujado un hermoso cesto de rosas rojas.

Al abrirlo, quedó maravillada por la cantidad de joyas que había dentro y que, según Malena, le fueron obsequiadas a su madre por Filippo Merlo Reyes, el anterior dueño de la casa y novio de Adelaida.

Al menos, eso le otorgaba una explicación de cómo la mujer había podido adueñarse de la propiedad: se la cedió su novio antes de que él muriera.

Suspiró mientras cerraba el cofre para luego dirigirse hacia la cama y sentarse sobre el acolchado con las piernas cruzadas.

Llevó consigo el cuaderno que Malena le había entregado y fue una de las pertenencias más queridas de su madre.

—Ahora todo es tuyo —le dijo la mujer antes de dejarla sola para regresar a la cocina y ocuparse de la comida.

La libreta poseía un encuadernado artesanal estilo medieval. Las tapas estaban forradas con una imitación de piel de ovino envejecida, de diseño gofrado, y con doble cierre de cinta.

Lo acarició con suavidad experimentando una gran melancolía.

El dolor por la ausencia de su madre marcó su adolescencia, sobre todo, cuando Adelaida se marchó a la Colonia Tovar y la comunicación entre ellas se limitó a llamadas telefónicas.

Lo que más se aferraba a su memoria era el sonido de su voz. El tono suave y dulce que la mujer utilizaba para describirle las maravillas de aquellas tierras, la simpatía de sus habitantes y las promesas de que algún día la llevaría para que disfrutaran juntas de las delicias y bellezas que ofrecía la región.

—Escucharemos los sonidos de la naturaleza bajo la sombra del cedro gigante —le repetía Adelaida en ocasiones, refiriéndose a uno de los lugares más emblemáticos de la Colonia Tovar.

Un punto en medio de la selva nublada donde se hallaba un enorme cedro de más de cincuenta metros de altura y veintidós de perímetro, tan centenario como la historia que arropaba a ese pueblo.

Se mordió los labios mientras desataba con lentitud los cierres del cuaderno. Al liberarlo, este se abrió e hizo pasar las páginas como un abanico hasta detenerse casi al final, en una fotografía algo desenfocada y amarillenta pegada a una de sus gruesas hojas color marfil.

Jimena sintió un revuelo de emociones en el pecho y se le humedecieron los ojos al mirar la imagen. Era una foto de su madre, sentada sobre las raíces de un árbol inmenso y acompañada por un hombre.

Pensó que se trataba de Filippo Merlo Reyes, su novio, pero al detallar la fotografía con atención, descubrió que el hombre que cubría con un brazo los hombros de su madre, en un gesto sobreprotector y cariñoso, no era el italiano que anteriormente era el dueño de la casa. Se trataba de Tomás Reyes, más joven y delgado.

Bajó la vista para leer lo que estaba escrito al pie de la foto, con una letra clara, casi invisible: «Te Amo», se hallaba plasmado con una caligrafía elegante y cuidada. Esa era la letra de su madre, ella la conocía muy bien.

La frase le heló la sangre. Era una expresión corta pero capaz de contener demasiados significados.

Jimena arrugó el ceño e intentó descifrar lo que aquello revelaba. Sin embargo, al escuchar sonidos en el exterior cerró el cuaderno con premura.

El corazón le palpitó con tal rapidez que cualquiera podría asegurar que estaba cometiendo un crimen y de un momento a otro la descubrirían.

Lanzó la libreta dentro de la gaveta de la mesita de luz más cercana y salió al pasillo.

—Deberá esperar aquí un momento —oyó que decía Malena.

—No se preocupe, esperaré el tiempo que sea necesario —notificó una voz masculina.

Al llegar a la sala, Jimena observó a un sujeto alto y de cabellos castaños, vestido con una chaqueta gruesa y unos jeans desgastados, que por curiosear entre los innumerables adornos que ataviaban las paredes le daba la espalda.

—Buenos días —saludó al encontrarse cerca del hombre. Este se giró hacia ella.

—Buenos días —respondió el sujeto. Sus ojos cafés se clavaron en los suyos y enseguida se llenaron de confusión. Luego continuó su inspección por todo el cuerpo femenino—. Soy David León, ingeniero encargado de la propiedad ubicada al otro lado de la calle —notificó e hizo alarde de una sonrisa seductora, aunque en su cara se podía divisar el desconcierto.

—Soy Jimena Luna Ramos, la dueña de la casa —expresó ella y estiró una mano hacia el hombre para ofrecerla a modo de saludo.

—¿La dueña? La cocinera me dijo que el dueño era un hombre llamado Don Tomás —hurgó David y estrechó la mano en respuesta.

Jimena se irguió.

—Tomás es quien administra la granja, pero yo soy la titular de la propiedad.

Él asintió y volvió a repasarla de pies a cabeza, parecía empeñado en buscar algo en la mujer que le era familiar.

—Comenzaré a trabajar en el terreno vecino con intención de adaptarlo para la siembra. Quería hablar con Don Tomás sobre las técnicas que utiliza para fertilizar y drenar el suelo. Debe conocer muy bien las potencialidades de la zona, ya que mantiene la propiedad en excelentes condiciones.

Jimena evaluó al hombre con atención. Era joven y atractivo, de movimientos sutiles y elegantes, no era el tipo de sujetos que relacionaba como un ingeniero.

Los que conocía eran robustos, toscos o de mayor edad. Ese se parecía más el tipo de hombres que rodeaban a su hermana Dayana, y se dedicaban a modelar en pasarelas, actuaban en televisión, o eran herederos de fortunas tan descomunales que no necesitaban trabajar para ganarse la vida.

—¿Lleva poco tiempo en ese oficio? —quiso saber ella sin dejar de observarlo.

—No. Me gradué hace cuatro años y he trabajado desde entonces en Londres.

—¿En Londres? —Él asintió—. ¿Y qué hace aquí? —preguntó la chica con extrañeza.

David estuvo a punto de contestar, pero enseguida cerró la boca.

No sabía qué demonios hacía en ese lugar.

—La tierra llama —respondió y alzó los hombros con indiferencia. Ensanchó la sonrisa al ver que la chica lo miraba con mayor confusión—. ¿Qué tipo de flores cosechan en la granja? —inquirió.

Aunque había visto los rosales, la pregunta le serviría para alejar la conversación de su vida.

Jimena se dirigió al sillón para evitar que él notara su aturdimiento. Aún no había conversado con Tomás, ni había podido averiguar mucho sobre el terreno con Malena.

No tenía idea si solo eran rosas lo que allí se cosechaba o trabajaban con otras especies de flores.

—Varias —contestó mientras lo invitaba a tomar asiento—, pero dígame, ¿su jefe compró la parcela vecina para trabajarla él mismo o piensa revenderla en partes después de limpiarla? —preguntó.

Recordó que había visto el terreno vecino al llegar, notando que además de improductivo, estaba en muy malas condiciones por el abandono.

Era común que empresarios arriesgados adquirieran tierras como esas por poco dinero para luego limpiarlas y dividir las en pequeñas parcelas, que finalmente ofrecerían a emprendedores por precios más altos.

David agudizó la mirada hacia la mujer. El inteligente cambio de conversación lo divirtió, pero además, aumentó su curiosidad por la joven.

—En realidad, el dueño es una persona que vive muy bien con una empresa ya conformada y ahora experimenta con un rubro nuevo, por eso compró esas tierras, para probar suerte. Pero dígame: —Decidió utilizar la misma estrategia de la chica solo para atormentarla y ver hasta dónde podía llegar aquel juego— además de los rosales que he visto desde la entrada, ¿qué otros tipos de flores siembran?

Jimena se mordió el labio inferior por unos segundos. Comenzaba a sentirse incómoda.

Podía confesarle que no tenía información de lo que se producía en la granja, pero el hombre, con su sonrisa arrogante y su mirada mordaz, la retó.

—Las que vio en el jardín —contestó y apretó la mandíbula al ver que una de las comisuras de los labios del sujeto se curvaba en una posible media sonrisa. ¿Se atrevería a burlarse de ella?— Y su jefe, ¿compró solo ese terreno o algún otro?

—Compró cinco.

—¿Y piensa comprar más? ¿Busca otras ofertas?

—¡ESTA PROPIEDAD NO ESTÁ EN VENTA!

El rugido de Tomás Reyes los sobresaltó a ambos. Jimena quedó petrificada en el sillón.

David en cambio, se levantó para enfrentar al hombre que se acercaba con la cara comprimida por la rabia y las manos manchadas de tierra.

—¿Quién es usted?! —preguntó Tomás con rabia.

—Es el ingeniero de... —se apresuró a responder Malena, quien corría para llegar a la sala y explicar la situación. Pero la mirada de advertencia de Tomás la silenció.

—Mi nombre es David León —habló David con serenidad, para calmar los ánimos de todos—. Trabajaré en la propiedad ubicada frente a su residencia, solo quería informarme sobre sus técnicas para enriquecer y drenar el suelo.

Tomás no relajó su postura enfadada, lo que hacía era distribuir su mirada confundida y encolerizada entre David y Jimena.

—Te dije que esta propiedad no se venderá —le advirtió con frialdad a la chica y la señaló con un dedo.

Ella tragó grueso, avergonzada por la reacción del hombre delante de extraños.

—La señorita y yo no hablábamos de ninguna venta —comunicó David, molesto por la actitud del sujeto—. Si necesita reclamarle a alguien por haberlo interrumpido en su trabajo, hágalo conmigo.

Tomás pareció gruñir, pero al ver la postura decidida del recién llegado, se firió a calmarse.

—Lamento haberlo incordiado —prosiguió David—. Mi intención fue solamente solicitar su consejo, así que me retiro para no causar más problemas —notificó e hizo una venia hacia Malena—. Gracias por atenderme, espero saludarla en otra oportunidad.

Se giró hacia Jimena, que aún estaba petrificada en el sillón y estrechó su mano como

despedida.

—Fue un placer conocerte. Lamento marcharme pronto, pero me esperan en el pueblo —le dijo y se esforzó por sonreírle.

Caminó hacia la puerta poco convencido de retirarse. No quería dejar los ánimos caldeados.

Se odiaría a sí mismo si aquel hombre, para descargar su furia, terminaba lastimando a alguna de las mujeres por su culpa.

—¡Espere! —La llamada de Jimena lo detuvo junto a la puerta e hizo que se girara sobre sus talones—. Dijo que iría al pueblo, ¿puede llevarme?

Él observó a la mujer con cierto alivio. Ella se había levantado del sillón y permanecía firme frente al otro sujeto, que la traspasaba con una mirada rencorosa.

—Por supuesto —se ofreció y guardó las manos dentro de los bolsillos de su pantalón.

Jimena desvió su atención hacia Tomás. Lo calcinó con una mirada igual de mortal a la que él le dirigía.

—Mi padre antes de venir se asesoró con su abogado. Prepare sus argumentos, cuando regrese hablaremos de la venta de la propiedad —sentenció y luego se apresuró a salir del hogar.

Era consciente de la furia que comenzaba a bullir en las venas de Tomás, pero, aunque no sabía de dónde le había salido aquella repentina explosión de valentía, no podía dejarse apabullar por él.

Después de dejarle en claro su postura, se alejaría para pensar con tranquilidad la situación y buscar soluciones.

David compartió una mirada desafiante con Tomás antes de seguirla, sin poder evitar sonreír con satisfacción.

Capítulo 10. Sentimientos confusos.

Subieron al auto de David en silencio y enseguida tomaron el camino hacia el pueblo.

Jimena tenía las emociones atoradas en la garganta, él podía percibirlo, sentía la obligación de decir algo, pero no sabía qué.

Tampoco quería que la mujer estallara en llanto, no sabía cómo manejar esa situación.

—Orquídeas —expresó de forma repentina. Ella giró el rostro para observarlo confusa, con los ojos inundados de lágrimas—. Creo haber visto orquídeas en el jardín de la casa —comentó, procuraba distraerla al continuar con la absurda discusión que habían mantenido antes de que Tomás Reyes los interrumpiera—. Me parece que también habían lirios y girasoles —completó y mostró una sonrisa que a Jimena le resultó demasiado atractiva—. Esos últimos los recuerdo bien, mi mamá tenía muchos girasoles en casa, era fanática de ellos, y a mí me encantaba deshojarlos —confesó y le guiñó un ojo.

Ella no pudo evitar sonreír, pero la alegría le duró poco, los recuerdos la abrumaron.

—No tengo idea de lo que se produce en la granja —reveló en voz baja y con su atención puesta en la vía. David la miró ceñudo por un instante.

—¿No eres la dueña de la propiedad?

—Lo soy. Al menos, eso fue lo que me dijeron hace unos días.

Él asintió con suavidad, sin dejar de atender la carretera. No quería llegar a conclusiones apresuradas, pero por la forma en que reaccionó aquel hombre ante la mención de una venta y la amenaza que ella le dejó antes de marcharse, demostraba que el problema podía deberse a una lucha por el dominio de las tierras.

—¿A qué parte del pueblo vas? —le preguntó mientras se acercaba a la construcción de estilo colonial que daba entrada al poblado, conformada por dos torres de paredes blancas con bordes adornados por piedras naturales, ataviadas con pequeños ventanales, puertas en forma de arco apuntado y techo piramidal de tejas rojas.

Ambos monumentos estaban unidos por un techado a dos aguas, también cubierto por tejas.

La Colonia Tovar había sido un asentamiento agrícola privado fundado a mediados del siglo XIX por inmigrantes provenientes del antiguo Gran Ducado de Baden, que luego formó parte de Alemania.

Los habitantes poco se comunicaban con el resto de Venezuela (a menos que fuera para intercambio comercial) y mantenían esas entradas del pueblo cerradas.

Por mucho tiempo vivieron aislados, manteniendo con arraigo sus costumbres y tradiciones, como las comunidades amish.

Décadas atrás se abrieron a la sociedad, permitieron la construcción de carreteras y eliminaron los portones, pero dejaron las edificaciones como elementos decorativos y símbolos de su cultura.

—En realidad... no sé adónde debo dirigirme. Mi padre podría estar en cualquier lugar.

Ante la honestidad de Jimena, David no pudo hacer otra cosa que suspirar.

—En ese caso, haremos una parada para evaluar nuestras posibilidades —le respondió—, porque yo tampoco tengo idea de adónde debo dirigirme.

Ella lo observó desconcertada.

—Tengo que comunicarme con mis amigos —explicó—. Vinieron a comer y no sé dónde pudieran estar metidos.

David se sumergió por las estrechas y empinadas calles. Las principales estaban asfaltadas, pero las que recorrían el casco central eran de piedra.

Los hogares habían sido contruidos siguiendo el estilo colonial alemán, que por ordenanza municipal, debían mantener esas raíces arquitectónicas para conservar la exclusiva belleza de la zona.

Parecían casitas de muñecas de tamaño real, la mayoría de paredes blancas con tramados negros, otras recubiertas con maderas oscuras o piedra natural.

Las formas de los techos eran variadas, los había piramidales, a dos aguas o de cuatro vertientes. Todos abrigados por tejas rojizas.

Las viviendas contaban con balcones o jardineras en sus ventanales, llenos de hierbas y flores.

Los jardines exteriores estaban franqueados por cercados de piedra, madera o hierro, algunos adornados con fuentes, réplicas de carretas antiguas, molinos de agua o grandes vasijas de barro.

—Este lugar es precioso —comentó ella, maravillada.

—Y eso que no lo has conocido a fondo. Este pueblo está lleno de rincones mágicos que te conquistarán.

Jimena observó el perfil del hombre, descubriendo su gran atractivo. Sobre todo, por el semblante lleno de orgullo que adoptaba cuando hablaba de las maravillas que se hallaban en esa región.

—Veo que la Colonia Tovar te tiene conquistado.

David sonrió con cierta pesadez, gesto que Jimena pudo percibir.

—Sí. Es un paraíso, pero también puede convertirse en un infierno si no andas con los ojos bien abiertos.

Ella no quiso ahondar en esa revelación, porque descubrió que tenía un trasfondo muy personal. Prefirió seguir entretenida con los alrededores para no entrar en detalles escabrosos. La

estaba pasando muy bien junto a aquel hombre.

En uno de los bordes de las calles del casco central se hallaban alineados puestos de verduras, hortalizas, frutas y dulces, todos cubiertos por cobertizos rojos.

A Jimena le llamó la atención el color intenso y las formas exquisitas de los alimentos que ofrecían. Las moras, fresas, duraznos y manzanas no parecían rivales de los tomates, pimientos, rábanos, papas, acelgas y espinacas.

David notó el atento escrutinio de la chica y se aprovechó de eso para llamar su atención.

—Los producen aquí.

Ella se giró para observarlo maravillada. A él le encantó ver que la pena se le había borrado del rostro siendo sustituida por la admiración.

Le parecía una joven encantadora, sobre todo, por los expresivos ojos negros que poseía, que miraban con una melancolía que a él resultó demasiado familiar.

—Aquí se cosechan esos frutos para luego ser ofrecidos a los turistas —continuó—. Los pobladores que poseen huertos grandes los venden a comerciantes de la capital, o de otros estados del país.

—Deben tener un sabor increíble.

—Y lo tienen —aseguró él—. Ya te los haré probar —propuso con una sonrisa que despertó un cúmulo de emociones en el vientre de la chica.

David no comprendía por qué había hecho esa promesa. Cuando dejara a la joven en su destino, quizás nunca más volvería a verla, pero por algún motivo sentía que esa proposición la reconfortaba, incluso a él.

Jimena continuó su inspección. Observó las tiendas de artesanía, flores, regalos y comidas que se diseminaban por el lugar, cuyas fachadas habían sido diseñadas con la intención de atraer la atención del turista.

El colorido y la diversidad de los productos que exhibían invitaban a acercarse para conocer con mayor detalle cada elemento.

Los negocios estaban señalados con carteles de madera o metal de estilo medieval, apostados en la entrada sobre soportes de hierro forjado o cemento.

Utilizaban una caligrafía antigua donde se mezclaban nombres alemanes con otros escritos en español y ataviados con dibujos alusivos.

Podían encontrarse carteles tallados en madera o tipo mosaico, con imágenes de escudos o personajes engalanados con la típica indumentaria colonial alemana: para las mujeres el *dirndl* (vestido tradicional), con corpiño ajustado sobre la blusa y un delantal sobre la falda; y los hombres con sus *lederhosen* (pantalones de cuero bombachos) con tirantes, camisa y sombrero.

Era evidente que ese pueblo vivía del turismo y se esforzaba por dar una imagen exclusiva a los visitantes.

Como si quisieran transportarlos en el tiempo a la época en que sus 391 colonos, provenientes de la antigua ciudad medieval de Emdingen en las serranías del Kaiserstuhl, pisaron por primera vez esas tierras traídos por el célebre geógrafo y cartógrafo italiano Agustín Codazzi.

David detuvo el auto cerca de la plaza principal y frente a una empresa que ofrecía paseos y expediciones sobre rústicos. Ambos se bajaron para dirigirse al interior del negocio.

Jimena pudo divisar, estacionados en el garaje lateral, a los vehículos que utilizaban para las aventuras: atractivas unidades 4x4 tipo militar, decoradas con coloridos diseños camuflados.

Al entrar, hallaron a un hombre trigueño y de abundante cabellera azabache, que conversaba con dos turistas de aspecto extranjero: rubios hasta las cejas y portando inmensas mochilas sobre la espalda con carpas incluidas.

Hablaban junto a un mesón de madera y fórmica que atravesaba toda la habitación, y separaba la zona de los clientes del área de los empleados.

—Los paseos a la playa son los fines de semana —explicó el sujeto articulando cada palabra—. Tienen que anotarse con anticipación, tenemos copado casi todo el mes. ¿Entienden?

—Sí, sí, yes, yes —respondían los aludidos con una mezcla de español e inglés con marcado acento británico.

Jimena se giró hacia David para observarlo dubitativa.

—¿Playas? —preguntó con desconcierto, no imaginó que en ese paraje tan montañoso y frío, y de aire tan europeo, hubiera cerca una cálida playa caribeña. Él sonrió complacido.

—Pasando las montañas se encuentran las regiones de Puerto Cruz y Puerto Maya. Son unos pueblos pesqueros, de playas tranquilas y cristalinas —le comentó en voz baja para que solo ella lo escuchara.

Aquello le permitió acercarse más a la mujer y percibir el perfume floral que desprendían sus cabellos oscuros, que a simple vista parecían sedosos.

David sintió un repentino arrebato por hundir sus manos en él, pero con disimulo se alejó un paso y apretó el ceño.

No comprendía las emociones que experimentaba cuando la joven lo observaba o se le acercaba, le resultaba algo perturbador.

Nunca le había sucedido algo similar con ninguna otra, por eso, se sentía confuso.

Jimena se aclaró la garganta, también alterada por la cercanía del hombre. Su voz sensual y mirada profunda le producían entrañas sensaciones en el vientre.

Jamás se había interesado de una forma similar por un hombre, por eso no comprendía sus emociones. Aquella confusión la llenaba de temores.

Capítulo 11. El gran cedro.

El sujeto que hablaba con los turistas pronto reparó en ellos.

—Pero, ¡mira qué sorpresa! —exclamó el hombre trigueño al notar la presencia de David. Enseguida se acercó—. ¡Sabías que vendrías a verme! —le dijo y lo recibió con un abrazo— ¡Deborah! —gritó con energía, haciendo sobresaltar a Jimena.

Una mujer de piel negra y con el cabello poblado de delgadas trenzas atadas en las puntas con elásticos de colores, salió del interior del local mientras tomaba el contenido de una taza humeante que tenía entre las manos.

La dama sonrió complacida al ver a David y le lanzó un beso desde la distancia.

—Bienvenido a Venezuela —lo saludó. Él le agradeció el gesto lanzándole otro beso.

—Por favor, explícale a los turistas en inglés el tour hacia Puerto Maya —pidió el sujeto trigueño a la mujer—, creo que no comprenden mi español.

Deborah, con simpatía, comenzó a conversar con los británicos. Pronunciaba cada palabra como si fuera una azafata que daba instrucciones dentro de un avión comercial. Por la sonrisa de satisfacción de los turistas, era evidente que la comprendían a la perfección.

—Conoce a Elías Hamed Görgen —presentó David con orgullo al hombre trigueño—, un venezolano hijo de padre argentino de origen libanés, y madre venezolana de origen alemán.

Jimena arqueó las cejas y observó con detalle al sonriente sujeto de ojos almendrados y nariz recta, producto de una mezcolanza de nacionalidades.

—Soy un ejemplar típico del país —arguyo Elías con galantería.

—Venezolano que se precie tiene raíces extranjeras, mientras más, mejor —se mofó David y palmeó el hombro de su amigo.

—Ese es el mal de estas tierras —rebatía Elías—: el calor del Caribe y los aromas tropicales atraen a los extranjeros y los empujan a cometer locuras —acusó con diversión—. Como la que al parecer acaba de cometer mi amigo León —insinuó y lanzó una mirada interrogante hacia el interpelado.

—¿Locura? ¿Yo? —inquirió David.

—Me han dicho que regresaste definitivamente a Venezuela y ahora trabajas nada más y nada menos que para Leonel Acosta —completó Elías con seriedad, lo que hizo que David perdiera la diversión—. Cuando él me llamó para alquilarme una cabaña no pensé que fuera para ti.

—¿Leonel Acosta? ¿Trabajas para el Leonel Acosta, el dueño de casi todos los medios de comunicación del país? —consultó Jimena con sorpresa.

No podía creer que el hombre que acababa de conocer fuera empleado de uno de los

hombres más poderosos y mediáticos del país.

David se guardó las manos en los bolsillos del pantalón y asumió una expresión resignada.

—Él será tu vecino —le informó a la chica y sonrió con poco ánimo al ver su reacción incrédula. Ella resopló.

—Un ingeniero que viene de Europa para trabajar en unas desoladas montañas venezolanas, en tiempos en que los profesionales están locos por irse del país en busca de mejores oportunidades —enumeró la chica con desconcierto—. Y un empresario multimillonario que compra tierras inservibles y se aventura a iniciar un nuevo negocio, en tiempos en que nadie se atreve a poner en riesgo su dinero —continuó, sin salir de su asombro—. Me parece que su teoría es cierta, señor Elías, de que estas tierras empujan a los habitantes a cometer locuras —indicó, e hizo que el sujeto estallara en risas.

—Ya se lo dije, señorita, es culpa del sol —sentenció Elías—. El calor caribeño es capaz de traspasar la piel y volvernos espontáneos. ¿No es cierto, David?

David sonrió y alzó los hombros con indiferencia.

—¿Gonzalo ha estado por aquí? —le preguntó a su amigo para desviar la conversación.

Hubo un tiempo en que él fue bastante «espontáneo» y eso lo llevó a cometer muchos errores.

—Sí, le entregué las llaves de la cabaña y le recomendé que almorzaran en el restaurante de un hotel cercano, aunque no sé a cuál sitio fue primero.

—Lo llamaré para saber dónde está —notificó David y se alejó un poco mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón.

Jimena comenzó a pasear su atención por el negocio en busca de algo con qué distraerse. Se acercó a una cesta chata de mimbre ubicada sobre el mesón, que contenía infinidad de folletos turísticos.

—¿Es su primera vez en la Colonia? —le preguntó Elías al verla detallar todo con una mirada entre maravillada y curiosa.

—Sí —respondió ella sin dejar de evaluar una de las publicaciones que había tomado.

—Si se anima a conocer la región le ofrezco mis servicios —comentó el sujeto. Tomó un par de folletos de la cesta y se los entregó a la mujer—. Estos son los paseos que realizamos. Le recomiendo el gastronómico, en el que además de conocer lugares emblemáticos tendrá la oportunidad de probar las comidas y dulces que se elaboran aquí de manera artesanal. La llevaremos a las fábricas de vino y a los sembradíos de frutas y hortalizas —comentó—. Si es aventurera tenemos un tour que la llevará por el interior de la selva, para que vea los petroglifos indígenas realizados sobre piedras antes de que el continente fuera descubierto por los españoles y conocerá el Monumento Natural Pico Codazzi, donde descubrirá la vegetación del lugar, como el gran cedro...

—¿El gran cedro? —interrumpió ella con interés.

Recordó el emblemático árbol que su madre siempre mencionaba en sus conversaciones telefónicas sobre la región.

—Sí, es un árbol gigantesco ubicado en medio de la selva, rodeado por una vegetación exuberante. Le encantará —aseveró él con una sonrisa—. Si desea visitarlo avísenos con tiempo, los fines de semana solemos estar copados —anunció y apoyó las manos en la cintura—. En los folletos puede hallar nuestros números telefónicos.

—Si deseas hacer senderismo por la montaña me avisas a mí y te llevo gratis —comunicó David al acercarse a ellos.

Jimena se sobresaltó por esa nueva propuesta del hombre, que le dibujó una sonrisa en el rostro. Elías lo traspasó con una mirada severa.

—¿Me quitas clientes?

—Uno no marcará la diferencia —agregó socarrón.

—En estos tiempos cualquier cosa hace una diferencia.

—Ah, vamos. —Lo animó David y le palmeó un hombro—. ¿Para qué la señorita querría contratar a un grupo de guías si tiene a uno de lujo que puede llevarla gratis a cualquier lado de estas montañas?

Jimena observó con atención a David y sintió un revoloteo en el estómago.

Ellos no se conocían, por una casualidad del destino estaban juntos en ese instante de sus vidas, y después de que cada uno hallara su destino no sabían si se volverían a ver.

Sin embargo, él se ofrecía a darle a conocer la Colonia Tovar como si estuviera seguro de que entablarían una amistad con la que ella podría contar cuando la necesitara.

Desvió su atención hacia los folletos que tenía en las manos. En ese momento precisaba de un apoyo. Se sentía tan sola y abandonada que se esforzaba por no entrar en pánico.

Del lado de su padre solo encontraba rechazo y del lado de su madre inseguridades, pero no podía confundir sus emociones ni dar pasos en falsos, mucho menos en esa ocasión, cuando el mundo le parecía tan ambiguo.

—Todo lo que sabes lo aprendiste de mí, muchacho —agregó Elías sonriente—. Eso recuérdalo.

—Nunca lo olvido —aseguró David y pasó un brazo alrededor de los hombros del sujeto para estrecharlo en un medio abrazo.

—Pueden unirse a alguna de nuestras excursiones, así nos sirves de apoyo —le propuso—. En estas tierras siempre es mejor mantenernos unidos. Creo que eso lo sabes muy bien.

Aquellas últimas palabras Elías las pronunció con medida y observó a David con cierta complicidad. Daba a entender que le incomodaban tanto como al joven.

Enseguida se alejó hacia una de las esquinas del mesón, cabizbajo, en busca de una

portezuela de fórmica que le daría paso al área de empleados.

Jimena notó a David tenso, con la mirada extraviada en algún horizonte inexistente. Se conmovió ante esa imagen vulnerable.

Tuvo intención de tocarle un brazo para hacerlo reaccionar, o quizás, para infundirle valor, pero enseguida el hombre se sacudió la aflicción por cuenta propia y la miró con una sonrisa renovada.

—Mi amigo está en el restaurante de un hotel cercano. Si aún no sabes a dónde dirigirte, puedes acompañarme y luego recorreremos el pueblo en busca de tu padre. ¿Te parece?

—Puedo ir sola...

—Ni hablar —la interrumpió—, yo te acompaño hasta dejarte en manos seguras —declaró con una sonrisa seductora que estuvo a punto de derretir toda la voluntad de Jimena.

Ella asintió, no podía hacer nada más. Él era un desconocido, pero se sentía a gusto a su lado.

—Entonces, vamos —aceptó, sin poder disimular su emoción.

Nunca había estado en esa región, no tenía idea de dónde podía hallar a Rodrigo Luna, si es que aún estaba en la Colonia Tovar. La compañía de David podría ser beneficiosa.

Capítulo 12. Encuentros incómodos.

En silencio salieron del negocio y volvieron al auto para reiniciar el viaje. El pueblo era pequeño, aunque sus calles algo inclinadas, ya que el poblado había sido edificado sobre una escarpada montaña.

David manejaba sin apuro para permitirle a la chica disfrutar de los alrededores, de los pintorescos locales, de la gente cordial que no dejaba de sonreír y del fresco clima.

No obstante, lo que deleitaba más a Jimena era la grata compañía de David, quien le narraba con entusiasmo la historia de la región, demostrando lo mucho que conocía la zona.

En ocasiones se mostraba tan sorprendido como ella, como si redescubriera en aquel paseo las bellezas de las que hablaba.

Minutos después llegaron al hotel, una construcción amplia cercada por jardines poblados de pinos y arbustos, con balcones de madera y terrazas con vistas a las montañas.

El interior era cálido y acogedor, cada rincón estaba adornado con ramos de flores o macetas de helechos.

El área del restaurante era espaciosa, con suelo de mosaico y grandes ventanales panorámicos que llenaban la estancia con luz natural.

De un lado se hallaban las mesas, ya preparadas para recibir a los comensales que asistirían a tomar el almuerzo, y del otro la barra, atendida por una pareja vestida con los trajes típicos de la región.

David caminó en dirección a un joven delgado y moreno ubicado en una de las mesas asentadas al final del recinto, junto al ventanal.

El chico trabajaba afanado en su computador portátil. Con una gran jarra de cerveza artesanal a su lado, apoyada sobre un montón de papeles y carpetas, y un plato con salchichas alemanas y polacas acompañadas por encurtidos.

—Pablo.

El joven despegó su atención de la pantalla del computador para observar a los recién llegados.

—David.

Se levantó apresurado y saludó con una venia a Jimena.

—¿Y Gonzalo?

—Acaba de ir a la recepción con su amiga, la modelo, para averiguar no sé qué cosa.

David torció el rostro en una mueca de disgusto y se apoyó con ambas manos en el respaldo de una silla cercana.

—¿Qué modelo? —preguntó irritado.

—No tengo idea —respondió el joven y alzó los hombros—. La encontramos en el pueblo después de visitar a Elías, creo que es amiga de Sabrina. La chica estaba con su familia y apenas nos vio los abandonó y se nos subió al auto emocionada.

Las explicaciones de Pablo desataron el mal humor de David. Aquello podría significar problemas.

Gonzalo, mujeres hermosas y un paraje turístico lleno de distracciones, serían un cóctel que le ocasionaría retrasos en el trabajo.

Había planificado terminar con aquella tarea cuanto antes, no quería pasar mucho tiempo en ese lugar, donde los recuerdos y las culpas no le permitían vivir en paz.

—Maldición, tendré que hablar con él —expresó en medio de un suspiro.

Jimena lo observó con atención. Por la expresión que había asumido parecía que el asunto era un inconveniente que él debía atender.

Quizás aquello significara el fin de su aventura juntos. No pudo evitar que la decepción la atormentara.

—Creo que es momento de que te ocupes...

Ella detuvo su alocución al sentir que un dedo largo y cálido sellaba sus labios. El contacto la estremeció.

—Puedo acompañarte a buscar a tu padre —insistió David.

—Pero, ¿no tienes un problema qué resolver?

—Degollar a mi amigo no me llevará mucho tiempo. —Jimena amplió las órbitas de sus ojos, reacción que hizo sonreír al hombre—. El problema no lo tendré ahora, sino con el paso de los días. Ayudarte a encontrar a tu padre será una distracción que me permitirá pensar el asunto con frialdad.

David no podía apartar su mano del rostro de la chica. Con la punta de los dedos acarició la suave mandíbula mientras observaba con ansiedad los labios entreabiertos.

Al subir la mirada y notar el brillo incandescente en las oscuras pupilas femeninas, que lo observaban con una mezcla de sorpresa y anhelo, se apartó un paso para establecer una distancia prudencial.

—Vamos —la invitó—, ubiquemos a ese imbécil para que me entregue las llaves de la cabaña y así comenzar con la búsqueda.

Se despidieron de Pablo y salieron hacia la recepción, ambos sumidos en un profundo silencio. Se esforzaban por no mostrarse turbados.

No obstante, en el camino se toparon con una pareja que muy sonriente caminaba en dirección a ellos.

—¡David, ya estás aquí! —saludó Gonzalo apenas divisó a su amigo.

—Sí. Y tú, ¿qué hacías? —preguntó él con sarcasmo y lanzó una mirada hacia la rubia que

lo acompañaba.

—¿Jimena? —pronunció la mujer que caminaba junto a Gonzalo, con cierto tono de asombro y repudio.

La aludida la miró esperanzada.

—¡Dayana! ¿Dónde está papá?

David observó confuso a las dos mujeres mientras una punzada de desilusión le traspasaba el pecho. No quería despedirse tan rápido de la joven.

—Nos estamos quedando en una posada —respondió con desdén Dayana, para luego ignorar a su hermana y centrar su atención en el hombre ubicado junto a ella—. Tú eres David León, ¿cierto? —enunció con interés y asumió una pose coqueta—. Me dijeron que acabas de llegar de Europa y que pronto te casarás.

Él quedó paralizado ante semejante afirmación, pero no tuvo oportunidad de rebatir esas palabras, ya que Jimena enseguida atontó a la chica con preguntas.

—¿En qué posada se quedan? ¿Por qué papá no ha respondido a mis mensajes ni atienden mis llamadas? Él quedó en que se comunicaría conmigo ayer y aún no he tenido noticias.

Dayana suspiró con exagerado agobio y puso los ojos en blanco.

—No me importan tus asuntos. Toma —dijo y le extendió su teléfono móvil—. A mí sí me atiende las llamadas —expresó con tanto reproche que hasta David se incomodó, pero prefirió quedarse en silencio.

Mientras Jimena se apartaba para realizar la llamada, Dayana se acercó a David y le acarició un brazo, sonriéndole con seducción.

—¿Pasarás una temporada en la Colonia Tovar?

Él mantenía su atención puesta en Jimena, pero al escuchar la pregunta desvió su rostro ceñudo hacia la mujer.

—Quizás un par de semanas —masculló con desgana, para finalmente traspasar con una mirada severa a su amigo—. ¿Fuiste a la cabaña?

—No, pero tengo las llaves —apuntó Gonzalo con una sonrisa pícaro y sacó del bolsillo de su pantalón un llavero que portaba un ovalado de madera, donde estaba dibujada la fachada de la iglesia de San Martín de Tours, patrono de la Colonia Tovar, con sus torres blancas de tramado negro y su forma triangular.

Alzó el objeto para mostrárselo a su amigo como si fuera un trofeo. David se lo arrancó de las manos en una rápida maniobra.

—Después de comer iremos a la próxima parcela, así adelantamos trabajo —sentenció aún crispado.

—Invité a Gonzalo a almorzar —se apresuró por decir Dayana. David la observó con frialdad—. Vendrás, ¿cierto?

—Claro —interrumpió Gonzalo, e ignoró la mirada aireada de su amigo—, así planificamos la salida de este fin de semana.

—¿Qué salida?

David endureció la mandíbula y estuvo a punto de oponerse a cualquier plan que la pareja había determinado con anticipación, pero la llegada de Jimena lo silenció.

—Tengo que irme, ya sé dónde está mi padre —le dijo a David después de regresarle el teléfono a su hermana.

—Te llevo —propuso él.

—Podemos ir todos juntos —agregó Dayana con evidente alegría—. Allí es dónde invité a Gonzalo a comer. El bar es muy chic.

—¡Bien! Tomaremos una copa antes de comer, eso me abre el apetito —completó Gonzalo sin preocuparse por la expresión sanguinaria de David, ni por el rostro contrariado de Jimena, a quien de paso, no la habían presentado aún.

—Vamos —apuró David a Jimena, y colocó una mano en la parte baja de la espalda de la chica para dirigirla hacia su auto antes de que perdiera la paciencia.

Ella se dejó llevar. Como pudo disimuló la vibración que su cuerpo experimentó al sentir el contacto.

La alegría se extinguió en el rostro de Dayana mientras los seguía, acompañada de Gonzalo, que no dejaba de hablar de sus gustos por los vinos artesanales que elaboraban en la región.

No estaba acostumbrada a que la ignoraran, ni estaba dispuesta a que esa fuera la primera vez, mucho menos, por la desabrida de su hermana.

Capítulo 13. Una gran curiosidad.

David tuvo que intervenir para evitar que Dayana lanzara a Jimena en el interior del auto de Gonzalo y así la joven modelo se fuera sola con él.

Se consideraba un experto en mujeres de ese tipo: capaces de urdir cualquier tipo de hazañas para hacer cumplir sus caprichos.

En el pasado se había mezclado con muchas como ella, las detestaba, aunque en ocasiones les permitía que hicieran de las suyas solo por diversión, y al cansarse, las alejaba.

Pero en esa oportunidad no pensaba darle alas, no tenía ganas de jugar ningún juego. La curiosidad que sentía por Jimena era más fuerte que cualquier otra cosa.

Desde el momento en que la vio en la casa de ladrillos rojos, no solo le pareció que la conocía, sino que había algo que los unía. Como si estuviera destinado a darle un mensaje, pero no recordaba cuál era la misión encomendada.

O tal vez, no era exactamente a ella, la mirada melancólica e insatisfecha de la chica le recordaba a alguien, pero no podía descubrir a quién. Esas incógnitas lo volvían ansioso.

Hasta que no resolviera aquel acertijo no viviría en paz.

—¿Dayana y tú...?

—Somos hermanas de diferente madre —aclaró Jimena. Acostumbrada, y algo fastidiada, a que siempre le preguntaran lo mismo. Dayana y ella eran muy diferentes, no solo en lo físico, sino en cualquier otro aspecto. Por eso la gente solía sorprenderse al saber que eran parientes tan cercanas—. Soy la oveja negra —agregó con sarcasmo mientras él tomaba la vía en dirección a la posada—. Mi madrastra siempre dice eso en referencia a nuestro color de cabello.

—¿Tú madrastra? ¿La madre de ella? —La joven negó con la cabeza. David bufó— Tu padre debe ser indetenible. —Ella asintió con las mejillas sonrojadas—. Disculpa si el comentario te ofendió —expresó al notar la vergüenza reflejada en el rostro de la chica.

—No te preocupes, es habitual que comenten cosas como esas.

Por un momento hubo silencio en el auto, hasta que la curiosidad lo venció de nuevo.

—¿Por qué tu familia se queda en una posada y no en la casa que te pertenece?

Jimena suspiró apesadumbrada antes de responderle.

—Mi padre no tiene una buena relación con Tomás Reyes —reveló con la vista clavada en la vía. A David aquello no le extrañó. El administrador de la granja no parecía un sujeto muy amigable—. Es que mi padre quiere vender la propiedad, pero Tomás se opone —comentó solo por agradecimiento.

Ese hombre había dejado de lado sus responsabilidades por acompañarla en su desgracia, al menos, merecía una pequeña explicación.

—¿Y por qué tú padre quiere vender tú casa?

Ella chasqueó la lengua y sonrió sin ánimo.

—Es... un acuerdo al que llegamos él y yo —mintió.

—¿Y tú quieres venderla? —La chica se mantuvo en silencio por un instante, con su atención puesta en el camino—. Es tu propiedad, ¿no? La decisión final la tienes tú.

David pudo percatarse de la angustia que se reflejaba en los ojos oscuros de la joven. El tema le producía pesar.

—Con eso pagaré una deuda que tengo con él y... —Cerró la boca al reconocer lo absurdo de esas palabras—. Solo quiero terminar con esta situación cuanto antes —completó de forma repentina y se cruzó de brazos antes de fijar la mirada en la espesa vegetación que los rodeaba. Así dejaba en claro que el tema había finalizado.

El hombre mantuvo su atención puesta en la carretera. Experimentaba una fuerte empatía con Jimena.

Él también buscaba lo mismo: acabar lo más pronto posible con el trabajo que le habían impuesto para marcharse lejos de aquel lugar, y de todo lo que le recordara su estúpido pasado.

Respiró hondo y evitó seguir con las preguntas. Sin tener todas las respuestas creía intuir la situación.

El problema de esa familia parecía muy complejo y él no tenía ningún tipo de derecho a meterse en ese asunto. Aunque sus necios instintos sobreprotectores lo empujaran a ello.

La posada donde se hospedaban los Luna era una edificación asentada en un rincón de la montaña, rodeada de árboles.

De lejos no parecía poseer el lujo que Jimena había imaginado que tendría. Pensó que su familia buscaría un lugar más opulento que los hiciera brillar como el sol, como siempre hacían. Sin embargo, a medida que se acercaba notaba la belleza de la construcción.

El dueño había resultado ser un gran amigo de los alemanes que formarían parte de la asociación que Rodrigo Luna pensaba establecer, un detalle que Dayana les explicó de malas maneras cuando llegaron a la estancia. La joven se mostraba irritada por no haber podido viajar con David.

Al atravesar la entrada de piso de piedra y admirar más de cerca la casa, que mezclaba detalles antiguos con la fortaleza de los materiales actuales, comprendió por qué ningún miembro de su familia puso algún reparo en quedarse en esa posada.

A simple vista parecía una construcción más de la Colonia. Con paredes blancas ataviadas con el típico tramado negro de la cultura colonial alemana, combinado con zócalos de madera y un balcón cubierto de flores en la parte superior.

Sin embargo, poseía una amplia terraza lateral que aportaba una vista insuperable de los profundos valles y de las imponentes montañas, decorada con toda la distinción que pudieron

aportarle.

Era un área elegante, desde donde se podía tomar una bebida caliente mientras se apreciaba la magna naturaleza y los campos marcados por surcos y tapizados con fresas, lechugas o tomates.

Los arrullaba el suave silbar del viento, que impregnaba el ambiente con los aromas de las rosas, claveles y crisantemos que parecían crecer como la hiedra en los alrededores.

Jimena quedó por un instante hipnotizada al mirar aquel escenario. Una agradable sensación de bienestar la embargó.

La neblina comenzaba a bajar y estaba a punto de llegar a la edificación, lo que le daba una apariencia mágica, como de cuentos de hadas.

Cerró los ojos y se llenó los pulmones de aire. La pureza le dejaba en la garganta un regusto a agua y le erizaba la piel.

—¡Jimena!

El efusivo saludo de Alejandro, su hermano menor, la despertó. El niño corrió y la abrazó por la cintura.

Ella lo cubrió con sus brazos mientras sonreía complacida. De toda su familia paterna el chico era el único que le prodigaba muestras sinceras de cariño.

Dayana resopló y pasó junto a ellos sin mirarlos siquiera, en dirección a la terraza. Jimena la ignoró y continuó su camino mientras Alejandro le contaba emocionado que esa mañana había visto un mono aullador cerca de la posada y hasta había logrado tomarle una fotografía.

David caminó en silencio tras los hermanos y junto a Gonzalo, no podía dejar de evaluarlos. Los tres eran diferentes, pero a la vez poseían ciertas similitudes que solo un ojo atento podía encontrar, y seguía resultándole demasiado familiar.

Al final de la terraza, sentada en una mesa redonda vestida con un fino mantel de ganchillo, se hallaba Tamara.

Tomaba un chocolate caliente y leía folletos turísticos que le habían facilitado y la ayudarían a elegir una de las tantas excursiones que se ofrecían por el pueblo.

—¡Tamara! —el saludo de Dayana le arrancó a la mujer una sonrisa amplia— Él es David León, ahijado de Leonel Acosta, socio del canal de televisión que transmite las novelas que tanto te gustan —comentó la chica al llegar a su lado y señalando a David.

La mujer se levantó de la mesa y se aproximó al hombre para recibirlo con un abrazo, como si fuese el hijo que había perdido y que hallaba después de haberlo buscado por años.

Jimena no pasó por alto el rostro contrariado e incómodo del hombre, pero no pudo hacer nada por ayudarlo, una sensación de despecho la abrumó.

Estaba cansada de ser siempre ignorada por sus «familiares», mientras que a cualquier extraño, con una buena posición social o económica, lo trataban como a la persona más querida

del planeta.

—Me alegra tenerte aquí, ¿te quedarás en la posada? —consultó Tamara sin disimular su alegría.

Le encantaba relacionarse con gente importante que aumentara su estatus social.

—No, mi amigo y yo nos residenciaremos en una cabaña en el pueblo —respondió David y señaló a Gonzalo, quien saludó a la mujer moviendo una mano desde su posición detrás de Dayana.

Tamara le regresó el saludo por cortesía, pero enseguida se centró de nuevo en David.

—Lastima, este lugar es increíble. Nos cedieron a mi marido y a mí una habitación para recién casados. Es hermosa, toda decorada de blanco y ataviada con ramos de flores naturales, velas aromáticas y pétalos de rosa esparcidos por la cama. ¡Hasta posee su propio balcón privado! —narró sin detenerse— Nos obsequiaron una botella de champagne, frutas y chocolates artesanales. ¡¿Y el baño?! Tienes que verlo. Es grande y elegante... —David lanzó una mirada ansiosa hacia Jimena, quien lo único que pudo hacer fue alzar los hombros. Nunca había conseguido una manera para frenar a Tamara cuando comenzaba a hablar—. En la mañana te dejan una bandeja con bocadillos y café en la puerta. ¡Es genial! Y la comida es insuperable, el chef se esmera con cada detalle. Tienes que ver...

—Me alegro que esté satisfecha con el servicio —la interrumpió David. No estaba dispuesto a escuchar una cháchara interminable.

Tamara lo miró con sorpresa, la única persona capaz de silenciarla era Rodrigo. Sin embargo, pronto se recuperó y mostró su mejor sonrisa.

—¿Y qué hace alguien tan distinguido como tú en estos pueblos tan alejados de la civilización?

David se metió las manos en los bolsillos y reprimió un suspiro.

—Estoy con Jimena —destacó y señaló a la chica con la cabeza.

Su intervención sobresaltó a no solo a Tamara, sino también a la aludida.

—¿Con... Jimena? —consultó la mujer completamente desconcertada.

—La ayudo a ubicar a su padre.

Tamara y Dayana clavaron una mirada inquisidora en la joven, haciéndola sentir inquieta.

—David trabajará en el terreno ubicado frente a mi casa —informó para calmar el figoneo de las mujeres—. Leonel Acosta lo compró para cosecharlo.

—¡Vaya! —expresó Tamara sin poder salir de su asombro—. Qué mundo tan agradablemente pequeño tenemos, ¿cierto?

A pesar de la forzada alegría que intentaba mostrar, David pudo notar la actitud recelosa de la mujer y las miradas despectivas que lanzaba en dirección a Jimena. Aquello, además de indignarlo, aumentó su curiosidad.

—¿Tu casa? —preguntó Alejandro hacia Jimena después de haberse bebido todo el chocolate que Tamara tenía sobre la mesa—. ¿Cuál casa, si te dejamos en la calle para no tener que saludar al orangután de Tomás Reyes? —expresó, repitiendo lo que su padre había dicho después de abandonar a Jimena la tarde anterior.

—¡Alejandro! —lo reprendió su madre y tomó con rapidez una servilleta de tela para limpiar el borde del labio superior del chico, que estaba manchado por el chocolate.

—¿Te dejaron en la calle? —consultó con cierto rastro de burla Gonzalo, que no hacía más que escuchar la conversación desde su posición.

Dayana se giró hacia él y le habló algo fastidiada.

—No la dejamos en la calle, solo en la entrada del callejón donde está ubicada su casa. Papá estaba apurado.

—¿Callejón? Eso es casi un kilómetro —agregó David y se mostró enfadado.

Jimena se puso nerviosa por el camino que estaba tomando esa conversación. No se sentía preparada para explicar su absurda vida.

—¿Dónde está papá? —preguntó a Tamara ignorando a los presentes para no tener que enfrentar aquella situación tan vergonzosa.

Capítulo 14. Cara a cara con su pasado.

—Rodrigo se encuentra en el salón —respondió Tamara con incomodidad—, pero no lo molestes, está reunido con los alemanes —advirtió.

—Pero necesito hablar con él sobre... —expresó Jimena con ansiedad.

No obstante, la mirada amenazante que le dirigió Tamara la silenció.

—Vamos —la aupó David, quien estaba a punto de estallar por la ira.

Odiaba que la trataran de aquella manera.

La tomó por la cintura y la empujó hacia el interior del hogar. Si no hacía algo, terminaría entablando una absurda discusión con aquella gente.

Salieron de la terraza y atravesaron una puerta francesa construida en madera y vidrio labrado, para entrar en una sala amueblada con sofás de tapicería marrón apostados sobre una alfombra de pelo corto.

Adentro la calidez era tan reconfortante que el nerviosismo de ambos pudo ser aplacado como por arte de magia.

En un costado de la habitación, frente a la chimenea de ladrillos, se hallaba el sujeto que Jimena había estado buscando con tanto ahínco.

El hombre les daba la espalda mientras hablaba con otro de mediana edad, de piel blanquísima, cabellos castaños y nariz aguileña.

La voz gruesa y profunda del padre de Jimena retumbaba en la estancia y le despertaba a David amargos recuerdos. A medida que se acercaban él arrugaba el ceño.

—Buenos días —saludó Jimena al estar tras su padre. El alemán que lo acompañaba le respondió con una amplia sonrisa.

Rodrigo se giró enseguida, pero al mirar a David quedó paralizado.

—¿David León? —preguntó con expresión estupefacta.

Jimena se irguió para hacerse notar, estaba harta de pasar siempre desapercibida.

—Hola, papá. Disculpa la interrupción, pero necesito hablar contigo. Es urgente —recalcó, pero a Rodrigo le costaba salir de su asombro.

Paseaba su mirada contrariada entre David y su hija, como si el simple hecho de verlos allí resultara un asunto antinatural.

—Aprovecharé que llegó tu hija para buscar a mi socio y prepararnos para el almuerzo —anunció con simpatía el alemán utilizando un acento europeo casi imperceptible—. Espero sepan disculparme —completó en dirección a los recién llegados, recibiendo una sonrisa dulce de parte de Jimena.

David apenas pudo asentir con la cabeza en respuesta, haberse encontrado con Rodrigo

Luna lo había dejado perplejo.

Al marcharse el alemán, la tensión que arrojaba al trío se hizo más evidente. Jimena se aclaró la garganta dispuesta a dirigirse hacia David para agradecerle su ayuda y compañía, y pedirle con delicadeza que la dejara a solas con su padre.

Necesitaba conversar con él sobre Tomás Reyes. No obstante, no fue ella la que logró hablar primero.

—David León —saludó Rodrigo con frialdad.

—Nunca imaginé que el padre de Jimena fuera usted —se justificó él con las manos apretadas en puños.

—¿De haberlo sabido, la hubieras lanzado por un acantilado como lo hiciste con mi ahijado? Y justo en estas mismas tierras.

Aquello dejó de piedra a Jimena y con la boca tan abierta como las órbitas de sus ojos.

—¡Rodrigo! ¿Viste quién comerá esta tarde con nosotros?! —La llegada imprevista de Tamara interrumpió el enfrentamiento. La mujer se acercó a su esposo y le envolvió un brazo con los suyos—. David León es ahijado de Leonel Acosta, el empresario. ¡Y será nuestro vecino!

Rodrigo se mantenía rígido al igual que David. Jimena estaba tan contrariada que ni siquiera pudo intervenir para corregir a Tamara y aclararle que el futuro vecino no sería David, sino el propio Leonel Acosta.

—Tendrá que disculparme, señora —expresó David—. No podré comer con ustedes, tengo un trabajo que me urge terminar pronto.

Jimena se giró hacia él. Sintió un amargo vacío apoderarse de su pecho.

—¿Te irás?

Él relajó las facciones al dirigir su atención hacia la chica. Lamentaba tener que dejarla, había logrado cierta empatía con ella, pero ahora se daba cuenta que lo mejor era alejarse de esa mujer y de su familia.

—Fue un placer haberte conocido. —Le tomó una mano y la acercó a sus labios para darle un tierno beso sobre los nudillos—. Espero logres resolver tus asuntos —expresó y se deleitó por un momento con sus brillantes ojos negros antes de retroceder un paso.

Con una venia se despidió de Rodrigo Luna y de su esposa, dio media vuelta y se marchó de la posada.

—Pero...

Tamara, contrariada, quiso intentar detenerlo. No podía perder la oportunidad de compartir un almuerzo con semejante personalidad de la sociedad caraqueña, para luego presumir de ello frente a sus amigas cuando volviera a la capital.

Sin embargo, tuvo que cerrar la boca al ver el rostro pétreo de su marido. Rodrigo, con una mirada irascible, le advirtió que no interviniera.

—Ve con los chicos a la terraza. Jimena y yo tenemos que hablar —le ordenó.

Tamara observó a su hijastra con reproche, se irguió como una reina y salió de la sala dando fuertes taconazos.

Jimena volvió a sentirse abandonada. Dio una ojeada hacia su padre y notó su postura severa.

Este dejó sobre la repisa de la chimenea la copa de vino que tomaba y la agarró con firmeza del codo para dirigirla con brusquedad hacia uno de los sofás.

Ella parecía una chiquilla que asumía con resignación su castigo, aunque no podía entender qué era lo que había hecho mal.

Después de haber utilizado decenas de excusas para convencer a Dayana de que Gonzalo y él debían marcharse, David pudo salir de la posada seguido por el contrariado de su amigo.

—¿Qué demonios ocurrió? ¡Quería pasar un rato con esa chica! —reclamó Gonzalo con enfado.

—Conoce a tu novia, ¿no crees que podrías meterte en problemas si Sabrina se entera que coqueteaste con una de sus amigas cuando debías estar trabajando? —expresó David con irritación mientras se dirigía a su auto.

—Sabrina y yo mantenemos una relación abierta. —El bufido sonoro de su amigo fastidió a Gonzalo—. A veces no logro comprenderte. Si querías marcharte podías haberte ido solo. Creo que eres bastante grandecito para asumir tus problemas sin tener que arrastrar a los demás.

David se detuvo de forma imprevista y se giró hacia su compañero con el cuerpo tenso y los puños cerrados.

—El padre de esas chicas es el padrino de Mariano Lozada. ¿Lo recuerdas? —La noticia le cortó hasta la respiración a Gonzalo—. No me trató muy bien al reconocermé y dudo que te permita pasar una tarde agradable con su hija si se entera que también estuviste en El Jarillo el día del accidente.

Gonzalo retrocedió un paso para dar movilidad a su cuerpo petrificado, trago grueso y se metió las manos en los bolsillos del pantalón sin decir una sola palabra.

—Llevo cuatro años asumiendo solo mis culpas, lejos de las personas que aprecio para no arrastrarlos en mi pena. Así que no me des lecciones de lo que debo hacer o no en estos casos. Soy consciente de cuál es mi puesto en este mundo. Ahora, si quieres quedarte, quédate.

Después de decir aquello, David se giró sobre sus talones y se apresuró a entrar en su auto para marcharse del lugar.

Gonzalo lo observó por un instante aún inmóvil, hasta que pudo reaccionar y retomó su camino en dirección a su vehículo.

Comprimió el rostro en una mueca de disgusto lamentando que una maldita casualidad le

fastidiara la diversión.

Capítulo 15. Míralo desde otra perspectiva.

En el interior de la posada, Rodrigo Luna sentó en uno de los sofás de la sala a su hija, para luego ubicarse junto a ella. Con sus movimientos bruscos evidenciaba su enfado.

—¿Dónde y cuándo conociste a ese sujeto? —preguntó con severidad y sin mirar a la cara a Jimena.

Estaba ocupado sacando su teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y activando la mensajería de texto.

—Trabaja frente a la casa y fue esta mañana a hablar con Tomás sobre los terrenos. —La chica respiró hondo mientras un dolor lacerante le comprimía el pecho. Se sentía exhausta, confusa y enfurecida. Tanta mezcla de sentimientos le impedían pensar con claridad—. Tuve una discusión con Tomás y al enterarme que él venía hacia el pueblo, le pedí que me trajera para buscarte —expresó y buscó la mirada escurridiza de su padre con la ansiedad represada en las pupilas en forma de lágrimas. A Rodrigo no parecía interesarle lo que le contaba, estaba atento a lo que escribía en su teléfono—. Dijiste que me llamarías anoche, yo lo he hecho cientos de veces, pero no respondes ni siquiera mis mensajes.

—¡He tenido cosas que hacer! —rebatía Rodrigo con brusquedad.

Jimena se mordió los labios para no dejar salir el llanto. El vacío se extendía por todo su ser y la ahogaba en la desesperación.

—Tomás no quiere vender, dice que no le entregará la casa a un ladrón para que la destruya como lo hizo con Adelaida —reveló enfurecida y con la voz casi quebrada.

—Esa casa es tuya, no de él —contestó el hombre aún manipulando su teléfono, sin que el estado de su hija lo afectara.

—Tomás dice que tiene como quitármela...

—¡No puede, Jimena! —exclamó Rodrigo con la mirada severa clavada en ella—. Haré venir a mi abogado para que trate con él. Mientras tanto, mantente en esa casa, has vida en ella. Ocupa tu lugar.

La chica arqueó las cejas con el desconcierto reflejado en su rostro pálido.

—¿Quieres que viva con ese hombre?!

—Quiero que te quedes en la propiedad y te encargues de ella como su dueña. Yo me ocuparé de sacar a Tomás a patadas de allí lo más pronto posible —enunció con frialdad y se levantó del sillón—. Y ni se te ocurra hacer amistad con David León —advirtió mientras la observaba desde arriba—. No creo que sea una casualidad que ese hombre esté cerca de ti, así que mantente alejada de él. ¿Me entiendes? —advirtió y la señaló con un dedo para afianzar su decisión.

Jimena miró a su padre con las lágrimas a punto de salir desbordadas de sus ojos y la boca abierta.

—¿No venderás la propiedad? —consultó al borde del llanto.

En ese momento su cerebro no podía asimilar varios temas a la vez, necesitaba primero comprender lo que ocurriría con la propiedad que su madre le había dejado para luego pensar en otra cosa.

—No, estoy negociando la producción de flores. Así que no cometas más errores, llamaré a un taxi para que te regrese a la casa y no vuelvas a salir de allí sin mi consentimiento.

—Pero, Tomás...

—¡Tomás es un idiota! —bramó exasperado—. Puedes manejarlo, eres igual a tu madre —completó con reproche para luego darle la espalda y dirigirse a la terraza.

Ella no pudo moverse del sofá. La ira, el miedo y la confusión le embotaron la cabeza e impedían que llegaran órdenes al resto de su organismo.

Su padre mentía, cada vez era más consciente de ello. ¿Cómo podía negociar la producción de una granja que él mismo le había indicado que no funcionaba desde hacía años?

Estaba segura de que Rodrigo Luna nunca había puesto un pie en esa propiedad. Tomás no se lo permitiría.

Sin embargo, parecía conocer mucho de ella, pero en su desesperación económica sería capaz de ofrecer su producción a precio de gallina flaca y al primer postor que hallara.

En cierto punto, Tomás Reyes tenía razón: su padre podría llevar la propiedad a la quiebra.

Respiró hondo y se levantó del sofá para dirigirse con paso sereno y hombros caídos hacia la entrada de la posada.

Se abrazó a su cuerpo para calmar el frío que la sensación de abandono le producía y era mayor al que podía generar el clima del lugar.

Mientras atravesaba la edificación, el recuerdo de David León pasó por su mente siendo rápidamente bloqueado. No porque su padre se lo hubiera advertido, sino porque así era mejor.

No eran tiempos para los amigos, ni para las relaciones, era momento de poner en orden su presente y su futuro.

No podía seguir viviendo tras la sombra de nadie, estaba sola, y aunque en realidad siempre lo estuvo, era hora de asumirlo y comenzar a tomar decisiones en base a su nueva existencia.

Se sentó sobre el muro bajo y empedrado que servía de cercado a la posada para esperar a que llegara el taxi que la trasladaría a su hogar, lo único estable que parecía quedarle en medio de aquella destrucción.

Al llegar, Malena la recibió con un cálido abrazo, y en silencio la introdujo en su cocina. No hizo ningún comentario o pregunta indiscreta, la mujer sabía cuando mantenerse al margen.

El rostro contrito de Jimena le revelaba lo que estaba oprimido en su alma.

Para la joven, la cocina de esa vivienda era otro mundo. Las paredes de ladrillos, los fogones encendidos y las cacerolas colgando de un complejo artilugio atornillado a las vigas del techo, así como las decenas de ramilletes de albahaca, orégano, romero, cilantro y laurel esparcidos por el lugar, le hacían pensar que se hallaba en un lugar remoto y apartado de la civilización.

Un sitio donde podía ocultar su cabeza como lo hacían los avestruces para aislarse de todo lo que la rodeaba.

Malena colocó frente a ella un plato con guiso de carne, humeante y aromático, mientras una lágrima bajaba solitaria por la mejilla de la chica.

Ese era el único atisbo de pena que Jimena se había permitido exteriorizar. Sus facciones endurecidas y su mirada impasible, clavada en un horizonte invisible, mantenían a raya su amargura.

—Cuando comencé a trabajar en esta casa me enfrenté no solo a los humores volubles de los dueños, sino a todas las consecuencias que el cambio de vida produjo en mi matrimonio —comentó Malena y colocó junto al plato de la chica una cuchara y un vaso con zumo de fruta—. Fue duro y difícil, en muchas ocasiones pensé en dejarlo todo y regresar a la capital, para morirme de hambre entre sus calles atestadas de gente —reveló mientras dejaba una cesta con pan recién hecho sobre la mesa.

Se secó las manos en el manchado delantal y se sentó con cansancio frente a Jimena, sin mirarla a los ojos. Observaba con fijeza un rincón de la habitación, como si en ese sitio se mostraran las imágenes de lo que narraba.

—Lloraba —continuó—, y cuando se me secaban las lágrimas, descargaba mi frustración con cualquier otra cosa. Ya fuese dándole golpes al suelo con el trapeador o desmembrando una cabeza de ajo en el mortero.

Sin mover el cuerpo, Jimena dirigió su atención hacia la mujer. La calidez de la comida le bañaba el rostro y eliminaba poco a poco la rigidez de sus facciones. Hasta le secaba las lágrimas.

El aroma de la carne adobada, de las hierbas y verduras, despertaron a su estómago, que comenzó a retorcerse al saberse vacío.

—Tu madre tenía la paciencia de un santo, aunque su propia vida estuviera más apaleada que la mía. —La mención de Adelaida fue como un interruptor para Jimena. Como una autómatas su mano derecha se movió para tomar el cubierto y darle una primera probada a la comida—. Recuerdo que ella me decía que en cada caída debía aprender a mirar la nueva oportunidad que el destino me obsequiaba. «Cambia tu punto de vista», me repetía, pero yo no lograba entenderla. Lo que hacía era enfurecerme más.

Malena sonrió con poco ánimo en medio de su monólogo, sin notar que ahora la chica le prestaba toda su atención mientras se deleitaba con el guiso.

—Para callarla yo le decía: «Tonta, tu optimismo es enfermizo, la gente se aprovecha de tu bondad. Te humillan, te despojan de todo lo que amas y te lanzan al olvido. ¿Y aún así me dices que vea mi problema desde otro punto de vista? ¿De qué hablas?»

Jimena detuvo la cucharada de guiso que llevaba hacia su boca a escasos centímetros de esta, a la espera de la continuación de aquella triste historia.

—Y ella, con esa sonrisa tan dulce que siempre la caracterizaba, me respondía: «Sí, tonta, de no haber sido por eso yo no estuviera aquí, ni habría obtenido este lugar» —expresó Malena y abarcó con una mano toda la cocina—. «Ahora tengo algo mío, que me ayudará a recuperar lo que me pertenece. Y lo traeré aquí, a esta casa, donde nadie podrá quitármelo de nuevo, ni hacerle daño».

La mujer dirigió su rostro hacia la chica y le sonrió con ternura y lágrimas en los ojos.

—Adelaida sufrió mucho cuando te separaron de ella y lo aceptó porque no había otra opción. No tenía nada que ofrecerte, ni con qué pelear tu custodia. Hasta que llegó a este lugar y el destino se encargó de ponerlo en sus manos para dártelo a ti.

Jimena no dijo nada. Aún tenía la cuchara inmóvil frente a su boca mientras su atención bailaba entre Malena y cualquier otro punto de la cocina.

Le costaba mantenerle la mirada, no quería estallar en llanto. Si el destino había arrastrado a Adelaida a ese lugar, con intención de darle una herramienta para recuperar lo perdido, entonces, ¿por qué se la llevó antes de tiempo?

¿Ironía? ¿Una burla? Eso nunca lo sabría, ni estaba de ánimo para intentar comprenderlo.

—No vendas la propiedad, mi niña —suplicó la mujer con rostro angustiado—. Trata de verla desde otro punto de vista. Encuentra la gran oportunidad que puede hallarse aquí, entre estas paredes, oculta tras lo que puede parecer un problema insostenible.

Después de decir aquello, Malena se levantó de la mesa y se entretuvo organizando la cocina.

Jimena la observó por casi un minuto, pensativa. Luego retomó su comida mientras su mente asimilaba el consejo.

Capítulo 16. Fanática de las rosas.

Una hora después, Jimena entraba en su habitación con los hombros caídos. Le dolían los huesos, tenía frío, cansancio y miedo.

Sin embargo, nada de eso resultaba suficiente para que decidiera lanzarse sobre el colchón a desahogar las penas con el llanto.

Estaba tan agotada que no tenía ánimos ni para llorar.

—Mamá, ¿qué abrías hecho tú en mi lugar? —preguntó al aire.

Se sentó en el borde de la cama y miró los alrededores como si en ellos escondieran las respuestas. De esa forma detalló los adornos ubicados sobre las repisas, las fotografías (casi todas de ella) y las tablitas con imágenes de santos acompañadas de mensajes fortificantes colgadas de las paredes.

Su inspección se detuvo en un gran rosario de madera atornillado a la pared, encima del cabecero de la cama. Era lo primero que se divisaba al abrir la puerta. Su madre en vida había sido una gran devota, rezaba a diario a la Virgen del Carmen, quien decían que amparaba las causas difíciles.

El objeto estaba conformado por cuentas con formas de capullos de rosas, talladas en madera con tal mimo, que parecían toda una obra de arte.

El crucifijo que portaba también era de madera, notándose a la perfección la caída de los cabellos del Cristo, así como las facciones del rostro. Era un adorno hermoso, trabajado con dedicación.

La curiosidad pudo más que ella y la llevó a acercarse para tomar el accesorio con una mano y evaluarlo con atención. La cadena que unía las cuentas había sido bañada en oro, lo que le otorgaba más valor.

—¿De dónde sacaste esto? —quiso saber, confusa.

Hasta donde sabía, Adelaida nunca tuvo recursos para adquirir ese tipo de objetos tan valiosos. ¿Se lo habría regalado Filippo?

Después de apreciar el ornamento giró su atención hacia la cómoda y las repisas. No había reparado en la diversidad de adornos y muebles tallados en madera que su madre había poseído. Casi todos con formas o dibujos de rosas, lirios, claveles o geranios.

Si prestaba más atención, podía descubrir que cada elemento en el dormitorio poseía algún detalle floral: las sábanas y el cabezal tallado en madera de la cama, el estampado del cofre de aluminio donde guardaba las joyas que le había obsequiado Filippo Merlo, las cortinas, el marco del espejo y de las fotografías.

Al parecer, la mujer había sido una ferviente fanática de las flores, e incluso, de los objetos

fabricados en madera.

—¿Esto es una clave? ¿Tratas de decirme algo? —consultó comenzando a rozar en la desesperación.

Estaba tan ansiosa por respuestas que creía verlas reflejadas en los objetos que la rodeaban. Respiró hondo obligándose a desechar esas ideas y se acercó a una de las mesitas de noche para sacar de la gaveta el cuaderno de Adelaida.

Desató los cierres mientras se quitaba los zapatos y se sentaba sobre la cama con las piernas cruzadas.

Comenzó a pasar con lentitud cada página para leer su contenido. Encontró, en su mayoría, anotaciones técnicas de reuniones a las que la mujer había asistido y donde se hablaba sobre la producción de rosas, las maneras en que se podían mejorar los cultivos o los acuerdos para la solitud de insumos a diversos entes gubernamentales y privados. Al parecer, Adelaida había pertenecido a una cooperativa de floricultores.

También halló comentarios personales de investigaciones que la mujer hizo centrados en la cosecha de ese tipo de flor.

En algunas partes se encontraban fotocopias de libros pegadas a las páginas, que indicaban las descripciones y características de diferentes especies de rosas, o detalles sobre la construcción de invernaderos.

Por el contenido del cuaderno, Jimena pudo deducir que su madre estuvo en un cien por ciento involucrada con la granja. Aspiraba ampliarla y planeaba aumentar la producción.

Aquel lugar se había convertido en su finalidad e invirtió sus últimas fuerzas en diseñar un plan de trabajo bastante completo.

Lo que más le interesó, fueron los datos que su madre había registrado sobre la granja. Allí pudo descubrir que la propiedad en realidad ostentaba una hectárea de terreno y no «unos pocos metros» como le había informado su padre.

—Solo me diste información falsa e incompleta —reprochó como si él la hubiese escuchado.

Odiaba que Rodrigo siempre la tratara como una tonta y nunca fuese sincero con ella. Si le hubiese dado una información clara desde el principio, ya habría resuelto aquel problema, estando ahora de regreso a Caracas para retomar su vacía e inconsistente vida.

Continuó leyendo el cuaderno encontrando que la granja poseía algo menos de treinta mil plantas de rosas, todas en producción, que eran importadas al país a través de una cooperativa de floricultores de la zona.

Poseía además un pequeño invernadero donde realizaban pruebas para mejorar alguna especie o producir otra nueva, e incluso, experimentaban con orquídeas.

Su madre había ahondado mucho en ese tema y tenía contactos con ingenieros, agrónomos

y jardineros profesionales del país que la asesoraron en sus investigaciones.

En medio de un suspiro, Jimena cerró el cuaderno y volvió a observar los alrededores con curiosidad.

¿Por qué su madre nunca le habló de la granja ni de su intención de dedicarse al negocio de las flores?

¿Mantuvo acaso una relación con Filippo Merlo Reyes solo para obtener la propiedad, al margen de la relación que seguramente tuvo con Tomás Reyes?

Un torbellino de dudas se desató en su cabeza y le impidió el paso de las ideas. Cerró los ojos y se llenó los pulmones de aire. Procuró serenar sus emociones para pensar con frialdad.

No importaba cómo habían sucedido los hechos, lo único que tenía claro era que el último aliento de su madre quedó represado en ese lugar.

Allí residían todas sus esperanzas y aspiraciones, por eso, no debía deshacerse de ese sitio. En esa propiedad se hallaba anclado el espíritu de Adelaida Ramos y su deber era protegerlo.

—¿Quieres que me quede aquí? ¿Qué intente continuar con tu labor? —volvió a lanzar hacia la nada y ahora con los ojos aguados con lágrimas de ansiedad.

La urgían respuestas.

Si decidía quedarse con esa granja tendría que enfrentarse a la ira de su padre, incluso, a sus jugos sucios, porque Rodrigo Luna no admitía desertores. Él se esforzaría por ponerle obstáculos para evitar que ella cambiara de opinión.

—Tengo que hacerlo. No puedo permitir que él tome esta propiedad y la venda por menos de su valor, o que la exprima hasta la última gota y la deje inservible como los terrenos de los alrededores —dictó para sí misma. Esta vez, con total seguridad.

Comenzaba a sentir un apego por esa casa y por esas tierras. Allí estaba represado el último recuerdo de su madre. No quería perderlo, porque entonces, la perdería a ella por completo.

Aunque primero necesitaba comprender la situación de su madre antes de intentar convencer a Tomás Reyes de que la ayudara a resolver su problema más próximo: evitar que su padre vendiera la propiedad.

Anhelaba terminar con la deuda moral que tenía con Rodrigo Luna y rehacer su vida lejos de esa familia, pero no deseaba que su padre cerrara ningún negocio sin evaluar las potencialidades de esas tierras y darle su justo valor.

Si su madre estuviera viva, no se lo perdonaría, y ella no podía vivir con esa culpa.

Según lo encontrado en el cuaderno de Adelaida, la propiedad era capaz de generar excelentes ingresos que podían triplicarse si se lograban llevar a cabo los planes que la mujer había trazado.

Si eso era cierto, las palabras de Tomás quizás no estaban muy alejadas de la realidad: «la

granja es una de las más productivas de la zona». Como tampoco lo estaría su opinión de que Rodrigo Luna lo que lograría sería arruinarla como lo había hecho con Adelaida.

Debía actuar con celeridad, pero a la vez, con precaución.

«Puedes manejarlo, eres igual a tu madre», recordó lo que le había dicho su padre en referencia a Tomás.

Físicamente, Adelaida y ella compartían muchos rasgos, aunque a su criterio las diferencias eran notables. Pero quizás esas semejanzas pudieran servirle de algo, al menos, para ganarse la confianza de Tomás Reyes.

Abrió los ojos sintiendo que había hallado la pieza faltante para armar el rompecabezas y se levantó de la cama con renovado ánimo.

Le había dado una perspectiva diferente a sus pensamientos. Seguiría el consejo de Malena y se esforzaría por ver la situación desde el punto de vista de Adelaida.

Tal vez eso podría ayudarla a reconstruir su desbaratada vida.

Capítulo 17. Desafiando al destino.

Sentado en la terraza de la cabaña donde se alojaba, David se esforzaba por concentrarse en el trabajo.

Intentaba teclear un informe sobre la situación de las propiedades que ese día había visitado. El frío se intensificaba a medida que se extinguía la tarde.

Aunque a él le gustaba pasar las horas en medio de la naturaleza y no encerrado en la casa. Esperaba que la calma y el suave ulular del viento le despejara la mente de amargos recuerdos.

Pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en Jimena y en su peculiar familia, sobre todo, en Mariano Lozada, quien una vez había sido su mejor amigo.

—Cómo me gustaría estar allá arriba, en el cielo —rememoró una de las tantas conversaciones que había tenido con Mariano cuando ambos se hallaban recostados en el suelo de la azotea del edificio donde se residenciaban en la universidad.

Bebían cerveza y miraban las estrellas mientras escuchaban a Pink Floyd.

En ese momento sonaba la parte más enérgica del tema *The great gig in the sky*, que asemejaba la lucha humana contra una muerte que poco a poco se hacía más fuerte y macabra.

—La libertad que se siente allá arriba es indescriptible —comentó David, sumergido en el sopor que le dejaba la borrachera, y hablando en referencia a su experiencia con el vuelo en parapente.

Deporte que le había enseñado Elías Hamed Görden unos años antes, cuando él se alistó en uno de sus cursos como piloto.

—¿Me enseñarás? —le pidió Mariano con una risita ansiosa.

—Claro.

—Es lo único que me falta por conocer: el cielo.

David arrugó el ceño mientras admiraba la esfera oscura salpicada de estrellas que se extendía sin límites sobre sus cabezas.

—¿Lo único?

—Sí, ya lo he hecho todo en la vida, solo me falta volar.

David giró la cabeza hacia Mariano y observó cómo sonreía con los ojos cerrados. Ambos se encontraban en las últimas semanas de estudio de la carrera, en pocos días presentarían la tesis que los convertiría en Ingenieros Civiles.

Eran jóvenes y populares, y tenían miles de sueños que cumplir. Entonces, ¿por qué de pronto su amigo hablaba como si su vida estuviera a punto de terminar?

—¿Lo has hecho todo? No me parece.

Mariano rió, abrió los ojos y se incorporó para quedar sentado frente a David. Era un chico

alto y bastante delgado, de rostro anguloso, con eternas ojeras marcadas sobre los pómulos y abundantes cabellos castaños.

Sus ojos ambarinos se mostraban agrandados por su delgadez, y poseían una mirada melancólica y entristecida, llena de insatisfacciones y súplicas.

—Visitamos juntos el Volcán Popocatepetl en México, ¿quién ha visitado un volcán, amigo mío? —consultó con una sonrisa embriagada—. Hicimos rafting en los ríos Pastaza y Patate de Ecuador. ¡Y estuvimos en Noruega haciendo alpinismo en la región de Romsdal! —enunció con emoción y señaló a David con un dedo.

El aludido se esforzó por sonreír y alzó su cerveza para brindar con él por los extraordinarios momentos que habían vivido juntos, desde su adolescencia, cuando se conocieron en una institución privada de Caracas mientras cursaban la secundaria.

—Y si me pongo a nombrar las incontables excursiones que hemos hecho por toda Venezuela, no terminaré nunca —apuntó Mariano y rió con pereza—. Conocimos la Gran Sabana, perseguimos vacas en el llano, casi nos ahogamos haciendo surf en Los Roques y hasta nos perdimos en el Pico Bolívar. —Ambos se carcajearon con sonoridad—. ¿Quién ha vivido tanto, mi amigo, dime quién?

Mariano se recostó de nuevo en el suelo y extravió su mirada entre las estrellas. David lo observó con atención.

Él lo había acompañado en todas esas aventuras, además de haber realizado muchas otras por su cuenta, pero para nada se sentía satisfecho. Su vida apenas comenzaba.

—Solo me falta volar —agregó Mariano con cierta aflicción y dirigió su mirada suplicante hacia él.

Esa era la característica que David podía asegurar, era lo que lo asemejaba con Jimena.

Cuando la conoció quedó impactado por su rostro delicado y femenino, resaltado por unos ojos tan negros que en ocasiones brillaban llenos de vida, pero en otras reflejaban una profunda amargura y rogaban comprensión, como lo hacía Mariano.

Nunca fue bueno negándose a ese tipo de solicitudes que su alma también experimentaba. Desde la cuna siempre lo obtuvo todo, pero eso, en vez de transformarlo en un egoísta arrogante, lo volvió solidario y hasta sobreprotector.

Más aún, con las personas que parecían andar el mismo camino lleno de espinas que él transitaba.

—Yo te enseñaré a volar —le prometió a Mariano esa noche y no descansó hasta hacer cumplir su palabra.

Miles de veces se reprendió a sí mismo por ser tan condescendiente. Manía que aún le costaba evitar.

Había logrado no hacerlo en Londres, allá nunca hubo alguien que se ganara todo su afecto

e interés. Ni siquiera su propio padre, que a la semana de recibirlo lo dejó solo para irse a vivir con su novia de turno: una irlandesa que trabajaba como anfitriona en una de las discotecas más concurridas de la ciudad.

Sin embargo, al ser testigo de la pena que ahogaba a Jimena Luna, quien le había dedicado una mirada igual de contrita como la que tuvo Mariano, no fue capaz de resistirse.

—Adivina quién me acaba de llamar.

Gonzalo abrió con tanto sigilo la puerta acristalada de la terraza que David no fue capaz de escucharlo hasta no tenerlo casi encima. La imprevista intervención de su amigo lo regresó de golpe a la realidad.

—¿Sabrina? —respondió sin mirarlo a los ojos. Simulaba escribir algo en su computador portátil—. ¿Regresarás esta noche a Caracas?

—¡No seas idiota! —lo reprendió Gonzalo y se sentó en la silla ubicada frente a David, al otro lado de la mesa—. Dayana Luna Sartori.

—¿Sartori? —inquirió David con el ceño fruncido.

—Sí. ¿No sabías que esa chica era una Sartori?

David alzó los hombros con indiferencia. Conoció a los Sartori en su infancia, quienes durante una época fueron una de las familias más mediáticas del país.

Varios de sus miembros se destacaron como modelos y actores de televisión, pero a la que más recordaba era a Esperanza Sartori, una dama en todos los sentidos.

Una mujer de carácter fuerte pero afable, solidaria y filantrópica, que poseía una fundación que trabajaba de manera activa con niños de la calle. Institución que al morir la mujer, fue defalcada por sus familiares y socios.

Aquel había sido uno de los tantos escándalos que pobló las páginas de los diarios muchos años atrás mientras él estudiaba en la universidad, y que a la semana fue olvidado por la visita al país de una polémica agrupación de rock. Como siempre ocurría en esas tierras.

—¿Y para qué te llamó?

—Para que nos viéramos esta noche. —David fulminó a su amigo con una mirada severa—. Vendrás, ¿cierto?

—Olvídalo.

—Vamos, David. Acabas de llegar a Venezuela, tienes que divertirte —expresó Gonzalo irritado.

—¿Divertirme? Déjame recordarte que estoy aquí porque fui contratado para hacer un trabajo.

Gonzalo comprimió el rostro en una mueca de fastidio.

—Será solo un par de horas. Nos tomamos unas copas, la llevamos a ver las estrellas...

—Y la metemos a la cabaña —completó David con enfado y negó con la cabeza—. Ya

superé la etapa en que compartía mujeres. Ahora no me gusta jugar ese juego — concluyó con severidad y comenzó a apagar su computador.

—Yo no busco compartir a nadie, ese dulce me lo comeré solo —aclaró Gonzalo—. Pero ella quiere que tú vayas. Eres el ahijado de Leonel Acosta, lo único que busca es tener algo con qué presumir frente a sus amigas.

David bufó mientras cerraba el computador y comenzaba a guardar los documentos esparcidos por la mesa.

—No soy nadie, ella en cambio es una Sartori.

—Después de la muerte de Esperanza, los Sartori perdieron relevancia en el país.

—¿Y yo tengo alguna?

Gonzalo sonrió con poco ánimo.

—Eres el ahijado de Leonel Acosta. Desde que pisaste tierras venezolanas te convertiste en el soltero más cotizado de Venezuela.

—¿Cotizado? Eso me recuerda una cosa —acusó David con seriedad—. ¿De dónde salió esa noticia de que pronto me casaré? —inquirió al rememorar lo que había asegurado Dayana Luna cuando se encontraron en el hotel.

—No tengo nada que ver en eso —enfaticó Gonzalo y levantó las manos en señal de rendición—. Tal vez se lo dijo Sabrina a Dayana cuando hablaron por teléfono. Sabes perfectamente que ese es el sueño de Amanda.

David masculló una maldición.

—Yo diría que su capricho.

—No te quejes, las mujeres te aman, eres una celebridad. Muchas te buscan para al menos, tomarse una foto a tu lado.

—No soy un mono de circo —sentenció David y se puso de pie al tiempo que recogía sus pertenencias. Quería estar solo.

—Vamos, amigo, será solo por un rato. Luego inventas una excusa y te vas. Yo no tengo las mismas facilidades que tú para conquistar una mujer. Ayúdame un poco, ¿sí? Me lo debes.

David apretó la mandíbula para no soltarle en la cara a su amigo todo lo que se merecía.

¿Se lo debía? Ya estaba harto de que pretendieran manipularlo amparándose en las deudas que tenía con los demás.

¿Cuándo sería su turno de exigir? ¿Cuándo lograría que una mujer se fijara en él sin que lo relacionara con Leonel Acosta o con alguien de su familia?

—Te dije que no quiero mezclarme con los Luna, ya tuve mucho de ellos en el pasado. Además, recuerda que Dayana es amiga de Sabrina.

La mención de su novia fastidió a Gonzalo, quien se llevó ambas manos a la cara y se frotó el rostro para despejarse la furia.

—Primero, Dayana me prometió que no le contaría a su padre que se vería con nosotros, y segundo, es cierto que Sabrina es amiga de ella, pero Dayana no es una estúpida. Sabe mantener la boca cerrada. —David negó con la cabeza y mantuvo una sonrisa burlona en los labios mientras terminaba de recoger sus cosas—. Además, Sabrina viene mañana —reveló Gonzalo con aflicción.

Con un gesto de frustración, David volvió a dejar el computador y las carpetas sobre la mesa.

—¿Qué?

—Dayana le dijo a Sabrina que se quedará aquí por unos días y sabes cómo es mi chica de celosa. Viene para asegurarse de que no haga nada indebido —explicó con una sonrisa pícara.

—Maldita sea —masculló David y giró su rostro enfadado hacia la montaña.

Si Sabrina iba al pueblo, arrastraría consigo a Amanda, y él tendría a esa mujer pegada a sus talones durante toda su estancia en esa región. Eso le complicaría muchísimo la existencia.

—Esta noche es la única oportunidad que tengo con Dayana Luna. Ayúdame, David. Será divertido —imploró Gonzalo, pero lo que ganó fue una mirada mortal como respuesta—. Vamos, la pasaremos bien. Y no te preocupes por la visita de nuestras mujeres, podemos manejarlo —insistió y se levantó de la silla para regresar a la cabaña antes de que su amigo le soltara un insoportable sermón.

David suspiró con cansancio y volvió a sentarse en la silla.

Nada marcharía bien, lo sabía, llevaba años dándose golpes con la vida. Fue así como confirmó su teoría: si se atrevía a desafiar a su destino, este se ensañaría contra él hasta dejarlo inservible.

Capítulo 18. Una repentina propuesta.

Jimena entró en la cocina con intención de pasar un rato con Malena y sacarle algo de información, pero se cohibió al encontrar a un hombre robusto, de mediana edad y piel trigueña sentado a la mesa, comiendo con gusto de un plato de guiso ubicado frente a él.

Después de saludar se percató que había un segundo hombre en la cocina. Se trataba de un joven de unos dieciocho años, delgado, blanco, de nariz recta y cabellos negros algo encrespados, quien engullía con afán una banana parado a un costado de la encimera cerca de la puerta que daba al patio trasero.

—*Caramba*, tú debes la señorita Jimena —expresó el sujeto sentado en la mesa. Dejó la comida para levantarse y ofrecerle una mano a la chica. Ella la estrechó como saludo.

—Sí, lo soy.

—Yo soy Guillermo Aurelio Torrecillas —se presentó, al tiempo que sacudía con energía la mano de la joven—, pero puede llamarme Goyo, así me conocen en cada rincón de esta región.

Jimena sonrió. Aquel era el esposo de Malena que aún no había conocido.

—Y yo soy Emmanuel Martínez —habló el joven con una sonrisa chispeante marcada en su rostro y sin moverse de su sitio. Ese era el ahijado de Malena.

—Un placer conocerlos... a ambos —declaró ella mientras lograba liberarse del agarre de Goyo, que la observaba con atención.

—Bienvenida a su casa —indicó el hombre sin dejar de sonreír—. De verdad que es la sombra de Adelaida, aunque claro, mucho más joven... y más bella, por supuesto —expresó con galantería, lo que la hizo sonrojar.

—Deja el coqueteo, viejo verde, que la vas a asustar —advirtió Malena y lo golpeó con un paño en el hombro mientras se acercaba a la mesa para dejar una jarra llena de zumo de fruta—. ¿Quieres comer algo, mi niña?

—No, gracias. Solo salí... para caminar por los rosales —mintió.

Su intención había sido hablar con Malena, pero la presencia de los hombres le cambiaba los planes. No quería tocar el tema de su madre delante de extraños.

Y aunque en cierto punto, Malena también lo era, las pocas conversaciones que había tenido con ella la hacían más cercana.

—Eso me alegra mucho, mi niña —confesó la mujer con la satisfacción reflejada en el semblante—. Es hora de que conozcas las tierras que heredaste.

En medio de un suspiro, Jimena se despidió de los presentes y se acercó a la puerta para salir al patio, pero antes de cruzarla Goyo llamó su atención.

—Estoy a la orden para lo que sea, señorita. Mi trabajo es velar por sus necesidades.

Ella no comprendió sus palabras. Arrugó el ceño por unos segundos y luego le agradeció con una sonrisa.

Ya había notado que en ese lugar los habitantes eran muy serviciales, así que decidió no complicarse con ese asunto y continuar su camino.

Los terrenos a la vista resultaban extensos y estaban poblados de rosas en cada rincón. Las habían distribuidas en hileras, y organizadas por tipos y colores.

Jimena las observaba maravillada, pero no se atrevía a tocarlas, no sabía qué era permitido y qué no, y no deseaba molestar más a Tomás Reyes. Necesitaba un aliado.

En los apuntes de su madre descubrió que el terreno era trabajado por diez personas, entre las que se encontraba Goyo y Emmanuel.

Tomás era el encargado, quien dirigía, supervisaba, dotaba y trabajaba las tierras sin horario establecido, ni límites impuestos. Otros siete hombres le servían de apoyo en diferentes horarios, todos residentes en los poblados aledaños.

A un costado del terreno se hallaba el invernadero, fabricado con soportes de madera y plástico recubiertos por polietileno. Era allí donde se realizaban los sembradíos especiales y los experimentos con orquídeas.

Caminó varios metros mientras admiraba el lugar hasta que se topó con Tomás, quien evaluaba con atención una planta e indicaba a uno de los empleados el trabajo que debía realizar para aplicar algún tipo de abono.

Ella escuchó su explicación a una distancia prudencial, pretendiendo no incomodarlo. Simulaba valorar una rosa.

Cuando Tomás reparó en ella, la traspasó con unos severos ojos verdes. Despidió enseguida al empleado y se acercó en un par de zancadas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con cierta irritación.

Ella lo observó con desconcierto y dudó unos segundos antes de responderle.

—Conociendo los rosales.

El hombre masculló palabras inentendibles, que por la frialdad de su mirada no parecían ser encantadoras.

—¿Ya no piensas vender? —inquirió y le dio la espalda para alejarse y recoger unas grandes tijeras de podar que había dejado en el suelo, junto a la planta que antes evaluaba.

—Yo no quiero vender. No me has dado la oportunidad de explicártelo —expuso y se apresuró a seguirlo.

—Entonces, ¿para qué trajiste a ese ingeniero?

Jimena se enfadó. El hombre no le daba la cara, pretendía marcharse e ignorarla por completo.

Corrió y se paró firme delante de él, con los puños cerrados apoyados en las caderas. Lo obligó a que se detuviera.

—David León trabaja en el terreno vecino. Él vino a hablar contigo, yo no lo conocí hasta ese momento. —Tomás volvió a mascullar, esta vez claras maldiciones—. ¿Por qué no me das una oportunidad de explicarme? Yo no soy como mi padre —aclaró para intentar ganarse su confianza.

Jimena podía intuir que la molestia de Tomás era por Rodrigo Luna. Inevitablemente la relacionaba con él, por eso la trataba de esa manera. Debía ayudarlo a cambiar su punto de vista.

El hombre observó con fijeza a la joven. La desconfianza le brillaba en las pupilas.

—Mi padre me ocultó por años que esta propiedad me pertenecía, ni siquiera mi madre me lo comentó antes de morir. Si ahora estoy aquí, es porque Rodrigo Luna necesita dinero, pero yo no quiero hacer lo que él dice.

Tomás no se movió ni un centímetro, aunque ahora la miraba con mayor atención.

—Quiero continuar el sueño de mi madre de hacer más productiva estas tierras —acotó ella—. Estoy dispuesta a lo que sea, pero necesito que me ayudes.

Por casi un minuto ambos permanecieron allí, frente a frente. Analizaban sus posibilidades. Hasta que Tomás se acercó un paso a la joven con una actitud seria y determinada.

—¿Estás dispuesta a todo? —le preguntó al quedar a escasos centímetros de distancia.

Jimena tuvo que alzar la cabeza para observarlo. Sintió el cálido aliento masculino sobre sus labios y no pudo evitar estremecerse.

—Sí, lo estoy —le respondió con seguridad.

Tomás se lo pensó un instante antes de completar su propuesta.

—Entonces, cástate conmigo.

Ella amplió los ojos en su máxima expresión. La sangre se le congeló en las venas.

—¿Qué?!

—Si estás tan dispuesta a desafiar a tu padre, cástate conmigo —repitió.

Ninguno de los dos pudo moverse. El terror no solo se fue apoderando del organismo de Jimena, sino también, de los ojos de Tomás.

—Yo... yo... —ella no podía articular palabras, tenía un nudo atorado en la garganta.

—Perdiste la oportunidad de obtener la propiedad al no reclamarla en el tiempo estipulado, no me importan los motivos —explicó el hombre. Se esforzaba por mantenerse sereno—. Por ley, es mía. Si la quieres de vuelta, acepta mi propuesta.

Al culminar su intervención pasó junto a la chica para dirigirse al fondo de la propiedad. La dejó petrificada en medio de los rosales.

A Jimena, el frío le atravesó en ráfagas no solo las capas de tela que la cubrían, sino también la piel, hasta congelarle los huesos.

¿Casarse? ¿Con él? ¿A cambio de la propiedad?

Aquello era absurdo. ¿Por qué él le propondría tal cosa?

Aunque, atarse a una relación con ese hombre, de verdad le garantizaría tener el control de la propiedad, ya que él no la reclamaría como había venido amenazando desde que la encontró dentro de la casa.

Un matrimonio no solo la pondría a ella como dueña de la casa, sino que también, él tendría ciertos derechos. Eso complicaría las gestiones de Rodrigo Luna y podría poner fin a sus pretensiones de utilizar esas tierras para sus fines.

¿Sería acaso la solución más efectiva? ¿Tendría ella la valentía para casarse con un hombre como Tomás solo para cumplir con la voluntad de su madre?

Y ahora, ¿qué demonios haría?

Capítulo 19. Abriendo su corazón.

El viernes, al llegar a su cabaña luego de culminar el trabajo en uno de los terrenos que evaluaba, David se marchó con la excusa de hacerle una visita a Elías Hamed.

En realidad, quería huir por unas horas de las invasoras que tenía en su casa: Amanda Dietrich y su amiga Sabrina Landaeta, quienes fueron a la Colonia Tovar dispuestas a organizar una fiesta en la región para disfrutar de sus vacaciones.

Amanda se instaló en su hogar sin siquiera preguntarle si podía hacerlo y se alió con Dayana Luna Sartori para programar cada día salidas y reuniones.

La paz se esfumó de su lado sin esperanzas de regresar pronto. David tuvo que morderse la lengua y recibirla con una sonrisa en los labios. No podía mostrarse vulnerable ante nadie.

Cumpliría al pie de la letra su función en las propiedades asignadas a su cargo y en la cama junto a ella, pero comenzaba a hartarse de actuar como si fuera otra persona. Necesitaba un respiro.

Decidió ir esa tarde al negocio de turismo para obtener un instante de sosiego. No obstante, al llegar al lugar, observó como Elías y Déborah registraban con afán a una familia numerosa para una de sus excursiones.

El hombre conversaba casi a los gritos con dos hombres y una mujer mientras cuatro chicos corrían sin parar entre ellos, y tres jóvenes emitían risas sonoras a pocos pasos de distancia.

David suspiró y oteó la oficina en busca de algo con qué distraerse en espera de que pasara aquella tempestad.

Fue así como pudo divisar a una joven menuda y de cabellos negros que leía en un rincón apartado los folletos promocionales de la empresa.

Se acercó en busca de su mirada. Tenía la impresión de conocerla. Las fuertes palpitaciones de su corazón se lo advertían.

—¿Jimena Luna? —preguntó al verla de perfil.

Los ojos melancólicos de la chica se iluminaron al divisarlo, lo que hizo que estallara una sensación desconocida en el estómago de David.

—Hola —saludó ella con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó aproximándose un poco más.

—Me anotaré en una excursión.

—¿En cuál?

La joven alzó los hombros y miró confusa los folletos que tenía en la mano.

—La que me lleve al cedro gigante.

—¿Al cedro gigante? ¿Por qué quieres ir allá?

Ella volvió a alzar los hombros, en esa oportunidad la pena se le reflejó aún más en su profunda mirada.

—Es solo curiosidad.

El hombre la observó con atención, la intriga lo consumía. Se giró hacia Elías, y al notar lo complicado que se encontraba mientras atendía a la familia de turistas, comprendió que aquello posiblemente no terminaría durante la próxima media hora.

—¿Quieres tomar un café, o un chocolate caliente? Así damos tiempo a que se desocupen —expresó y señaló a su amigo con un movimiento de cabeza.

Ella se mordió los labios considerando la oferta, pero pronto aceptó. Salieron del negocio en dirección a una de las incontables tiendas de dulces ubicadas en los alrededores, que poseía mesas en su terraza para el disfrute de los clientes.

La tarde estaba soleada, y aunque corría una suave brisa helada, no resultaba molesta. Al ocupar un puesto pidieron chocolate caliente y compraron dulce de leche de cabra que fabricaban en la región.

—¿Cuándo piensas ir de excursión? —quiso saber David después de dar un trago a su bebida y viéndola cortar un trozo del dulce para darle una probada.

—El domingo, si hay alguna disponible —dijo ella y emitió un leve gemido al degustar el postre—. Es delicioso —exclamó—, y muy suave.

Él tuvo que desviar su atención hacia la calle para distraerse con los transeúntes y evitar que lo alterara la manera seductora en que la mujer comía el aperitivo.

—Puedo arreglarlo para que vayamos juntos.

Ella se quedó inmóvil por unos segundos y con las cejas arqueadas. No esperaba una nueva propuesta de su parte para conocer la región.

Mucho menos, después del amargo encuentro que él había tenido con su padre días atrás.

—¿No tienes trabajo?

—Los domingos, no. Además, la salida me servirá para despejar la mente.

«Y para alejarme de Amanda», pensó. No podía negar que Amanda Dietrich era una mujer hermosa, complaciente y divertida, pero él ahora no se sentía atraído por ella.

La joven que tenía en frente resultaba más interesante.

David había pasado aquellos días anhelando en secreto a Jimena Luna, a pesar de saber que era una mujer prohibida.

—¿Y no te molestaría salir... conmigo?

Él la observó confuso, aunque luego intuyó las razones de su pregunta.

—¿Lo dices por tu padre? —Ella asintió—. Yo no tengo ninguna deuda con tu familia. Si Rodrigo aún siente rencor hacia mí por haber estado presente en un momento trágico, no puedo

hacer nada —expuso con seriedad—. Yo no asesiné a Mariano, solo tuve la mala suerte de estar con él cuando se dejó caer del parapente.

Jimena suspiró comprendiendo la situación y se metió a la boca otro pequeño trozo de dulce antes de hablar.

—No te juzgo —aclaró y apuró el bocado—. Era muy joven cuando Mariano murió, papá siempre me mantuvo al margen de ese hecho. Solo puedo asegurarte de que aquello no fue tu culpa. —David la miró con atención—. Mi padre tiene la manía de buscar culpables, de señalar y acusar. No hace más que eso para sentirse libre de pecados.

—¿Tú y tu padre no mantienen una buena relación?

Su duda logró que en los ojos de la chica brillara la ansiedad que a él lo ponía de cabeza.

—Es un asunto complicado —reveló ella y bajó el rostro hacia la mesa.

David se sintió miserable al hurgar en conflictos que no le competían.

—Lo siento. No era mi intención entrometerme...

—Hago todo lo que puedo para complacerlo —enunció Jimena en un arrebató—. Pero nunca es suficiente.

—No tienes que hacer cosas para complacer a los demás.

—Entonces, ¿cómo logras ganarte el aprecio de otros? —Él se quedó en silencio, sin saber cómo responder a esa pregunta—. Estudie Economía por él y me esforcé por ser la mejor de la carrera para que se sintiera orgulloso. Y, ¿qué gané con eso? ¿Qué me dejara en medio de un poblado desconocido para enfrentarme a un hombre que lo odia y de esa manera pagar la supuesta deuda que tengo con él? ¡Soy su hija, ¿no merezco un poco de su amor?!

Los ojos negros de la mujer se llenaron de lágrimas. David sintió el corazón retorcerse en su pecho. La desesperación de la chica la empujaba a contarle intimidades. Debía sentirse muy desamparada.

Mientras más compartía con ella, más semejanzas le encontraba con su difunto amigo Mariano.

—Lo siento mucho —fue lo único que pudo expresarle.

Ella chasqueó la lengua y agitó una mano con indiferencia.

—No te preocupes —lo calmó y respiró hondo para represar las lágrimas que estaban a punto de salir desbordadas de sus ojos.

Se hallaba al borde de un colapso, esos días los había pasado sumida en la incertidumbre. Su padre no se comunicaba con ella y Tomás esperaba una respuesta a su propuesta, la trataba de manera tosca y cuando podía la evitaba, haciéndola sentir una usurpadora.

—¿Y tú? —consultó ella para cambiar la conversación y conservar así la cordura.

—¿Yo?

—¿Tienes un padre como el mío?

David emitió un bufido que se parecía más a una risa burlona y desvió su mirada hacia la mesa.

Divisó el chocolate y se lo tomó de un solo trago lamentando que no hubiera sido un licor añejado con altos grados de alcohol.

—Es muy distinto —contestó, aunque no estaba seguro de que eso fuera cierto.

Tomó una servilleta de papel para limpiarse los labios y olvidarse del asunto.

—¿Eres agrónomo como él?

—¿Agrónomo?

—Trabajas la tierra, por eso supuse que eras agrónomo —argumentó la chica al tiempo de que retomaba la consumición del dulce. Se sentía más calmada.

—En realidad, soy Ingeniero Civil, pero en Londres trabajé para una empresa especializada en ingeniería agrícola y asesoría geotécnica, de la que Leonel Acosta es socio mayoritario. Por eso tengo algo de experiencia en ese tema.

—¿Y tu padre hace lo mismo que tú? —insistió ella con curiosidad.

Él dibujó en el rostro una media sonrisa.

—No. Mi padre es productor de televisión. —Jimena arqueó las cejas—. Siempre hemos tenido una relación tensa, por eso quise tomar un camino distinto al suyo.

La mirada confusa de la chica lo obligó a explicar su decisión, pero solo una mínima parte de la historia.

Para David era muy difícil hablar de su padre, sobre todo, porque aún no tenía plena seguridad de quién era el hombre que lo había engendrado. Si el que lo ignoraba descaradamente en Londres o el que lo empujaba a enfrentar sus traumas en esas tierras. Por ironía del destino, ambos sujetos se habían licenciado en la misma carrera profesional.

Ella iba a preguntar algo más, pero el sonido del teléfono móvil de David la interrumpió. Él se disculpó y se levantó de la mesa para atender la llamada.

Jimena pudo apreciar la irritación que se apoderó del rostro masculino al ver en la pantalla del móvil el número de quién lo llamaba.

Mientras él hablaba, ella continuó con su aperitivo. La tarde comenzaba a asentarse, poco a poco la luz solar se apagaba para revelar el trozo de universo que se hallaba sobre sus cabezas.

—Disculpa, Jimena. Debo irme —le comunicó David un minuto después.

Ella se sintió frustrada, le encantaba su compañía. Hablar con él resultaba liberador.

—No te preocupes, al terminar aquí iré a conversar con Elías.

—Dile que nos anote a ambos en la primera excursión de senderismo del domingo. Luego me comunico con él para pactar algunos cambios.

—¿Cambios?

David sonrió con picardía.

—Sí, en el programa que ellos manejan tienen establecido un recorrido con estadías cortas en cada punto, para así poder visitar varios destinos de la región en algunas horas. Pero tú lo que deseas es conocer al gran cedro, ¿cierto? Quizás al llegar ahí podemos separarnos del grupo para que pases más tiempo junto al árbol. Luego regresamos por nuestra cuenta. ¿Te parece?

Ella lo miró complacida y asintió con la cabeza.

—Me gusta la idea.

—Entonces, así será —sentenció él y sacó una tarjeta de presentación del bolsillo de su chaqueta—. Toma, aquí tienes mi número telefónico, cualquier cosa me llamas o me pasas un mensaje. Prometo responderte.

Jimena la recibió y le dio una ojeada rápida a las letras negras y elegantes impresas sobre una cartulina brillante color arena. Luego le regaló una sonrisa.

—Gracias.

Sin previo aviso David le tomó una mano y besó con ternura sus nudillos. Lo que alborotó cientos de mariposas en el vientre de la chica.

—Nos vemos el domingo —se despidió y le guiñó un ojo antes de dar media vuelta para marcharse.

Ella lo siguió con la mirada hasta que su imagen alta e imponente se perdió entre el tráfico y las edificaciones.

Suspiró hondo, buscando sellar en su pecho las emociones que David León despertaba en ella.

Era una locura, pero eso la ayudaba a sentirse cómoda y a olvidarse por un instante de los problemas. Era lo único que le permitía no caer en el infinito abismo de la desesperación.

Capítulo 20. Una historia de amor truncada.

Al regresar a su casa se topó con una visita no esperada. En la entrada estaba aparcado el auto de su padre.

Corrió al interior, pero solo llegó al porche. El hombre ya salía acompañado de un sujeto vestido de traje y con unos poblados bigotes acentuados en su rostro delgado. Se trataba de su abogado Douglas Herrera.

Malena los seguía de cerca, con el rostro ajado por el enojo.

—¡Papá! —lo saludó al llegar junto a él.

El hombre la tomó por el codo y la apartó hacia un rincón del jardín con rudeza, para hablar con ella de manera confidencial.

—Le dejé a Tomás Reyes una propuesta muy jugosa —le notificó y lanzó una mirada precavida hacia Malena, que se había quedado junto al abogado en medio del jardín y miraba la escena con desconfianza.

—¿Una propuesta?

—No podemos permitir que se niegue. Si firma hoy mismo, mañana dejará la casa.

Jimena arrugó el ceño, ¿con quién pensaba Rodrigo Luna que trataba?

Tomás Reyes no parecía ser un hombre que se vendiera por unas pocas monedas.

—No creo que Tomás...

—¡No seas testaruda, Jimena! —la reprendió Rodrigo y asentó una mirada severa en ella —. No hay más soluciones. Tomás debe firmar ese convenio y tienes que encargarte de que eso pase.

La chica se irguió con soberbia, harta de ser manipulada.

—Eso no servirá.

—Jimena, si no haces lo que te digo te dejaré sola con ese sujeto en este lugar.

—¿Ya no lo hiciste? —expresó con amarga ironía.

Su acusación aumentó el disgusto del hombre, quien apretó la mandíbula y los puños con fuerza para evitar exteriorizar su irritación.

—Tomás me propuso matrimonio —enunció Jimena antes de que él hablara. Rodrigo quedó inmóvil.

—¿Qué?!

—A cambio de la propiedad —completó.

—¿Matrimonio?!

—No aceptará otra propuesta.

—¿Piensas casarte con ese imbécil?!

Ella se mostró contrariada por un instante.

—La idea fue de Tomás, yo aún no le he dado una respuesta.

—Claro que fue de Tomás —reclamó Rodrigo indignado—. El muy idiota no pudo obtener la atención de tu madre porque ella prefirió la compañía de un italiano con casa propia que la de un pobretón despreciado como él. Ahora busca comprar tu atención para recuperar su propiedad. Es un cínico.

La chica se sintió confundida por esa aseveración, pero la rabia que experimentó al notar que con esas palabras ofendía a Adelaida, al etiquetarla de oportunista, fue más fuerte que su curiosidad.

—¿Cómo te atreves a hablar así de mi madre? —masculló con la mandíbula apretada.

—Eres igual de ilusa que ella. Tomás Reyes perdió estas tierras por su ineptitud y está dispuesto a soportar lo que sea con tal de recuperarlas. Y eso, Jimena, te incluye —le soltó con resentimiento—. No creas que lo hace porque le gustas, en eso nunca lograrás igualar a Adelaida —espetó y enseguida se giró para continuar su camino.

El cuerpo de la chica tembló por la furia contenida mientras observaba a su padre subirse al auto con su abogado y emprender de nuevo la huida.

—Vamos adentro, mi niña.

La voz de Malena retumbó a su lado y la calidez de su brazo se apoyó sobre sus hombros. La rabia y la pena mantenían inmóvil a Jimena.

Sin darse cuenta las lágrimas le habían humedecido las mejillas con un silencioso llanto.

Sin decir una sola palabra se dejó llevar por la mujer al interior de la casa, con la mente embotada por el rencor.

Malena la introdujo en la cocina, la sentó en la mesa y sirvió un poco de café para ambas.

—¿Dónde está Tomás? —preguntó la joven con la mirada perdida en un horizonte invisible.

—Salió en la tarde a comprar unos insumos con Goyo y aún no han llegado —respondió la mujer y se sentó junto a la chica con dos tazas de café. Dejó una frente a ella—. No sé cómo hizo Rodrigo para saber el momento justo en que Don Tomás no se encontraba en casa y así venir a dejar sus mentiras sin tener que dar la cara —reprochó.

Jimena observó acongojada a Malena, quien mantenía su atención puesta en la pequeña taza de cerámica pintada a mano que tenía entre las manos.

—¿La propiedad perteneció a Tomás?

Malena alzó el rostro hacia la joven con las facciones comprimidas por la angustia. Se llenó los pulmones de aire antes de comenzar a darle las respuestas que necesitaba.

—Esta propiedad fue comprada hace muchos años por el padre de Don Tomás, Don Santiago Reyes. Él fue quien inició la cosecha de rosas y construyó esta casa —expresó la mujer

dando una ojeada a la habitación—. Cada ladrillo fue puesto por ese hombre. Aquí quedó represado todo su esfuerzo. Lo hizo para su esposa y su hijo.

Jimena se relajó en la silla y le dio un trago al café, atenta a lo que le explicaban.

—Murió de una enfermedad pulmonar. El clima y el trabajo duro no le sentaron bien. Su esposa no pudo asumir la dirección de la propiedad por la enorme pena que le produjo la muerte del hombre que amaba, y Don Tomás era aún muy chico para hacerlo —suspiró—. Por eso vino Antonia Reyes, la hermana de Don Santiago, acompañada de su esposo italiano Doménico Merlo y su hijo Filippo, dos años más joven que Don Tomás. El italiano se ocupó de la granja, la expandió y fortaleció las bases de la casa, pero a medida que Don Tomás crecía, quería asumir la dirección de la propiedad. Era su derecho, estas tierras le pertenecían.

Malena interrumpió la narración para beber un poco de café. Los ojos le refulgían por las lágrimas contenidas en ellos.

—Doménico y él se enfrentaban casi a diario, estaban en desacuerdo con todo. Eran como el agua y el aceite, tan diferentes e imposibles. Antes de cumplir la mayoría de edad, la madre de Tomás terminó muriendo a causa de la depresión, nunca se recuperó por la muerte de su esposo. Después del entierro, Doménico Merlo le mostró a Don Tomás los documentos por la compra de la propiedad. Nunca se supo cómo lo hizo, pero el italiano logró que la mujer le vendiera la casa antes de morir, y solo después de su entierro se lo comunicó a Don Tomás y le dejó en claro sus condiciones: le permitiría seguir viviendo aquí por respeto a la memoria de sus padres, pero no tendría ni voz ni voto en el trabajo de la granja.

Jimena emitió un profundo suspiro, lo que llamó por un instante la atención de Malena. Cuando la mujer se percató de que la niña estaba bien siguió con la historia.

—Eso amargó a Don Tomás. Terminó siendo un empleado del italiano, un trabajador más de las tierras que por derecho le pertenecían. Doménico Merlo y Antonia Reyes murieron en Caracas, en medio de una balacera ocurrida en las afueras de un centro comercial cuando un grupo de delincuentes se enfrentó a la policía. Ellos fueron los únicos que fallecieron en ese ataque. Fue así como la propiedad pasó a manos de Filippo Merlo, un chico loco y despreocupado que poco venía a la Colonia Tovar, al menos que necesitara dinero.

Una sonrisa displicente se filtró en el rostro de la mujer, parecía que había sido invadida por viejos recuerdos.

—Cuando llegué a la región, Don Tomás vivía con una mujer muy anciana que le hacía la comida y planchaba su ropa, fue ella quien me contó toda esta historia. Él necesitaba de una pareja que lo ayudara con las labores de la casa mientras se concentraba en un cien por ciento en la granja. La anciana viajaría a Maracaibo con sus hijos, estaba muy enferma y ya no podía trabajar. Mi Goyo vendía fruta en el mercado de Caracas, y al conocer la oferta por medio de uno de sus clientes, que también lo era de Don Tomás, lo conversó conmigo. Estábamos hartos de

vivir en la ciudad, perdimos una hija por culpa de la droga y la inseguridad nos asfixiaba, así que decidimos marcharnos para vivir nuestros últimos años en un sitio calmado. Créeme, mi niña, esa fue la mejor decisión que mi esposo y yo tomamos. Lástima que lo hicimos muy tarde.

Jimena se inquietó al ver que Malena se sumía con pesar en los recuerdos. No quería perder la oportunidad de conocer toda la historia, así que se vio en la necesidad de intervenir para interrumpir el depresivo mutismo de la mujer.

—¿Cuándo llegó mi madre a este lugar?

Malena se sobresaltó al salir tan bruscamente de sus pensamientos, pero enseguida sonrió con dulzura y siguió su narración.

—Ella llegó dos años después de que Goyo y yo nos asentáramos aquí. Casi tuve que arrodillarme frente a Don Tomás para que la aceptara. Él no quería a más gente en la casa, ama demasiado la soledad, pero tu madre acababa de perderte, estaba muy deprimida y yo sabía que este lugar le haría bien. Enseguida llegó, Tomás y ella congeniaron. Él salía más a menudo de su autoencierro para conversar con ella y Adelaida aprendió a canalizar su dolor con su compañía. Él le enseñó todo lo que sabía sobre las rosas, sobre cómo cuidarlas y mantenerlas. Aquella relación fue un bálsamo para ambos que cambió el día en que Filippo Merlo vino a buscar más dinero para gastar en sus eternas fiestas y apuestas de caballo en la capital.

—Y Filippo se enamoró de Adelaida —dedujo Jimena. Malena asintió con pesar.

—La agasajaba con costosos regalos que ella aceptaba sin rechistar aunque no le gustaran. Eso molestaba a Don Tomás, pero él nunca reclamó nada, en silencio aceptó esa relación.

—¿Por qué mamá hizo eso? —preguntó decepcionada.

—Por desesperación, mi niña. —Jimena miró ceñuda a la mujer—. Sé que es difícil entenderlo, tienes que estar en sus zapatos para comprenderla. Adelaida no tenía nada, solo grandes carencias. Filippo le ofreció el cielo, algo que Don Tomás no había hecho, ni haría. Ella no podía rechazar esa oferta. Fue en esa época que descubrió su enfermedad, quería recuperarte antes de morir y dejarte algo estable.

—¿Por eso sacrificó su felicidad?

—¿Su felicidad?

—Sé que Tomás y ella se querían. En su cuaderno hallé unas anotaciones.

Malena comprimió en rostro en una mueca de disgusto.

—Si no lo hubiera hecho ella, lo habría hecho Don Tomás. Él estaba concentrado en la recuperación de su propiedad. Trabajaba a sol y sombra por hacerla productiva y reunir el dinero necesario para entregarle una gran oferta a Filippo. Aunque ambos se dejaban arrastrar por sus emociones y se amaban sin descanso, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Tenían metas muy definidas.

Jimena resopló y apoyó los codos en la mesa para frotarse el rostro.

—¿Y Filippo le dejó la propiedad a mi madre en vez de vendérsela a Tomás?

—Don Tomás nunca llegó a pedírsela, ni sabía que Filippo antes de morir había dejado un escrito cediéndole a Adelaida los derechos sobre las tierras. Fue algo imprevisto. Él amaba a tu madre, por eso aprendió a aceptar la nueva situación de la propiedad y trabajó junto a ella por mejorarla. Adelaida, para hacerlo parte importante del trabajo, lo nombró administrador y socio de la granja, pero ahora que ella no está, Don Tomás quiere de vuelta las tierras. Son suyas, su padre las trabajó con esfuerzo para él y por burlas del destino en muchas ocasiones le robaron ese derecho. Aunque respetará el deseo de Adelaida de entregarte la propiedad a ti. Es un asunto muy complicado para él, mi niña.

Jimena apoyó la barbilla entre sus manos y se quedó pensativa por un instante. Trataba de imaginar cómo debió ser la relación entre Tomás y Adelaida para que aquel hombre fuera capaz de desprenderse de lo que más deseaba solo por cumplir con la voluntad de la mujer que amaba.

—¿Por qué no han recogido las pertenencias de mi madre? —preguntó sin mirar a Malena a los ojos. La mujer se levantó de la mesa en medio de un suspiro.

—Don Tomás no acepta más pérdidas. Está harto de apartarse de lo que ama para seguir adelante —reveló mientras se dirigía al fregador con su taza vacía y se disponía a lavarla—. El día en que enterramos a tu madre juró que no seguiría cediendo, que no se dejaría arrancar nada más, por eso no me ha permitido recoger las cosas de Adelaida. Las quiere ahí, como un recuerdo de su promesa.

Después de un instante de reflexión, Jimena se levantó de la mesa, sin ánimos para terminar su café. Se disculpó con Malena y se encerró en su habitación a pensar muy bien lo que haría.

Parecía no tener más opciones, todos los flancos a su alrededor estaban bloqueados.

Nadie le dejaría una salida, mucho menos, Tomás Reyes. Su vida estaba sentenciada.

Capítulo 21. Tú no me conoces.

El cielo estaba cubierto por una espesa capa de nubes grises, tan apretadas entre sí que parecían gruesas motas de algodón amontonadas dentro de un recipiente estrecho.

Cada cierto tiempo podían divisarse rayos surcándolas. El sonido atronador que los acompañaba le erizaba la piel a Jimena. Nunca había temido a una tormenta, pero vivirlas en aquel lugar era diferente.

La casa estaba ubicada en la cima de una colina. El horizonte despejado a su alrededor permitía el avance indetenible del viento que se estrellaba contra los cristales de las ventanas cerradas haciendo estremecer las bisagras.

«Esta casa es tan resistente como un poderoso rascacielos», comentó Malena para tranquilizarla antes de encerrarse en su habitación con Goyo.

Ninguno de ellos estaba inquieto por la pronta llegada de la tormenta. Llevaban años en ese hogar y atravesaban situaciones similares cada año, o tal vez, peores. Pero para ella era una experiencia nueva que superaba sus expectativas.

Resignada a no dormir esa noche mientras el cielo estuviera tan agitado, decidió salir de su solitario dormitorio y dar una caminata por la casa.

Se paseó sin prisa para admirar la infinidad de adornos colgados en las paredes y los muebles rústicos tan bien conservados que se imponían con sencillez y sobriedad en cada rincón.

Se quedó un buen rato en la sala, con su atención puesta en las antiguas fotografías en blanco y negro, y otras de colores opacos, diseminadas por las paredes.

Allí pudo conocer una imagen mucho más juvenil de Tomás Reyes. También halló la figura de un italiano gordo, de nariz larga y mirada endurecida; ese quizás era Doménico Merlo, el hombre que con artimañas se apoderó de la propiedad.

En otras divisó a un joven de marcadas facciones italianas, de aspecto desgarrado, ojos hundidos y posturas indiferentes. Seguramente ese sería Filippo Merlo, el sujeto que intentó conquistar el corazón de su madre.

Había muchas otras personas retratadas. En un par de fotografía descubrió la figura esbelta y encantadora de Adelaida, una mujer que si bien no poseía ni la anatomía ni la altura de una reina de belleza, tenía un aura seductora a su alrededor que impedían que pasara desapercibida. Su rostro sereno de sonrisa optimista siempre fue su mayor atractivo.

Al terminar la inspección miró la hora en su reloj de muñeca: eran las doce y quince minutos de la madrugada.

La noche apenas iniciaba y la tormenta aún no había caído, aunque los truenos se hacían cada vez más sonoros y débiles ráfagas de lluvia comenzaban a mezclarse con el viento.

Se apretujó en el interior de una gruesa frazada de cuadros escoceses que había tomado para cubrirse.

Al comprender que aquello sería el inicio de una noche gélida, eligió regresar a su habitación y envolverse entre las sábanas para entrar en calor.

Dio una última ojeada a los alrededores antes de marcharse, lo que le permitió notar la puerta en forma de arco del despacho de Tomás. De ese lugar fue que él salió enfurecido el día en que ella llegó a la propiedad.

«Nunca entres allí, mi niña, a menos que Don Tomás te invite. De lo contrario, tendrás serios problemas», le advirtió una vez Malena.

Eso fue suficiente para que Jimena jamás se animara a pasar siquiera cerca de ese lugar. No obstante, la ansiedad por la tormenta la empujó a seguir sus instintos sin acatar reglas.

Total, Tomás a esa hora ya estaría en medio de un sueño profundo. Si se levantaba con el alba, como las gallinas, con seguridad se acostaba al desaparecer el sol.

Se aferró a la frazada y se acercó a la puerta con sigilo. La abrió escuchando el sonido característico de las bisagras viejas y entró en una habitación bañada por la penumbra.

Lo primero que sintió fue el intenso olor de la madera mezclado con el del licor, aderezado con sudor de hombre y con un aroma más penetrante, como el de la pintura acrílica.

Dejó la puerta abierta para que la luz de la lámpara de la sala le permitiera detallar el interior de esa estancia, sin tener que encender la luz. De esa manera se sentiría menos intrusa.

Observó todo con atención. El lugar no era un despacho como le había notificado Malena, sino un taller de carpintería.

Listones largos o cortados en trozos se hallaban esparcidos sobre mesones o abandonados en el piso.

Hachas, lijadoras, sierras, tenazas y un montón de herramientas se encontraban diseminadas de forma desordenada junto a materiales de dibujo como escuadras, lápices, compases y borradores.

También pudo divisar botellas vacías, o medio llenas, de licores, tazas (tal vez por el café que le enviaba Malena) y algunos platos sucios.

En las paredes estaban adheridas láminas de corcho donde se exponían, sostenidos con tachuelas, planos de muebles o dibujos hechos en carboncillos.

Esos últimos atrajeron su atención. Se acercó a uno de esos bosquejos y lo despegó del corcho para verlo más de cerca.

Muchos eran diseños de muebles o partes de estos, sin embargo, el que había tomado mostraba una rosa grande acunada entre unas manos delgadas y femeninas.

No sabía nada de dibujo, ni mucho menos de arte, pero aquel retrato le pareció hermoso, perfecto y delicado.

—¿Sabes que puedo denunciarte por invasión de morada?

Jimena se sobresaltó al escuchar la voz gruesa de Tomás Reyes. El dibujo cayó de sus manos, en el preciso instante en que sentía que la lluvia arreciaba en el exterior.

Las gotas de agua se estrellaban con intensidad contra el techo de madera y en el vidrio de la única ventana que poseía la habitación, ubicada en un costado. Lugar del que había provenido la voz.

—Puedes sacarme a patadas de la casa cuando quieras, pero aún no lo has hecho —se aventuró a decir, al tiempo que se inclinaba para recoger el dibujo e intentaba ubicar a Tomás en la penumbra.

Lo divisó sentado sobre un sillón a medio hacer, junto a la ventana. Semiiluminado por la tenue luz que provenía del exterior.

Su postura era desgarbada, con una pierna desvanecida sobre uno de los apoya brazos y con la camisa abierta hasta el ombligo. Dejaba al descubierto su pecho cubierto por una capa de vello oscuro.

De una mano le colgaba una botella de cerveza.

La poca luz que entraba lo golpeaba en un costado de la cabeza, ocultándole el rostro entre las sombras.

—No, aún no lo he hecho —masculló el hombre con amargura—, pero eso no quiere decir que nunca lo haré.

Jimena lo observó con la cabeza ladeada mientras dejaba el dibujo sobre el mesón.

—Me soportas solo por hacer honor a la memoria de mi madre, ¿cierto? —declaró. Escuchó un débil quejido como respuesta. Le resultaba fácil intuir que a Tomás aún le afectaba la muerte de Adelaida. Tal vez la amó más de lo que ella podría imaginar—. Por eso me propusiste matrimonio —aseguró con serenidad—, quieres recuperar tus tierras sin ofender su memoria. Si nos casamos, seguirán perteneciéndome, pero a ti también.

—No hables de mí como si me conocieras, muchacha, mucho menos amparada en un puñado de chismes —reprochó.

—No llegué a esa conclusión solo por los comentarios que me han hecho llegar.

—¿A no? ¿Acaso tu madre te habló de mí?

El silencio de Jimena decepcionó a Tomás, quien resopló como un potro herido y pareció languidecer aún más sobre el sillón.

—Nunca te habló de mí —exclamó con dolor, y dirigió el rostro hacia la puerta de la habitación—. ¿Por qué te hablaría de mí? ¿Quién fui yo en su vida?

—Tampoco me habló de Filippo —se apresuró a decir Jimena. La pena de Tomás la alcanzaba—, ni de la propiedad. Y no creo que haya sido por indiferencia, sino para evitar que la juzgara.

Ambos se mantuvieron en silencio por casi un minuto, envueltos por los sonidos de la tormenta.

El fuerte viento cesaba, pero la potencia de la lluvia aumentaba, así como los truenos.

La luz de los rayos iluminaban de momento la estancia y le permitían a Jimena divisar la mirada afligida de Tomás y su rostro marcado por lágrimas.

—Te amaba mucho. —La confesión del hombre la sobresaltó y despertó su añoranza. Nunca tuvo oportunidad de expresarle a su madre lo mucho que la quería, ahora, le era imposible—. Todo lo que hizo, lo hizo por ti.

—¿Por qué no luchaste por ella? —inquirió la mujer con la voz apagada por la pena.

—No tenía ninguna posibilidad de ganar.

—Si Filippo te hubiese cedido las tierras, ¿lo habrías hecho?

Tomás no le respondió enseguida. Jimena pensó que se enfadaría por haberle hecho aquella pregunta, reconoció que había sido muy desconsiderada de su parte. Sin embargo, el hombre no se mostró irritado.

—Filippo era un vividor, su única fuente de ingresos se la proveía estas tierras. Si me las daba, en una semana se hubiera gastado el dinero de la venta y luego quedaría sin nada. No era tan idiota —explicó con amargura—. El único estúpido que mantenía la esperanza era yo, y mírame como estoy ahora.

A Jimena le dolía la desesperación que ahogaba a Tomás, le hubiera gustado contar con argumentos que lo aliviaran, pero no los tenía. Por primera vez se sintió enfadada con su madre.

Volvió a repasar la habitación en busca de algo que la ayudara a cambiar la conversación. Ya no se sentía con ánimos de hurgar en el pasado.

De nuevo los dibujos hechos en carboncillo llamaron su atención.

—¿Los hiciste tú? —preguntó, y señaló uno donde se podía apreciar la forma de la cómoda que se hallaba en la habitación de Adelaida.

Eso le garantizaba que cada mueble y adorno de ese dormitorio lo había construido Tomás para su madre.

—Sí —respondió él sin ganas.

—Son hermosos, eres un gran artista.

El hombre no hizo ningún comentario.

La joven continuó su inspección sintiendo el peso y el calor de la mirada de Tomás puesta sobre ella. Procuró no mostrarse perturbada.

Repasó sin prisa los planos y los dibujos apoyados en las láminas de corcho, hasta que encontró otro que se alejaba de los diseños de muebles y la estremeció de pies a cabeza.

—¡El gran cedro! —exclamó emocionada. Se trataba de la misma imagen de la fotografía que se encontraba en los folletos turísticos.

Era la figura imponente del inmenso árbol ataviada con la vegetación que lo rodeaba, pero resaltando algo en una de las enormes raíces que sobresalían del suelo. Se trataba de dos corazones entrelazados tallados en la corteza.

—Mi madre me habló mucho de este árbol —confesó ella mientras despegaba el dibujo del corcho—. Me contó de su belleza y de la enorme paz que sentía cuando se hallaba bajo su sombra, pero sobre todo, de lo diferente que veía el mundo desde ese lugar.

Por un minuto reinó el silencio, tiempo en el que ella estuvo sumergida en el estudio del dibujo. Quería memorizar cada trazo, imaginarlo en su memoria lleno de color.

—Una vez me dijo que de ser posible, viviría escondida dentro de ese árbol por el resto de sus días, arropada por su calor y magnificencia.

Al girar el rostro hacia Tomás, lo descubrió sentado en la silla con una postura más recta. Ambos pies estaban apoyados en el suelo y los brazos descansaban en los respaldos a medio hacer.

La botella de cerveza la había soltado en algún momento, se hallaba abandonada en el suelo.

Un rayo surcó el cielo y alumbró por completo la habitación. Jimena se estremeció. Aunque su reacción no se debió al fenómeno, ni al potente sonido que lo acompañó.

Lo que fue capaz de sacudirle el organismo fue la mirada esperanzada de Tomás, que se había extraviado entre los recuerdos.

Con delicadeza dejó el dibujo sobre el mesón y salió en silencio cerrando la puerta tras de sí. Las despedidas sobraban.

Capítulo 22. La excursión.

Llegado el domingo, David procuraba tomar todo lo que necesitaba para realizar la excursión de senderismo en la que se había anotado con Jimena, al tiempo que esquivaba el acoso de Amanda.

La mujer sabía desde el día anterior que él pretendía realizar solo una caminata por las montañas, como en ocasiones acostumbraba.

Quería asentar las ideas en medio de la tranquilidad que le aportaba la naturaleza y así diseñar proyectos más efectivos.

—Te prometo que no seré una molestia para ti —expuso la rubia en un intento por convencerlo de que la llevara.

Ansiaba pasar el mayor tiempo posible junto a él. Pero David en esa región se le presentaba más escurridizo de lo normal.

Las incontables veces en que lo había visitado en Londres, él le respondía con mayor calidez, aunque nunca logró que fuera totalmente cariñoso con ella.

—Ya te lo expliqué, Amanda. Si hago esta actividad es para buscar soledad.

La mujer se detuvo en medio de la habitación con los brazos cruzados en el pecho y con un puchero de inconformidad en los labios.

—¿Qué te pasa, David? Estos días has estado extraño. ¡Me rechazas! —expresó como si aquello fuera lo más extraño que podía suceder en el planeta.

Nadie hasta la fecha se había animado a resistirse a los coqueteos de Amanda Dietrich Acosta.

Él detuvo su tarea y se giró hacia la rubia con una forzada media sonrisa en el rostro, de esas que sabía, la derretía.

La observó de pies a cabeza simulando deseo. Debía reconocer que Amanda era una mujer preciosa. Sus largas piernas y su trasero respingón (remarcado en ese momento por el corto pantaloncillo de algodón que usaba para dormir), así como su torso delgado de cintura pequeña y senos prominentes, la hacían apetecible.

Sin embargo, él ya no se sentía satisfecho con ella. Estaba cansado de probar siempre lo mismo: cuerpos que no le eran exclusivos, y nunca lo serían.

—¿Cómo puedes decir que te rechazo? —inquirió y se aproximó a la mujer como un felino. El puchero de Amanda desapareció para mostrar una sonrisa complaciente—. ¿Quién podría resistirse a una dama tan exquisita como tú? —continuó y la tomó por la cintura para apoyarla contra su cuerpo mientras se devoraba sus labios con mirada hambrienta—. No sabes el gusto que me da tenerte aquí, pero necesito un poco de espacio para trabajar. Si logro hacer que

esta nueva empresa de Leonel resulte todo un éxito, obtendré una gran imagen en los medios. ¿Te gustaría aparecer a mi lado en las noticias?

La pregunta hizo que la rubia lo observara con mayor interés. Amanda lo deseaba, pero aún más que eso anhelaba atención. David mejor que nadie lo sabía.

Ella no era una mujer que podía relacionarse con cualquiera, era una empresaria astuta centrada en el mundo de la moda y el modelaje. Necesitaba a su lado a un hombre atractivo, adinerado y con cierta fama social, que además de concederle cada uno de sus caprichos, reforzara su imagen pública.

Su victoria dependía de la cantidad de ojos que se dirigieran hacia ella y para eso, David podía ayudarla. Era un hombre que llamaba poderosamente la atención a su paso.

El problema radicaba en la falta de estabilidad que poseía. De un momento a otro él podía regresar a Londres y la dejaría de nuevo sola. Debía hallar una manera de anclarlo a su lado.

El trabajo que le había ofrecido su tío en la Colonia Tovar pretendía encadenarlo al país. Eso David lo desconocía, pero Amanda sí manejaba esa información.

Por eso se esforzaba en no agobiarlo. Cuando la empresa estuviera encaminada, él no tendría escapatoria.

—Claro que me gustaría compartir a tu lado ese triunfo, y muchos más —ronroneó la mujer y pasó una uña por el pecho masculino en una caricia seductora—. Estaré preparada para cuando eso pase.

—Entonces concédeme el espacio que te pido. Es lo único que garantizará que haga bien las cosas —indicó antes de silenciarla con un beso.

No podía permitir que ella diera un vistazo a su cabeza atormentada. No deseaba asentar su vida en ese país ni con esa gente.

Mientras más lejos estuviera de ellos, aunque vivieran juntos bajo el mismo techo, más posibilidades tendría de no crear lazos afectivos que luego le impidieran largarse de aquel lugar.

Al terminar el beso, se apartó con indiferencia de la chica, tomó sus cosas y se dispuso a salir de la cabaña. Se apresuró por llegar al negocio de Elías, donde se encontraría con Jimena.

Pensar en otra mujer mientras se despedía de Amanda le provocó cierto remordimiento, que con profesionalismo supo disimular.

Trató de convencerse de que no hacía nada indebido, solo disfrutaba del momento como en innumerables ocasiones lo había hecho. Pero algo lo mantenía inquieto.

Lo que más lo perturbó era que su incomodidad no se producía del lado de Amanda, a quien conocía desde niño y quien debía ser su esposa según las preferencias de su familia.

El sentimiento de traición se inclinaba más hacia Jimena, una desconocida que además, le era prohibida.

Se esforzó por ignorar las emociones confusas y se dirigió lo más rápido posible al negocio

de Elías Hamed.

Al llegar, encontró a su amigo con la cabeza oculta dentro del motor del vehículo que utilizarían en el paseo: un rústico 4x4 tipo militar, pintado con un estilo de camuflaje en tonos rojo y amarillo.

—Llegas temprano —lo saludó Elías al divisarlo y se alejó del motor que evaluaba para palmear los hombros de David.

—No quiero perderme ni un segundo de la diversión —respondió él con picardía y se ocupó en ayudar a su compañero a prepararlo todo mientras llegaban los excursionistas.

La decepción empezó a crecerle en el pecho a medida que transcurrían los minutos y veía que Jimena no llegaba.

Pensó que tal vez su padre había logrado enterarse de la salida y consiguió retenerla.

Al notar que Deborah comenzaba a organizar a los turistas para darles la charla inicial antes de subir al auto, se resignó. Jimena no iría.

Disimuló su enfado ayudando a los excursionistas a subir al alto vehículo, un grupo conformado por ocho adultos, dos niños y tres guías, además de David.

A Elías lo acompañaba Ronald, un joven de veinte años que aparentaba tener casi treinta, y quien se encargaría de manejar el rústico; y Diógenes, un hombre alto, moreno y robusto, que llevaba viviendo en la Colonia Tovar doce años y era especialista en todo tipo de deportes extremos, así como senderista profesional y gran amante de esas montañas.

—Estamos casi listos, tu chica se habrá quedado dormida —bromeó Elías antes de ocupar su puesto en el asiento del copiloto.

—No es mi chica —aclaró él con una mal disimulada irritación—, solo alguien a quien conocí por accidente.

Su amigo sonrió y le palmeó un hombro.

—Los accidentes parecen ser los que te hacen entrar en razón.

Aunque el comentario de Elías pretendía ser gracioso, a David no le gustó. Eso le trajo a la mente a Mariano Lozada, y el accidente donde el joven había perdido la vida y que a él le cambió el destino.

—Mira detrás de ti —completó Elías y mantuvo su expresión divertida.

David relajó la postura y se giró para ver cómo se detenía frente al negocio una camioneta pick-up de la que salía apresurada Jimena. No pudo evitar que el corazón le bombeara en el pecho con renovado ánimo.

—Accidentalmente llegó a tiempo —se burló Elías y aumentó la sonrisa al recibir una mirada mortal de David—. Deja las malas pulgas y dile que se apresure. Estamos de salida.

Diógenes se había sentado en la parte trasera del rústico, con los turistas, y les daba algunas instrucciones respecto a la seguridad y la disciplina que debía mantenerse durante el

recorrido, mientras David se aproximaba a Jimena.

—Estaré bien, Goyo —insistió la joven al tiempo que cerraba la puerta del auto y se colgaba de un hombro la mochila que había llevado.

El esposo de Malena se bajó del vehículo y corrió para rodearlo y acercarse a ella.

—Ya sabe, llámeme si se le presenta alguna novedad, estos días ha llovido mucho. Iré a buscarla hasta en el interior de la montaña si fuera necesario —insistía, preocupado por la aventura en la que se embarcaría la chica.

—Protección no le faltará —intervino David al llegar junto a ellos.

Los ojos de Jimena se iluminaron al verlo, pero no sucedió igual con Goyo, quien quedó petrificado al reconocer al recién llegado.

—¿Usted es David León?

Él asintió sin separar su atención de Jimena. Se acercó a ella y la saludó con un beso en la mejilla.

—Por poco no nos encuentras, estamos de salida.

Ella se sonrojó.

—Disculpa, es que Malena no quería dejarme salir si no desayunaba todo lo que me había preparado.

—Vamos, no esperaran mucho por nosotros —la aupó con una sonrisa y la tomó de la mano para dirigirla hacia el rústico.

—¡Señorita Jimena! —La llamada de Goyo provocó que ellos se detuvieran y se giraran hacia él—. ¿Está... segura? —preguntó y paseó su mirada confusa entre la pareja.

—¿Segura de qué? ¿De qué estaré bien? —inquirió ella y le regaló al perturbado hombre una sonrisa condescendiente—. No te preocupes, Goyo. Si algo me llegara a pasar, te prometo que serás el primero en saberlo —respondió para enseguida apresurarse a subir al auto ayudada por David y sentarse con él en la parte trasera, junto a los excursionistas.

Goyo se quedó por un rato mirando cómo el vehículo se alejaba, con la frente arrugada por la preocupación.

Capítulo 23. Un abrazo al enorme árbol.

—En 1843 los primeros colonos llegaron a estas tierras provenientes de pueblos de la Selva Negra, al suroeste de Alemania. Se mantuvieron durante años aislados del resto del país, lo que les permitió conservar sus tradiciones como su lengua: el *badischen* (dialecto de Baden), sus comidas, fiestas, vestimentas y bailes.

Narraba con soltura Diógenes mientras los excursionistas admiraban los alrededores del pueblo asentado sobre un terreno accidentado, que seguía el irregular contorno de la montaña.

—La aventura comenzó el 18 de Diciembre de 1842, cuando llegaron a pie al río Rin, para tomar unas barcazas que los llevó al puerto fluvial francés de Estrasburgo —continuó—. Al llegar allí recorrieron a pié el largo camino invernal del norte de Francia por veintiún días, hasta llegar al puerto Le Havre y tomar el 19 de enero de 1843 la fragata francesa Clemente, trayéndose consigo una imagen de San Martín de Tours, patrono de los viajeros, que es la que actualmente se encuentra en la Iglesia del pueblo.

Sus relatos, llenos de emoción, acaparaban la atención de todos.

—Llegaron al puerto venezolano de La Guaira el día 4 de marzo, pero el barco fue sometido a cuarentena a causa de una epidemia de viruela. Luego se dirigieron a la costa de Choroni y desde allí continuaron su camino a pie por las montañas con la ayuda de bestias para transportar el equipaje, hasta pisar estas tierras el 8 de abril.

Los excursionistas oían pasmados la peligrosa y la larga aventura que tuvieron que afrontar los fundadores de aquel hermoso lugar para ocupar esas tierras.

Gracias a esa osadía, ahora ellos disfrutaban de las bondades de esa región, fértil y próspera.

—Poseemos un clima privilegiado con una media anual de 16°C debido a la altura de estas montañas —explicó el guía—, y contamos con excelentes restaurantes y fábrica de embutidos y alimentos en conserva, así como puestos de verduras, confiterías y charcuterías, donde podemos saborear los exquisitos platos de la cocina alemana acompañados por una excelente cerveza producida en la propia Colonia Tovar. Que debo decirles, fue la primera cerveza artesanal hecha en Venezuela —acotó con orgullo—. Aquí también se pueden saborear deliciosos dulces como la torta selva negra, postre original de Alemania, mermeladas, *strudell* de manzana y las típicas fresas con crema que no deben dejar de probar antes de marcharse.

Jimena escuchaba la amena charla con una sonrisa marcada en el rostro. David la miraba con descaro sentado frente a ella, complacido por la imagen relajada de la joven, alejada de la tristeza y la melancolía que habitualmente poseía.

—En el pueblo abundan las panaderías —prosiguió Diógenes—, la cultura del pan es muy

alemana, por tanto pueden encontrar succulentos panes de maíz o el pan *brot*; e incluso, el tradicional tipo campesino, súper suave en el centro y de corteza crujiente.

Aquello generó un gemido de placer colectivo acompañado por risas.

El rustico se detuvo en los negocios de comida ubicados en la salida del pueblo para que los turistas pudieran abastecerse de alimentos o tomar el desayuno.

Jimena se sumergió en una de las tiendas de recuerdos. Dejó que su mirada se perdiera entre la infinidad de productos que se exhibían, donde podía hallar desde figuritas confeccionadas con arcilla hasta franelas con dibujos alusivos a la región.

También encontró fachadas en arcilla de sus edificios emblemáticos o simpáticos muñequitos ataviados con los trajes típicos alemanes.

—Pasar por estos lugares y no llevarse un recuerdo es casi un pecado —indicó David y le entregó a Jimena un plato redondo de cerámica color marfil envejecido, un poco más grande que su palma, con el borde adornado por una enredadera de rosas diminutas y en el centro una frase impresa en idioma alemán: *Jeder gute gast, findet hier rast*—. Quiere decir: «Cada buen huésped encuentra aquí descanso». Lo compré para ti.

—Descanso —repitió ella mientras detallaba el objeto, como si al invocar ese estado lograría que este invadiera su vida.

—Sí, es una frase que suelen utilizar en los hoteles y posadas y hace referencia a la paz que se siente en cada rincón de esta montaña, siempre y cuando seas un buen huésped —agregó David.

Jimena apartó la mirada del obsequio y la dirigió hacia él. David observaba el adorno con anhelo, deseoso de hacer suya esa paz que se prometía en esas palabras.

Ella alzó una mano y le acarició la mejilla, logrando que el hombre la mirara con interés.

—Gracias —susurró.

Esa simple palabra le traspasó el alma a David. Tomó la mano de la chica y se la llevó a los labios para besarla en la palma, sin apartar su vista de ella. Luego la acarició con su dedo pulgar.

—Gracias a ti.

Por un momento se quedaron allí, con las miradas entrelazadas, hasta que la enérgica voz de Elías anunció que continuarían con el recorrido.

El beso y la caricia de David aceleraron el corazón de Jimena y la dejaron en un estado de excitación que le costó controlar mientras reiniciaban el viaje.

Pasaron frente a los restos de una de las primeras casas construidas en la región, de la que solo se conservaba una pared blanca de tramado negro y parte de su techo a dos aguas, fabricado en madera y cubierto por tejas de arcilla.

El guía les explicó que antiguamente el hogar poseía dos espacios sin comunicación

interna, un ala para la sala y los dormitorios y otra para el horno de leña, donde se cocinaba el pan y donde se hallaba además el molino de maíz, la trilla de café y los pilones.

Al llegar a uno de los puntos del recorrido, donde la neblina cubría el estrecho camino y la espesa vegetación impedía el paso de la luz natural, Diógenes se giró hacia los turistas y los observó con fingida preocupación.

—Ahora vamos a bajar por caminos muy inclinados. Si alguien sufre del corazón es mejor que avise.

Los excursionistas se miraron entre ellos con una mezcla de alegría y nerviosismo, animados por la experiencia.

Cuando comenzaron a atravesar la parte empinada de la vía los gritos retumbaron dentro del rústico, así como las risas.

Rodaron un buen rato hasta que la calle se cortó y transitaron por un terreno accidentado de tierra. Caían en charcos y pasaban por encima de raíces y piedras a propósito para imprimirle emoción al viaje.

En ocasiones el auto se sacudía con brusquedad, pero los turistas estaban tan complacidos que no paraban de hacer bromas y lanzaban de vez en cuando alaridos de emoción. Sobre todo los niños, que parecía disfrutar del viaje más que los adultos.

Llegaron a las rampas *doobie doobies* que se trataban de unas subidas bastante pronunciadas en la montaña y solo podían ser superadas por un rustico manejado por un profesional.

Ronald, el joven chofer, las atravesó sin inconvenientes, aunque los turistas aprovecharon la oportunidad para gritar y abrazarse entre sí cada vez que el auto quedaba en posición casi vertical y con las primeras ruedas suspendidas en el aire.

Jimena fue una de las que enseguida se cambió de puesto y se aferró a la cintura de David, quien la recibió encantado. La envolvió entre sus brazos y le acarició la espalda para infundirle calma.

Aquel abrazo le hizo sentir un calor y una paz agradables, que deseaba conservar por mucho tiempo.

Por eso, después de superar las rampas, permanecieron así por un buen rato. A pesar de que a partir de ese punto la vía resultaba más suave.

Ambos estaban fascinados. La calidez de sus cuerpos y el magnetismo que los recorría los hizo olvidarse del lugar donde se hallaban para entregarse a la placidez de aquel contacto.

Aunque el viaje en auto pronto llegó a su fin y ahora la travesía continuaba a pie.

Ellos tuvieron que separarse y bajar del rústico acompañados por el resto de los excursionistas.

Elías dictó unas instrucciones antes de internarse en la montaña a través de un sendero de

tierra inundado de helechos arbóreos, bromelias, granadillos y palmas, entre muchas otras especies.

Jimena observaba todo con particular atención, sabía que aquel camino en varias oportunidades lo había recorrido su madre y eso la hizo sentirse ansiosa.

En pocos minutos llegaron al cedro gigante y ella no pudo hacer otra cosa que quedarse paralizada frente a un inmenso árbol del que era imposible percibir la cima. No solo por su altura, sino por la cantidad de vegetación que lo rodeaba.

El grueso tronco estaba cubierto por plantas trepadoras y las portentosas raíces tubulares que se incrustaban en el suelo, en algunas zonas se hallaban revestidas de musgo.

—¿Qué te parece? —le preguntó David a su espalda, muy cerca de su oído.

Su voz ronca y pausada la hizo estremecer en la misma forma en que lo había hecho la imagen de aquel cedro.

Aunque era un árbol más entre los incontables que podían conseguirse en esa montaña, a ella le parecía único y especial. Su altura y magnificencia la conmovían, del mismo modo en que lo hacía ese hombre.

Se acercó para tocar la corteza de una de sus raíces mientras David la miraba con fascinación, desesperado por escuchar las razones que unían a la mujer a ese macizo árbol.

—Es hermoso —respondió ella con un hilo de voz. La emoción la embargaba de tal forma que le impedía hablar con claridad.

Diógenes no paraba de describir el tipo de vegetación que los rodeaba y las bondades de la especie de cedros que habitaban en esa zona, pero ella no tenía oídos para lo que él decía.

Todos sus sentidos se hallaban anclados en aquella corteza rugosa que acariciaba como si fuera los cabellos sedosos de su madre.

Mientras los turistas se afanaban en tomar fotografías de cada bicho y hoja que veían, ella se abrazó al árbol y pegó a él la oreja.

Cerró los ojos pretendiendo oír los secretos que esa madera centenaria podía relatarle y sonrió ante la idea de haber escuchado unos débiles latidos provenientes del interior.

—Ven —le indicó David al verla despegarse del tronco.

La tomó de la mano y la llevó a uno de los costados del árbol donde se hallaba una especie de cueva entre sus raíces, que tenía salida por el otro lado.

La sumergió en el interior y le indicó que se quedara en silencio, y si lo quería, que cerrara los ojos.

Por encima del sonido de los niños y de los excursionistas que hablaban y reían afuera, adentro la calma arropaba. Se sentía el aroma de la madera húmeda, de la tierra y del pasto joven.

No se podía ver mucho por encontrarse entre sombras, aunque tampoco había mucho que ver, más que madera, musgo y plantas silvestres, pero al cerrar los ojos y agudizar el oído, captó

la infinidad de sonidos producidos por pequeños animalitos.

—Este árbol es todo un ecosistema por sí solo —susurró David a su lado—. No tienes idea de la cantidad de insectos, reptiles y aves que conviven entre sus ramas, o en los huecos que se encuentran en su tronco. —La piel de Jimena se erizó, maravillada por lo que decía—. Su población es incalculable. No solo es un árbol bonito, grande y viejo, es la cuna de gran parte de las especies que habitan esta zona. Su valor para la naturaleza es mucho más grande del que puede significar para nosotros.

—Pero, ¿es hueco?

—Aún sigue conectado a la tierra y continúa vivo. Es posible encontrar brotes de sus ramas en la parte alta.

Ella abrió los ojos y sonrió complacida. David volvió a sacarla, los dos niños que viajaban con ellos estaban deseosos por explorar aquella caverna.

Después de tomarse algunas fotos, él se alejó para darle un poco de espacio. No quería estorbar lo que parecía ser un «reencuentro».

En silencio se encaminó hacia Elías para terminar de acordar su regreso, mientras Jimena evaluaba cada tramo del árbol.

Capítulo 24. Abrigados por la sombra del cedro gigante.

Minutos después, cuando los turistas ya estuvieron satisfechos, el grupo siguió su camino.

Andaría un poco más por la selva hasta llegar al rústico, que los esperaba en un punto cercano, y luego los trasladaría a un parador turístico donde se encontraba un mirador que ofrecía una hermosa vista de las montañas y del pueblo, así como diversos puestos de comidas, dulces y regalos.

Finalmente visitarían una fábrica de vinos, donde conocerían cada uno de los procesos de su elaboración.

Pero, como lo habían acordado, David y Jimena se quedaron allí. Él estaba muy familiarizado con la zona. En el pasado había trabajado como guía para la empresa de Elías y podía llegar sin inconvenientes al parador turístico a pie.

En ese lugar paraban unos jeeps que servían de transporte público y los trasladarían al pueblo.

Al marcharse el grupo, David se acercó a Jimena. La joven se hallaba sentada sobre una de las raíces y acariciaba con devoción un tallado que se encontraba en una de ellas.

—Aunque ese tipo de actos es prohibido, siempre hay turistas que se las ingenian para dejar sus «marcas» en la región —comentó David con cierto tono de reproche en referencia a los dos corazones entrelazados marcados en la corteza—. Tanto Elías, como los dueños de las otras empresas de excursión, han reducido el número de sus grupos para poder mantenerlos a todos controlados, y así evitar que alguien destroce la zona, deje basura en la montaña o se lleve sin permiso alguna de las especies vegetales. Esta es un área protegida y los dueños de las empresas que aquí se desarrollan son los principales responsables del cuidado y mantenimiento de la región.

Jimena no podía borrarse del rostro la sonrisa, ella sabía muy bien quien había hecho ese tallado en la corteza, y por qué.

No imaginó que los corazones en realidad existieran, pensó que habían sido retratados por Tomás en su dibujo de carboncillo por simple creatividad.

Sin embargo, ahí estaban, como una muestra más del profundo amor que ese hombre y su madre se habían entregado.

—¿Conoces a Elías desde hace mucho tiempo? —preguntó ella para desviar la conversación del tallado, y al mismo tiempo, de sus pensamientos.

Comenzaba a sentirse melancólica y entristecida, y no quería hacerlo en aquel lugar, ni en esa salida. El paseo hasta ese momento le había resultado demasiado divertido para terminarlo atormentada por sus penas.

—Desde hace más de ocho años —reveló David y se sentó junto a ella—. Es una gran persona, me ha enseñado todo lo que sé sobre esta región.

—Es un poco raro —enunció la joven y se sentó con los codos apoyados en sus rodillas y las manos entrelazadas. Su mirada se extravió en la espesa vegetación—. Lo digo por esa mezcla de árabe y alemán. Tengo entendido que los árabes solo se casan entre ellos, o al menos, eso es lo que intentan.

—Y así es —agregó David y asumió una postura similar al de la chica, con la mirada distraída en un pequeño escarabajo color marrón claro que se movía con lentitud entre las ramas de una planta cercana—. Incluso, lo mismo pasa con los alemanes que viven en estas tierras, solo se casan entre ellos. Pero es inevitable que una población que vive como inmigrante en un país extraño no se mezcle con la población autóctona, o con otra que está de visita —explicó mientras tomaba una ramita seca del suelo para invitar al escarabajo a subirse sobre ella—. Además, el padre de Elías no era árabe de nacimiento, sino argentino, y la madre no era alemana de cuna, sino venezolana, así que en cierto modo tiene muchas más raíces latinoamericanas.

—Pero hay familias que conservan las costumbres propias de sus culturas y las mantienen incluso, fuera de su territorio.

—Tienes razón —expresó David y sonrió al lograr que el bicho se subiera a su ramita—, pero Elías no nació dentro de un matrimonio tradicional, es hijo natural, aunque reconocido por su padre. —Ella paseó su atención entre él y el escarabajo que poco a poco recorría la ramita—. Elías es lo que diríamos: un «error de cálculo», producto de una noche de copas. Su padre lo reconoció, pero Elías tiene poca relación con él o con su familia paterna, solo trata con ellos para lo estrictamente necesario.

Jimena sonrió con poco ánimo. Se veía reflejada en esa historia.

—Ya sabes —continuó David sin dejar de vigilar al animalito—, cuando se está muy borracho no pierdes el tiempo en averiguar la nacionalidad, creencia o color de la piel de la persona que disfruta contigo de la velada. Muchas personas ni siquiera son capaces de diferenciar el género —agregó con una sonrisa pícaro.

—¿Te ha pasado? —preguntó ella con mofa. Él arqueó las cejas.

—Nooo. Nunca he bebido hasta perder por completo la conciencia —respondió—. Pero no suelo tener problemas con eso de la nacionalidad, credo o color de piel.

—Es decir, no eres selectivo con tus parejas.

—Bueno, no suelo llevar a la cama a la primera que me consigo en el camino, siempre estoy atento a lo que hago —dijo mirándola a los ojos—. Lo único que necesito para estar con una mujer es lograr establecer con ella un poco de empatía y que exista atracción, al menos, física.

Los ojos café de David comenzaron a notarse más oscuros y su mirada más cálida, lo que

agitó las emociones dentro de Jimena. Aturdida, giró el rostro hacia la vegetación para recobrar el control de su organismo.

—¿Y si tuvieras hijos por ahí que desconoces?

—Nooo —volvió a acentuar David—. Controlo muy bien dónde cae mi simiente. Nunca traería al mundo un hijo y lo dejaría desprotegido, tampoco permitiría que otro lo criara por mí.

Jimena advirtió que ahora las facciones de David se distinguían tensas y su ceño se fruncía. No quería hacerlo enfadar, parecía que el tema le molestaba o le traía malos recuerdos. Lo mejor era cambiar el hilo de la conversación.

—Ese animal es hermoso —expresó en referencia al escarabajo—. Los he visto negros, pero no de ese color.

—Estás de suerte —aseguró él y retomó de nuevo la sonrisa—. Creo que es un escarabajo del carrizo. Si no me equivoco, es el macho de su especie, por el color —explicó mientras levantaba la ramita para que ella admirara mejor al insecto—. Es una especie propia de esta región, pero había escuchado que estaba casi desaparecida porque han destruido su habitat construyendo el pueblo y los caseríos. Me alegro que queden algunos por ahí —comentó, al tiempo que acariciaba con un dedo el caparazón del animal.

El bicho desplegó sus alas y voló con un movimiento brusco. Se dirigió primero hacia el rostro de Jimena y luego se desvió en dirección a la selva.

Ella se sobresaltó al creer que el escarabajo se estrellaría en su cara y por instinto la cubrió con sus manos, pero al ver que el animal se alejaba sonrió y apoyó las manos en la raíz donde estaba sentada. Tocó los corazones entrelazados y los acarició sin dejar de admirar los alrededores.

—Este lugar es increíble. Es el paraíso.

Ella cerró los ojos, extasiada, para deleitarse con los sonidos de la naturaleza, sin percatarse que David había quedado petrificado y perdió la sonrisa debido a sus palabras.

«Es increíble, amigo. Estamos en el paraíso», habían sido las palabras utilizadas por Mariano para describir el paisaje antes de que ambos se embarcaran en una aventura sobre un parapente, donde su amigo se suicidó.

Jimena abrió los ojos y giró el rostro hacia David. Al notar su seriedad ella también perdió la sonrisa.

—¿Qué ocurre?

Él tardó un instante en reaccionar. Se levantó de la silla improvisada y se alejó un par de pasos dándole la espalda a la chica.

—Nada, es... recordé algo, es todo.

Ella se levantó y caminó con lentitud hacia él, le cubrió la cintura con sus brazos y se apoyó en su espalda.

—Perdona si dije algo indebido.

La ternura de aquel abrazo disipó todo mal recuerdo de la mente de David. Él acarició los brazos que lo rodeaban y observó la naturaleza con mayor tranquilidad.

—Me gustaría contar con una mente selectiva, que solo pueda acordarse de momentos agradables.

Jimena cerró los ojos y se concentró en oír los latidos del corazón de David, aspirar su aroma y sentir el calor que desprendía su cuerpo.

Nunca en su vida se había sentido tan a gusto al estar cerca de un hombre, ni había deseado tanto a alguien. Con él era diferente, tan real y exclusivo.

De pronto, una idea le surcó por la mente, atraída por la paz que hallaba en ese lugar: El majestuoso cedro gigante del que le había hablado Adelaida, tan maravilloso, sublime y protector, no era el árbol que se encontraba a su espalda.

Su madre le había hablado de Tomás, del amor y la fascinación que sentía por él, y de lo distinto que lograba mirar la vida a su lado.

Por eso Tomás se mostró esperanzado cuando ella le confesó días atrás lo mucho que su madre le había mencionado al cedro gigante.

Ese lugar, oculto en medio de la selva, era el sitio donde escondían su secreto: el inmenso amor que se profesaban y lo dejaron marcado en forma de dos corazones entrelazados en una de sus raíces.

Fuera de allí, la realidad cambiaba para ambos. La terquedad de sus voluntades les impedían luchar contra ellos mismos para defender lo que sentían, pero siempre había un sitio donde podían acudir cuando quisieran para dar riendas sueltas a sus sentimientos.

David se giró y quedó frente a Jimena. Le tomó el rostro entre las manos y le acarició las mejillas con los pulgares.

Ella aún mantenía sus brazos alrededor de su cintura. Ahora que se había acercado a él le costaba separarse.

—Quizás no puedo olvidar los malos momentos —comentó el hombre con una voz más ronca, embriagada de deseo—, pero puedo saturarme de cosas buenas hasta ahogar los recuerdos desagradables. ¿No crees?

Ella solo pudo asentir con suavidad, hipnotizada con la mirada intensa del hombre.

David bajó la cabeza en busca de los labios de la chica, y al hallarlos, los besó con lentitud. Degustó cada uno de ellos y los acarició con la punta de su lengua.

Jimena se lo permitió, anhelando que fuera más allá. Abrió la boca y sonrió para sus adentros al lograr que él profundizara el beso mientras la sostenía con firmeza de la nuca.

No tuvieron reparos en dar un poco de su ser en ese gesto, que para ellos duró una eternidad.

El pasado se esfumó de sus memorias como por arte de magia, siendo suplantado por un presente lleno de pasión. Allí solo eran ellos dos y la naturaleza, que les aportaba el ambiente ideal para desbordar lo que sentían sus corazones.

En ese sitio, abrigados por la sombra del cedro gigante, podían ser ellos mismos. Sin miedos ni inseguridades.

Capítulo 25. Sucumbir al deseo.

Después del beso, se quedaron un rato más cerca del gran cedro. Inspeccionaron la zona con intención de conocer la vegetación y la fauna.

Jimena escuchaba complacida las explicaciones de David sobre cada cosa que descubrían, al tiempo que compartían sensuales caricias y besos arrebatados.

El nivel de paz y felicidad que ambos experimentaban en aquel lugar los tenía caminando sobre nubes.

Sin prisa se dirigieron, tomados de la mano, hacia el parador turístico. Disfrutaban del paisaje, de las vistas que se presentaban al llegar a alguna colina y de los pequeños riachuelos.

Almorzaron salchichas de Nuremberg con pan towareño y repollo blanco macerado al vino, una de las tantas exquisiteces tradicionales de la región, para luego dirigirse al pueblo, donde la dura realidad los esperaba con los brazos abiertos.

Se despidieron en medio de un tenso silencio antes de cruzar el arco que daba entrada a la Colonia Tovar, con besos y miradas cargadas de anhelos y súplicas.

Luego cada quien tomó su camino para enfrentar sus propias sombras y superar sus propios obstáculos.

Durante dos semanas convivieron entre dos mundos: el real y el que habían creado en secreto. Se comunicaban casi a diario y se veían en ocasiones, escondidos en los rincones más apartados de aquel lugar.

Se reunían en las posadas más lejanas del pueblo, sin importarles si tenían que caminar por casi una hora para que así nadie sospechara de su relación.

David no llevaba su auto para que no lo descubrieran, dejándolo en el negocio de Elías. Así justificaba que se hallaba de exploración con algún grupo de turistas.

—Me encanta tu piel —reconoció David una tarde, cuando estaba tumbado en la cama de un hotel discreto a pocos kilómetros del pueblo, junto a ella.

Ambos se encontraban desnudos, frente a frente, y miraban arrobado la forma en que sus manos se tocaban acariciándose con sutileza, hasta que entrelazaban los dedos.

—La tuya también es adictiva —confesó ella mientras las emociones entallaban en su interior.

Minutos antes habían hecho el amor. Apenas entraron en la habitación se desnudaron con ansiedad y enseguida cayeron en la cama para saciar el hambre que los venía acompañando por días.

Ahora, que estaban más calmados, podían saborearse con calma, descubriendo los sentimientos que aquella proximidad les producía.

Jimena comenzaba a experimentar emociones muy fuertes por David, y él por ella. Mientras más tiempo pasaban juntos, ellas se hacían más intensas.

Se miraron con anhelo mientras se encendía de nuevo el fuego que los consumía.

Él se inclinó hacia la mujer para besar sus labios, un manjar que se había convertido en su favorito. Ella respondió a su beso profundizándolo. De esa forma incrementaba sus ansiedades y motivaba aún más del hombre.

Entre gemidos David la empujó para que ella quedara acostada de espaldas sobre el colchón y soltó su mano para rodear su cuello.

La inmovilizó ubicándose más encima de ella, así invadía con mayor firmeza su boca con su lengua y metía una de sus piernas entre las de ella, obligándola a que se abriera para él.

Se acariciaron de todas formas posibles, usando cada tramo de sus cuerpos para rozarse contra el otro y aumentar el calor que los agobiaba.

Luego de estrujar sus senos, David bajó hasta ellos para chuparlos con avaricia, al tiempo que su mano se dirigía al montículo de vellos que ella tenía entre las piernas, que acarició con suavidad buscando tocar su sexo.

Jimena se estremeció por el sutil y delicioso roce. Su piel se erizó por completo y la empujó a arquearse y levantar las caderas exigiendo más.

Él la complació, aunque a un ritmo tan lento que la hacía enloquecer.

Sin apuro sumergió primero un dedo, sin dejar de agasajar sus senos. Inició un vaivén que a ella le arrancó gemidos y súplicas, hasta que se atrevió a incluir otro dedo más en la tortura.

La mujer se movía alrededor de ellos buscando acrecentar el placer, pero David detenía sus atenciones para castigarla y abandonó sus senos buscando su boca.

Ambos tenían los rostros enrojecidos y ardían por el deseo. Estaban embriagados por el placer que se prodigaban, famélicos de atenciones.

—Tranquila —le susurró al oído reiniciando las acometidas cuando la escuchó quejarse, esta vez, de forma más acelerada.

Los ojos de Jimena se empaparon con lágrimas de goce y su respiración comenzó a profundizarse.

—David... por favor... —exigía ella, estando al borde de la desesperación.

Él sonrió con perversidad y la miró complacido. Quería tenerla allí, loca por sus caricias y a punto de romperse en mil pedazos.

—Ábrete más para mí —pidió, y vio satisfecho cómo ella lo obedecía sin poner nada de resistencia.

Al retirar los dedos del interior de la mujer, ella se sintió frustrada, pero pronto él se ubicó encima sustituyéndolos con su miembro erguido y duro.

Le mantuvo la mirada mientras la penetraba, con lentitud, fascinado con las muecas de

placer que ella hacía al recibirlo entero.

—Ya eres mía —suspiró sobre sus labios y comenzó a mecerse muy despacio, logrando que ella olvidara todo, concentrándose en las dulces sensaciones que experimentaba.

Jimena se aferró a él apretando su piel con sus uñas mientras David se la devoraba. No fue clemente. Buscaba abrir más las piernas de la mujer al tiempo que profundizaba sus acometidas y el ritmo de estas. Comenzaba a sentirse sobrepasado por la pasión.

Con un brazo la aferró por la cintura, para inmovilizarla, y hundió la cara en su cuello para ahogar los jadeos, saturado por el gusto que el sexo le confería.

Jimena intentaba concentrarse en su respiración para no morir por el éxtasis. No quería dejar de disfrutar del momento, pero cuando su organismo comenzó a colapsar por el orgasmo le resultó imposible disimular del todo un grito de placer.

Aquello aceleró las ansias en David, quien ahora se preocupó en alcanzar su propio clímax para sucumbir con ella.

Cuando al fin lo logró, ambos lloraron por la intensidad que experimentaron mientras recuperaban la cadencia de su respiración y esperaban que sus corazones dejaran de latir de forma salvaje.

Se aferraron más el uno al otro mientras eso sucedía y apretaron su abrazo. Jimena lo rodeó con brazos y piernas para no dejarlo escapar, al tiempo que sentía palpar sus cuerpos a un mismo ritmo.

El ardor que habían generado dentro de esa pequeña habitación manchó con vaho de rocío las ventanas. El frío exterior no se sentía. Allí no era bien recibido.

Una vez David recuperó la conciencia, se incorporó un poco para besarla con ternura.

No se separó de ella, solo quería disfrutar de su semblante saciado, producto del amor que él le regalaba.

—¿Estás bien? —quiso saber al notar que ella seguía con los ojos cerrados y aun respirando con algo de dificultad.

—Casi me hiciste morir por el placer —reveló, abriendo los ojos.

Lo maravilló con el brillo incandescente de sus pupilas, como si estas fuesen una noche estrellada.

Él sonrió complacido.

—Quiero hacerlo todos los días.

Los dos se miraron con seriedad, conscientes de que por ahora podían deleitarse con esos exquisitos momentos, pero aquello no les duraría para toda la vida. No los dejarían.

Jimena alzó una mano para acariciarle el rostro. Él se metía cada vez más dentro de su interior, y no gracias al sexo, sino además con su recuerdo y con todas las emociones que le hacía experimentar, incluso, con su cercanía.

No quería enamorarse de él, pero empezaba a descubrir que estaba fallando en ese propósito.

—Desearía que el mundo se detuviera en este momento. Que cayera un meteorito, o una bomba atómica para quedar por siempre así contigo. Juntos.

Él no dijo nada, aunque su corazón sufrió por la crueldad de la realidad que los rodeaba. Sabía, tanto como ella, de que un romance entre ellos estaba prohibido. Tendrían que pasar por encima de muchas personas para hacerlo realidad.

¿Podrían hacerlo algún día?

Se hundió de nuevo en el cuello de ella y la abrazó con firmeza.

Al menos, en esa oportunidad nada ni nadie lograría apartarla de su lado, con eso, por ahora, se conformaría. Ya vería cómo se les presentaba el futuro.

Si algo lo describía a la perfección, era su terquedad. No solía rendirse con facilidad, pero esa actitud, además de asegurarle que siempre terminaba imponiendo sus deseos, también le había traído sus más tristes desgracias. Eso no podía olvidarlo.

Jimena se aferró a él de la misma forma en que David lo hacía. Lo abrazó, como abrazaba al gran cedro cada vez que iba de visita al lugar donde estaba asentado el árbol.

Ellos habían tomado aquel sitio como punto de encuentro. Donde podían verse evitando ojos indiscretos y desatar todo el amor que comenzaban a sentir.

Cerró los ojos y dibujó una pequeña sonrisa en los labios mientras captaba las palpitaciones de David sobre su cuerpo. Estaban tan juntos que parecían ser una misma persona.

Aquel sonido le fascinó y deseó tenerlo por siempre consigo. Él era su cedro gigante, así como Tomás Reyes había sido el de su madre.

Ese lugar cálido y dulce donde quería refugiarse por toda la eternidad, viviendo protegida bajo su sombra.

Capítulo 26. Amarse a escondidas.

Por un par de semanas esas escapadas le sirvieron para desahogar sus ansias, pero el pueblo era muy pequeño para que pasara desapercibida su relación, ellos lo sabían.

Sin embargo, no querían atormentarse aún con los problemas que podían crearse, sino vivir el momento, antes de que la tranquilidad llegara a su fin.

En una oportunidad acompañaron a Elías Hamed a Puerto Maya, un pueblo pesquero cercano a la Colonia Tovar y perteneciente a las costas del estado Aragua.

Destino que la empresa de turismo quería ofrecer en un paquete promocional más completo, que no solo incluyera una visita de una tarde, sino la posibilidad de hospedaje y con diversiones adicionales.

Elías necesitaba planificar con el dueño de una de las posadas de la zona los costos de esas excursiones y la forma en que compartirían las ganancias.

Salieron de la Colonia una mañana fría arropados por una cortina de suave neblina. Se internaron por la montaña sobre uno de los vehículos de doble tracción de la empresa de turismo, en dirección a Puerto Cruz, para luego tomar la vía hacia Puerto Maya.

Ellos dos se ubicaron en la parte trasera del auto, donde podían apreciar sin obstáculos las bellezas naturales.

El ambiente frío de la Colonia pronto se perdió para dar paso a uno más cálido. Jimena se desprendió de su abrigo y respiró hondo, tratando de llenarse los pulmones lo más que podía con aquel aire salino.

—La primera vez que visité esta región viajé en bicicleta con Elías desde la Colonia Tovar. Son más de cuarenta kilómetros y muchos de ellos son en subida —comentó David.

—¡En bicicleta! —preguntó ella sorprendida.

Él le obsequió una ancha sonrisa, le tomó con dulzura la mano y la apoyó sobre su muslo para acariciar su dorso.

—Sí. Hay grupos en la Colonia que practican ciclismo de montaña y se aventuran a destinos como este.

—Yo nunca he hecho nada tan osado.

—¿A no?

—Me gusta tener los pies bien seguros sobre la tierra.

Él rió con sonoridad.

—No tienes idea de lo que te pierdes.

Jimena arqueó las cejas, fascinada por la apariencia divertida que habían tomado las facciones del hombre.

—¿Y de qué me pierdo?

Él agudizó la mirada hacia la vegetación, como si viera a través de ella lo que deseaba explicarle.

—Cuando estás en medio de una situación riesgosa necesitas poner toda tu concentración en alerta para superar el obstáculo. La descarga de adrenalina que eso produce te acelera en el momento, pero luego, el cuerpo te queda en un estado de reposo y satisfacción tan grande que no le da cabida a la tristeza. Los malos pensamientos se te borran de la mente como por arte de magia. Además, el contacto que logras con la naturaleza es tan intenso que terminas sintiéndote parte viva del paisaje, como si fueras un árbol más de la vegetación.

Jimena lo observó con interés, notando la ansiedad que David reflejaba en sus pupilas. Él estaba ansioso por vivir de nuevo ese tipo de experiencias y descargar toda la adrenalina que tenía acumulada en el cuerpo.

Ella también anhelaba vivir algún día esas emociones, que la alejaran por completo de los sentimientos de frustración y ahogo que tanto la abordaban.

No obstante, después de que él le narró las sensaciones que vivía en sus osadas aventuras, el rostro se le ensombreció como si hubiera recordado algo que empañaba su alegría.

Ella giró la mano que David le acariciaba para entrelazar los dedos con los suyos y así apartarlo de aquello que lo lastimaba.

—¿Desde cuándo no haces deportes extremos? —inquirió, a pesar de creer conocer la respuesta. David resopló y bajó la mirada.

—Desde hace mucho tiempo —alegó, para no confesarle que no los hacía desde hacía cuatro años, cuando la tragedia marcó su vida con la muerte de uno de sus mejores amigos.

—Tú estás fuera de práctica y yo soy una novata. ¿Crees que hacemos un buen equipo? —agregó ella con una voz sugestiva.

Trataba de poner un punto picante en la conversación y cortar de raíz las penas.

Y la estrategia le funcionó. David perdió enseguida su actitud triste y la miró con picardía.

—Por supuesto —aseguró y cubrió los hombros de la chica con un brazo para acercarla a él—. Hay cosas en la vida que nunca se olvidan y el tiempo las perfecciona —aseveró antes de devorar su boca con un beso largo y profundo, capaz de liberar en su organismo una ráfaga de adrenalina que por momentos los dejó exhaustos, abrazados con firmeza tras el vehículo.

Se prodigaban caricias en sus rostros y labios mientras marchaban con seguridad a través de una zona boscosa.

Cerca de Puerto Maya pudieron ver la ensenada desde una parte alta de la carretera. Era un paraje con forma de media luna, rodeado por altas montañas, en cuya falda se podían apreciar como puntos coloridos un grupo de casas.

Unas aguas sosegadas de un azul turquesa cristalino llegaban con suavidad a su orilla

dorada, y a un costado se divisaba el muelle, acompañado por algunas embarcaciones pesqueras.

Al llegar, y mientras Elías se reunía con el dueño de la posada, ellos pasaron el día tumbados sobre la cálida arena, protegidos por la sombra de las palmeras y arropados por la brisa fresca.

—Que paisaje tan perfecto —comentó Jimena sentada junto a David, abrazada a sus rodillas y con la mirada fija en el horizonte infinito y azul.

Se había atado los cabellos en un moño alto, con algunos mechones cayéndole sobre el rostro.

El bikini floreado que vestía remarcaba las curvas de su cuerpo y sus tonos entre naranja y marrón le combinaban a la perfección con su piel trigueña, tanto, que a David le era imposible mantener sus manos alejadas de ella, ni su mirada.

La observaba embelesado recostado sobre la arena mientras acariciaba la espalda de la chica con una mano.

—Los amaneceres en este lugar son todo un espectáculo —reveló para llamar la atención de la joven.

Ella se giró y se recostó a su lado. Afincó un codo en el suelo y descansó la cabeza sobre su mano.

Admiró con descaro el torso desnudo y húmedo del hombre, cubierto por una suave capa de vello castaño.

No pudo soportar la tentación y lo acarició con delicadeza, sintió la agradable fricción del pelo de su pecho sobre la palma y entre los dedos.

—El cielo se colorea con miles de tonos a medida que va apareciendo el sol —siguió David—, y tiñe a la vez al mar. Los pescadores desde muy temprano comienzan a preparar las redes y sus embarcaciones, acompañados por las gaviotas y sus chillidos agudos, y las mujeres le dan vida al poblado con su incesante trabajo en el hogar. Aparece la luz y despierta la vida, es simplemente maravilloso.

Ella trató de imaginar aquel escenario, así como la calma y la dicha que debía transmitir. Afincó su mirada en él.

Comprendía que sin su presencia, por más majestuoso que fuera el paisaje, no lograría alcanzar ese estado de paz. Necesitaba de la adrenalina que solo David le aportaba.

—Quizás es maravilloso, pero a tu lado mi mundo sería perfecto —confesó con una dulce sonrisa.

David pareció transformarse por esas palabras, sus ojos se volvieron más sagaces y vivos. La tomó por la nuca y la acercó a él para hablarle muy cerca de sus labios.

—Te prometo que llenaré tu mundo de emociones inimaginables —ofreció, antes de fundirse con ella en un beso intenso que les produjo a ambos una colisión de emociones en el

organismo.

Ese día y por primera vez, Jimena probó un exquisito sancocho de pescado preparado en un fogón de leña a cielo abierto, y con peces sacados directamente del mar.

Los acompañaba un grupo de pobladores de la zona, tan amigables, que a ella le provocaba quedarse en ese pedacito de tierra por siempre.

Visitó junto a David el río y conoció el «Pozo de los Perros», un lugar construido a base de piedras en medio de una selva silenciosa. Anteriormente se habían encontrado en ese lugar restos cerámicos, conchas fluviales, piezas de piedra y pilones de posible origen prehispánico.

—Dicen que estas aguas tienen propiedades curativas —explicó David mientras ambos se introducían en el interior de las cristalinas aguas que poseían más de un metro de profundidad.

—¿Y es cierto?

Él alzó los hombros con indiferencia.

—No sé, lo que puedo asegurarte es que es muy relajante estar aquí —confesó con una sonrisa antes de sumergirse hasta la cabeza.

—¿Y por qué le dicen «Pozo de los Perros»? —preguntó ella cuando el hombre salió al exterior.

—Por los perros de agua que viven en el río.

—¿Perros de agua?! —inquirió la mujer con asombro y comenzó a repasar con la mirada el lugar en busca de alguno de esos espécimen de marsupiales que él había mencionado, pero David la tomó por los hombros y la hundió.

Comenzaron a jugar a la lucha entre ellos, buscando hundirse, diversión que Jimena no pudo ganar.

Lo que sí logró fue doblegar el control masculino ya que con aquel forcejeó despertó la lujuria de David, quien enseguida se olvidó de la travesura para concentrarse en besar y acariciar el cuerpo húmedo de la mujer, y su deliciosa boca que tanta satisfacción le prodigaba.

—¡David! ¡David!

Ella quiso detenerlo entre risas y llamar su atención en medio de los besos urgentes. Estaban en un lugar público, a la vista de cualquiera, aunque la soledad era marcada.

Los únicos seres vivos en los alrededores eran los árboles, insectos, peces y los pájaros que habitaban el lugar.

—Quédate quieta, nadie nos ve. Déjame amarte —murmuró él con una voz gutural y marcada por el deseo.

La tomó por las caderas y la apoyó en una roca cercana. Friccionó su cuerpo tenso y ardiente en ella.

Jimena gemía mientras David se consumía las gotas de agua que resbalaban de su cuello y dejaba suaves mordiscos a su paso.

Capítulo 27. Peligros a la vista.

Con ayuda de una rodilla David le abrió las piernas e introdujo su mano para alcanzar su intimidad.

—Ohhh, esto va estar muy bueno —declaró al sentirla resbaladiza, y sumergió la lengua dentro de la boca femenina.

Jimena se rindió al oleaje de emociones que se desató en su interior. Rodeó el cuello de David con los brazos para sostenerse y abrió aún más las piernas, permitió que él apartara la tela del bikini y la poseyera allí, de una sola estocada.

Sus frentes se unieron mientras sus cuerpos danzaban en un ritmo frenético bajo el agua, que ahora se sentía cálida. Se entregaron sin reservas, olvidándose por completo de los alrededores, del mundo y de ellos mismos.

Ella se arqueó embriagada por el placer, lo que le concedió a él una oportunidad para alcanzar con la boca sus senos.

Le apartó la tela del traje de baño y succionó con hambre la punta erguida de uno de sus pezones. Lo frotó con la lengua, al tiempo que se empuñaba más a ella hasta hacerla lloriquear y pedirle más.

La implosión que se generó dentro de sus organismos se produjo minutos después, en medio de jadeos, y les dejó a ambos una poderosa sensación de calma y ligereza que por momentos les pareció irreal.

—Oh, mi amor, sé que no es momento para preguntar esto, pero... ¿te cuidas? —indagó David mientras se esforzaba por recuperar el oxígeno perdido.

Acarició los cabellos húmedos de Jimena con ternura y su rostro enrojecido por el goce.

Ella alzó la mirada, pero la embriaguez que aún la avasallaba no le permitía comprender la pregunta.

—Jimena, no utilicé protección. Enloquecí al sentarte tan cálida y lubricada, ahora no sé...

—Shhh... —La joven acarició los labios hinchados del hombre y le sonrió mientras envolvía su cintura con las piernas—. No te preocupes, desde que estamos juntos también me cuido. Me gusta ser precavida.

—Disculpa, no volverá a pasar. Es que me tienes loco —aseguró David y la apretó aún más contra la roca moviendo las caderas para generarle placer.

Jimena gimió antes de que él le sellara los labios con un beso profundo y largo.

El fuego del frenesí los poseyó de nuevo y aprovecharon el momento de soledad para dar rápida satisfacción a sus fantasías antes de que la libertad se les acabara.

Aunque el paseo no terminó allí. Al culminar la reunión con el dueño de la posada, David

convenció a Elías de visitar una playa casi escondida de la región.

Un sitio pequeño y poco concurrido, pero que resultaba un paraíso para los submarinistas.

Sus profundas aguas albergaban una rica y bien preservada fauna y flora marina que Jimena pudo disfrutar de forma superficial con la ayuda de un *snorkel*.

Era su primera vez y además, no contaban con el equipo adecuado para hacer una inmersión más profunda. Pero pudo admirar parte del jardín marino que se encontraba bajando una pendiente gracias a lo cristalino del agua.

Las bellezas que alcanzó a divisar le fascinaron y salió de allí rogándole a David volver pronto para conocer mucho más del lugar.

Así pasaron los días, anegados en un idilio que no querían terminar. Se encontraban a escondidas para desahogar todos los anhelos que sentían, en una aventura que solo era conocida por Elías Hamed y su equipo de trabajo, quienes supieron guardar el secreto.

Se citaban en los rincones más apartados, alejados de las miradas de los turistas, pero había momentos en que se arriesgaban a vagar por las calles del casco central de la manera más discreta posible.

David no podía alejarse mucho del pueblo. Sus múltiples responsabilidades laborales se lo impedían, pero tampoco quería dejar de ver a Jimena. Ambos comenzaban a demostrar una necesidad imperiosa por compartir más tiempo junto al otro.

—Me encanta ver como esta gente se esfuerza por mantener su cultura —expresó la chica mientras salían de un café ubicado frente a la plaza.

Los dueños atendían el negocio vestidos con los trajes típicos de la región.

—Conservan sus tradiciones porque viven de ello —explicó David y se detuvo tras las jardineras que separaban la terraza del local de la acera de peatones, para revisar su teléfono móvil.

Gonzalo no paraba de comunicarse con él, exigía su presencia en uno de los terrenos, pero David se había escapado por un par de horas. El trabajo lo consumía tanto que en ocasiones necesitaba perderse para recuperar energías.

Después de responder los mensajes guardó el móvil en uno de los bolsillos de su chaqueta para retomar el paseo con ella.

Quedó petrificado al divisar las figuras de Amanda, Sabrina y Dayana Luna que subían por la calle, inmersas en la conversación que mantenían.

Dio un repaso rápido a los alrededores y tomó de la mano a Jimena para arrastrarla hacia el interior de una posada cercana.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica mientras era remolcada por un pasillo empedrado.

—Quiero mostrarte algo —expresó él con rostro serio y atravesó la instalación hasta llegar a un extenso patio cercado por cabañas.

Jimena emitió una exclamación ahogada al ver el lugar, parecía sacado de algún cuento infantil. El terreno estaba cubierto por grama y recortado por caminerías curvas de piedra bordeadas por arbustos de rosas, hortensias y orquídeas.

En algunos lugares se divisaban antiguos faroles, grandes tinajas de barro o pajareras, y bajo los frondosos árboles se hallaban bancos de hierro forjado.

Las cabañas eran construcciones pequeñas de pared blanca con tramado negro y techo de tejas, rodeadas por un cercado bajo de madera pintada en un pulcro blanco.

—Es como si estuviera dentro de un cuento de los hermanos Grimm —aludió la chica sin dejar de apreciar el lugar.

David sonrió, conocía esa posada, el dueño era gran amigo de Elías.

Sabía que sería un sitio ideal para quedarse por algún rato mientras el peligro pasaba. No quería pensar en la posibilidad de escándalo que se le pudiera presentar si Amanda lo encontraba con otra mujer en el pueblo.

Mucho menos deseaba avergonzar a Jimena. Reflexionar sobre ello ensombreció su semblante.

—¡David León!

El saludo del dueño lo obligó a dejar de lado sus aprehensiones. El sujeto, un hombre alto, rubio y de ojos azules, se acercó a ellos con prontitud, proveniente del restaurante.

—¡Guillermo!

David respondió el gesto con un cálido abrazo.

—¿Qué haces aquí?

—Le mostraba el lugar a mi amiga —dijo y señaló a Jimena. El dueño se acercó para estrechar la mano de la chica.

—¡Maravilloso! ¿Piensan hospedarse?

—No, ya tenemos residencia. Solo le doy a conocer los sitios más hermosos del pueblo.

—Vaya, que honor. Muchas gracias, David.

—¿Podemos quedarnos un rato?

—¡Claro! Y si tienen ánimo, antes de irse pueden pasar por el restaurante. Flavio, el nuevo chef, preparó una magnífica torta selva negra para el postre de esta tarde. Les encantará.

Aquello despertó el interés de Jimena, quien sonrió complacida.

—Creo que aceptaremos la invitación —señaló David al ver la reacción de la chica.

El hombre se despidió y regresó al restaurante para atender a los clientes, dejándolos solos.

—Conoces a mucha gente en esta región —comentó ella al tiempo que ambos caminaban hacia el interior del patio.

—Eso es gracias a Elías. Yo viví aquí varias temporadas mientras trabajaba para él en la agencia de turismo.

—¿Trabajabas como empleado en una agencia de turismo? —inquirió sin poder disimular su sorpresa. Él asintió.

—Bueno, de alguna manera tenía que aprender. Me encanta ese tipo de actividades. Siempre resultan ideales para escapar de la realidad.

—¿Y era mucho lo que querías escapar? —preguntó la chica antes de sentarse en un banco bajo un duraznero. David bufó.

—No ha pasado un solo día en mi vida en que no quiera arriesgar mi pellejo solo por olvidarme de los problemas —confesó con agobio.

—Eso suena... desquiciante —agregó ella y entrelazó su mano con la del hombre mientras disfrutaban de una hermosa vista de las montañas, semicubiertas por casas de arquitectura colonial alemana.

—Desquiciante me resulta la realidad.

—Pensé que la gente como tú, que lo tiene todo en la vida, disfruta un poco más de las maravillas del mundo.

—El dinero no compra la felicidad.

—Pero sí momentos exclusivos.

—Eso depende de con quien lo disfrutes —aseguró él y dirigió una mirada sugerente hacia la chica mientras envolvía su mano entre las suyas—. Pasé mucho tiempo aquí en la Colonia, pero te juro, que nunca la había degustado con tanto placer este sitio como lo hago ahora.

Ella sonrió ante sus palabras.

—Eres un mentiroso.

—¿Cómo te atreves a llamarme así? —Jimena estalló en risas, reacción que le fascinó a David—. ¿De qué te ríes? —le preguntó y achicó los ojos en señal de advertencia.

—Da nada —respondió ella y se esforzó por contenerse. Sin éxito.

—¿Te burlas de mí?

—No.

David se incorporó para quedar frente a la joven. La desafiaba con su figura imponente.

—¿Segura? —amenazó e introdujo una mano dentro del abrigo de la mujer, en busca de los botones de su camisa—. Puedo castigarte por atrevida.

—¡David! —lo reprendió Jimena con una sonrisa al sentir que él comenzaba a abrir los botones. Miró con nerviosismo los alrededores. De una cabaña salía una pareja joven acompañada por dos niños. Se acercaba la hora del almuerzo y los clientes se dirigían al restaurante para comer antes de visitar el pueblo—. Estamos en un lugar público.

—Puedo decirle a Guillermo que me ceda una cabaña.

—¡Cálmate! —lo amonestó ella sin lograr detener la risa—. Tienes trabajo que atender, recuerda que Gonzalo te ha pasado cientos de mensajes para recordarte la reunión que tienes en

una hora.

Él torció el rostro en una mueca de disgusto.

—Está bien —rezongó con resignación y se incorporó para sentarse frente al paisaje.

Jimena lo abrazó por la cintura, conmovida por el rostro enfadado de niño malcriado que el hombre había asumido.

—Te adoro.

David la envolvió entre sus brazos y besó con ternura su cabeza.

—Y yo a ti —le confesó, para luego hundir el rostro en sus cabellos—. Me vuelves loco, no te imaginas cuánto —reveló, superado por sus propios sentimientos.

A medida que crecía lo que sentía por ella comenzaba a cansarse de aquella situación. Cada día que pasaba la quería más, deseaba compartir todo su tiempo a su lado y obtener más de ella.

Pero los obstáculos seguían anclados de cada lado de la barrera, y aún no hallaba los medios idóneos para eliminarlos.

Capítulo 28. Fecha límite.

La estadía en la Colonia Tovar, para ambos, se alargó más de lo que habían planificado. Después de un mes David aún no cosechaba las tierras que Leonel Acosta le había asignado, ni Jimena lograba obtener la titularidad de la propiedad que le dejó en herencia su madre.

Los asuntos se le complicaban y la única forma de no caer en la desesperación era manteniendo una doble vida. Por un lado se hallaban en sus amargas realidades y por el otro, en un dulce idilio que cada día los unía más.

David comenzó a sentirse incómodo con aquella situación. Anhelaba estar con Jimena, pero sabía que ella estaría siempre mezclada a una familia que lo evitaba a toda costa y a él cada vez se le hacía más difícil eliminar los pesos que le habían impuesto al regresar a ese país.

En su cabaña aún estaba Amanda, dormía cada noche con ella a pesar de que procuraba evitarla, pero tampoco la alejaba de su lado.

No sabía cómo hacerlo sin que su familia o la de ella se involucraran en el conflicto. Estaba con las dos, traicionándolas a ambas, pero sobre todo, a sí mismo.

Consideraba esa forma de vida un riesgo, no podía seguirla. Debía reconocer que Amanda no era tonta, a sus veintitrés años ya contaba con un diplomado en diseño de modas y era dueña de tres boutiques en el país donde exhibía y comercializaba sus propios diseños.

Entre sus proyectos se encontraba la apertura de una tienda en Miami que le serviría de trampolín para introducirse en el mercado americano. Era una mujer ambiciosa y emprendedora, muy persistente, y poseía una base económica amparada por su padre, un exitoso empresario del país, y por su tío político, Leonel Acosta.

Amanda creía que David atravesaba una etapa de negación al percatarse que no tendría escapatorias y que debía aceptar que su destino se hallaba anclado en esas tierras.

Le concedió el espacio que él le exigía, ocupándose de pasar unas divertidas vacaciones en compañía de Sabrina y de Dayana Luna Sartori, pero no dejaba de vigilar a su presa.

Estaba encaprichada con él y no se dejaría quitar su premio por nada del mundo.

David era consciente que de un momento a otro, Amanda se enteraría de la relación que mantenía con Jimena (si es que ya no lo sabía), y cuando decidiera poner cartas en el asunto los problemas le caerían del cielo sin contemplaciones.

Por su parte, el anhelo de Jimena por obtener la propiedad que le había cedido su madre y hacerla más productiva se fortalecía.

Mientras más tiempo pasaba en esa región, más se encariñaba con la granja, con la calidez de un hogar que comenzaba a sentir como suyo, e incluso, con las personas con las que convivía.

Pero más aún, con los parajes naturales que la rodeaban, que, aunque le servían para

ocultar el fuerte sentimiento que sentía por David, la llenaban de tanta libertad que le era imposible no apegarse.

Mantenía constante comunicación con su amigo Marcos, el genio en economía, quien la ayudaba desde la distancia a desarrollar un estudio de mercado sobre la venta de rosas en el país, y la secundaba en la universidad donde había obtenido unas suplencias cubriendo con excusas sus faltas.

Ella debió presentarse semanas atrás en el rectorado para formalizar su ingreso. No obstante, la situación en la Colonia Tovar aún era muy inestable, no se atrevía a abandonar esas tierras.

Con Tomás no había vuelto a tocar el tema del matrimonio. No podía. Sentía un amargo temor en el estómago cada vez pretendía hacerlo.

Pero su miedo no se debía a lo que ella pudiera perder o ganar con esa propuesta, sino al daño que terminaría haciéndole a él.

Tomás Reyes era un hombre solo, humillado y traicionado, que seis años atrás había visto morir en sus brazos a la única mujer que había amado en el mundo, a quien nunca pudo expresarle en público sus sentimientos y a quien tuvo que ver en infinidad de ocasiones abrazada a otro hombre sin poder luchar por evitarlo.

Él no había logrado superar ninguna de sus penas: desde la repentina muerte de su padre, cuando apenas era un adolescente, hasta sus enfrentamientos con Rodrigo Luna por los derechos de la propiedad.

Cada uno de sus dolores lo transformaron en un sujeto duro e implacable, incluso, consigo mismo. Ella no podía seguir apuñalando ese corazón sangrante.

En resumidas, Jimena se sentía de brazos cruzados. Sin saber qué hacer para calmar la ansiedad del hombre, ni cómo quitarle de encima la presión que su padre le provocaba.

Rodrigo Luna continuaba insistiendo en que le entregara la propiedad. Su abogado llamaba casi a diario a Tomás, aunque las conversaciones se limitaban a «Buenos días, señor Reyes», seguido por el rugido feroz: «¡DÉJENME EN PAZ!».

En cierta ocasión, en que logró que el hombre la llevara a una reunión con miembros de la cooperativa de floricultores en la que participaba, Jimena pensó que él comenzaba a digerir la idea de que ella formara parte de la granja. Incluso, la presentó como su socia, algo que a ella le produjo alivio.

Conversaron con un representante del gobierno, quien les presentó una propuesta interesante de trabajo conjunto, pero Tomás se mostró reticente.

Jimena era la única que comprendía que su desinterés se debía a su situación actual. Para él era difícil garantizar en ese momento su intervención en cualquier proyecto hasta no consolidar el dominio de sus tierras.

En el trayecto de regreso, ella se entretuvo admirando la hermosura de las montañas. Durante la reunión, estas fueron bañadas por una suave lluvia y ahora sus colores se mostraban más vivos, siendo sofocados solo por la lenta neblina que pronto las cubriría por completo.

Volvieron a pie, subieron por la parte trasera de la propiedad, acompañados por el frío y por los aromas florales que se desprendían de la vegetación.

Jimena avanzaba lo más rápido que su entumecido cuerpo le permitía, envuelta en un grueso abrigo y con un gorro de lana que le cubría hasta las orejas. Su aliento se volvía gélido y la hacía añorar una gran taza de chocolate caliente.

Frente a ella caminaba Tomás, con paso apresurado, como si anduviera solo, y a su lado Emmanuel, el joven ahijado de Malena, que había resultado una compañía entretenida.

No paraba de hablarle sobre la tradicional fiesta de carnaval que se realizaba en la Colonia Tovar. Aún faltaba medio año para que se llevara a cabo la celebración, pero desde ya los pobladores se organizaban para planificar las actividades.

Él pertenecía a una agrupación cuyos miembros se disfrazaban de *Jokili* en esas fechas, un arlequín muy simpático diseñado como una variación de los bufones de la época medieval encargado de divertir a los visitantes. Recorrían las calles junto a las comparsas contagiando a todos con su alegría.

—En algunas zonas de Alemania y Suiza existe una creencia que tiene más de doscientos años de antigüedad —relató el chico con seriedad, así captó por completo la atención de Jimena—: aseguran que todos los seres humanos llevamos por dentro un *Narr*, es decir, un bromista que se niega a vivir marcado por las convenciones sociales y se libera en carnaval, cuando usamos disfraz.

La joven arqueó las cejas abducida por las historias que le contaba Emmanuel. Abrió la boca para preguntarle un montón de cosas, pero un grito la silenció.

—¡JIMENA! —La llamada brusca de Tomás los sobresaltó a ambos y los dejó petrificados en medio del camino. Él ya había llegado a la puerta que daba entrada a la parte trasera de la granja y los esperaba con el ceño fruncido—. ¡Pasa por la cocina para que tomes algo, te esperaré en mi taller! —dictaminó antes de entrar como un potro enfurecido, relinchando palabras que solo él comprendía.

Jimena y Emmanuel compartieron una mirada contrariada. El joven dibujó una media sonrisa en su rostro y alzó los hombros con indiferencia, luego avanzó en dirección a la propiedad.

Ella se llenó los pulmones de aire antes de seguirlo y comprimió el rostro en una mueca de disgusto. Estaba harta de los arranques imprevistos de Tomás y de sus asfixiantes órdenes.

Alguien debería darle una lección de humildad, o despertar en él el *Narr* del que le habló Emmanuel, para ver si al menos una vez al año se comportaba de manera más simpática con sus

semejantes.

Llegó a la cocina y se quedó allí por algunos minutos para tomar con calma el chocolate caliente que tanto había anhelado durante el camino.

Lo sentía mucho por Tomás, pero ella no podía seguir actuando como una chiquilla que obedecía con voluntad ciega cada uno de sus mandatos. El hombre tenía que aprender a respetarla.

Al culminar, se dirigió al taller, con la mayor tranquilidad posible. Tenía el estómago satisfecho y la piel tibia, así que se sentía bien. Nada podía perturbarla.

Entró después de tocar con suavidad la puerta y de escuchar un gruñido desde el interior. Aquella era la señal que indicaba que el paso estaba permitido.

Se quedó paralizada en el umbral al ver que Tomás caminaba con nerviosismo de un lado a otro. Resoplaba incoherencias.

—¡Por Dios, mujer! ¿Qué demonios hacías?! —preguntó nervioso.

Ella dio un paso al frente, cerró la puerta y lo miró con la cabeza en alto.

—No creo que sea prudente unir a Dios y al diablo en una misma línea de conversación.

—¡Maldita sea! —rugió el hombre y le dio la espalda para procurar controlar la ansiedad.

—¿Qué ocurre, Tomás?! —indagó Jimena crispada, le parecía absurdo el comportamiento del sujeto.

Él respiró hondo y apoyó las manos en las caderas antes de darle la cara.

—No me gusta que me hagan esperar.

—Y a mí que me traten como a una niña —rebatía ella con firmeza—. Tú mismo me pediste que fuera a la cocina y luego viniera aquí, si era tan urgente la reunión, debías habérmelo informado con claridad.

Tomás bufó, pero no pudo argumentar nada más. Ella tenía toda la razón.

Esperó casi un minuto mientras asentaba sus emociones, tiempo en el que ambos se debatieron con miradas severas.

—Esta mañana, antes de que saliéramos, me llamó de nuevo el abogado de Rodrigo.

Jimena relajó las facciones. Su enfado ya no estaba dirigido hacia Tomás, sino hacia su padre.

—Tuvo el atrevimiento de darme una fecha límite para aceptar la oferta por la compra de la propiedad —continuó él—, si no cumplo con esa condición, comenzaran a mover toda su maquinaria legal para quitarme estas tierras —declaró irritado. Ella quedó de piedra, las pupilas le brillaban por la furia que le recorría las venas—. Ahora soy yo el que te pone una fecha límite a ti: tienes hasta este fin de semana para darle una respuesta a mi proposición. O te casas conmigo cuanto antes o iniciamos un pleito descomunal en los Tribunales. Y sabes que allí, soy yo el que tiene la carta ganadora —expresó con frialdad y enseguida pasó junto a ella para salir

de la habitación.

La mujer no se pudo mover por un tiempo indeterminado, afectada por el huracán de emociones que se desató en su interior.

Frente a ella, sostenido por tachuelas en la lámina de corcho que cubría media pared, se hallaba el dibujo en carboncillo del gran cedro que Tomás había realizado con los corazones entrelazados tallados en una de sus raíces.

Sintió que el pecho se le comprimía. Cómo le gustaría estar allí, bajo la sombra de ese inmenso árbol. En un lugar donde nadie pudiera encontrarla, oculta de todos y de todo.

Capítulo 29. Una visita inesperada.

Ese mismo viernes de agosto, David regresó a su cabaña más cansado de lo habitual.

Ese día había trabajado hasta la extenuación: enriqueció el terreno de una de las propiedades para iniciar pronto con las cosechas y se reunió con representantes del gobierno local para acordar diversos temas legales.

Quería darse un largo baño con agua caliente y meterse bajo las sabanas para dormir durante horas. Sin embargo, al ver detenido frente a su casa el auto de su familia, masculló varias maldiciones antes de salir resignado de su vehículo.

—Efraín Contreras —saludó al moreno que se hallaba recostado de la carrocería del auto visitante y mantenía una mano guardada dentro de su grueso abrigo, los hombros encogidos y un cigarrillo a medio consumir en su otra mano—. ¿Tienes frío?

—Joven David —respondió el chofer y le mostró una sonrisa algo forzada por lo entumecida que tenía las facciones—. ¿Cómo puede sobrevivir en un lugar como este? —expresó estremecido.

David se recostó en el auto, junto al hombre, y le pidió un cigarrillo.

—¿Aún fuma? —inquirió Efraín y sacó una cajetilla del bolsillo de su pantalón— Pensé que lo había dejado —agregó mientras el joven sacaba un pitillo de nicotina.

—Yo también —respondió David con desánimo y tomó el cigarrillo del moreno para encender el suyo—. Pero ya que mi vida caerá dentro de poco por un despeñadero, al menos quiero irme con un sabor agradable en la boca —formuló, para luego expulsar el humo que había acumulado en sus pulmones mientras escuchaba las carcajadas sonoras del chofer.

—No exagere, joven. La familia, aunque en ocasiones estorba, es lo que nos mantiene los pies en la tierra —comentó Efraín y volvió a guardar la cajetilla dentro del bolsillo del pantalón. La diversión que le había producido las palabras de David enseguida se le perdió. Los recuerdos lo ahogaron—. Algunos aún añoramos esa sensación de compañía, a pesar de que muchas veces, la convivencia puede ser difícil —concluyó y paseó su mirada entristecida por la selva que los rodeaba.

David lo observó de reojo, se sintió incómodo por su imprudencia. Efraín lo había perdido todo en un solo día, quince años atrás, cuando un atroz incendio se consumió no solo sus pertenencias, sino también a su mujer, a sus dos hijos y a su anciana madre.

El hecho había sido iniciado por la inconsciencia de un grupo de chicos dos días antes de Navidad, cuando jugaban sin control con fuegos artificiales sobre los restos oxidados de una camioneta abandonada, en una barriada pobre de Caracas, donde las casas se apilaban unas sobre otras y cubrían toda una montaña.

Se generó un incendio que en minutos se descontroló, afectó a más de veinte casas, asesinó a siete personas e hirió a varias decenas de vecinos.

David sentía pesar por Efraín y su pérdida, admiraba tanto a aquel moreno bondadoso y lleno de cariño sincero que le era difícil no afectarse por su pasado. Aunque le fue imposible ponerse en sus zapatos y ver la realidad desde su óptica, al menos, en ese momento de su vida.

—Bueno, creo que no tengo más opciones —comentó después de dar una última calada al cigarro, y lo dejó caer sobre la grama para finalmente aplastarlo con la punta de la bota—. ¿Están de buen humor?

Efraín resopló por el sarcasmo y recuperó la sonrisa.

—Doña Alicia llegó hecha un nudo de nervios. No le gustó para nada la estrechez y el zigzaguo de la carretera. Gritaba cada vez que pasábamos cerca de un voladero. —El moreno dio una calada a su cigarro antes de continuar—. Y su hermano...

Dejó la idea en el aire mientras sonreía con mayor amplitud y expulsaba el humo.

David suspiró con agobio, pudo intuir el mensaje oculto en aquel silencio. Separar a Danilo de sus negocios por nimiedades era casi un sacrilegio, y si quien lo hacía era su insistente y atormentadora madre, podría resultar un cóctel letal.

—Que Dios me proteja —murmuró con la mirada fija en la entrada de su cabaña. Se separó del auto y caminó hacia su destino. Tras de sí resonaron las risas mal disimuladas del chofer—. Si sobrevivo te traeré alguna bebida caliente —expresó sin girarse.

—No se preocupe, tengo un termo lleno de café dentro de auto que logré recargar al llegar al pueblo —notificó Efraín—. Ocúpese de su familia antes de que me congele aquí afuera —bromeó, aunque David tomó sus palabras como una verdadera advertencia.

A su madre, y mucho menos a su hermano, les preocupaba la condición del chofer mientras resolvían sus asuntos. La responsabilidad de terminar con rapidez aquella visita para que regresaran pronto a Caracas recaía solo sobre él y no podía negar que estaba muy interesado en cumplirla.

Al entrar a la cabaña, David se topó con Gonzalo, quien se encontraba en el vestíbulo dispuesto a salir. Su amigo lo miró con rostro contrito.

—Están en la cocina, con Amanda —le informó antes de darle una palmada en un hombro.

David apretó la mandíbula con irritación. La aparición de Sabrina Landaeta, una morena alta, de figura estilizada, labios gruesos y pómulos altos, aumentó su mal humor. La mujer se acercó y lo observó con desprecio.

—Vaya, pero si llegó el renegado —expresó con tono de reproche, para luego aproximarse a su novio que la esperaba con su abrigo en las manos—. ¿Podrías hacerme el favor de decirle a Amanda que estaremos en el auto? —le pidió a David con altanería mientras Gonzalo hacía pasar por sus brazos la prenda de piel hasta alcanzarle los hombros.

—Seguro —rezongó David.

Odiaba a esa mujer por el orgullo y la vanidad que destilaba. Si la soportaba dentro de la cabaña era por Gonzalo, pero su nivel de sacrificio rozaba el límite.

Sabrina alzó el mentón y caminó junto a David. Lo tropezó con insolencia. Él respiró hondo para no perder la caballerosidad y terminar enzarzado en una absurda discusión.

—Tal vez solo vienen a ver cómo estás —propuso Gonzalo.

—Sí, y a dejarme un montón de instrucciones que no pienso seguir.

—No seas duro con ellos.

David lo observó con reproche.

—¿Estás de mi parte?

—Siempre estoy de tu parte —dijo con tono bromista y golpeó con suavidad su hombro—. Si se marchan temprano llámame y te diré donde estaremos, así te nos unes.

—Hoy no estoy de ánimo.

—Nunca estás de ánimo —reprochó el hombre.

Gonzalo decidió dejar la conversación y siguió a su novia en silencio. Al pasar junto a su amigo volvió a palmearle el hombro.

—Suerte —le deseó antes de salir.

Cuando escuchó que la puerta se cerraba, David suspiró con agobio. Le parecía ridícula aquella situación.

Dejó caer el maletín donde guardaba su laptop y los documentos sobre un sillón, y se quitó el abrigo y la bufanda para colgarlos en las perchas de la entrada antes de dirigirse a la cocina, donde sus mayores tormentos lo esperaban.

No quería ir. Odiaba que lo obligaran a hacer lo que no deseaba, pero negarse complicaría aún más las cosas. Su familia era fanática al dramatismo, de alguna forma se impondrían. Así que lo mejor era salir de eso cuanto antes.

Capítulo 30. Súplicas de madre.

La cocina era tan pequeña como el resto de la cabaña, con una cocina empotrada fabricada en madera y fórmica en un costado, y del otro un mesón pegado a la pared, que servía de mesa.

Allí se encontraba su madre, la sofisticada y hermosa Alicia Salazar de León, hija de un renombrado escultor y empresario del país y de una poetisa ya fallecida.

Sobrina de un Obispo de la iglesia católica, tía de un sacerdote y de una reconocida médico cirujano, quien además, dirigía una de las clínicas más prominentes del país.

Una dama acostumbrada a relacionarse en los círculos sociales, religiosos y culturales de mayor relevancia, quien seguía con celo las tradiciones y protegía con rigurosidad la imagen familiar, así como su propio comportamiento.

Costumbre que demostraba en la forma elegante en que estaba sentada sobre una delgada banqueta, con la espalda recta y los antebrazos apoyados con delicadeza en el borde del mesón, mientras revolvía con una cucharita el té de hierbas que habitualmente tomaba.

Alicia apartó su rostro en forma de corazón, de nariz diminuta y labios delgados, de la taza, para posarlo sobre su hijo recién llegado. Las arruguitas que tenía en el ceño y alrededor de los ojos se le suavizaron y una dulce sonrisa se le dibujó en los labios.

—David, hijo —expresó, al tiempo de que se levantaba de su asiento para abrazarse a la cintura del hombre.

Él la recibió con cariño. Al tenerla entre sus brazos se dio cuenta de cuánto la extrañaba. No la veía desde hacía un año, cuando ella y su hermano viajaron a Londres para visitarlo.

La relación entre ellos era tirante, pero igual, esa era su madre. Los lazos fraternales le afloraron al sentir ese cuerpo diminuto transmitiéndole el calor maternal que poco había disfrutado.

Le besó con ternura la cabeza y aspiró el familiar aroma de cerezas que poseían los incontables productos para el cabello que la mujer utilizaba.

—Pero mírate —señaló Alicia al apartarse de él, y mientras le estiraba la parte de la camisa donde había apoyado su mejilla—. Estás hecho todo un hombre. —Los ojos azules se le humedecieron al repasar el rostro de su hijo y acariciarle la fuerte mandíbula—. Debiste visitarme antes de viajar a la Colonia Tovar —acotó y retomó su expresión irritada—, no enviarnos tus pertenencias para luego mandarlas a buscar como si fuéramos un almacén.

—Leonel me exigió iniciar cuanto antes el proyecto —mintió David evitando represalias, a pesar de saber que su madre conocía muy bien el resultado de su conversación con Leonel Acosta.

Ambos se comunicaban casi a diario y no solían mantener secretos entre ellos.

—Deja de utilizar excusas sin sentido —advirtió la mujer y lo señaló con un dedo largo y delgado—. Tu comportamiento no ha sido el más correcto desde que llegaste, has sido grosero con tu familia e injusto con Amanda.

Cuando su madre mencionó a Amanda Dietrich, él lanzó una ojeada hacia el fondo de la estancia.

La chica se encontraba junto a Danilo, con la espalda apoyada en el marco de la puerta que daba al patio trasero, de brazos cruzados y con la cabeza gacha.

Su hermano se hallaba parado frente a ella, con las manos posadas en la cintura y bajo la chaqueta del traje. Mantenía una mirada sanguinaria sobre él.

Danilo era alto, lo superaba por una cabeza, de ojos tan azules como los de su madre y cabellos negros como los de Román León, su padre.

—¿Injusto, por qué? —preguntó con el ceño apretado, sin comprender la acusación.

Amanda emitió un bufido sonoro y se incorporó para darle la cara. Al verla a los ojos, David pudo percibir lo hinchados y enrojecidos que los tenía. Había llorado.

—Tengo que irme, Alicia —notificó con una mezcla de pena y rabia que ninguno de los presentes pasó desapercibida—. Me esperan para iniciar una reunión de trabajo. Regresaré en un par de horas —informó y salió con la frente en alto de la cocina, sin que nadie la detuviera.

—Nunca aprenderás, ¿cierto? —inquirió Danilo mientras se acercaba a su hermano con una postura soberbia—. ¿Acaso necesitas de otra tragedia para reaccionar?

—¿De qué diablos estás hablando?

David lo enfrentó con postura furiosa, pero su madre se interpuso entre ellos.

—¡Ya basta! —ordenó Alicia, logrando que ambos hombres se relajaran, aunque sin poder evitar que se dirigiera miradas aireadas—. Tengo que hablar con David —expuso para que su otro hijo comprendiera que debía dejarlos solos.

—Iré con Efraín en busca de un hotel —anunció Danilo sin dejar de observar a su hermano—. Regreso por ti en unos minutos.

Aunque sus palabras fueron dirigidas hacia su madre, mantuvo su atención severa en David. De esa manera expresaba lo que opinaba sobre el problema que Amanda les había presentado.

Se marchó con pasos sonoros. Dejó a su hermano con las réplicas atoradas en la garganta.

—¿Se quedan? —preguntó David con desconcierto al quedar en la cocina con Alicia.

—Ni en sueños viajaré durante la noche por esa aterradora carretera —respondió la mujer al regresar a su asiento para tomar su bebida—. No solo nos podríamos caer por un precipicio, sino que además, ¡nos moriríamos de frío! —expresó con un estremecimiento.

David sonrió con poco ánimo y en medio de un suspiro se sentó junto a su madre. Apoyó los codos en el mesón de fórmica y se restregó el rostro.

—¿Qué hacen aquí?

—No me dejaste más opciones —reprochó Alicia antes de dar un trago a su té—. No te dignaste a visitarme al regresar de Londres y no respondes a mis llamadas. ¿Qué debe hacer una madre para que sus hijos la tomen en cuenta?!

—Mamá, hablamos todos los días...

—¡Pero yo quería verte! ¡Estar contigo!

—Entonces, ¿por qué me enviaste a Londres? —increpó David.

Le recordaba que fue por la insistencia de ella que él tuvo que abandonar el país para no sufrir por las injustas acusaciones de Rodrigo Luna, quien lo señalaba como el asesino de Mariano Lozada.

Alicia lo observó con mirada apesadumbrada, pero igual alzó el mentón para justificarse.

—Quizás cometí errores, pero todo lo hice por ti, para cuidar tu imagen. —David bufó y desvió su rostro a un punto contrario al que se hallaba su madre, para dejar en claro que no estaba de acuerdo con lo que decía—. No estuviste bien después del accidente, quedaste muy afectado, cualquiera podía lastimarte. Lo que hice fue para protegerte. —Él cerró los ojos con rabia unos segundos, consciente de que su madre decía la verdad. Después de la muerte de su amigo había quedado sin fuerzas—. Pero no estoy aquí para que juzguemos el pasado, creo que ya hemos hecho eso en varias oportunidades —declaró la mujer con aspereza—. Vine para que conversáramos sobre el cruel rechazo que le haces a la pobre Amanda.

—¿Cruel rechazo?

David volvió a clavar una mirada irascible en Alicia.

—La ignoras, la alejas de tu lado y hasta la engañas.

Él cerró los puños con furia. Sabía muy bien que aquello sucedería de un momento a otro.

—Estoy en la Colonia Tovar por trabajo y ella lo sabe.

—Ojalá fuera por el trabajo que la rechazas —se quejó la mujer con altanería.

David arrugó el ceño, no estaba dispuesto a inmiscuir a Jimena en esa discusión.

—Mamá, sabes que para mí no es fácil...

—¿Y crees que para mí lo es? —Alicia afincó una mirada severa en su hijo—. Danilo intentó convencerme de que te diera tiempo, pero no podía dejar de venir —reveló y desvió su atención hacia la cerámica de borde floreado que adornaba la pared frente a ella—. Sé que para ti es doloroso tener que regresar de manera tan brusca al país, y sobre todo, a este lugar, pero eso no te da derecho a lastimar a los que te quieren.

—Déjame terminar de hablar, ¿sí? —exigió él con firmeza—. Venir a la Colonia Tovar no ha sido lo más difícil, sino asumir una responsabilidad sin saber por qué demonios me la han impuesto —expresó con desagrado—. No sé qué demonios hago aquí, por qué Leonel me envió a este pueblo ni para qué desea iniciar esta empresa. Odio caminar sin conocer el rumbo que

tomo. Ya no soy el niño al que amenazaban con enviarlo a un internado si seguía hurgando en temas que era necesario mantener en secreto, esta vez quiero respuestas y si no son capaces de dármelas, entonces, no vengán a exigirme nada. Si quieren que me quede aquí, haré lo que se me venga en gana.

El rostro de Alicia se transformó por la amarga pena que la invadió.

—Hijo...

—No invité a Amanda —continuó sin importarle el estado de la mujer—. No la amo, todos lo saben. No permitiré que me la impongan por un capricho de ustedes. Seré yo quien decida quién entra en mi vida y quién no.

La mujer asintió y bajó la mirada al suelo. Su actitud doblegada conmovió a David.

—Lo siento, mamá, pero no puedo. Ya tengo demasiado con esta maldita obligación que me dejó Leonel, no seguiré aceptando más imposiciones.

—No juzgues a Leonel, hijo. Él tiene fuertes motivos para...

—¿Por qué no me los explica?! —acusó David al borde de su paciencia.

La mujer pareció dudar por un instante, pero pronto recuperó la compostura.

—Tienes que ser benévolo con él, no está pasando por su mejor momento.

—¿A no? ¿Y crees que yo sí?

—David...

—Mamá —la interrumpió—. Todo el mundo tiene problemas, pero eso no es motivo para disponer de la vida y del tiempo de los demás amparándose en sus deudas.

—Hijo...

—Si decidí aceptar el trabajo y quedarme, fue porque estoy harto de ocultarme bajo las piedras —continuó, sin dejarse afectar por el rostro suplicante de su madre—. En algo Leonel tiene razón, no puedo pasarme la vida huyendo de mis traumas, debo enfrentarlos y seguir adelante. Por eso estoy aquí, para superar mi condena, pero eso no quiere decir que me quedaré y que aceptaré cada uno de sus antojos.

—David... —suplicó Alicia, con los ojos húmedos—. Hijo, no regreses a Londres. Aún no —exteriorizó y dejó escapar una lágrima.

Capítulo 31. Una dura realidad.

David se desconcertó, tomó una mano de su madre y la acarició para tranquilizarla.

—¿Qué ocurre? —expresó casi en un ruego, harto de los secretos y de las mentiras. La mujer negó con la cabeza y bajó el rostro mientras el llanto le salía a raudales. David le alzó la barbilla con un dedo, para obligarla a encararlo—. Mamá, ya basta de intrigas. Dime qué pasa.

Alicia tardó un minuto en responder. Procuraba controlar su dolor.

—No te vayas, David. Leonel te necesita.

—Leonel está rodeado de gente capacitada, tiene expertos y...

—Él te necesita a ti. —David la observó con frialdad, no creía en esa afirmación—. Está muy enfermo, ¿no te das cuenta? —confesó la mujer con voz trémula—. Leonel se muere, le queda muy poco tiempo.

David se paralizó al escuchar esas palabras. Alicia hundió el rostro entre las manos para expulsar toda la pena que la embargaba.

Él no pudo consolarla, un malestar agudo le invadió el pecho y lo dejó inmovilizado en el asiento. La confirmación de sus sospechas fue más duro de lo que hubiera imaginado.

—¿Qué tiene?

Ella negó con la cabeza, sin poder continuar la conversación. La amargura la había dominado.

—¿Cuánto tiempo le queda, mamá?

Seguía sin recibir respuestas.

Una incipiente desesperación pareció ahogar a David. Se levantó de la banqueta y respiró profundo para serenarse y pensar bien los hechos.

Suponía que algo marchaba mal con la salud de Leonel, pero no se atrevía a expresarlo para no mezclarse con él más de lo debido.

Se había percatado que con el paso de los años su estado se debilitaba, y aunque pensó que aquello no lo afectaría por todo el odio que había cosechado hacia el hombre debido a su rechazo, lo cierto era que le importaba más de lo que pudiera reconocer.

Le dolía. La noticia fue capaz de cuartearle el alma y bloquearle el entendimiento.

No podía quedarse con aquella duda clavada en el alma, así que, después de dejar a su madre con su hermano, salió esa misma noche en busca de respuestas.

Algo más de dos horas duró el apresurado viaje desde la Colonia Tovar hasta la parroquia El Hatillo, lugar donde estaba ubicada una de las tantas propiedades de los Acosta Castillo (la preferida de Leonel).

David tuvo que atravesar lo que antiguamente había sido un pueblo colonial de montaña,

apacible y agrícola, fundado en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando formaba parte de camino que llevaba a los Valles de Tuy, la zona con mayor producción cacaotera en el país en aquel período.

De ese pasado lejano quedaba muy poco, en la actualidad la región representaba uno de los principales centros de interés cultural, gastronómico, recreativo y turístico de la Gran Caracas.

En muchas ocasiones, David disfrutó a lo grande de las constantes visitas que hacía al casco histórico del pueblo, con sus calles estrechas y empinadas, de aceras angostas y brocal alto.

Su plaza arbolada en el centro, como en todos los pueblos de Venezuela, era uno de sus sitios de mayor atracción, así como su iglesia apostada en frente. Muchas de las casas que se divisaban por la vía principal aún conservaban una arquitectura colonial española, con paredes construidas en bahareque, tapia o adobes y decoradas con colores vivos.

Sin embargo, en esa oportunidad David no perdió el tiempo admirando los atractivos de la región, siguió de largo y se sumergió entre las haciendas que rodeaban el pueblo hasta ubicar la propiedad donde se encontraba la mansión de Leonel Acosta, ansioso por conversar con él.

Se mantuvo lo más calmado posible mientras atravesaba los jardines, era recibido por el mayordomo y saludaba a los miembros de la seguridad privada de Leonel que encontraba a su paso.

Aquel hogar, construido con una arquitectura moderna en ladrillo y obra limpia, poseía amplios ventanales con exuberantes vistas hacia las montañas.

En el recibidor se topó con Federica Castillo, la esposa de Leonel, una mujer pequeña y delgada, de piel muy clara y pecosa, que provenía del área de las habitaciones.

La acompañaba una de sus sobrinas menores: Marietta, la hermana menor de Amanda, una chica de unos catorce años, muy alta para su edad y con un cuerpo esbelto que estaba seguro, pronto sería superior al de su hermana mayor.

—Federica —la saludó.

A la mujer se le iluminó el rostro al verlo y se lanzó a sus brazos. Federica tenía cinco años más de vida que Leonel y se había casado con él por un simple acuerdo comercial entre familias.

Nunca tuvieron hijos, ni siquiera, una relación cercana. Todo había sido para mantener una fachada ante los medios y la sociedad. Una pared más que ocultaba sus miles de secretos.

David sabía que el dolor que ella se esforzaba por demostrar era un montaje, similar a la existencia que había asumido. Antes eso no le importaba, pero ese día la hipocresía que destilaba lo llenó de rabia.

—Me alegro que hayas venido. A Leonel lo animará tu visita —expresó Federica mientras le acariciaba con cariño maternal la mejilla.

—¿Cómo está?

Ella alzó los hombros.

—Igual... o peor... cada quién tiene una visión diferente —confesó con rostro contrito—. Algunos se muestran más esperanzados que otros.

Él asintió con la cabeza, sin saber qué decir. Hasta que no viera a Leonel y supiera con exactitud su estado, no podría dar un veredicto.

—¿Dónde está?

—En la biblioteca. Es terco, no quiere guardar reposo. Ve con él. Yo iré a la terraza, necesito un poco de aire fresco —expuso antes de despedirse de él con una palmadita en una mano y continuar su camino junto a su sobrina.

David respiró hondo y se sumergió en los pasillos para atravesar los extensos salones hasta llegar a la biblioteca. Tocó la puerta con suavidad y esperó a que le permitieran la entrada.

Al pasar, lo primero que divisó fue la figura débil y pálida de Leonel Acosta, quien se hallaba sentado con una posición encorvada sobre un acolchado sillón, junto a uno de los ventanales que daba a los jardines traseros.

—Por amor a Dios —exteriorizó al ver el rostro cenizo marcado por largas ojeras y huesos afilados y con unos ojos hundidos y húmedos, que le dirigían una mirada agobiada y exhausta.

En un mes su condición física había empeorado considerablemente. Lo que sea que tuviese, se lo consumía de manera acelerada.

David cerró la puerta y se quedó en medio de la habitación, inmóvil por la furia y la frustración.

Una sonrisa forzada afloró de los labios de Leonel e intentó incorporarse para recostarse con lentitud en el respaldo del sillón.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta vino acompañada por un violento espasmo de tos que lo obligó a encorvarse de nuevo. David se tensó, notaba la voz de Leonel mucho más ronca y acompasada y su cuerpo más delgado.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Haría alguna diferencia? —agregó el hombre con fatiga mientras se acariciaba el pecho.

—Cáncer, ¿cierto? —señaló David con una fuerte opresión en el pecho.

Leonel volvió a intentar recostarse en el asiento, con la mirada perdida en el exterior.

—De pulmón.

David oteó toda la estancia, desesperado por encontrar algo que lo sacara de esa pesadilla. Se encaminó hacia el diván negro ubicado a su derecha, lejos de Leonel, y se sentó con abatimiento.

Apoyó los brazos en sus muslos y cerró las manos en un puño apretado. La actitud burlona e inmadura que solía utilizar cuando se reunía con el hombre en esa oportunidad la había

perdido.

La seriedad de la situación ameritaba que se presentara ante él sin sus habituales caretas.

—¿Qué dicen los médicos?

Después de unos segundos de silencio, Leonel pudo responder.

—Con tratamiento no llegaría ni a los cinco años.

—Si vas conmigo a Londres, quizás...

—No.

La negativa de Leonel exasperó a David. Se levantó del diván y comenzó a caminar con nerviosismo por encima de la alfombra de pelo corto que engalanaba el centro de la estancia.

—¿Te sentarás a esperar la muerte? —masculló con ira. Se esforzaba por mantener la calma.

—Prefiero esperarla aquí, en casa, y no en una fría habitación de hospital, mutilado y lleno de agujas.

—Si te extirpan el pulmón dañado...

—Los dos están mal. —La revelación de Leonel paralizó a David—. Y ya se extendió por otras partes del cuerpo.

—¡Maldita sea! ¡Con tanto dinero y no pudiste darte cuenta a tiempo!

La frustración de David se hacía cada vez más profunda. Reinició su caminata nerviosa por la habitación.

—Las enfermedades no miran las cuentas bancarias de sus víctimas —sentenció Leonel antes de encorvarse de nuevo por un ataque de tos expectorante.

David esperó a que pasaran los espasmos para luego acercarse y sentarse en la otomana ubicada frente al hombre. De esa manera podía mirarlo a los ojos.

—Tenemos que hacer algo.

No pudo evitar que su voz sonara suplicante.

—¿Tenemos? —acusó Leonel con cansancio— Pensé que te importaba muy poco lo que me ocurriera.

David bajó el rostro al suelo, atormentado con su realidad. Aunque se esforzaba por eliminar la imagen de Leonel Acosta de su vida, le era imposible hacerlo. Su corazón se empeñaba en mantener un lazo firme alrededor de ese hombre, unión que no podía disolver.

Siempre aseguraba que aquello se debía a simple agradecimiento y no por un asunto mayor. Su odio por la situación de su familia lo empujaba a negar lo evidente.

—No me hagas esto —rogó sin alzar el rostro—. No tengo culpa de los errores que mi madre y tú hayan cometido.

—Hijo...

—¡No me llares así! —rebatía con firmeza y afincó una mirada irascible en Leonel, quien

parecía a punto de romper en llanto—. Pero tampoco te mueras. No ahora.

Los ojos café de ambos, tan parecidos y tan diferentes, se enlazaron por un instante entre ruegos y súplicas.

—Sigue el maldito control médico —ordenó David con la mandíbula apretada—. Opérate, hazte la quimioterapia o la radioterapia, lo que sea, pero dame un poco más de tiempo.

Leonel emitió un débil quejido. Los dos hacían un esfuerzo sobre humano para no derrumbarse por la pena.

—No depende de mí —sentenció el hombre y dirigió su mirada hacia el cielo estrellado.

—Inténtalo.

—¿Te quedarás en el país?

—Solo si haces el tratamiento.

De nuevo las miradas se entrelazaron, anegadas en lágrimas que poco podían controlar.

—Eso no asegura nada. Esta batalla ya está perdida.

David se levantó de la otomana, dominado por una asfixiante sensación de desgaste.

—Todas mis batallas están perdidas. —Esas palabras arrancaron una lágrima en Leonel—.

Lo único que quiero es tratar de recoger los restos.

Después de compartir una dolorosa mirada con el hombre, se encaminó hacia la salida.

—David. —Ante el débil llamado de Leonel, se detuvo, pero no le dio la cara, no quería que lo viera llorar—. Hijo, perdóname.

No pudo responderle. Se mordió los labios para ahogar el nudo de pena que tenía atado en la garganta mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Salió de la mansión lo más rápido que pudo, se subió al auto y se embarcó, a esa hora de la noche, en dirección a la Colonia Tovar.

La desesperación le corroía el alma. Quería gritar, golpear cualquier cosa, descargar hasta el amanecer la rabia reprimida que le atormentaba el alma.

Una pérdida más se acumularía en el saco rebosado en el que se había convertido su vida. Otro adiós, otra herida, una sombra más que acompañaría sus días de penumbras.

Comenzaba a hartarse de esa situación, pero sobre todo, de su vacía existencia.

Capítulo 32. Un grave error.

La noche en la Colonia Tovar se había vuelto melancólica y oscura. No se divisaba la luna y muy pocas estrellas se asomaban con timidez entre las nubes.

No llovía, solo un viento frío golpeaba los cristales de las ventanas y mecía los altos árboles en una suave danza que atrapaba la atención de Jimena.

No sabía cuánto tiempo había pasado junto a la ventana, con la mirada fija en el oscuro paisaje. Se alejó cuando comenzaron a dolerle las piernas por haber estado tanto tiempo parada.

Caminó por el hogar. Se sentía agotada, llevaba horas sumergida en sus pensamientos. Analizaba y evaluaba posibilidades, e indagaba maneras de recuperar la propiedad que le había dejado su madre sin tener que aceptar la absurda propuesta de Tomás Reyes.

Al llegar a la sala, halló entreabierta la puerta del taller. La luz interior estaba encendida, lo que significaba que él se encontraba adentro.

Dudó por un momento. Se detuvo en medio de la estancia a debatir si aprovechaba la ocasión para conversar con él o daba media vuelta y regresaba a su habitación. Así evitaba discusiones.

Malena le había confesado que desde la muerte de Adelaida, el hombre no trabajaba la madera, ni siquiera hacía tallas que lo ayudaran a consumir las horas. Utilizaba el taller solo para estar en soledad.

En ocasiones dibujaba, pero la mayoría de las veces lo único que hacía era sentarse a pensar hasta que el sueño lo consumía.

Como en esos momentos no trabajaba, quizás su ánimo fuera sereno y habría posibilidades de que le prestara atención, la escuchara y abriera su mente a nuevas ideas.

Ese pensamiento la ayudó a decidirse. Entró con sigilo y empujó con suavidad la puerta. El sonido de las bisagras la delató.

Tomás, sentado con desparpajo en el mismo sillón sin acabar ubicado junto a la ventana y con una de las piernas sobre el reposa brazos, parecía escribir algo en una libreta que apoyaba en su muslo.

El hombre desvió la mirada hacia ella, apretó el ceño y casi enseguida continuó con lo que hacía.

—¿Sigues metiendo las narices donde no debes? —espetó con irritación.

Ella hizo caso omiso a su saludo, se cruzó de brazos y caminó por los mesones, distraída con los objetos que se hallaban sobre estos.

—Por lo que veo, tú tampoco puedes dormir.

Él emitió un gruñido.

—Claro que puedo, solo que no quiero.

Jimena sonrió ante aquél arrebató de terquedad. Se detuvo en medio de la habitación y lo encaró para comenzar el diálogo.

—He logrado contactar a miembros de una importante asociación de floricultores de otro estado. Conseguí sus números de teléfono en el cuaderno de mi madre. —Tomás por un instante levantó su mirada ceñuda para verla, pero enseguida siguió con lo suyo—. Les hablé de los avances que hemos hecho en la granja y quieren incluirnos en calidad de invitados en la feria de flores que organizan para el próximo año.

Él no se movió, solo volvió a observarla con una fijación que comenzaba a turbarla. Jimena reanudó su caminata por el taller, repasaba los dibujos en carboncillo para no dejarse intimidar por el hombre.

—Allí podrás mostrar las variedades de rosas que produces y los tipos de orquídeas con los que experimentas en el invernadero. —Ella se detuvo para encararlo de nuevo, aún inquieta por sus ojos inquisidores—. Estoy segura de que la experiencia será beneficiosa para nosotros.

Tomás se levantó con lentitud del sillón. Dejó la libreta y el lápiz sobre el mueble. Se paró frente a la joven, a poca distancia, con los hombros erguidos.

Jimena tuvo que alzar la cabeza para mantener el enfoque visual y no demostrarle lo desconcertada que se sentía por su cercanía.

—¿Beneficiosa para nosotros? —preguntó con un toque de ironía en la voz.

Ella tragó grueso y alzó el mentón para conservar la valentía.

—Sí, para nosotros. ¿Piensas sacarme del proyecto después de todas las gestiones que he hecho? —La falta de respuestas de Tomás ponía más ansiosa a la mujer. Él lo único que hacía era mirarla con sus atormentados y amenazantes ojos verdes, logrando que las piernas le temblaran—. Tenemos que diversificarnos. Sé que aquí, junto a la cooperativa, haces un gran trabajo, pero esta oportunidad nos permitirá demostrar la alta calidad que poseen los productos de la granja y crear alianzas que podrían servirnos en un futuro.

Tomás por un instante se mostró contrariado. Sus facciones se suavizaron y retrocedió un pequeño paso. Parecía que se hubiera topado con su pasado. Como si las palabras de Jimena le regresaran momentos anteriores de su vida, cuando Adelaida intentaba convencerlo de expandir los horizontes de su empresa.

—¿Veo que te incluyes en el trabajo? ¿Eso quiere decir que aceptas mi propuesta?

Ella lo observó inmóvil antes de responderle. Era momento para hacerle llegar sus ideas.

—Tomás, podemos trabajar juntos sin que...

—¿La aceptas o no? —indagó con enfado.

Su postura se endureció, así como las facciones de su rostro. Jimena no pudo evitar inquietarse por la apariencia colérica que el hombre ahora asumía.

—Escúchame, cometeremos una locura si...

Con un rápido paso, Tomás superó la distancia que los separaba. Con una mano firme la tomó por la mandíbula y enseguida bajó el rostro con intención de besarla, pero se detuvo al faltarle solo milímetros para alcanzar sus labios.

—No puedo soportar por más tiempo este dolor —reveló con tanta angustia que dobló el corazón de Jimena—. Le juré que lo haría, que te traería a este lugar. No puedo fallarle. Simplemente no puedo.

La súplica desesperada del hombre impactó a la mujer y la dejó sin habla. Tomás la sostenía con tanta fuerza que le impedía moverse.

La mandíbula le dolía, pero al sentir que la mano de él temblaba, se preocupó más por la salud de Tomás que por la suya.

—La vi llorar días antes de morir, porque Rodrigo no permitía que tú vinieras a verla para despedirse y porque se iba de este mundo sin lograr que la granja duplicara su producción —narró con un hilo de voz desgarrado y con el rostro atribulado a pocos centímetros del consternado de Jimena—. Después de eso la enfermedad no le permitió hablar con claridad, solo balbuceaba incoherencia. Pedía ayuda, te llamaba día y noche, y repetía que me amaba.

El dolor que reflejaba Tomás poco a poco se fue metiendo en el organismo de Jimena. Invadió sus músculos y huesos, y viajó a toda velocidad a través de su torrente sanguíneo erizándole la piel.

—No impidas que cumpla con mi promesa —rogó—. No he podido aceptar su partida, aún la amo con toda mi alma. Si fallo una vez más...

Tomás apretó los dientes con fuerza, los ojos se le anegaron en lágrimas y su rostro tomó una coloración tan intensa que preocupó a Jimena.

—Cásate conmigo —imploró con dolor y angustia.

—Tomás...

Jimena alzó las manos para acariciarle los brazos e intentar consolarlo, pero él agitó con brusquedad la mano con la que aún sostenía la mandíbula de la chica y la sacudió para hacerla entrar en razón.

—¡Por favor! —gritó con furia y ojos centellantes.

El terror se apoderó de Jimena. Tomás la sostenía con más fuerza, le causaba verdadero dolor. Su actitud casi rozaba en la locura.

—Sí —respondió ella con un hilo de voz para lograr que la soltara.

La repentina respuesta sorprendió al hombre y lo obligó a suavizar su agarre. Las facciones de su rostro se alargaron, pero su mirada reflejaba la angustia que lo invadía.

—¿Qué dijiste?

Jimena tomó con ambas manos el brazo de Tomás e hizo un poco de fuerza para obligarlo

a soltarla.

Al lograr estar libre, se alejó un par de pasos, sin apartar su atención recelosa del hombre, hasta que la parte baja de su espalda quedó apoyada en el mesón.

—Sí, me casaré contigo —expresó con inseguridad y continuó su avance pegada al mesón, para apartarse lo más posible de él.

Tomás había quedado inmóvil. Sus ojos enloquecidos seguían cada uno de los movimientos de la chica. Parecía un depredador atento a la huída de su presa, sin decidirse si atacarla o no.

Cuando se encontró a una distancia prudencial, Jimena dio media vuelta y huyó del taller a las carreras. Cruzó a toda velocidad la vivienda y se encerró bajo llave en su cuarto.

Abrazó con miedo a su cuerpo tembloroso mientras las lágrimas le bajaban raudas por las mejillas. Nunca en su vida había enfrentado una situación como esa. El miedo la invadió por completo y la obligó a actuar de forma precipitada.

Se quitó los zapatos y se sentó sobre la cama con la espalda apoyada en el marco, abrazada a sus rodillas.

Se esforzaba por controlar la respiración y calmar a su organismo. Había cometido un grave error, lo sabía, ahora tenía que pensar cómo demonios saldría de ese atolladero sin poner en peligro su vida.

Capítulo 33. Confesiones para liberar el alma.

A la mañana siguiente, la tensión en la que se mantenían Jimena y David les impedía concentrarse en alguna actividad. Ambos se encontraban afectados por sus propias realidades y la única manera en que podían conseguir un poco de paz era estando cerca del otro.

Se encontraron en un chalet ubicado en una de las zonas más altas y apartadas del pueblo. Un espacio discreto y cómodo, oculto entre la vegetación.

La habitación que les cedieron se hallaba en la buhardilla y poseía gran ventanal que les daba una vista acogedora de los valles.

Se quitaron los zapatos y se sentaron sobre la cama con las espaldas apoyadas en los almohadones y la mirada perdida en el exterior.

David mantenía uno de sus brazos alrededor de los hombros de Jimena, la aferraba a él, con su rostro apoyado sobre la cabeza de la chica.

Le había contado su pena más actual: la situación de salud de Leonel Acosta y su frustración por no poder hacer nada, ni siquiera, con respecto a sus sentimientos hacia el hombre, que se empeñaban por debatirse entre el cariño y el odio.

—Él es más que tu padrino, ¿cierto? —preguntó Jimena.

—Quizás... sí —respondió y endureció las facciones—. Hubo un tiempo en el que intenté hacer valer mis derechos para que me confirmaran mis sospechas, en esa época ni siquiera era mayor de edad, pero lo que logré fue empeorar las cosas.

—¿De qué manera?

—Mi madre hizo un drama por haber dudado de ella, alegó que la ofendí en todos los sentidos y desde esa vez me trata con cierto recelo. Leonel se distanció de mí, no sin antes hacerme saber lo mucho que lo había decepcionado. Y mi padre, Román León, utilizó esa confrontación como excusa para marcharse a Londres. Nos abandonó a nuestra suerte, aunque en realidad, lo que hizo fue aprovechar la ocasión para escapar con una de sus tantas novias.

Jimena alzó la cabeza para mirarlo a los ojos. Descubrió en ellos más rabia que pena. Él apretó su abrazo y le besó con ternura la frente.

—Román siempre fue un hombre descomplicado e independiente. Dicen que se casó con mi madre por un acuerdo entre las familias, pero nunca la quiso. En el tiempo en que mis abuelos iniciaron su sociedad empresarial necesitaban de todos los compromisos posibles para garantizar la unión. Un matrimonio resultaba ideal para todos, menos para los implicados, pero Román dependía mucho de la fortuna de su familia y mi madre siempre fue una mujer muy obediente. Convencerlos no resultó difícil.

Se detuvo por unos segundos para suspirar, se sentía extraño al conversar con otra persona

esa situación. En su vida solo había hablado una vez de ello: con su amigo Mariano Lozada. En esa ocasión ambos estaban tan pasados de tragos que no pudieron controlar sus lenguas.

—En esa época, Leonel era simplemente un muchacho inquieto y trabajador, con la cabeza llena de ideas, pero aún sin fortuna ni con perspectiva de tenerla. Conoció a mi madre cuando trabajaba como periodista para un noticiero y le correspondió entrevistar a mi abuelo materno, quien era un renombrado escultor de país. Comenzaron a salir semanas después, compartieron más de lo que tenían previsto y se enamoraron, pero muchas cosas los separaban, sobre todo, el hecho de que él aún no era nadie, solo un hombre sin dinero.

No pudo evitar decir aquello con un rastro de reproche en la voz.

—El matrimonio de mi madre y su primer embarazo llegaron cuando Leonel iniciaba su imperio, estaba muy ocupado para evitarlo, aunque no para mantener el contacto con ella.

David quedó en silencio por un instante, con la mirada perdida, como si observara dentro de aquellos recuerdos.

Jimena no lo apuró, comprendía que él necesitaba de tiempo para sacar lo que le oprimía, a pesar de sentirse ansiosa por escuchar el resto de la historia.

—Legalmente soy hijo de Román, pero físicamente me parezco a Leonel. De niño fue él quien estuvo a mi lado, con Román siempre tuve poco contacto y de adolescente, la relación entre nosotros fue muy conflictiva. No era un secreto para nadie que Román prefería a mi hermano Danilo y que Leonel me trataba como algo más que un ahijado. Exigí de muchas maneras que me dijeran la verdad, hasta me atreví a amenazarlos con hacer pública la noticia a la prensa si no recibía respuestas, pero lo único que logré fue el distanciamiento de todos.

Jimena lo escuchó sin moverse. Sentía una fuerte empatía con él.

—Pasé toda mi juventud solo, como un nómada, lejos de mi familia y haciendo lo que se me venía en gana, sin nadie que me controlara. Hubo un tiempo en que me volví un alcohólico y hasta caí en las drogas, las actividades extremas eran lo único que me ayudaba a sentirme vivo, cada vez las buscaba con mayor ahínco. Sin embargo, me esforcé por terminar los estudios para contar con algo que me permitiera ser independiente. Tenía muchos proyectos en mente, pero...

El repentino mutismo de David preocupó a Jimena. Ella alzó la cabeza y percibió su debate interno. Sus ojos café revelaban como la rabia ahora se le mezclaba con la pena.

Segundos después, él reaccionó. Se apartó de ella para sentarse con las piernas cruzadas sobre la cama, apoyó sus codos en las rodillas y hundió el rostro entre las manos.

Jimena le acarició la espada por un instante antes de hablarle. Quería ayudarlo a sacar de adentro todo lo que le oprimía el pecho.

—¿Después te marchaste a Londres?

—No. Después vino la muerte de Mariano —reveló y sacó la cabeza de su escondite para apoyar la barbilla sobre sus manos cerradas en un puño—. Me rogó que le enseñara a volar —

expresó con amargura—. Se veía tan desesperado como yo, era mi mejor amigo, y yo quería que alguno encontrara su liberación.

El cuerpo de Jimena se tensó al escuchar la confesión. Se recostó en los almohadones y dirigió la mirada hacia el ventanal.

—Nunca imaginé que él reaccionaría de esa manera —continuó David—. Sabía que tenía muchos problemas, pero no pensé que considerara el suicidio a pesar de que muchas veces hablamos de ello.

—¿Te dijo que se suicidaría? —inquirió ella con el ceño fruncido.

—No con exactitud, pero hablamos de ese tema como si debatiéramos sobre lo que significaban las teorías marxistas para los comunistas o lo beneficiosa que podía ser la nicotina para un fumador. Él siempre decía que la muerte liberaba, era su filosofía, pero no imaginé que pretendía hacerla parte de su vida.

Jimena regresó su atención al exterior, al trozo de montaña y cielo que divisaba desde el ventanal. Le parecía una gran ironía aquella situación.

Todos los problemas que se suscitaban a su alrededor eran simplemente por falta de amor, tanto a los semejantes como a sí mismo.

Afuera había un mundo grande y maravilloso, lleno de fenómenos conmovedores. Según los entendidos, los humanos eran la creación más majestuosa, sin embargo, parecía la más imperfecta y cruel, incluso, con su propia especie.

—Mariano supo cómo engatusarme para que lo ayudara a lograr su objetivo —siguió David con amargura—. Después de eso tuve que enfrentar la ira de tu padre, que se ensañó conmigo y juró a los cuatro vientos que pagaría por su muerte. Luego todo sucedió muy rápido: estuve en prisión unas semanas y al salir me encerraron por un tiempo en casa de mi madre para escuchar reproches mientras Leonel movía cielo y tierra para sacarme del país. Nadie me preguntó nada. Llegué a Londres en medio de una lluvia torrencial. Román me recibió, me mostró mi habitación y desapareció. Volví a hablar con él una semana después, cuando me comunicó que se mudaría con su novia para darme más espacio. Por cuatro años viví en una especie de limbo, sin comprender lo que había ocurrido. Y ahora estoy aquí, contándote mi triste historia sin entender aún lo que pasa y sin poder intervenir para cambiar los hechos.

Una profunda ansiedad brotó en el pecho de Jimena. No podía evitar reflejarse en David, su angustia era tan similar a la de él.

Ambos eran como dos pequeñas barcas extraviadas en medio de un mar extenso, agitado por una terrible tormenta. Ninguno de los dos sabía cómo ni por qué habían llegado hasta allí, ni parecían contar con los instrumentos necesarios para salir de ese lugar.

Solo se dejaban llevar por la corriente y los vientos, en espera de que algo ocurriera. No les importaba si fuese un milagro o una tragedia, les daba igual, solo anhelaban que cambiara su

situación.

Se acercó a él y con ambas manos le acarició la espalda hasta hacerlo estremecer. Se abrazó a su cintura y se aferró a su cuerpo.

David le frotó los brazos y con suavidad los abrió para girarse y encararla. Buscó con ansiedad su boca y la besó con urgencia mientras un intenso estallido de emociones se producía en su interior.

Ella respondió a sus atenciones y se dejó llevar por el instinto. Se recostó en la cama y dejó que él se ubicara sobre ella. Devoraba sus labios con una necesidad apremiante.

Los temores y las confusiones pasaron al olvido. Ambos necesitaban del fogonazo de la pasión para purificarse y se dispusieron a ello cuando comenzaron a quitarse la ropa en medio de gemidos, caricias atrevidas y besos hambrientos.

Al tenerla desnuda, David admiró por un instante el cuerpo femenino, tan suave y bien formado, caliente, y listo para él. Jimena tomó su cabeza y la bajó hacia sus pechos. Cerró los ojos con placer al sentir cómo la boca masculina y su lengua áspera absorbía uno a uno sus pezones.

Mientras se deleitaba, él bajó una de sus manos en busca del calor y la humedad que desprendía el sexo hinchado de la mujer. Jimena se arqueó y gritó por el frenesí que experimentó al ser invadida por los dedos largos e impacientes del hombre, que aumentaron su anhelo hasta el punto de enloquecerla.

Arañó la espada de David y se aferró a sus cabellos para alzar su cabeza e irrumpir dentro de su boca con un beso salvaje y exigente.

Él se incorporó para penetrarla, pero antes de lograrlo, ella alcanzó su miembro erguido con una mano y lo estimuló, acrecentando su excitación.

—Déjame tomarte, Jimena. Te necesito —susurró él, para luego mordisquear sus labios y rugir por el delirio que le ocasionaban las atenciones que ella le ofrecía.

Jimena abrió las piernas como las alas de una mariposa. David agarró una de ellas por la parte de atrás de la rodilla y la alzó hacia su costado. De esa manera tenía más acceso a la intimidad femenina.

La unión se produjo de forma dura y posesiva. El rostro de Jimena se retorció por el placer que experimentaba y chilló de gozo. Se arqueó para darle más cabida y movió las caderas al ritmo de sus embestidas.

La temperatura subió de forma considerable en el interior de aquella pequeña habitación. La cama se volvió un amasijo de sábanas, fluidos, sudor y lágrimas, mientras los cuerpos se contorsionaban y giraban sobre el colchón envueltos en el deseo.

Al quedar saciados, los gemidos desgarrados fueron sustituidos por una profunda y agitada respiración. La armonía que imperaba en las montañas pareció meterse dentro de ellos a través

de los poros, y les concedió una tranquilidad física y espiritual que no sentían desde hacía mucho tiempo.

Cuando él bajó de ella y recostó su cuerpo exhausto sobre la cama, Jimena se acomodó a su lado y apoyó la cabeza sobre el pecho de David. Se dejó abrazar por él y acariciar la espalda.

Un tierno beso en su cabeza le arranco un suspiro y le dibujó una amplia sonrisa en los labios. Nunca en su vida se había sentido tan dichosa.

Capítulo 34. Juego sucio.

Al llegar el mediodía, David y Jimena regresaron al pueblo. Se sentían tan livianos y felices que nada les importaba.

Él la llevó a comer al restaurante de un hotel de ambiente romántico, rodeado de pequeños campos poblados de bromelias, helechos arbóreos y grandes pinos, con hermosas vistas hacia los valles y las montañas.

Después de disfrutar de la comida, salieron a los jardines traseros para caminar un poco. Frente a las cabañas del hotel se hallaba un lago artificial, ataviado con un puente arqueado fabricado en madera y con soportes de hierro.

—Si tuviera el poder de detener el tiempo, este momento sería el ideal para mantenernos por siglos —confesó David, al tiempo que escuchaba los alegres trinos de la infinidad de aves que habitaban aquella región.

Los aromas de la madera y la tierra húmeda le inundaban los pulmones mientras los rayos del sol le calentaban la piel, suavizados por la frescura de la brisa de montaña.

Jimena sonrió con poco ánimo y se abrazó a su cuerpo antes de dirigir su mirada hacia las aguas verduzcas del lago.

Él notó su cambio de estado y se acercó a ella para abrazarla por la cintura, sin dejar de admirar las tranquilas aguas en las que se reflejaba un cielo azul cubierto por esponjosas nubes blancas.

—¿Qué pasa?

—Nada, es solo... —Ella suspiró antes de continuar, saturada por su realidad—. Me hubiera gustado que de verdad contaras con ese poder.

David la giró para obligarla a enfrentarlo y le alzó el rostro posando un dedo en su barbilla. Se miró en las oscuras y húmedas pupilas de la chica.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes problemas con tu padre?

Jimena negó con la cabeza y desvió su cara hacia el lago. Divisó los reflejos plateados de los peces que residían en las aguas.

—Voy a casarme. —La noticia dejó paralizado a David—. Me casaré con Tomás Reyes.

Él le tomó el rostro con una mano y lo dirigió de nuevo hacia el suyo.

—¿Tomás Reyes? ¿El administrador de tu propiedad? —La chica asintió con la ansiedad reflejada en su mirada—. ¿Me estás hablando en serio? —inquirió desconcertado y retrocedió un paso.

—Yo... no pude...

Ella trató de explicarse, pero la pena y los nervios se lo impidieron.

—Jimena, ¿es un juego? ¿Te estás burlando de mí?

David no podía salir de su asombro, pero más que sorpresa, lo que sus facciones comenzaban a reflejar era rabia.

—¡No! Es... es...

Jimena se giró hacia el lago, asfixiada por la desesperación. Apoyó ambas manos en la baranda del puente y fijó su mirada afligida en el agua.

—Mi madre murió cuando tenía quince años, dejó ese terreno a mi nombre con la condición de que Tomás lo administrara hasta que cumpliera la mayoría de edad, pero no supe de eso hasta hace poco. Mi padre ha entrado en una crisis económica y quiere que le ceda las tierras antes de que me marche de casa para rehacer mi vida. Por eso estoy en este pueblo.

David se llenó los pulmones de aire y observó las altas copas de los pinos que los rodeaban y se mecían con la brisa. Para él, aquello era peor que una terrible pesadilla.

—Tomás me dijo que al no reclamar la propiedad en el plazo fijado, él podía solicitar la titularidad de los terrenos. No lo ha hecho por respecto a mi madre, pero no está dispuesto a darme las tierras para que yo se las entregue a mi padre y terminen destruidas. Quiere que me case con él, así obtengo la titularidad y él se asegura de que no haga algo indebido con ellas.

Jimena hizo un puño con una de sus manos y golpeó con suavidad la baranda. Se mordió los labios con frustración. Sintió cómo se le contraía el corazón al pensar en sus problemas.

Se volvió hacia David. Lo halló inmóvil, con el cuerpo rígido y el ceño fruncido.

—Mi madre trabajó esas tierras hasta el día de su muerte para hacerlas productivas solo por mí, no quiero perderlas por el capricho de nadie —aseguró con firmeza—. Pero Tomás fácilmente puede quitármelas, a menos... que me case con él.

—¿Él te lo propuso? —Ella asintió, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué? Si puede quedarse tan fácilmente con la propiedad, ¿por qué te pide eso?

—Aún ama a mi madre y no quiere dejar de cumplir con la promesa que le hizo en su lecho de muerte, pero tampoco quiere perderlas. Desea de alguna manera seguir manteniendo el control. Aunque en realidad... son tuyas por derecho. —David la observó aún más contrariado, ella sonrió con amargura—. Es una historia muy larga.

—Tendrás que contármela.

—David... ahora no tengo ganas —expresó la joven a punto de dejarse dominar por la frustración.

—¿No tienes ganas de explicarme la situación? —Él se mostró más enfurecido. Se acercó un paso a ella y la obligó a levantar el rostro—. Pero sí de vivir una aventura conmigo —concluyó con reproche.

Jimena se sintió confusa al escuchar esas palabras.

—¿Qué dices?

—Vas a casarte con otro hombre, pero igual te acuestas conmigo. —Ella retrocedió un paso afectada por su acusación—. Maldita sea, sé que nuestra relación es casi un imposible, que conmigo los conflictos con tu familia se triplicarían, pero estaba dispuesto a intentarlo, quería hacerlo —le recriminó y apretó los puños para controlar su ira—. Ahora resulta que tengo que olvidarme de ti, de lo que compartimos hoy y todos estos días, y matar lo que en mi corazón comienza a crecer.

—David... —Jimena intentó acercarse a él, pero el hombre retrocedió y le dedicó una mirada cargada de advertencias—. No siento nada por Tomás, ni él por mí —aclaró sin lograr que él cediera y le permitiera aproximarse—. Es una especie de convenio...

—¿Convenio? —la interrumpió David. Su semblante endurecido le mostraba lo decepcionado que se sentía—. Lo siento Jimena, pero será mejor que dejemos nuestra relación hasta aquí y no nos veamos más.

—¡No! —exigió ella casi al borde de la desesperación.

Por primera vez en mucho tiempo había hallado la paz, sabía dónde se sentía bien y con quien deseaba compartir su confusa vida. Separarse de él sería una pérdida que le abriría de nuevo las heridas y profundizaría su soledad.

—No puedo seguir así —agregó David con desolación—. No pienso repetir la historia de mis padres.

Jimena sintió que las fuerzas la doblegaban. Si mantenía la relación con él estando casada con Tomás, no solo la historia de Leonel Acosta y Alicia Salazar se repetiría, sino también la de su madre y Tomás Reyes

—Si esta locura nos lleva a tener hijos algún día, condenaría a otro a revivir mi historia y eso no lo voy a permitir. Esta maldición muere conmigo —expresó él con rencor.

Jimena retrocedió otro paso, bajó la mirada y se abrazó a su cuerpo. Se sentía derrotada.

David cerró los ojos por un instante mientras respiraba hondo, para luego dirigir su mirada cansada hacia cielo en espera de un milagro.

Finalmente posó su atención en ella, conmovido por la imagen vulnerable y triste que la mujer reflejaba.

—Estoy dispuesto a todo por ti, Jimena, pero esto no. No participaré en un doble juego, no te voy a compartir —declaró con severidad—. Te quiero solo para mí, sin más atadura que las complicaciones que arrastramos desde nuestro nacimiento. Con ello puedo lidiar durante una eternidad si así fuera necesario, pero con una doble relación no.

—Lo siento —susurró la chica con la voz quebrada, aún no había hallado una solución a su problema y ahora, con la reacción de David, el mundo se le venía abajo y no sabía cómo evitarlo.

David sintió que el alma se le fragmentaba en pedazos. Se encaminó apresurado hacia la salida del hotel, pero se detuvo por un instante, con la mirada clavada en las escalinatas que lo

sacarían de aquel lugar.

Quiso girarse y decirle algo, rogarle que al menos se lo pensara, o asegurarle que hallarían juntos otra solución. Sin embargo, el profundo vacío que se acentuó en su pecho le congeló las palabras y le nubló el pensamiento.

Continuó su huida sin mirar atrás. Subió de dos en dos los peldaños y se alejó lo más rápido que pudo.

Las pérdidas se le aglomeraban una a una y formaban una alta y pesada pirámide encima de su corazón.

En el pasado perdió sus derechos y su libertad a elegir, el amor de los suyos y sus propios sueños y metas, pronto perdería a su verdadero padre y ahora se alejaba de la única mujer que le había interesado, quien logró removerle las emociones e hizo brotar sus sentimientos hasta el punto de querer enfrentarse hasta al mismísimo infierno solo por estar con ella.

De nuevo quedaba con las manos vacías. Jimena le había jugado sucio, como lo había hecho Mariano cuatro años atrás.

Lo abandonaba para dejarlo en medio de la nada, solo y con una pesada carga sobre sus hombros.

Capítulo 35. Una incómoda visita.

Esa noche, Leonel Acosta se sentía realmente cansado. Se había pasado el día de médico en médico.

Evaluable la neumonía que parecía no querer dejarlo y se realizaba decenas de pruebas físicas y estudios radiológicos.

Al día siguiente tenía citas para hacerse tomografías y consultas con otros especialistas, así obtendría diversos puntos de vista sobre su enfermedad.

A pesar de haberse negado de plano a perder el tiempo con todo eso, la conversación con David había sido crucial. Solo por él hacía ese esfuerzo, no necesitaba reconocerlo en público, sus allegados lo comprendían y agradecían al cielo la oportuna actuación del joven.

Nadie de su círculo social o familiar era capaz de lograr en él lo que David alcanzaba, ni siquiera su esposa, Federica Castillo, una mujer con quién se unió solo para mantener las apariencias y evitarle a su amada Alicia, habladurías que comprometieran su reputación.

Nunca tuvo hijos con ella, a pesar de que la mujer por años hizo hasta lo imposible por quedar embarazada. No sabía si aquello había sido un castigo de Dios por sus faltas, o quizás, una bendición.

El milagro de un hijo en medio de un matrimonio sin sentido le hubiera generado muchos más arrepentimientos de los que ahora tenía.

Se hallaba sentado en la butaca de su despacho. Disfrutaba de la soledad y de un merecido vaso de whisky seco. No debía consumirlo, pero necesitaba de energías extras para soportar la humillación y el desgaste que le producía su maldita enfermedad.

Tocaron a la puerta justo en el momento en que controlaba uno de sus ataques de tos. Escondió la bebida antes de permitir el paso al visitante.

—Disculpe —mencionó uno de los miembros de su seguridad privada—. Hay un hombre que viene a verlo, dice que es por un asunto personal y tiene que ver con su ahijado David León.

Leonel arqueó las cejas y no pudo evitar que su corazón palpitara con mayor fuerza, motivado por la preocupación.

—Déjelo pasar.

Se incorporó en la butaca y se acomodó la camisa mientras el visitante llegaba. Al abrirse la puerta, con esfuerzo se puso de pie para recibirlo.

—Buenas noches.

El saludo lo inmovilizó. La tensión creció en la habitación mientras el guardia los dejaba solos.

—¿Qué hace usted aquí?

Rodrigo Luna repasó de pies a cabeza a Leonel, con una mirada soberbia y dura.

—Entonces, los rumores son ciertos. Está en el umbral de la muerte —alegó con seriedad.

—Pregunté: ¿qué hace usted aquí? —repitió Leonel con irritación.

Rodrigo se acercó sin apartar la vista de él y se sentó en una de las sillas ubicadas frente al escritorio, sin ser invitado.

—Vengo a que lleguemos a un acuerdo —pronunció y se acomodó la chaqueta del traje con despreocupación.

—Creo que eso ya lo hicimos cuatro años atrás.

—Pero las circunstancias cambiaron y es su chico quien pisotea los convenios que establecimos con anterioridad.

Leonel no tuvo más opciones que sentarse en la butaca para escucharlo. Le dolía el pecho, quería estar solo para descansar, pero ese hombre y su eterna arrogancia parecían no tener intención de marcharse pronto.

—¿De qué está hablando?

—David León no está cumpliendo con su parte del trato: de mantenerse lejos de mí y de mi familia. Ahora ronda a una de mis hijas y la engatusa para ponerla en mi contra, solo por molestarme.

El ceño de Leonel se arrugó con severidad.

—¿Su hija?

—Estas semanas hemos estado en la Colonia Tovar, atendiendo asuntos familiares, y resulta que su chico también vive en la región. Conoció a una de mis hijas y la enamora para meterle en la cabeza cosas en mi contra e incitar conflictos entre nosotros. Esta mañana los vieron salir de un hotel, así que creo, señor Acosta, que los acuerdos pactados en el pasado se han roto.

—Eso no puede ser cierto —dictaminó Leonel con una mezcla de desconcierto y enfado en la voz.

—Ya le dije, tengo testigos que pueden dar fe de ello, además de fotos y grabaciones —argullo Rodrigo con una sonrisa macabra en el rostro—. Le advertí que alejara a su muchacho de mi familia o hago que reactiven la investigación por la muerte de mi ahijado.

—¡Ese asunto está saldado! —rugió Leonel, se puso de pie y golpeó el escritorio con un puño.

Un ataque de tos le desapareció la postura desafiante para obligarlo a arquearse mientras lo agobiaban los espasmos. Rodrigo lo miraba impasible desde su puesto.

Al calmarse, Leonel regresó a su asiento. Se esforzaba por demostrar soberbia y mantener la poca dignidad que la enfermedad le dejaba.

—El convenio se rompió y no fue por mi culpa —expresó Rodrigo con falsa inocencia.

—¿Qué quiere? —indagó Leonel con la voz más gruesa y enfadada. Se acariciaba el pecho.

—Que David León deje en paz a mi hija, y por consiguiente, a mí.

—No sé qué ocurre entre David y su hija, pero estoy seguro de que no lo hace para molestarlo a usted.

—Su muchacho no es un santo, se le nota en la mirada el rencor que me tiene, y todo porque hice valer la justicia.

—¡Se ensañó con él y lo acusó de un crimen que no cometió!

—¡Asesinó a mi ahijado!

—¡Mariano Lozada se quitó la vida por su culpa, no porque David lo haya empujado al suicidio!

—¿Mi culpa?! —acusó Rodrigo con irritación y alzó aún más la voz.

Se levantó para encarar a Leonel, pero la puerta del despacho se abrió y el guardia que le había dado entrada se asomó con discreción.

—¿Todo bien, señor Acosta?

—Todo bien, Meléndez —masculló Leonel sin apartar su mirada de Rodrigo—. Por favor, déjenos solos.

Al retirarse el guardia, Rodrigo volvió a sentarse con rigidez en la silla.

—Sabe muy bien que en cualquier momento puedo reactivar la investigación del asesinato de mi ahijado —amenazó Rodrigo—. Usted tendrá mucho dinero, pero yo tengo buenos contactos. Le podría hacer pasar un mal rato a su chico y creo que usted no está en condiciones para soportar nuevos problemas legales.

Leonel se recostó con esfuerzo en la butaca, exhausto, adolorido y muy enfadado.

—¿Qué quiere para olvidar el asunto?

Rodrigo Luna sonrió con satisfacción y se relajó en la silla. Consiguió lo que había ido a buscar: una forma efectiva para salir de sus apuros económicos.

Tomás Reyes había colocado demasiados obstáculos en su camino, debía hallar otros medios para solventar sus deudas.

Irónicamente, su propia hija, y sus acciones inconscientes, le entregaron una muy buena oportunidad. Algo que él no iba a desaprovechar.

—Que lleguemos a un nuevo acuerdo para alcanzar la paz entre las familias.

—¿Más dinero?

—De eso vivimos todos, señor Acosta. Usted mejor que nadie lo sabe. Por dinero y poder se atrevió a dejar de lado su felicidad.

—No se atreva a juzgarme. Usted no es nadie para eso —espetó el hombre con desagrado.

—Claro que soy alguien. No se haga el superior porque eso no le queda bien, señor Acosta.

Usted es muy parecido a mí.

—No me compare.

—Como quiera —concluyó Rodrigo en medio de un suspiro de resignación. Hurgar en esa herida podría complicarle su intención—. Entonces, ¿firmaremos un nuevo acuerdo?

Leonel rugió molesto, pero de mala gana tuvo que asentir. Aquel sujeto no se iría de allí sin una buena cantidad de dinero.

Rodrigo sonrió satisfecho. De nuevo podía desangrar a Leonel Acosta, hacerse con una buena fortuna para salir de aprietos económicos y de paso, ensañarse con David León. Con alguien debía descargar su frustración.

Capítulo 36. Exigencias.

El hotel Selva Negra había sido uno de los primeros hoteles erigidos en la Colonia Tovar.

Corría el año de 1938 cuando se aventuraron a cimentar sus bases trasladando los materiales para su construcción desde el vecino poblado de La Victoria, sobre mulas, a través de un estrecho y averiado camino de tierra. El mismo por el que llegaron sus primeros huéspedes, quienes quedaron prendados no solo por el atractivo de la naturaleza que lo rodeaba, sino además, por la atención que recibían.

Décadas después, el hotel era considerado uno de los mejores de la región. Ubicado en pleno casco central del pueblo, junto a la plaza principal y frente al mercado de frutas y hortalizas. Representa una parada reglamentaria para los turistas.

Allí se encontraba la noche del lunes Rodrigo Luna, sentado en cómodos sillones tipo lounge alrededor de una chimenea en el bar del restaurante. Tomaba vino acompañado por dos alemanes con los que cerraba algunos negocios.

Cuando Jimena llegó, los hombres reían con sonoridad por algún comentario jocoso que uno de ellos había hecho.

—Buenas noches —interrumpió.

Los alemanes respondieron con una sonrisa y se levantaron de sus asientos para estrechar la mano de la mujer.

—¿Todo bien? —preguntó Rodrigo con incomodidad al terminar los saludos.

—¿Podemos hablar en privado un momento? —pidió ella.

Procuraba disimular su inquietud. Había pasado unos días muy tensos, agobiada por las culpas y las penas.

Rodrigo le dedicó una mirada dura antes de girarse hacia los alemanes e informarles que los dejaría solos por unos minutos.

Se apartó con su hija hacia un grupo de sillones ubicados a varios metros de distancia, donde podían conversar sin ser escuchados.

—¿Qué ocurre? —indagó él con fastidio.

—Te pido que no sigas considerando la propiedad que me dejó mi madre para tus finanzas. Evaluaré algún medio para hacerte llegar dinero en agradecimiento por la inversión que has hecho por mí durante años, pero por favor, no sigas llamando a Tomás. No está bien de salud —exigió con firmeza.

Durante esos días Jimena intentaba encontrar una oportunidad para hablar con Tomás en calma y romper la promesa del matrimonio.

Sin embargo, el hombre se mantenía en una perpetua cólera. Discutía con todos y hasta

golpeaba cosas. Aunque Malena le había asegurado que esa era una reacción habitual en él y que pronto pasaría, ella le tenía miedo.

No sabía hasta dónde llegaría su ira, y al enterarse de que todo había sido culpa de su padre y sus insistencias, decidió actuar para poner un alto a la situación.

Si no lograba apaciguar a Tomás, jamás podría escapar de la delicada situación en la que se había metido.

Rodrigo Luna la observó con fijeza por un instante. Sus fríos ojos color ámbar despedían desafío.

—¿Y piensas que estoy interesado en tus migajas? —Jimena se irguió ofendida por el comentario—. Ya no quiero esa asquerosa granja, encontré el dinero que necesitaba, y mucho más. Hoy hablé con Douglas para que detuviera el acoso a Tomás, así que no te preocupes, puedes hacer con esas tierras lo que se te dé la gana —espetó con reproche. Luego la miró de pies a cabeza con evidente decepción—. Veo que saliste más parecida a tu madre de lo que imaginé. —Las cejas de Jimena se arquearon—. Oportunista hasta la médula.

El rostro de la chica perdió toda coloración y sus ojos se humedecieron de furia.

—¿Aún piensas casarte con Tomás Reyes? —Ella quedó muda por culpa del enfado que sentía. Rodrigo rió con antipatía—. Te casas con Tomás para obtener la propiedad y al mismo tiempo te enredas con un sujeto con mucha más solvencia económica solo para que te ayude a sacar adelante esa pocilga, sin importarte que haya sido el asesino de tu propio hermano.

La cara de Jimena ahora estaba enrojecida por la cólera. Sabía muy bien que su padre hablaba de David. No entendía cómo había podido enterarse de la relación que mantuvo con él, pero le indignaba que lo siguiera acusando de la muerte de Mariano.

—Mariano se quitó la vida por tu culpa, no porque otro lo haya incitado —le escupió con la mandíbula apretada.

Rodrigo gruñó y afiló aún más su amenazante mirada.

—No fui yo quien lo llevó a volar en un parapente y cortó las correas de seguridad.

—Tampoco lo hizo David, todo fue decisión de Mariano.

—¿Te atreves a defenderlo? —reclamó el hombre con ira.

Jimena notó cómo los puños de su padre se apretaban con ansiedad y de su cuello enrojecido le brotaban venas.

—¿Por qué no aceptas tu responsabilidad? Mariano te rogó cariño, incluso, de rodillas. Lo único que quería y necesitaba era un padre, pero tú lo rechazaste y lo dejaste caer en la depresión.

—¿Lo rechazé? Pagué sus estudios en los mejores colegios de la capital y sus paseos al exterior. Le di más de lo que cualquier padre puede entregarle a un hijo.

—¿Dinero? ¿Crees que eso era lo que él necesitaba? Mariano solo quería tu atención, que

lo reconocieras como tu hijo y no te avergonzaras de él.

Rodrigo emitió un bufido sonoro y giró por un instante su rostro para controlar la rabia.

—Mariano fue de carácter débil como su tonta madre, jamás reconocería a un hijo en esas condiciones. Lo único que me hubiera traído serían disgustos. Además, cuando él apareció estaba lidiando con Esperanza sobre tu situación, si revelaba que tenía otro hijo las cosas no hubieran salido tan bien.

—¿Tan bien? —inquirió Jimena indignada, y se esforzó por controlar el enojo que la embargaba.

Poco recordaba de Mariano Lozada, con él no tuvo más de dos o tres encuentros vergonzosos, cuando lo encontró en su casa suplicándole a Rodrigo que le concediera sus derechos.

Sabía que había sido un chico apacible, tímido y silencioso, de mirada perturbada. Su madre fue una mujer hermosa que su padre conoció en el Hipódromo La Rinconada, principal pista de carrera de caballos de Caracas, sitio que Rodrigo solía visitar en décadas pasadas para su recreación y dónde la mujer trabajaba atendiendo mesas en uno de los bares.

Su padre nunca supo que había dejado embarazada a aquella amante hasta que Mariano apareció en la puerta de su hogar años después, siendo un adolescente, con un rostro tan parecido al de él y las manos vacías.

Su madre había fallecido a causa de una golpiza propinada por su última pareja, de quién Mariano también había sido víctima. El chico se hallaba solo y en la calle, asustado.

Buscó a su padre sin descanso por la ciudad hasta dar con él, para terminar oculto de la mirada de todos, siendo reconocido solo como un antiguo ahijado al que le había perdido la pista tiempo atrás.

Lo encerró en internados y pagó sus viajes para alejarlo de la familia y no levantar sospechas. Lo silenció con dinero que poco le duraba, hasta el día en que él decidió quitarse la vida y acabar con su profunda soledad y tristeza.

—Lo ocurrido con Mariano no es tu problema, así que te pido que no opines sobre ese tema —destacó Rodrigo con severidad.

Acusar de esa muerte a David León le sirvió mucho en el pasado y más aún en el presente. A pesar de todo, el chico había resultado ser el más útil de sus hijos.

Jimena no pudo rebatir sus palabras, la llegada de Dayana la obligó a cerrar la boca. Su hermana estaba acompañada por una amiga que trabajaba con ella en eventos de modelaje.

Una espigada y sensual mujer de larga y sedosa cabellera negra, labios carnosos y ojos almendrados, que había conocido en una oportunidad en su casa cuando la mujer fue invitada a cenar con la familia.

—Papá, mi tarjeta de crédito no quiere funcionar —se quejó Dayana y se detuvo frente al

hombre con un puchero malcriado en los labios y una mano estirada, sin saludar siquiera a su hermana—. Préstame la tuya.

—¿Será que no te funciona porque ya no le queda nada de dinero? —reprochó él.

La joven resopló como respuesta.

Rodrigo suspiró con resignación mientras sacaba su billetera del bolsillo de su pantalón. Lucía Arrieta, que así se llamaba la amiga de Dayana, saludó a Jimena con un beso en la mejilla para luego sentarse al lado de Rodrigo y acariciarle el brazo con total descaro.

El hombre perdió enseguida la actitud irritada que había mantenido cuando conversaba con Jimena y se mostró complaciente.

Después de entregarle la tarjeta de crédito a Dayana posó su mano sobre la rodilla de la chica, sin importarle que sus dos hijas se encontraran frente a él y observaban la escena.

—¿A dónde piensan ir? —preguntó sonriente.

—A una aburrida reunión —notificó Lucía sin apartar sus brillantes y maravillados ojos del hombre—. Formaremos parte de la organización del Oktoberfest y seremos la imagen de su campaña promocional en los medios de comunicación del país —agregó con sonrisa sugestiva.

—Se verán como unas hermosas doncellas alemanas —auguró Rodrigo y pellizcó con ternura la mejilla de la joven antes de afincar en ella una mirada lujuriosa.

Jimena puso los ojos en blanco y se mordió los labios para no dejar salir todo su desasosiego.

El Oktoberfest representaba una de las festividades más destacadas de la zona, que atraía a miles de turistas cada año a esas tierras y buscaba imitar el Oktoberfest original de tradición alemana.

—Bueno, ya nos podemos ir —acotó Dayana molesta por la actitud amorosa de su padre con su amiga—. ¿Dónde está Tamara? —preguntó para traer a colación a su madrastra, al tiempo que tomaba a Lucía por un brazo para levantarla del sillón.

Rodrigo la fulminó con la mirada y endureció la mandíbula.

—Se fue a la posada después de salir del Spa.

—Deberías ir con ella —lo retó la joven, logrando que su padre se levantara y la encarara con desafío.

—¡Dayana! —Aquel saludo emotivo impidió que se produjera una discusión. Dayana ignoró a su padre y se giró para atender el llamado de Sabrina Landaeta—. ¿Qué haces aquí?

—Buscaba a mi padre —informó la mujer antes de recibir un efusivo abrazo de la chica—. ¿Y tú?

—Con Amanda, vinimos a apartar una sesión en el Spa para mañana.

Jimena sintió el corazón galopar con furia en su pecho al ver que David aparecía en el bar acompañado por la rubia y despampanante Amanda Dietrich, quien caminaba firmemente

agarrada del brazo del hombre como si temiera que de un momento a otro se le escapara.

Se levantó del sillón y se despidió con celeridad de los presentes para huir del lugar. No quería vivir un nuevo desplante, pero su padre la retuvo por un brazo.

Capítulo 37. No puedo ni quiero hacerlo.

—Ya le dije a Douglas que no llamara más a Tomás, ahora necesito que me asegures que él dejará de enviarme mensajes de amenaza —le pidió Rodrigo en voz baja, para que solo ella lo escuchara.

Jimena arrugó el ceño con desconcierto, no sabía que Tomás Reyes habituaba comunicarse con su padre para tal fin.

—Dayana, Lucía.

El saludo de Amanda le impidió indagar más en ese tema. La mujer había soltado a David para repartir besos y abrazos. Él se quedó unos pasos alejado del grupo, miró a Rodrigo con recelo y con interés a Jimena.

—Buenas noches —saludó Amanda con cortesía al resto de los presentes. Ese gesto obligó a Dayana a hacer las presentaciones.

—Él es mi padre Rodrigo y ella mi hermana Jimena.

La sonrisa de Amanda se borró de sus labios mientras dirigía una dura mirada hacia Jimena. Ella pudo divisar en los ojos enfurecidos de la mujer las verdades que conocía.

No sabía cómo, pero estaba segura de que Amanda también estaba al tanto de la relación que ella había mantenido con David.

—Un gusto conocerla y espero me disculpen, pero tengo que irme enseguida —se excusó Jimena y salió apresurada del bar acompañada por el calor que muchos ojos asestaban sobre su espalda.

Sin embargo, cuando comenzó a cruzar el extenso estacionamiento ubicado frente a la edificación, alguien la detuvo por un brazo.

—Jimena.

—Déjame ir.

—Vamos a hablar un momento —pidió David, sin soltar su agarre.

—Te esperan adentro.

—Que sigan esperando, necesito hablar contigo.

La postura firme del hombre impidió que ella pudiera continuar con su negativa. Por más excusas que le diera, David no la dejaría marcharse.

—¿Qué quieres?

—Una oportunidad. —El rostro de la chica se comprimió por la angustia, desvió su atención hacia la calle, pero David la tomó por la barbilla y la obligó a encararlo—. Hablo en serio, Jimena. Al menos, vamos a discutirlo.

—David, estás con Amanda, van a casarse.

—No voy a casarme con ella y aunque se aloja en mi casa, no hemos intimado.

—Ese no es el punto —rebatío e intentó apartarse de él, pero David la aferró con más fuerza y le acunó el rostro entre las manos para que lo mirara a los ojos.

—Me importas —reveló, paralizando a la chica—. Y mucho. No he podido sacarte de mi cabeza estos días, me desespera esta situación.

—Fuiste tú quien no quiso seguir —expresó ella con los ojos anegados en lágrimas.

—Y no pienso hacerlo si tengo que compartirte, pero estoy seguro de que podremos evitar ese detalle.

Jimena acarició las manos de él que le sostenían el rostro y fijó su vista en los provocativos labios del hombre, que se hallaban a escasos centímetros de los suyos. Anhelaba sentir de nuevo su sabor.

—Hablé con un amigo que es abogado —explicó David—, existen medios para recuperar tus tierras sin tener que unirte a Tomás Reyes, incluso, puedes utilizar esa propuesta para denunciarlo por acoso e intimidación.

Ella lo observó con desconcierto. Recordó que no había podido narrarle todos los hechos a David. Él desconocía que su aceptación no había sido voluntaria y que aún buscaba la manera de librarse de ese yugo, pero sin iniciar un conflicto legal con Tomás, que podría durar una eternidad y les haría a ambos más daño.

—Puedo hacer que mi amigo venga a la Colonia para que te explique todas las posibilidades —anunció y acarició con dulzura las mejillas de la chica con los pulgares—. Haré lo que sea necesario para evitar que cometas ese error. No quiero que te cases con él.

Las miradas de ambos se fundieron. Se mezclaba el anhelo que sus pupilas desprendían. David bajó el rostro y tomó sus labios con suavidad.

Cuando ella abrió su boca para permitirle profundizar el beso, el frenesí se apoderó de él. Aferró la cabeza de la chica y hundió sus dedos en los cabellos para alcanzar su nuca. No quería que se alejara. Necesitaba beberse hasta sus gemidos.

—¡David!

La voz enfurecida de Amanda congeló la sangre de Jimena. Se apartó del hombre con un sobresalto, sin poder darle la cara a ninguno. Mantuvo el rostro bajo mientras relamía sus labios hinchados, que aún poseían el sabor de David.

Él se giró hacia Amanda. El corazón le rebotaba con furia en el pecho. La sorpresa y la angustia que habían invadido sus facciones poco a poco se fueron transformando en rabia.

—¿Qué quieres?

La mujer estaba lívida por la cólera. Lo observaba abochornada, sin saber si darse media vuelta y salir de allí antes de perder la dignidad o golpearle el rostro por descarado.

—Yo... debo irme.

La intervención de Jimena motivó a David a girarse hacia ella, dominado de nuevo por la ansiedad.

—Jimena...

—Luego hablamos —se apresuró a responder ella y lanzó una ojeada hacia Amanda. La notó tan impactada que parecía haber entrado en estado de shock.

Retrocedió un par de pasos para alejarse de David y evitar que la detuviera. Dio media vuelta y se marchó con rapidez.

Él no pudo hacer otra cosa que observar inmóvil su huída, hasta que se atrevió a encarar a Amanda. Comprendió que era momento de poner un alto a aquella situación.

El regreso a su cabaña se produjo en un tenso silencio quebrado solo por algunos gimoteos emitidos por la mujer, que, aunque David intentaba que no le afectaran, lo cierto era que le hacían mucho daño. No deseó herir a nadie.

Con caballerosidad le abrió la puerta del hogar para dejarla entrar. Amanda pasó por su lado con el mentón en alto, lanzó sobre el sofá su bolso y se giró hacia él con el rostro endurecido y los brazos cruzados en el pecho.

—¿Tuviste el descaro de besarte con tu amante en público?

David suspiró hondo y cerró la puerta de la cabaña.

—No es mi amante.

—¿A no? ¿Qué es, entonces?

—La mujer con la que quiero iniciar una relación seria.

Para Amanda aquello fue como recibir una patada en el estómago. Casi se doblegó por el golpe, pero tenía una voluntad de roble que no permitiría que cayera frente a quienes la humillaban.

—¿Tratas de decir...?

—Lo que trato de decir es que mi relación con Jimena Luna no es un juego —expuso con firmeza—. Con ella voy muy en serio.

—¿Y cuando pensabas decírmelo? ¡¿Cuándo te cansaras de utilizarme?! —gritó la mujer con frustración mientras un par de lágrimas llenas de ira escapaban de sus ojos.

—Amanda, yo no te invité a que vinieras ni he hecho nada para que te quedes, al contrario, he intentado convencerte de que me dejes solo para poder concentrarme en el trabajo. Fuiste tú quien decidió quedarse y pretendes gobernarme la vida, a pesar de que muchas veces te he dicho que no quiero nada contigo.

—¡¿Y con ella sí?! —vociferó la mujer alterada— He pasado años detrás de ti, siguiéndote hasta en Europa, ¡y a mí no me das una oportunidad!

La furia de Amanda parecía aumentar a cada segundo. David se mantenía muy quieto frente a ella, con las manos metidas dentro de los bolsillos de su pantalón.

Le dolía tratarla de aquella manera, la apreciaba, pero necesitaba dejarle en claro su posición.

—¿Qué hizo ella para llegar hasta tu frío corazón? ¡¿En qué falle?!

La mujer se tapó el rostro para llorar, lo que inquietó más a David. Él se acercó hacia ella aún con las manos en los bolsillos, influenciado por la pena que mostraba.

—De verdad lo siento, Amanda. No fue algo que yo planifiqué, se dio y punto. No puedo controlarlo.

—¡Claro que puedes controlarlo! ¡Olvídate de ella! —exigió con rencor.

—No tengo idea de cómo hacerlo —respondió él con una media sonrisa frustrada—. Además, no quiero.

—Te has vuelto despreciable, David León —acusó Amanda. Él negó con la cabeza.

—Te equivocas, nunca dejé de serlo —argumentó con frialdad antes de darse media vuelta y salir de la cabaña. Necesitaba estar solo.

Ella se quedó inmóvil en medio de la sala. Observaba con rabia contenida la puerta cerrada. Ya no lloraba, no tenía por qué seguir haciéndolo, David se había marchado.

—Te dije que esto pasaría —pronunció Gonzalo al salir de la cocina vestido solo con unos pantalones deportivos color blanco, sin camisa, ni zapatos. Su torso, marcado por músculos, quedaba al descubierto.

Ella puso los ojos en blanco e intentó no dirigirle la mirada, pero él se ubicó dentro de su periferia, a pocos centímetros de distancia.

—¿Por qué no te olvidas tú de él? —agregó el hombre.

—Ese no es tu problema.

—Sí lo es, y desde hace muchos años —aseguró Gonzalo y alzó una mano con intención de tocarle los labios, pero ella se alejó. Le lanzó una mirada llena de advertencias.

—Cómo quieras, dulzura —le reprochó Gonzalo con una sonrisa de suficiencia—. ¿Deseas pasarte la vida esperándolo? ¿Jugando con otros para pasar el tiempo en vez de conseguir algo real? Entonces, hazlo. Ese sí que es solo tu problema.

El hombre se apartó de ella con desinterés en dirección a su habitación. La dejó allí, sola y frustrada, siendo devorada por la cólera que tenía almacenada en el alma.

Capítulo 38. Necesito verte.

Hecha un ovillo sobre la cama de la habitación que había pertenecido a su madre, Jimena intentaba calmar sus emociones. Los conflictos comenzaban a dominarla, estaba ansiosa por salir cuanto antes de ellos y volver de nuevo a la tranquilidad.

El corazón casi se le detuvo de un sobresalto al escuchar el repentino sonido de su teléfono móvil, que retumbaba desde una de las mesitas de noche apostadas a los costados de la cama.

Al observar el número de David marcado en la pantalla, se sentó sobre el colchón para responder sintiendo una poderosa agitación crecer en su pecho.

—¿David?

—Necesito verte —rogó él con una voz ronca y quebrada por la impaciencia.

—¿Dónde estás?

—A pocos metros de tu casa.

Ella se levantó como impulsada por un resorte, se colocó con prontitud los zapatos, tomó su abrigo y las llaves y salió en carrera de la habitación para encontrarse con él.

Divisó el auto aparcado a una distancia prudencial. Se apresuró a alcanzarlo y entrar en el asiento del copiloto antes de que alguien la viera.

David la recibió con los brazos abiertos, la envolvió en un abrazo posesivo y la besó con urgencia, con labios fríos y anhelantes, hambrientos por el deseo.

Se vio obligado a detener el beso para recuperar el oxígeno perdido, pero dejó apoyada su frente en el de ella. Mantuvo los ojos cerrados, al tiempo que acariciaba con una de sus manos el rostro y los cabellos de la chica.

—Quédate conmigo esta noche.

Ella solo pudo asentir con la cabeza. David volvió a besarle los labios, pero esta vez, con delicadeza. Los mimó con la punta de la lengua y les propinó sensuales mordiscos.

Su excitación aumentaba a medida que pasaban los segundos. No podía soportar más. Se apartó de ella con esfuerzo y encendió el motor del vehículo.

—Salgamos de aquí —dictaminó, antes de poner el auto en retroceso y salir de ese lugar.

No hacia la Colonia Tovar, sino en dirección a uno de los poblados vecinos, un pueblo que él pensó nunca más visitar, pero que en ese momento se le antojaba un refugio perfecto que los alejaría de los problemas.

En pocos minutos llegaron a El Jarillo, un poblado fundado por colonos alemanes pertenecientes a una segunda oleada de emigrantes.

En comparación con la Colonia Tovar, El Jarillo era un pueblo más tranquilo, visitado mayormente por turistas amantes de deportes de aventuras, como el ciclismo de montaña y el

parapente.

Fue allí donde murió Mariano Lozada, y donde los sueños y las aspiraciones de David cayeron por un despeñadero, junto a su amigo.

Al entrar en el poblado, Jimena divisó la Iglesia católica dedicada a la Virgen del Carmen, la advocación mariana que había sido muy apreciada por su madre.

Su arquitectura particular, de base triangular y con una larga torre en el frente, era uno de los atractivos más vistosos de la zona.

Anduvieron en silencio hasta llegar a una posada ubicada sobre una colina, que contaba con una vista magnífica de las montañas pertenecientes al Parque Nacional Macarao.

Aparcaron el auto frente a la edificación que poseía dos pisos con habitaciones ataviadas con balcones de madera. El dormitorio que les cedieron era pequeño, pero bastante cómodo. La débil luz de unas lámparas de pared creaba una atmósfera perfecta cubierta de penumbras.

Jimena se quitó el abrigo y lo dejó sobre un sillón antes de encaminarse hacia el balcón y admirar a través de cristal del ventanal las montañas sombreadas que se difuminaban con el cielo estrellado.

Después de quitarse su abrigo, David se detuvo detrás de ella, muy cerca. Aspiró el aroma de sus cabellos mientras sus manos acariciaban los brazos de la mujer y la hacían suspirar por la expectativa.

—Te deseo —le susurró cerca de su oído, erizando toda la piel de la chica. Luego dirigió las manos hacia sus senos y los amasó por encima de la tela del suéter.

Ella emitió un gemido mientras se dejaba acariciar. Cerró los ojos, complacida, sintiendo que las manos de David ahora bajaban por su vientre hasta alcanzar el borde de su ropa.

Con lentitud, él le sacó el suéter por encima de la cabeza y lo dejó caer al suelo, luego la abrazó por la cintura y la aferró a su cuerpo caliente y ansioso.

Apoyó su miembro duro en las nalgas de la joven mientras le dejaba apasionados besos en el cuello.

Jimena susurró su nombre antes de permitirle que tomara su boca. Se sentía dichosa y amada, tan conmovida por esos sentimientos que no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

Con una de sus manos frotó los brazos que la envolvían y la otra la sumergió en los cabellos masculinos. Le acarició la nuca y se aferró a sus rizos para exigirle más.

David descendió por su mandíbula y le mordió con sensualidad la piel, al tiempo que desataba el botón del vaquero de la mujer y bajaba la cremallera.

Introdujo una de sus manos dentro de las bragas, en busca de su centro. Jimena gritó de placer por la invasión, le arañó uno de los brazos y le haló el cabello.

Los jadeos de David eran más profundos que los de Jimena. Su cuerpo parecía una caldera en ebullición, ansioso por una descarga. Pero deseaba saborearla primero, recorrerla sin prisas.

Disfrutar no solo de su cuerpo, sino además de su voz, de su mirada y del delicioso sabor de sus besos. Sacó la mano de su interior y la giró para besarla a conciencia. Memorizó, con el tacto de su lengua, la forma de su boca.

—Siento que voy a perder el conocimiento —susurró la chica con dificultad cuando él le permitió recuperar oxígeno.

David la sostuvo entre sus brazos, la cargó y la llevó a la cama, pero no la acostó, se ocupó primero en dejarla completamente desnuda.

—Me encantas. Eres preciosa —reveló con voz gutural y una mirada embriagada de deseo.

Ella sonrió complacida y con sensualidad se acercó a él para desabotonarle el chaleco y la camisa. Se los quitó con lentitud, para admirar su torso bronceado y perfecto, cubierto por una suave capa de vello castaño.

Posó sus manos sobre la piel, que ardía con intensidad. Repasó cada tramo, hasta captar a la perfección cada surco creado por sus músculos, que grabó a fuego en su memoria, de donde no saldría jamás.

Siguió el camino de vellos que bajaba por su estómago hasta llegar al bordillo del pantalón y desató el cinto. Recibió una mirada anhelante de David, que se hallaba al borde de sus fuerzas. Respiraba profunda y pausadamente, con los párpados caídos y las facciones tensas.

Al terminar de desvestirlo, la imagen de su portentoso cuerpo erguido la intimidó. Por un momento se sintió perdida, sin saber qué hacer.

David notó su duda y enseguida actuó, se acercó a ella y la tomó por el cuello para depositar intensos besos sobre su boca. Con una mano se aferró a su cintura y la asió a él llevándola hacia la cama.

En ese punto el oleaje de deseo que los invadía a ambos era poco controlado. Los cuerpos rodaron sobre el acolchado unidos en una danza de placer. Cada uno buscó su propia satisfacción.

David tuvo que aplicar un poco de firmeza para aquietarla y lograr penetrarla. Jadeaba sofocado por la arremetida, que incluso a él estuvo a punto de hacerle perder los cabales.

Jimena abrió las piernas lo más que pudo. Exigió todo de él. David la complació hasta la extenuación, le brindó toda la dulzura que podía prodigarle en medio de aquella erupción de sentimientos.

Sus manos se entrelazaron sobre las sabanas mientras soportaban el exquisito dolor que sus cuerpos experimentaban.

La noche, larga y silenciosa, les dio cobijo para que se amaran las veces que quisieran y los arrulló con los suaves sonidos del viento de montaña.

Capítulo 39. Un ataque despiadado.

A la mañana siguiente, mientras David se vestía, admiró el cielo despejado que se veía desde el ventanal. Abrió las puertas de cristal y pasó al pequeño balcón de madera.

Apoyó las manos en la baranda y repasó el firmamento tintado de turquesa. Un par de parapentes planeaban con suavidad sobre él, la visión lo estremeció.

Un poco más arriba de la posada se hallaba El Despegadero, el punto más alto de El Jarillo. Una explanada cubierta de grama con una inmensa imagen de la Virgen del Carmen en medio, donde se reunían los aventureros que anhelaban vivir la experiencia del vuelo en parapente.

Los fines de semana solían acercarse decenas de turistas que decoraban el cielo con sus planeadores multicolores. El viento, que solía soplar desde el sureste, permitía realizar paseos con facilidad.

La ladera que la seguía era inmensa y empinada, ideal para ejecutar aterrizajes de altura llegando hasta un campo ubicado en El Jarillo, habilitado para ello.

Los más expertos aprovechaban los días con buenas condiciones climáticas y realizaban vuelos a distancia hasta Placivel, una zona ubicada aproximadamente a quince kilómetros de distancia. Un lugar recortado por cañones, valles y altas montañas.

El vuelo en parapente para David resultaba una experiencia incomparable. Las venas se le llenaban de tanta adrenalina que lo hacían creerse inmortal.

La sensación de libertad y plenitud que alcanzaba al estar en el aire solo podía compararlo con lo ocurrido la noche anterior en ese hotel, mientras se mantenía sumergido dentro del cuerpo de Jimena.

Bajó el rostro y se acodó en la baranda. Con una mano se apretó el puente de la nariz, estaba agotado. Lo que sentía por esa mujer resultaba más fuerte que cualquier otro sentimiento experimentado en su vida. Por ella se hallaba allí, en ese lugar, y enfrentaba su más difícil pesadilla.

La mirada aterrada que le dedicó Mariano mientras era absorbido por la gravedad lo había acompañado día y noche, donde estuviera. Lo peor del caso era que la desgracia del que fue su mejor amigo ahora se le antojaba demasiado parecida a la de Jimena.

Fijó su atención en las lejanas montañas, que tenían los picos coronados por neblina, mientras oía tras de sí movimientos en la habitación. Jimena había salido del baño y se acercaba al balcón.

—Estoy lista —le notificó y le acarició la espalda.

Él se giró hacia ella y percibió su mirada melancólica.

Recostó la parte baja de su espada en la baranda, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él,

ubicándola entre sus piernas.

—No permitiré que te cases con Tomás Reyes.

Jimena suspiró y llevó una de las manos hacia su mejilla.

—No lo haré —notificó con su atención puesta en los labios de David. Él posó un dedo en su quijada y le alzó el rostro—. Ya te conté lo que en realidad ocurrió y te juro que hoy mismo resolveré ese asunto —aseguró.

Durante la noche y mientras se amaban, ella pudo explicarle con detalle lo que había sucedido con Tomás Reyes, cómo había terminado aceptando su propuesta y lo que había ocurrido esos días con su padre que evitó que conversara con el hombre sobre esa situación.

—No dejaré que te unas a él y mucho menos que te haga daño.

Los ojos del joven, llenos de determinación, se clavaron en los de la chica. Estaba dispuesto a enfrentar lo que fuera necesario para evitar que alguien le arrancara de los brazos a la mujer que amaba.

—Tomás no quería hacerme daño.

—Pero igual lo hizo.

—No está bien de la cabeza.

—Eso empeora todo, Jimena —aseguró con seriedad—. Eso lo hace más peligroso. No puedes estar en esa casa.

—Por ahora, no tengo otra opción.

Él gruñó, inconforme. Ella lo tomó por el rostro para recuperar su atención.

—Confía en mí, David. Lograré manejarlo.

El hombre parecía poco convencido, no porque desconfiara de ella, sino porque había conocido a sujetos como Tomás y entendía que no podía subestimarlos.

Sin embargo, estaba dispuesto a superar aquel difícil bache. No se dejaría vencer.

Buscó los labios de Jimena con apremio, para besarlos, seguro de que esa batalla la ganaría.

Antes de llevarla a su casa, visitaron el pueblo de la Colonia, con intención de desayunar juntos. La mañana estaba fría y nublada, en pocos minutos espesas nubes de lluvia cubrieron el firmamento y crearon un ambiente de penumbras que bajó aún más la temperatura.

Las calles se encontraban desoladas. Aunque muchos comercios habían abierto, la expectativa por la proximidad de la tormenta obligó a los habitantes y turistas a buscar refugio y calor dentro de alguna edificación.

Evitaban los paseos para sortear el frío y la lluvia que pronto comenzaría a caer.

Jimena salió del pequeño restaurante donde habían estado con una copa de plástico rebosante de fresas con crema, uno de los postres típicos de la zona, y su favorito.

—Me encantan, he comido un montón desde que llegué —confesó y se llevó una

cucharada de crema y fruta a la boca para deleitarse con la particular mezcla de sabores dulces y ácidos.

—¿Has probado los duraznos con crema? —le preguntó David mientras se dirigían a su auto. La sonrisa de satisfacción no se le borraba del rostro.

—¡Claro! Nunca dejaría pasar esa experiencia.

Caminaron hacia un callejón cercano donde él había aparcado su vehículo. Mientras desactivaba la alarma y se disponía a abrir la puerta del copiloto fue atacado por la espalda por un sujeto alto y robusto que lo lanzó al suelo en segundos.

Jimena no tuvo tiempo de gritar. Otro sujeto, mucho más delgado que el anterior, la empujó hacia un costado.

La copa de fresas con crema salió proyectada y se estrelló contra un muro, al tiempo de que ella era retenida contra la pared por su atacante, quien enseguida le cubrió la boca con una mano enguantada y plantó una filosa navaja en su cuello.

Quedó inmóvil. Miraba con terror los ojos enloquecidos de su captor y su rostro huesudo, marcado por cicatrices y manchas.

El que había derribado a David parecía un gorila, incluso su cara ayudaba a que se le comparara con el animal, de labios gruesos y cejas pobladas. Sin mucho esfuerzo levantó a David y lo retuvo por los brazos mientras este boqueaba tratando de recuperar el aire perdido.

Un hombre bajo pasó junto a Jimena en dirección a David. Al estar frente a él y sin mediar palabras, le propinó un fuerte golpe en el estómago, lo que hizo que se arqueara por el dolor.

Jimena intentó gritar, pero el sujeto que la retenía, a pesar de su delgadez, poseía una fuerza descomunal. La afincó aún más contra el muro y presionó la punta de la navaja en su cuello, logrando que una gota de sangre escapara de su piel.

El hombre bajo dirigió una mirada nerviosa hacia ella antes de posarla de nuevo en David.

Su rostro de facciones afiladas, con múltiples arrugas alrededor de los ojos, daba a entender que se encontraba sobre los cincuenta años.

—Nada te controla, ¿no es así, muchacho? —expresó al inclinarse para colocarse al mismo nivel de David, quien le dirigió una mirada mortal a pesar de su situación. Jimena se alarmó al ver su cara enrojecida y sus esfuerzos por recuperar el oxígeno perdido—. ¿Te crees muy gallito? Necesitas una lección —gruñó antes de darle un golpe en el rostro que casi tumba a David en el suelo.

El grandulón lo sostuvo con firmeza, con una sonrisa psicópata dibujada en sus labios.

—El mundo está lleno de mujeres solas, pendejo. Tienes que respetar lo ajeno —agregó antes de lanzar otro puñetazo al estómago de David.

Jimena se revolvió entre los brazos de su captor, lloraba por el miedo y la desesperación. El sujeto de baja estatura se ensañaba con furia contra David, lo golpeaba sin descanso en la cara

y en el estómago hasta que lo vio escupir sangre.

—¿Suficiente? ¿O necesitas más?

David tenía una rodilla apoyada en el suelo. El agarre del gorila impedía que se derrumbara. Sin embargo, como pudo se levantó y se irguió con debilidad para encarar al sujeto con una mirada amenazante.

El cincuentón sonrió con burla, con la respiración acentuada por el esfuerzo de la pelea. Abría y cerraba el puño para relajar los músculos de la mano con la que le propinaba el castigo.

Los largos y huesudos dedos, manchados de sangre, parecían rígidos.

—Eres resistente, Pocaterra. —Su comentario desconcertó a David, pero lo ayudó a comprender la situación. El sujeto había pronunciado el apellido de Gonzalo—. Eso es bueno para los tipos como tú. —Se acercó a él y ubicó su rostro a pocos centímetros—. Así te coges por más tiempo a las yeguas que te llevas a la cama. ¿Cierto? Me han dicho que son unas pura sangre —completó y se giró hacia Jimena para repasarla de pies a cabeza con lujuria—. Uhm, creo que le daré una probadita.

Capítulo 40. Salvadores repentinos.

Cuando el atacante regresó su atención hacia David, se topó con un rostro golpeado, pero endurecido por la cólera.

Los ojos cafés del joven estaban encendidos por la ira y desprendían tantas amenazas que por un instante el sujeto se mostró contrariado.

—Atrévete a tocarle un solo cabello y te juro que te arrancaré la piel —masculló David con esfuerzo, aunque aplicando una dosis perfecta de intimidación que obligó al hombre a retroceder un paso.

—Mira cómo se pone con esta yegua en particular —se mofó, lo que arrancó risas despreciables en sus compañeros. Volvió a dirigir su atención hacia Jimena, esta vez con más interés y mientras asentía con la cabeza—. Creo que hoy nos ganaremos una buena comisión —expresó y regresó su mirada burlona hacia David, que no dejaba de observarlo con claras advertencias.

—¿Buscan dinero? Puedo conseguirles todo el que quieran.

—Sí, eso supongo —se burló el hombre—. Aunque eso hará menos emocionante este encuentro, ¿no lo crees, Pocaterra?

El cincuentón se incorporó para continuar con su castigo, pero la irrupción de dos sujetos en el callejón, quienes aparecieron armados con palos y corrían hacia ellos emitiendo gritos de guerra, lo obligó a olvidarse de su víctima y escapar.

David aprovechó la distracción para golpear al gorila en el rostro con la cabeza, logrando que lo soltara. Dio una rápida ojeada hacia Jimena y percibió que ella también se había librado de su captor con ayuda de uno de los sujetos que se acercó para auxiliarlos.

Luego se encaró con el gorila, que sufría por su nariz lastimada, dispuesto a vengarse por la paliza recibida.

El escándalo que armaron en el callejón provocó que los vecinos salieran de sus casas para saber qué sucedía. En segundos comenzaron a escucharse las sirenas de la policía, lo que motivó a los atacantes a huir en dirección a las montañas.

Jimena apenas tuvo tiempo para dominar las intensas emociones que le nublaron el entendimiento, y al ver la escena, descubrió a Goyo con el palo que tenía como arma en alto. Gritaba con ojos enloquecidos hacia el lugar por donde habían desaparecido los sujetos.

Emmanuel se retorció de dolor en el piso de la calle, sostenía su brazo sangrante y era socorrido por unos vecinos.

El corazón casi se le sale del pecho al ver a David caminar con esfuerzo hacia ella. Se levantó enseguida del suelo y corrió hacia él para envolverlo en un tembloroso abrazo con las

lágrimas desbordadas en su rostro. Al escuchar su quejido de dolor, ella se apartó y comenzó a evaluar su estado con nerviosismo.

—¡Dios mío, estás herido! —sollozó con la voz entrecortada por el temor.

—Estoy bien, ¿te hicieron daño? —alegó él y realizó sobre la chica la misma indagación. Buscaba heridas o hematomas. Solo halló un pequeño punto de sangre en el cuello.

Encerró el rostro de Jimena entre las manos y le acarició las frías mejillas.

—Perdóname, te juro que no volveré a ponerte en esta situación.

—No fue tu culpa —gimoteó ella y cerró los ojos al sentir que él apoyaba la frente en la suya para intentar recuperar la cadencia de su respiración.

—¡Señorita Jimena! ¡Señorita Jimena! ¡¿Está bien?! —preguntó con ansiedad Goyo y se acercó a ellos aún con el palo en alto y el rostro enrojecido y sudoroso.

—Ella está bien, ya puede bajar eso —le ordenó David con serenidad para tranquilizarlo y posó una mano sobre su hombro.

El hombre se mostró desconcertado por un momento, respiraba con agitación. Poco a poco se fue sosegando y dejó caer el palo al suelo.

—Oh no, ¡Emmanuel! —expresó alterado—. Malena va a matarme —gruñó antes de correr hacia el chico, que era atendido por vecinos del lugar.

Las patrullas de la policía local cerraron el callejón y comenzaron a interrogar a los presentes y evaluar el estado de las víctimas.

David se apoyó en la carrocería de su auto mientras rendía declaraciones y era atendido por paramédicos, sin apartarse ni un segundo de Jimena, que ya había calmado a su desequilibrado organismo y colaboraba con la investigación.

A Emmanuel lograron trasladarlo junto a Goyo al centro asistencial de la región para curar la herida de su brazo. Con lentitud el ritmo de vida del pueblo recobraba su normalidad, justo cuando una ligera lluvia comenzaba a caer sobre sus cabezas.

Cuando David vio que Gonzalo llegaba al lugar de los hechos, tomó a Jimena por la cintura y la acercó a él.

—Regresa a tu casa con uno de los oficiales —le pidió en voz baja y dulce mientras acariciaba sus cabellos.

Aunque ella parecía más tranquila, él podía divisar la angustia reflejada en su mirada.

—No voy a dejarte solo —indicó la joven.

Sabía que al terminar de rendir su declaración, David debía dirigirse al centro de salud para ser evaluado por un especialista.

—Estoy bien, solo tengo algunas magulladuras. —Sus palabras no convencieron a la chica —. Jimena, necesito hablar en privado con mi amigo —reveló en susurros para que ningún otro lo escuchara y señaló a Gonzalo con la cabeza—. Creo que fue por él que nos atacaron.

Jimena se giró por un instante hacia el recién llegado, que ya se encontraba junto a ellos y los observaba con evidente inquietud.

—¿Por qué no dijiste la verdad a la policía?

Ella recordó que David no había confesado a los oficiales el hecho de que los atacantes lo llamaron Pocaterra.

—Porque necesito hablar primero con él. Confía en mí.

La mujer no comprendía las razones del silencio de David, pero prefirió seguirle la corriente. Ante la policía, ambos alegaron que el asalto había sido con intención de robarle el auto a David, pero parecía comprender la situación.

Aquellos hombres habían estado allí por Gonzalo, no por David. Por alguna razón se confundieron y él lo permitió en solidaridad con su amigo.

Regresó su atención hacia él e hizo notar que, aunque aceptaba su propuesta, no estaba muy de acuerdo con esa solicitud.

—Te prometo que te llamaré al salir del ambulatorio —aseguró David y le acarició una de las mejillas—. Recuerda que tienes una conversación pendiente con Tomás Reyes.

Aquello incomodó a Jimena, y también a él. Había utilizado esa excusa para obligarla a marcharse, ya que necesitaba aclarar lo ocurrido con Gonzalo en privado antes de que una situación similar pudiera repetirse, siendo realmente trágica.

Aunque no podía evitar que le molestara el hecho de dejarla sola enfrentando el problema con Tomás.

Un solo encuentro con la parte amarga de ese hombre le había servido para conocer el nivel de ira que poseía. Le preocupaba que Jimena quedara a merced de un tipo como ese.

Ella asintió con la cabeza, irritada por no poder rebatir sus indicaciones. David pidió a los oficiales que la llevaran a su casa, así él podía dirigirse hacia el centro de salud.

Uno de ellos se ofreció a acompañarla y le indicó a Jimena la ubicación de su patrulla.

Ella compartió una mirada ansiosa con él y retrocedió para seguir al oficial, pero David la retuvo al tomarla por un brazo y la atrajo de nuevo hacia sí.

—Acabemos hoy mismo con el problema de Tomás, por favor —pidió con aspereza.

Jimena asintió y le acarició con delicadeza la mandíbula sin tocarle las heridas. Se puso de puntillas y besó con suavidad sus labios hinchados y partidos antes de alejarse en dirección al oficial.

David la siguió con la mirada mientras ella se introducía en el vehículo policial y desaparecían por la calle.

Al perderla de vista él endureció el rostro y clavó una mirada sanguinaria en Gonzalo, quien se hacía el desentendido observando el alboroto de oficiales y vecinos que corrían para abandonar el callejón al aumentar la intensidad de la lluvia.

Capítulo 41. Límites.

Después de haber sido evaluado por un médico, diagnosticándole solo heridas menores, David salió del centro de salud acompañado por su amigo Gonzalo.

Él comprendía que había tenido suerte de que el castigador hubiera sido el cincuentón y no el gorila. De haber sido al revés, quizás en ese momento estuvieran trasladándolo en helicóptero hacia Caracas para ser atendido en un hospital.

El humor lo tenía perdido. Minutos antes Jimena le había comunicado que Tomás Reyes no se hallaba en las cercanías del pueblo, por tanto, la conversación con él no se llevaría a cabo hasta que regresara de su viaje.

Por otro lado, en uno de los terrenos que trabajaba se habían presentado ciertos inconvenientes que requerían de su presencia. Estaba tan agotado física y mentalmente que actuaba casi por inercia.

Al salir a la calle, una brisa fría lo recibió. La lluvia se había detenido, pero aún podían divisarse nubes grises en el cielo y se escuchaban lejanos truenos que auguraban una pronta tormenta.

—Hablaré con mi padre para comunicarle la novedad, así podrá gestionar la compra de materiales y resolver...

David interrumpió a su amigo. Se detuvo frente a él y posó una mano sobre su teléfono móvil para impedir que realizara la llamada, al tiempo que lo fulminaba con una mirada severa.

—¿Crees que el problema en el trabajo es ahora lo más importante? —Gonzalo lo observó con inquietud—. No sabemos si la intención de esos hombres era asesinarme para luego lastimar a Jimena, ni estamos seguros si harán hasta lo imposible por esquivar la vigilancia de la policía para volver. Lo que necesito, es que te ocupes ya mismo de ese asunto —dictaminó con irritación antes de darle la espalda y continuar su camino hacia su vehículo.

—¿Yo...?

Gonzalo por un instante quedó inmóvil, sin palabras, pero enseguida corrió tras su amigo.

—David, te juro que me encargaré de eso. Intentaré...

—¿Qué intentarás? —volvió a interrumpirlo. Se paró de forma repentina y se giró hacia él—. ¿Hablaras con el marido de la mujer con la que te has acostado? ¿Acaso sabes quién mandó a darte una golpiza?

Gonzalo se mostraba tan desconcertado que David bufó con furor.

—¿Con quién demonios te enredaste? —le preguntó.

Gonzalo se lo pensó un momento.

—¿Antes de tu llegada o después?

David apretó los puños y la mandíbula con ira para luego continuar hacia su auto, era imposible que su amigo percibiera la seriedad del asunto. Gonzalo se apresuró a alcanzarlo y se interpuso en su camino para obligarlo a detenerse.

—Escucha, me ocuparé de eso, por favor créeme.

—¿Cuándo? ¿Ahora o después de que me hagan picadillo? Recuerda que esos sujetos por alguna extraña razón me confundieron contigo y si regresan a quien buscarán será a mí. —David se acercó a él con amenaza y colocó cerca de su rostro un dedo acusador—. No me importa lo que me hagan, pero llegan a hacerle daño a Jimena y te juro que seré yo quien cumpla con su trabajo.

Gonzalo se mantuvo firme mientras David lo desafiaba, luego se llenó los pulmones de aire para intervenir.

—Ya mismo me pondré a investigar quien ha sido y lo detendré. Buscaré las formas de evitar que vuelvan a aparecer.

—Maldita sea, ¡eres un idiota! —se quejó David y se alejó de su amigo para dirigir su atención hacia las montañas e intentar calmar su rabia—. Cientos de veces te he advertido que cuides con quién te enredas. ¿Te gustan las mujeres? ¡Perfecto! Pero comprende que hay algunas que es mejor mantenerlas lejos.

—Lo sé, lo sé, es solo... ¡A veces es difícil!

—¡¿Difícil?! ¡Imbécil! No sé cómo aún sigues con vida, no es la primera vez que ocurre. No respetas nada ni a nadie. Te importa muy poco si la mujer que te llevas a la cama es la esposa de un político, de un asesino en serie o la mujer del que dices, es tú mejor amigo —rugió con arrebató.

Gonzalo arqueó las cejas, contrariado.

—¿Son ideas mías o acabas de sacar a colación a Amanda Dietrich?

David suspiró con agobio.

—¿Crees que no he sabido sobre la relación que tú y ella mantienen desde hace muchos años?

Gonzalo lo observó pasmado.

—¿Por qué no has dicho nada?

—¡Porque nunca me importó! —espetó David y pasó junto a su amigo para terminar de llegar al auto, pero Gonzalo lo retuvo por un brazo.

—¿No te importa? ¿Ella solo es una aventura para ti?

—Yo soy una aventura para ella —aclaró David—. Alguien que podía concederle más estatus social y la aceptación de su familia, pero a quien jamás quiso respetar como a su único amor.

—¿Qué dices? ¡Ella te ama!

—¿Lo hace? Entonces, ¿por qué estuvo con otros mientras manteníamos una supuesta relación? Tengo entendido que cuando estuve en Londres, tú no fuiste el único con quien ella estuvo, ni tampoco antes. Lo sabes. Aunque esté lejos, los chismes me llegan igual.

Gonzalo lo observó con incredulidad por un instante, sorprendido por toda la información que David manejaba.

—No puedes culparla, es una mujer hermosa que merece ser amada. Le gusta que la mimen y tú siempre has vivido con la cabeza en otro mundo, sin considerarla.

—Ella tampoco puede culparme a mí por no importarme lo que hace. Yo he tenido mis propios problemas y eso a Amanda jamás le ha importado, solo me exige que deje de hacer lo que hago para que finalmente cumpla con ella. He intentado asumir al pie de la letra con el papel que me concedió en su vida, así que no tiene nada que reprocharme ni exigirme.

David intentó continuar con su camino, pero su amigo volvió a detenerlo. Esa actitud comenzaba a impacientarlo.

—Es decir, que te da igual si sigo con ella o no.

David bufó y sonrió con poco ánimo.

—¿Qué demonios haces? Amanda y Sabrina son muy cercanas.

—¿Y? Ninguna de las dos se ha quejado hasta ahora.

—¿Sabrina lo sabe? —indagó impactado.

—No sé, pero no es una tonta —agregó y alzó los hombros con indiferencia.

David negó con la cabeza.

—Es divertido estar con mujeres, no te lo niego, pero cuando el asunto amenaza con hacerte un daño irreparable creo que es necesario detenerse. ¿No crees?

—¿Qué daño puede hacerme alguna de ellas? —pronunció el hombre con arrogancia.

—Abandonarte —concluyó David con severidad, antes de liberarse de su agarre y apresurarse a llegar a su vehículo.

—¡No son las únicas mujeres que hay en el planeta! —vociferó Gonzalo con rencor y le dio la espalda para dirigirse a su propio auto.

David sonrió mientras ponía en marcha el motor, sabía que había dado en el clavo.

Gonzalo era incontrolable en lo que a mujeres se refería, pero había algo que odiaba más que a nada en el mundo: la soledad.

Por eso siempre volvía a Sabrina y se mantenía unido a ella. Esa mujer lo amaba por sobre todas las cosas y perdonaba constantemente sus debilidades.

Sin embargo, todo tenía un límite, y en algún momento Gonzalo llegaría al de Sabrina.

Capítulo 42. Amargas noticias.

—¡Hasta son *trending topic* en Twitter! —se burló Marcos, el amigo de Jimena, a través del teléfono móvil. Su comentario vino acompañado de una carcajada sonora. A ella se le esfumaron los colores del rostro y bajó la cabeza hacia el suelo completamente avergonzada—. No lo puedo creer Jimena Luna, jamás hubiera imaginado que algún día serías el centro de atención nacional.

—¡Cállate! No es gracioso —se quejó ella y tomó la palita con la que removía la tierra.

La sostenía como si fuera un puñal, para luego dar golpes en el interior de una jardinera como si se tratara de alguno de los periodistas que hizo correr la noticia del intento de robo.

La historia del ataque al reconocido ingeniero David León, ahijado del empresario Leonel Acosta, se convirtió en segundos en un asunto de provecho para la prensa nacional.

La Colonia Tovar se llenó de reporteros que ansiaban conocer los detalles del hecho. A su puerta tocaron en infinidad de ocasiones en busca de una entrevista.

Malena se autoproclamó la encargada de echarlos a todos, le fascinaba ese trabajo, mientras ella se ocultaba en el jardín trasero e intentaba plantar semillas de perejil. Necesitaba concentrarse en una actividad que le impidiera enloquecer.

—¡Oh, vamos! El hecho de que tú, una de las mujeres más antisociales del planeta, sea anunciada en el noticiero del mediodía y se convierta en tendencia en las redes sociales, da mucha risa.

—Lo hará en ti, en mí no produce el mismo efecto.

—¿Pero qué estás haciendo en ese pueblo? Creía que solo ibas a buscar unos documentos para entregárselos a tu padre y no a tener un romance oculto con un ingeniero ricachón. Te estás pareciendo mucho a tu hermana.

—¡No...!

Jimena cerró la boca al darse cuenta de la realidad. Estuvo a punto de rebatir las palabras de su amigo, pero debía reconocer que lo que él afirmaba era cierto. Se comportaba como una inconsciente manteniendo aventuras clandestinas que además de emociones fuertes, le traían problemas.

Soltó con frustración la palita en el suelo y se sentó en la tierra con las rodillas en alto para rodearlas con uno de sus brazos. No quería pensar en David como una simple aventura, él era más que eso.

—Marcos, la situación se me fue de las manos, ya no sé qué hacer.

Del otro lado de la línea se escuchó un profundo suspiro. El hombre estaba al tanto de los conflictos que enfrentaba su amiga, hablaban casi a diario por teléfono e intentaba asesorarla lo

mejor que podía. Pero incluso, para él, los hechos superaban cualquier expectativa.

—Conoces mi postura, si yo fuera tú ya habría mandado a la mierda a tu padre y a Tomás Reyes. No me parece justo que te sacrifiques por ninguno de ellos, creo que eso no es lo que tu madre hubiera querido.

—¿Mi madre? —preguntó ella con los ojos anegados en lágrimas y con un profundo pesar en su corazón.

—Estás haciendo todo esto por ella, porque consideras que cumplir su sueño de vivir en esa propiedad y hacerla productiva te permitirá estar más cerca de su recuerdo. Sé que te hizo mucha falta y aún la anhelas, pero eso no te la regresará, Jimena.

Las palabras de su amigo calaron hondo en la chica. Una lágrima escapó de sus ojos mientras mantenía la mirada fija en las hermosas rosas amarillas de un rosal cercano.

—Me atrevo a afirmar que Adelaida lo que quería era que contaras con un sitio seguro donde pudieras llegar cuando tu padre te echara a la calle. Ella mejor que nadie conocía a Rodrigo Luna, pero si Tomás la amaba tanto como me has contado, creo que no será necesario que obtengas la titularidad de la casa para hacer cumplir el sueño de la mujer. Él nunca te cerrará las puertas de ese lugar.

Ella suspiró, asimilaba las conclusiones a las que había llegado su amigo. Podía jurar que Tomás sí amó con intensidad a su madre, pero no se aventuraba a discernir cómo serían sus acciones. La tribulación que marcaba el alma de ese hombre lo hacía inestable.

—¿Le entregaste al rector de la universidad mi carta? —preguntó para cambiar el tema.

No tenía ánimos para seguir hurgando en aquella situación. Además, el tema de su nuevo empleo también era de importancia.

Para garantizar que aún contara con el trabajo de suplencia, Jimena había redactado un oficio donde explicaba al director del recinto las complicadas circunstancias que atravesaba.

Esperaba que le concedieran más tiempo para presentarse. Su amigo fue el encargado de hacérsela llegar.

—Está interesado en tu colaboración, esperará, pero recuerda que dentro de poco comenzarán las clases y él tiene que contar con un plan B.

Jimena suspiró. Le dolería perder esa oportunidad, era un trabajo cómodo y tranquilo, que podría servirle de distracción en ese momento de su vida cuando todo le parecía inconsistente y con urgencia debía ocuparse en organizarse.

Marcos había sido quien la ayudó a obtener esa suplencia, eran amigos desde que iniciaron los estudios universitarios.

Él la acompañó durante muchos de los sinsabores que ella tuvo que atravesar con su familia y Jimena estuvo a su lado cuando las tragedias agobiaron al hombre: desde la muerte de su padre, pasando por la condena de su hermano mayor (declarado culpable por robo e

intimidación a uno de sus vecinos), hasta la dura enfermedad de su madre, atacada desde hacía muchos años por la Leucemia.

Las penas y las angustias compartidas los había unido más que cualquier otro lazo, aunque nunca llegó a existir entre ellos otro sentimiento diferente a la hermandad.

—Además, si los problemas en la Colonia Tovar se alargan, eres consciente de que no solo cuentas con ese ofrecimiento —le aseguró Marcos—. El ingeniero Calderón aún se muestra interesado en que trabajes para su empresa en la capital, hace unos días me lo encontré y no hacía otra cosa que preguntar por ti. Incluso, tienes la posibilidad de irte del país. Conversé días atrás con Santiago D’Acosta por el Facebook, el abogado mercantilista que te presenté el día del acto de graduación, y aún mantiene en pie la propuesta de trabajo para ambos en Florida. Sabes que yo no puedo ir por la delicada salud de mi madre, prefiero estar cerca por si se presenta una emergencia, pero tú no deberías perder esa oportunidad. En tu condición, es mucho mejor esa oferta que el trabajo en la universidad.

Jimena sabía que su amigo tenía razón. Irse lejos sería la solución perfecta, contaba con algo de dinero y no temía aventurarse sola en otro país.

El problema residía en que no se sentía segura de querer marcharse. No mientras estuviera en esas tierras David León.

—Voy a dejarte para seguir con un trabajo que tengo aquí —esbozó, ansiosa por pasar un tiempo a solas con sus pensamientos.

—¿Cuál? ¿Patear el trasero de tu padre y el de Tomás Reyes?

Ella bufó con cansancio.

—No, sembrar perejil.

La carcajada sonora del hombre la contagió, no pudo evitarlo. Se despidió de su amigo y cortó la llamada, luego se arrodilló en el suelo para continuar removiendo la tierra de la jardinera con la palita y plantar luego las semillas.

Le había prometido a Malena ayudarla ese día con las faenas, era lo menos que podía hacer en agradecimiento. La mujer debía compartir su trabajo en la casa con el cuidado de Emmanuel, que descansaba en una de las habitaciones para invitados mientras se recuperaba de la herida, y echando a la calle a los reporteros que tocaban a su puerta en busca de una declaración sobre el intento de robo.

—Mi niña, tienes una visita —informó Malena parada bajo el marco de la puerta que dirigía a la cocina.

—¿Un reportero? —preguntó ella con nerviosismo.

—No, soy yo —intervino de forma repentina Dayana y pasó con arrogancia junto a Malena, quien no pudo hacer otra cosa que mirarla con enfado.

Le había indicado que esperara en la sala mientras la anunciaba, pero por lo visto, la joven

estaba acostumbrada a no seguir indicaciones de nadie.

—¿Dayana?

Jimena no podía disimular su desconcierto. Su hermana entró al patio con el mentón en alto y se sentó en el borde de un gran matero que albergaba helechos y diversos tipos de prímula.

—Primera vez en la vida que acaparas más atención que yo en la prensa, ¿cómo se siente? —consultó la mujer con sarcasmo y cierto rastro de envidia.

Cruzó una pierna sobre la otra y apoyó los brazos en su muslo, en una pose coqueta y elegante.

Jimena lanzó una mirada hacia Malena. Observó a la mujer negar con la cabeza con desaprobación antes de sumergirse en la cocina.

—Horrible —fue su única respuesta.

Dayana resopló con ironía.

—Eres peor de lo que imaginé —dijo con burla. Jimena la observó con las cejas arqueadas —. Sigo intrigada, ¿qué hiciste para despertar el interés de un hombre como David León? ¡No eres nadie! —espetó y la repasó de pies a cabeza con incredulidad.

Su atención se centró en el sucio delantal que Jimena llevaba puesto, así como en el pañuelo de lunares rojos que le cubría los cabellos.

—¿Viniste solo para molestarme? —inquirió ella con desagrado.

Dayana suspiró.

—No, a pedirte un favor —confesó sin mirarla a los ojos, distraía con la revisión de su manicura.

—¿Un favor?

Dayana afincó una mirada dura en ella antes de responderle.

—En realidad, son dos.

Jimena por un instante quedó sin palabras.

—Vaya, ¿tan mal estás que vienes a mí pidiendo favores? —agregó y retomó su trabajo en la jardinera.

—De alguna manera tienes que pagarme por todo lo que he hecho por ti —refutó la mujer y se puso de pie para acercarse a los rosales.

Jimena la observó con atención, pero prefirió cerrar la boca y no continuar aquella tonta discusión. Debatir con Dayana era una completa pérdida de tiempo.

—¿Qué quieres? —preguntó sin dejar de remover la tierra con la palita.

—Que hables con papá.

Jimena bufó.

—¿Para qué? Nunca atiende mis llamadas y cuando lo busco, me recibe con fastidio.

Dayana se detuvo junto a Jimena y se quedó en silencio. Ella tuvo que dejar su tarea y

levantar el rostro para mirar a su hermana. Divisó una expresión contrita que luchaba por hacerse notar a través de su rostro arrogante.

—Lucía está embarazada. De él. —La confesión inmovilizó a Jimena. Por un momento le costó recordar a la amiga de su hermana, quien el día anterior había estado con Dayana en el hotel Selva Negra—. Vino hasta la Colonia para decírselo.

Capítulo 43. Absurdas peticiones.

—¿Y lo hizo? —exclamó Jimena con rabia—. ¿Y qué esperan? ¿Qué yo se lo diga?

—Yo no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—¡Lucía es mi amiga!

—¡Exacto, tú eres la indicada! —alegó antes de continuar con movimientos bruscos su trabajo.

—No puedes hacerme esto. Papá me va a odiar y Tamara me echará la culpa.

En medio de un gruñido de frustración, Jimena lanzó dentro de la jardinera la palita y se levantó del suelo sacudiendo sus manos para eliminar la tierra que tenía pegada en ellas.

—Uno, papá es el único responsable de esto, no tiene derecho a odiar a nadie, somos nosotras las que podemos odiarlo a él por irresponsable —sentenció y enumeró con una mano mientras afincaba una mirada severa en la chica, que pugnaba por no dejar escapar el llanto—. Dos, Tamara no puede echarte a ti la culpa de ese engaño, los problemas de pareja solo incluyen a los dos implicados. Y tercero, este no es nuestro asunto, sino de Lucía y mi padre. Nosotras no tenemos que intervenir. Ellos son quienes deben conversar y llegar a un acuerdo que beneficie al niño.

Dayana se mantuvo muda por un instante. Los ojos le brillaban por las lágrimas reprimidas.

—Los padres de Lucía quieren que aborte, está asustada, no puede encarar sola el problema.

Jimena respiró muy hondo y apoyó las manos en su cintura antes de responder.

—Es mayor de edad, ella es quien tiene potestad sobre su cuerpo y sobre la vida de ese niño.

—¡Depende económicamente de ellos, en un cien por ciento!

—¡Trabaja! ¡Es modelo!

—¿Crees que eso cubre todos sus gastos?! Imagina cómo será cuando tenga al niño, ¡no podrá sola!

Jimena se sintió derrotada y desvió su atención hacia los rosales para hallar entre ellos alguna razón a su absurda existencia.

—Solo te pido que hables con papá —rogó Dayana—. Convéncelo de que se haga cargo del niño. Lucía no busca otra cosa. Ella está dispuesta a tenerlo sola y no exigirle nada más, solo ayuda económica.

La furia estaba a punto de dominar a Jimena. Se esforzó por controlarla y no permitir que

aquello la superara.

Esa situación comenzaba a volverse normal en la sociedad: parejas que iniciaban una relación aún sabiendo que era prohibida, pero igual se dejaban guiar por sus instintos solo por placer, para finalmente, cuando llegaran los hijos, decidir sobre la vida de ellos sin tomar en cuenta sus derechos.

El niño de Lucía merecía un padre, ser reconocido y aceptado en el mundo, no vivir oculto y apartado por culpa de un error que no había cometido y conformarse con el dinero mensual que le harían llegar.

—¿Y si no acepta? —La pregunta de Jimena ensombreció aún más el rostro de Dayana—. Estamos en este pueblo porque papá tiene un apuro económico, a mí me dejó abandonada en la calle porque ya no puede mantenerme, ¿crees que aceptará hacerse cargo de un nuevo hijo?

—Solo inténtalo —suplicó la otra con aflicción—. Si no lo hace, Lucía deberá aceptar la imposición de sus padres. ¿Quieres que ese niño muera? ¡Es nuestro hermano!

Jimena cerró los ojos un instante para luego dirigir su atención hacia el horizonte lejano que se abría frente a ella. Los rosales alineados bajaban por la ladera y se sumergían en el valle. El viento corría con libertad en aquel lugar, proveniente de las montañas siempre verdes coronadas por estelas de blanca neblina en sus cimas.

—El otro asunto es más personal.

Jimena aún no había digerido la noticia de su nuevo hermano cuando Dayana pensaba lanzarle otra.

Dirigió su mirada cansada hacia la chica, la vio cabizbaja y algo sonrojada. Eso la sorprendió. Dayana no era mujer de sentir vergüenza por nada.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría que... hablaras con David.

—¿Con David?

—Sí, para que interceda por mí ante... Gonzalo.

—¿Gonzalo? —repitió Jimena y alzó las cejas en un perfecto arco.

—Sí, Gonzalo Pocaterra, ¿lo conoces? El amigo de David.

Jimena asintió. Las imágenes de lo ocurrido esa mañana le vinieron a la mente.

—Claro que lo conozco.

—Yo quería... bueno... necesito, que David hable con él —expresó la chica con inseguridad, algo que impresionó aún más a Jimena. El comportamiento de su hermana no era habitual—. Verás, esta mañana tuvimos una conversación y él... terminó conmigo.

Los ojos de Jimena se abrieron en su máxima expresión.

—¿Terminó?

—Sí, él... se molestó por algo que yo dije y me reclamó...

Jimena detuvo la triste explicación de su hermana al alzar una mano con la palma dirigida hacia ella.

—¿Hablamos de Gonzalo Pocaterra, el novio de Sabrina Landaeta?

—¡No me juzgues, no tienes derecho! —exigió enseguida Dayana y levantó el mentón con arrogancia.

Jimena sabía que ella tenía razón, ¿qué derecho tenía de reclamarle a su hermana el haberse enredado con un hombre comprometido? Si ella había hecho lo mismo.

—¿Qué quieres? —preguntó resignada.

—Volver con él.

—¿Para qué? Si te dejó deberías apartarte de ese hombre.

—¡Lo amo!

Jimena puso los ojos en blanco. Cada vez se sentía más agotada.

—¿Qué futuro tienes con él? Hasta donde sé, él adora a su novia.

—No, ya no la quiere, está a punto de dejarla, solo... No ha encontrado el momento oportuno.

—¿Te dijo eso? —indagó Jimena con incredulidad.

Dayana se irguió.

—Eso no te importa, ya te dije que no tienes derecho a criticarme. David León está comprometido con Amanda, se casaran cuando él termine el trabajo en la Colonia Tovar.

La revelación se le clavó a Jimena en el corazón y le desgarró el órgano. Tragó grueso para evitar mostrarse afectada.

—¿Y quieres que David te ayude a que él te acepte de nuevo?

—Solo que lo convenza de que me dé una oportunidad. No atiende mis llamadas, fui a los terrenos y no quiso recibirme. No sé qué hice, pero quiero que me perdone y vuelva conmigo. Estoy dispuesta a esperar el tiempo que sea necesario para que termine con Sabrina y haga oficial nuestra relación.

—De verdad, ¿eso quieres?

—Lo amo. Ya te lo dije. Lucharé por lo que siento hasta el final si es necesario.

—Incluso, ¿desechando tu propia dignidad?

—¡Jamás perderé mi dignidad! ¿Por qué dices eso? ¿Eres tonta? —Jimena la observó ofendida. Dayana tuvo que respirar hondo para calmarse, si quedaban enfadadas por esa discusión, no lograría que su hermana intercediera por ella—. Escucha. Sé lo que hago, soy una Sartori —alegó con orgullo.

—Sí claro —mascó Jimena para sí misma y con reproche. Estaba cansada de ver que otros justificaban los errores que estaban por cometer solo por contar con el respaldo de un apellido de poder.

Se llenó los pulmones de aire antes de responderle y finalizar aquella asfixiante conversación. Su hermana jamás entendería su punto. Era una caprichosa consumada.

—Está bien, lo haré —prometió, más por terminar aquella irracional charla que por verdadero compromiso.

Dayana le regaló una amplia sonrisa, pero casi enseguida recobró su expresión altiva.

—Tienes una casa... bonita —agregó y señaló con indiferencia los rosales—. Habla hoy mismo con David y con mi padre, necesito resolver cuanto antes todos mis problemas, tengo otros asuntos qué atender —dijo con su habitual frialdad.

Se despidió de su hermana y se introdujo en la casa para marcharse, sin agregar nada más.

Jimena la siguió con mirada agotada para luego centrarse en las montañas al quedar sola. Tenía el pecho presionado por una colisión de emociones que pugnaban por hacerse visibles.

Se sentó sobre un segundo matero, que albergaba hortensias azules y rosadas, decepcionada con la actual sociedad. La falta de amor se hacía evidente en cada uno de los niveles de la vida.

No solo había desaparecido el amor al prójimo, sino también, el amor propio. Nadie parecía sentir respeto por sí mismo.

A su alrededor tenía decenas de pruebas de que el amor era un fenómeno extraño y poco conocido.

Las personas se empeñaban en buscar a toda costa alcanzar sus intereses, sin importarles a quién se llevaran por delante. Las uniones y desuniones dependían de las necesidades del momento, y los hijos solo eran herramientas para atar o desatar, así como la dignidad personal.

Las familias se iniciaban por conveniencia y no por amor, y cuando esta cambiaba, entonces se disolvían, sin remordimientos ni dudas.

Lo que imperaba era el interés personal, no importaba si eso fuera un capricho o una necesidad desesperada por quitarse de encima un problema.

Lo peor es que ella estaba cayendo en ese tornado de egoísmo. Inició una relación con David a pesar de que él era un hombre comprometido, solo para conservar la paz que sentía al estar con él y satisfacer la potente atracción que experimentaba por el hombre.

Simpatía que pronto se transformó en algo más intenso, un sentimiento que la empujaba a pasar por encima de quien sea, solo por él.

Se enamoraba, sin importarle las consecuencias.

Pero además, estaba su firme decisión por recuperar las tierras que le dejó su madre, idea que la empujó a aceptar cualquier propuesta. ¿Qué más daba si eso la obligaba a sacrificar el amor que sentía por otro hombre?

Negó con la cabeza y bajó la mirada a la tierra. ¿Qué futuro alcanzaría si llevaba hasta el final aquella locura? ¿Repetiría los mismos errores de esa sociedad hipócrita que tanto odiaba?

David tenía razón. Si algún día llegaban a tener hijos, los estaría condenando a repetirse en ellos la amarga historia de sus vidas, llenas de separaciones y mentiras, anhelos nunca cumplidos y falta de cariño. No quería que eso sucediera de nuevo. Con ella debía morir esa maldición.

Un sobresalto la sacó de forma brusca de sus cavilaciones. La llegada repentina de Tomás Reyes, que golpeaba puertas y daba sonoras zancadas, la forzó a levantarse de su banco improvisado para encararlo.

El hombre se detuvo frente a ella, parecía un toro enfurecido por su postura amenazante de puños cerrados, rostro enrojecido de facciones tensas y mirada dura.

Era evidente que ya se había enterado de todo lo ocurrido esa mañana. Por tanto, a ella no le quedaba otra opción que soportar con la mayor dignidad posible su descarga.

Capítulo 44. Enfrentando los problemas.

Jimena se cruzó de brazos y alzó el mentón. A Tomás Reyes no se le podía encarar de otra forma, era tan intimidante que si no era tratado de la misma manera, enseguida reducía a su oponente a nada.

—¿Qué pretendes? —inició él con una voz potente que reflejaba la cólera que lo embargaba.

—No te comprendo.

—¡Me diste tu palabra! ¡Aceptaste casarte conmigo a cambio de la propiedad, ¿y ahora vas a cambiar de opinión?!

Jimena abrió la boca para emitir su punto de vista, pero Tomás la interrumpió al acercarse a ella con amenaza.

Su actitud desafiante alteró sus nervios y le recordó el daño que le había hecho el día en que conversaron en el taller de carpintería.

—¿Crees que no te vi anoche escapar de casa para marcharte con el ingeniero? —La acusación sobresaltó a la joven—. No soy un idiota con el que puedes jugar.

—No juego contigo —aseguró ella, e hizo un esfuerzo para no amedrentarse por la furia que mostraba el hombre.

—¿No? Entonces, ¿cuál es tu plan? ¿Te casarás conmigo y pasarás la noche de bodas con David León? —La dureza de esas palabras la doblegaron. La vergüenza comenzó a reflejarse en sus facciones—. ¡¿Crees que estoy dispuesto a compartir?! ¡No volveré a estar con una mujer mientras ella mantenga una relación con otro hombre! —espetó y acercó aún más su cuerpo al de la chica. La arropaba con su ira—. La relación con ese sujeto la terminas ya o te olvidas por completo de la propiedad —sentenció y clavó una mirada letal en ella.

Jimena, aunque parecía turbada, no se movió ni un centímetro, pero le era imposible hablar. La mirada violenta de Tomás le ahogó las palabras.

—¡Por tu culpa Emmanuel está herido! —reprochó el hombre.

Su postura rígida evidenciaba el esfuerzo sobre humano que hacía para controlar la rabia que le recorría las venas.

—No fue por mi culpa. Lo que ocurrió esta mañana es...

—¡Si no hubieras salido de casa nada de esto habría ocurrido! —Ella apretó la mandíbula sin poder rebatir sus palabras. En referencia a ese tema, Tomás tenía razón—. La prensa está fastidiada de la situación política del país, un chisme como el que le regalaste hoy los atraerá como abejas a la miel. Imagina lo que harán si se enteran de que la mujer con la que fue sorprendido el prominente ingeniero David León, va a casarse con un simple agricultor de la

zona. —La sugerencia de Tomás, realizada con un tono de sarcasmo, congeló la sangre de Jimena—. Te buscarán sin descanso y expondrán tu vida al escrutinio nacional sin importarle las heridas que eso pueda generarte, ni siquiera, al tipo ese —destacó con rencor—. Seguirás haciéndole daño a mucha gente, porque inevitablemente yo y las personas que están unidas a David León, también se verán implicadas.

En esa oportunidad Jimena retrocedió un paso. La realidad que Tomás señalaba la inquietó y la ayudó a comprender la gravedad del error que había cometido.

—No me casaré contigo —expresó casi en susurros y con la mirada empañada por lágrimas.

Las órbitas de los ojos de Tomás se ampliaron con alarma.

—¿Qué dices? —inquirió con forzada calma.

—No me casaré, no puedo hacerlo.

Ahora fue Tomás quien retrocedió un paso. Se mostraba impactado.

—No te negarás ahora —le advirtió.

—Sí, lo haré —declaró Jimena, y utilizó una voz más firme—. No quiero las tierras, te las cedo. De todas formas tú eres el dueño original, te pertenecen por derecho.

El rostro de Tomás comenzó a obtener una coloración rojiza que preocupó a Jimena.

—No lo harás. Te casarás conmigo lo quieras o no.

Ella arrugó el entrecejo.

—No puedes obligarme. No lo haré —afirmó con seguridad—. Mi mamá por desesperación luchó para dejarme estas tierras, porque pensaba que yo quedaría en la calle antes de contar con los medios para cuidarme por mí misma. Pero no sucedió así, puedo trabajar para obtener lo que necesito.

La mirada de Tomás se fue transformando a medida que la chica hablaba. Los que sus ojos desprendían ahora no era furia, sino una creciente desesperación.

—No te negarás —acentuó con los puños cerrados y el cuerpo tenso—. Te casarás conmigo. No impedirás que cumpla con mi promesa.

—Tomás, existen maneras...

—¡Le fallé una vez a tu madre! —gritó con furia—. ¡Por mi culpa Adelaida murió antes de ver cumplido su sueño!

La chica comenzó a sentir angustia por el estado de Tomás. La desesperación parecía convertirse en una enloquecida ansiedad.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Le fallé! ¡Y no pienso hacerlo de nuevo!

—Tomás, escucha...

—¡NO!

Jimena quedó petrificada por la actitud del hombre.

—¡Dejé que muriera en mis brazos! ¡No pude hacer nada! —exclamó con profundo dolor — ¡Se fue insatisfecha por no lograr su objetivo! ¡Tú no harás que falle de nuevo!

Jimena retrocedió. Tomás cada vez se mostraba más descontrolado, debía detenerlo antes de que perdiera la noción de sí.

—Tomás, mi madre pensaba que Rodrigo se libraría de mí mientras era una niña y me dejaría desprotegida, por eso luchó para dejarme algo. Si ella hubiese sabido que eso no pasaría no habría forzado las cosas...

—¡ELLA NO FORZÓ NADA! —vociferó el hombre al borde de su paciencia—. ¡Yo le ofrecí la propiedad para ti, planificamos juntos cómo se la quitaríamos a Filippo, la ayudé a que la obtuviera y le juré que pelearía hasta mi muerte por asegurarme que fuera tuya!

Jimena se llevó ambas manos a la cabeza, superada por aquella confesión.

—Te casarás conmigo, Jimena Luna —dictaminó y la señaló con un dedo—. Y te olvidarás de David León, si no lo haces, seré capaz de asesinarlo para quitarlo del medio —advirtió, antes de darse media vuelta y regresar con pasos firmes y apresurados a la casa.

El miedo cinceló a Jimena en aquel lugar. Quedó inmóvil, con la mirada fija en la puerta cerrada por la que había desaparecido Tomás y con la mente sumergida en un huracán de confusión y angustias.

Pudo notar que el problema de ese hombre era más grave de lo que imaginaba, e incluso, peligroso. Algo tenía que hacer para detenerlo.

Malena salió de la cocina y se acercó a ella para abrazarla y consolarla.

—¿Mi madre le jugó sucio a Filippo en beneficio de Tomás? —preguntó impactada por lo que había escuchado minutos antes.

—No juzgues a tu madre, mi niña. Quizás, haya algo de razón en eso, pero no maldad. Además, el señor no está bien, exagera todo cuando la rabia lo invade. Tenga paciencia.

—¿Paciencia? ¿No has visto como me trata?

—Él está asustado, mi niña. Rodrigo Luna lo acorrala y comienza a desesperarlo. No podemos hacer que su padre enloquezca más al señor Tomás. Debemos cuidar de él.

Jimena sintió rabia. Allí todos se preocupaban por Tomás, pero nadie pensaba en ella, en su salud mental y emocional.

Sus nervios comenzaban a amellarse por culpa de las situaciones confusas y problemáticas que sucedían allí y la hacían sentirse en peligro y fuera de lugar.

De esa forma le constaba concentrarse y encontrar soluciones para superar todas las adversidades.

Capítulo 45. Planes.

—No tienes buena cara —se burló Elías Hamed al entrar en la cervecería donde se había citado con David al final de la tarde. Lo encontró sentado en la barra—. ¿No es un poco temprano para beber? Ni siquiera has cenado —indicó con una sonrisa y señaló la botella de cerveza que acompañaba a su amigo.

—¿No es un poco temprano para los regaños, mamá? —rebatía el aludido mientras Elías ocupaba la banqueta ubicada a su lado y pedía al encargado una cerveza.

—Tienes un lindo color en las mejillas, hijito mío —lo fastidió y rió por lo bajo.

David negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír también. En su cara tenía un par de marcas de los golpes recibidos esa mañana. La mayoría de los impactos le habían sido propinados en las costillas y en el estómago, produciéndole algo de dolor cuando se erguía.

—Hoy estás muy gracioso.

—Práctico todas las noches antes de acostarme. Perfecciono mi talento.

Ambos estallaron en risas, lo que aplacó el ambiente hostil en el que David estaba sumergido desde que había sido atacado. Pero el dolor abdominal lo obligó a calmarse y sobarse el estómago.

Elías, por solidaridad, dejó de lado los malos chistes y se ocupó de cosas más importantes.

—¿Hablaste con el asistente del Alcalde? —preguntó, para luego darle un trago a la bebida que habían puesto frente a él.

—Sí, esta tarde nos reunimos, gracias por ayudarme con eso. Él me asegura que la venta de los terrenos es legal, tienen cómo demostrarlo, y nos ayudarán a reparar el muro dañado.

Una de las tantas parcelas que David atendía había sido invadida por un grupo de campesinos de la zona, quienes aseguraban tener derecho sobre parte de los terrenos, ya que en una oportunidad se los habían cedido en comodato para cosecharlos.

Por falta de recursos no habían logrado atenderlos durante años y se enfurecieron al ver que se los habían cedido a otra persona y una empresa los cercaba con muros de bloques para construir dentro de ellos invernaderos donde sembrarían fresas.

Hicieron diversos reclamos, pero al no obtener respuestas, derrumbaron más de diez metros de muro para hacerse oír. David tuvo que mover muchos contactos que lo ayudaran a demostrar que aquellas tierras le pertenecían a Leonel Acosta y reiniciar así el trabajo.

—¿No le avisaron a los campesinos que habían vendido esas tierras? —preguntó Elías por curiosidad.

—Dicen que sí, e incluso, que el tiempo del comodato que acordaron con ellos se había vencido mucho antes de la negociación. Pero eso no es lo que me interesa, ese es un problema de

ellos, lo único que quiero es que me dejen trabajar en paz —expresó y dio un trago a su cerveza.

Elías observó el perfil de su amigo por un instante. Notó su irritación.

—¿Es cierto que ayer estuviste en El Jarillo? —David asintió en silencio—. ¿Por qué no haces un par de vuelos en parapente? El flujo de adrenalina y el aire de montaña te harán bien.

—Nunca más subiré a un artefacto de esos —masculló con enojo, sin poder evitar que aplastantes recuerdos le invadieran la mente.

Era cierto que ese deporte le producía emociones únicas. El contacto que lograba con la naturaleza a miles de pies de altura era inigualable. Sentía que tenía el mundo a sus pies, dispuesto para él, sumiso a sus deseos.

Todo eso cambió aquel fatídico día en que la tragedia le cortó las alas casi de raíz.

Siempre se reprochó el hecho de no haber supuesto las intenciones de Mariano Lozada cuando llegó a la Colonia Tovar aquella madrugada de abril. Ese día se mostró más ansioso que de costumbre.

Los ojos claros de su amigo trasmitían tanta confusión que lo contagiaban, alteraban sus nervios y le producían una opresiva sensación de angustia.

Los movimientos del chico eran firmes y en ocasiones bruscos, y su hablar acelerado. A cada segundo manifestaba su afán por llegar a El Jarillo y «emprender el vuelo».

Al encontrarse ambos en el Despegadero, Mariano no apartaba su mirada del profundo valle. Durante la charla inicial estuvo desatento, pero aún así David no fue capaz de suponer nada.

Era habitual que su amigo fuera distraído, además, la emoción que a él lo embargaba cada vez que estaba a punto de volar en parapente solía bloquearle el entendimiento.

Mientras se preparaban para partir, Mariano reveló tanta alegría que una vez más embriagó a David con sus emociones. La adrenalina le fluía a ambos con celeridad por las venas y los llevaba a un estado de satisfacción tan grande que no creían posible que la tragedia pudiera estar a solo un paso de ellos.

David desconocía el debate interno que se producía en la cabeza de su amigo.

El dolor del rechazo, la vergüenza y el miedo a seguir viviendo entre sombras se enfrentaba con sanguinaria intensidad con el amor a sí mismo, a la vida y a los pocos amigos que había cosechado.

En el aire, por estar embelesado con la exuberante belleza de las montañas y concentrado en maniobrar el parapente, David no se percató del momento en el que Mariano sacó una filosa navaja del interior de su abrigo y comenzó a cortar una a una las cuerdas del arnés que lo ataban a la silla del pasajero.

Advirtió lo que ocurría cuando el movimiento comenzó a afectar el equilibrio del aparato, pero ya era demasiado tarde. Tuvo que afanarse en controlar al parapente antes de que los fuertes

vientos lo desequilibraran y lo lanzaran con furia sobre las montañas.

—¡Mariano, ¿qué haces?! —le gritó con desespero.

—¡Hoy será un gran día, amigo mío! ¡Un gran día! —respondió el chico, haciendo uso de una voz enloquecida y ansiosa y sin dejar de ocuparse en cortar con apremio las cuerdas.

—¡Deja eso! ¡Vas a matarnos! —vociferó para hacerlo entrar en razón.

—¡Voy a ser libre, David! ¡Libre! —exclamó antes de que su cuerpo comenzara a ser absorbido por la gravedad.

Las miradas de ambos se unieron, y por unos segundos David pudo apreciar una apacible satisfacción reflejada en las claras pupilas de su amigo, que instantáneamente se transformó en un angustiante terror.

A medida que caía, Mariano se daba cuenta de lo que había hecho y no pudo evitar que el miedo lo dominara.

—¡David, AYÚDAME! —fueron sus últimas palabras, seguidas por un alarido desgarrador que acabó al estrellarse el cuerpo contra la montaña.

David gritaba y lloraba con desilusión mientras luchaba contra el viento para no perder el control del parapente. Una parte de la tela del paracaídas se plegó y lo hizo entrar en un vuelo turbulento que lo llevó directo hacia el suelo.

Su rapidez de movimientos y gran conocimiento en el manejo del aparato lo ayudó a evitar una segunda desgracia, pero su amargo dolor no le permitió realizar un aterrizaje suave.

Cayó sobre la tierra inclinada perdiendo el equilibrio. Rodó y se enredó con las cuerdas y la tela del parapente hasta volverse un amasijo.

Al dejar de girar no tuvo fuerzas para levantarse y liberarse. Se quedó allí, con la frente rota y sangrante pegada al suelo. Gritaba su desesperación. Humedecía el suelo de la montaña con lágrimas de pena.

Varios minutos pasaron antes de que Gonzalo, Elías y otros amigos de David llegaran sobre motos y bicicletas de montaña para ayudarlo. Sin embargo, nada pudo sacarlo del estado de shock en el que vivió por algunos días.

La perturbadora idea de que justo en el último minuto su amigo se había arrepentido y le imploró ayuda, lo atormentaba. Él no pudo hacer nada para socorrerlo. Lo vio morir mientras luchaba por su propia vida.

—Espero logres algún día superar esa pérdida —mencionó Elías con el rostro bajo, pero enseguida se llenó los pulmones de aire para cambiar la conversación y sacar a su amigo del letargo en que lo habían sumido los recuerdos—. Mi interés por reunirme aquí contigo era para que me contaras sobre ese asunto del intento de robo de esta mañana. ¿Cómo es posible que intenten robarte el auto en el corazón del pueblo y a plena luz del día?

La pregunta de Elías se la hicieron muchas veces los oficiales. La Colonia Tovar era un

lugar pequeño, rodeado de inmensas montañas repletas de escondites donde realizar un delito fuese más sencillo.

—No fue por robo que me atacaron —reveló David en voz baja—. Esos sujetos habían sido contratados para ubicar a alguien y darle una lección.

Elías resopló.

—¿Por qué no dijiste la verdad?

—Porque es a Gonzalo a quien buscan y yo conozco a mi amigo mejor que nadie. Se asustará, negará todo y se marchará para esconderse dejándome con el problema. Por eso primero debía conversar con él.

—Eso te pone en peligro.

David dio un trago a su cerveza y asintió con lentitud.

—Lo sé, pero confío en que Gonzalo resolverá pronto esa situación. Si no lo hace, hablaré con la policía. Ese fue el acuerdo al que llegamos.

Elías emitió un suspiro sonoro.

—Estoy seguro que debe tratarse de un grupo de idiotas que jamás han pisado estas tierras —expuso el hombre y se giró al sentir que alguien lo tropezaba.

Se trataba de un campesino de la zona, ataviado con un grueso abrigo y con el rostro semioculto por una gorra deportiva, que no se molestó en disculparse. Se ubicó en una mesa cercana con cara de pocos amigos.

—No lo creo, aún no han dado con ellos. Si se atrevieron a atacar en el pueblo sabían muy bien cómo hacerlo, y sobre todo, cómo esconderse.

Elías observó a David con el ceño fruncido.

—Si es así, deberías llamar a Leonel Acosta para que te envíe protección.

—No —se apresuró a contestar—. Él no sabe nada de esto, así que te pido que no se lo cuentes a nadie.

—¿Por qué? Es peligroso...

—Leonel y mi madre se cuentan todo tipo de intimidaciones, ya hicieron un escándalo por el supuesto robo, no han parado de llamarme y hacerme exigencias, si se enteran que es un asunto peor querrán intervenir. No quiero a mi familia inmiscuida en este asunto —justificó, sin mencionar que además, no deseaba molestar a Leonel con sus problemas para no empeorar su estado de salud con preocupaciones.

—No sé, Leonel tiene mucho poder y puede protegerte. Sabes que él haría cualquier cosa por ti. Quizás debas marcharte...

—Elías —lo detuvo con una mirada inflexible—, no pienso volver a huir. Me quedaré aquí en la Colonia Tovar, terminaré el trabajo que he venido a hacer y luego, ya veré.

Elías no pudo emitir más argumentos, la postura decidida de David le cerró la boca. Lo que

no recordaba era que entre los motivos del joven para quedarse en ese lugar, además del trabajo, era una mujer.

David no pensaba dejarse intimidar por ese nuevo inconveniente y abandonar a Jimena mientras ella enfrentaba un problema que lo afectaba más que el acecho de esos delincuentes: el asunto de Tomás Reyes.

—Entonces, ¿qué harás?

—Por ahora, ocuparme del conflicto en la parcela. Estos días tendré que estar allí día y noche hasta asegurarme que el trabajo continúa.

—Al menos, dentro de esas tierras estarás seguro.

—Eso espero.

—Hagamos algo, cena esta noche con nosotros en casa, eso te distraerá y te relajará. Deborah está preparando rodilla de cerdo, y créeme, la hace mucho mejor que los chef que trabajan aquí en la Colonia —expresó con una sonrisa pícaro y sacó dinero de sus bolsillos para cancelar las cervezas.

David se lo impidió y pagó él la consumición.

Hablaban tan distraídos de la cena mientras se iban que no percibieron que estaban siendo vigilados. El campesino que minutos antes había entrado a la cervecería y tropezado a Elías, escuchó con atención su conversación y grabó en su memoria cada detalle.

Esperó un instante y tomó el teléfono móvil que llevaba guardado en el bolsillo del abrigo antes de dirigirse hacia la puerta de salida.

—Sorpresa, amigo. Nuestro objetivo está relacionado con el millonario Leonel Acosta y ya sé dónde estará metido toda la semana —pronunció con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Capítulo 46. Preocupaciones.

Jimena salió de su habitación en dirección a la cocina. La cabeza le dolía de tanto que había puesto en funcionamiento el cerebro. Buscaba una solución factible para su situación.

Después de la discusión con Tomás, este se marchó de casa sin haber regresado aún. Conversó por teléfono con David, pero prefirió mantener en secreto lo hablado con el hombre para no empeorar las cosas.

Él quería enfrentarlo, aunque ella había notado que Tomás no estaba bien. Esa actitud siempre tosca, nerviosa y solitaria, así como su empeño en conservar cada cosa de su madre en el lugar donde se hallaba antes de su muerte y de pensar en ella con la misma intensidad de hacía seis años, no era sano.

O estaba en medio de una depresión colosal o de algún otro problema mental más serio. No podía acrecentar su furia, sino hallar una forma de ayudarlo a salir de allí y encontrar paz.

Por otro lado, necesitaba que las cosas se calmasen en el pueblo. Aún era desconocido el paradero de los atacantes que esa mañana los habían sorprendido y la prensa perseguía sin descanso a David.

Publicaban en las redes sociales fotos de sus apariciones en la región, del conflicto producido en una de las tierras propiedad de Leonel Acosta y las teorías sobre el nuevo amorío del ingeniero con una desconocida. Eso provocó el rompimiento de su relación con Amanda Dietrich, quien casualmente, había vuelto a Caracas la noche anterior.

Tarde o temprano sabrían todo de ella y compartirían esa información con el resto del país. No quería afectar a nadie más, por eso había logrado acordar con David darse unos días para permitir que otros hechos acapararan la atención de la prensa y se olvidaran de ellos.

—Será solo unos días, hasta que esa gente se vaya. Ni siquiera te dejan trabajar —recordó ella.

Minutos antes David le había confesado que no había podido entrar en una de las parcelas por la cantidad de periodistas que lo esperaban en las afueras, impidiéndole la entrada.

Tuvo que comunicarse con los empleados y dirigir por vía telefónica las labores mientras se refugiaba en la casa de su amigo Elías, en espera de que aquellas personas se marcharan y lo dejaran en paz.

—Maldición, Jimena. No quiero darles la razón.

—No se la daremos, solo mantendremos la discreción hasta que se cansen y se marchen. Luego volvemos a vernos.

Él aceptó de mala gana la propuesta. Prometió que haría lo posible por colaborar, pero no estaba dispuesto a que factores externos gobernaran su vida.

En parte, el problema que se le había presentado en los terrenos la ayudó a convencerlo. Él tenía mucho trabajo que hacer para controlar la situación en las tierras, eso lo mantendría distraído mientras ella hallaba una solución para el conflicto con Tomás.

Salió del pasillo de las habitaciones y entró en la sala. Subió los dos peldaños que conformaban el entarimado donde se ubicaba el comedor para dirigirse a la cocina, pero una voz nerviosa la detuvo.

Se giró con el ceño fruncido. Percibió que los murmullos provenían del vestíbulo. Alguien hablaba en voz baja con cierta angustia.

Se acercó con sigilo. La cercanía la ayudó a reconocer a la persona que discutía: era Goyo.

—Ya se lo dije, el asunto es muy serio. El señor no está bien de la cabeza y eso le producirá más ataques.

La sangre de Jimena se congeló. La imagen de Tomás Reyes apareció en su memoria. Por alguna razón estaba segura de que se refería a él.

—No diga esas cosas, sabe muy bien cuáles son las condiciones. Si las cambia, no seguiré colaborando con usted.

Ella pegó la espalda de la pared que precedía al vestíbulo y se quedó muy quieta escuchando la conversación. No era correcto lo que hacía, pero algo en su interior la empujaba a seguir sus instintos.

—Su hija tiene asuntos qué resolver con ese joven León, así que por eso no se preocupe. Ella se mantendrá al margen.

Jimena cerró los ojos asqueada por lo que oía y comprendió muchas cosas.

—Por cualquier otro asunto lo llamo, y recuerde, cumpla con su parte del trato que yo cumpliré al pie de la letra con la mía.

Segundos después, Goyo salió del vestíbulo en dirección a las habitaciones, pero al toparse con Jimena quedó inmóvil, como una estatua de piedra.

—Así que eras tú —reprochó ella con la decepción reflejada en el rostro.

El hombre no pudo hacer otra cosa que bajar la mirada avergonzada.

—¿Cómo has sido capaz?! —se quejó Jimena con los ojos llenos de lágrimas.

—Señorita, perdóneme, pero no tenía más opciones.

—¿Sabes el daño que me has hecho?!

—Niña, por favor, baje la voz —imploró Goyo y lanzó una mirada nerviosa hacia el pasillo de las habitaciones.

Malena en ese momento se encontraba en el dormitorio de Emmanuel. Supervisaba que el chico se tomara toda la sopa de pollo que le había preparado como cena.

Jimena estaba tan indignada que se sentía al borde de sus fuerzas. Le exasperaba descubrir que aquel hombre, en quien había aprendido a confiar, era quien le pasaba información a su

padre sobre lo que sucedía en la casa.

—No fue casualidad que aparecieras en el pueblo esta mañana cuando me atacaron. Me vigilabas, ¿cierto? —sentenció con la mandíbula apretada.

—Ya le dije, no tenía más opciones —replicó el hombre con el rostro y las orejas coloradas por la vergüenza.

—¿Por qué?! —exigió ella con ansiedad.

—Le contaré todo, pero por favor, baje la voz. Si Malena se entera me arrancará la cabeza.

—¿Y no te lo mereces?

Goyo se irguió antes de responderle y endureció las facciones.

—Todo lo que he hecho ha sido por amor a mi mujer —confesó y mantuvo la mirada fija en ella—. Malena es todo lo que tengo y ya ninguno de los dos tiene edad para comenzar de nuevo. Lo único que puedo ofrecerle es la seguridad de este hogar y la paz de esta región.

Jimena lo observó con la rabia y la confusión marcada en su rostro.

—¿Cómo puedes meter a Malena en esto?

—¡No la estoy metiendo en nada! —masculló él con furia—. Escúcheme, señorita. Don Tomás no está bien, desde la muerte de Adelaida ha caído varias veces en depresión, dejó el tratamiento, por eso está tan mal, y créame, se va a poner peor.

Jimena quedó de piedra. Observaba al hombre con incredulidad.

—No hay nada que nosotros podamos hacer —continuó Goyo con frustración—. Él se niega a medicarse, dejó de asistir a las psicoterapias y no permite que nadie le diga nada al respecto.

Jimena se sentó abatida sobre una banqueta de madera que se hallaba cerca.

—La producción de la granja ha bajado desde la muerte de su madre, Don Tomás ha hecho hasta lo imposible por mantenerla, pero cada vez que le dan esos ataques depresivos todo se viene abajo —narró el hombre y se sentó en un sillón cercano. Estrujaba entre las manos el teléfono móvil por el que estuvo hablando minutos antes—. Ya hemos vivido tres crisis, una fue casi fatal, tuvimos que acompañarlo en Caracas mientras estuvo internado y eso ocasionó que abandonáramos los sembradíos. Perdimos casi toda la producción, por eso lo convencimos de afiliarnos a la cooperativa de productores. Pensamos contar con ellos si se repite una situación similar.

—¿Estuvo internado?

Goyo asintió sin mirarla.

—En Caracas, pero él se escapó de la clínica y volvió al pueblo negándose a medicarse desde aquí. Es muy terco, señorita.

Esa información angustió a Jimena, sus sospechas por la débil situación mental de Tomás se confirmaban.

Él no estaba bien, por tanto, su propia vida tampoco podía estarlo.

Capítulo 47. Aclaraciones.

—¿Dónde se trataba? —quiso saber Jimena con preocupación.

La condición de Tomás no debía tomarse a la ligera.

—En una clínica especializada en la capital, con una doctora muy dulce que en varias oportunidades vino a la Colonia Tovar para hablar con él y persuadirlo de que siguiera el tratamiento. —Goyo se levantó del sillón, con el rostro serio—. Don Tomás es muy terco, hace siempre lo que quiere sin pensar en quienes lo rodean. —Miró a Jimena con determinación, sentía vergüenza por su traición, pero no estaba arrepentido de sus actos—. Lamento mucho su situación, señorita, y espero me entienda. Si a Don Tomás lo llega a afectar una crisis realmente grave, dudo que pueda asumir el trabajo en la propiedad. Todo esto se perderá y Malena y yo terminaremos en la calle. ¿Qué oportunidades hay para nosotros allá afuera?

Jimena no pudo aportar soluciones a esa duda. Encontrar trabajo en ese país resultaba una osadía para jóvenes con preparación como ella.

Para personas como Malena y Goyo, mayores de sesenta años, sin títulos y con pocas referencias que los abalaran, el esfuerzo sería titánico, por no decir imposible.

—No pienso regresar a Caracas para vivir arrimado con algún familiar y vagar por esas calle atestadas de gente en busca de una oportunidad —sentenció el hombre con firmeza—. Ni dejaré que mi mujer termine limpiando durante semanas el piso de los vecinos o planchando hasta el amanecer la ropa de desconocidos, solo para ganarse unos pocos billetes que tristemente nos durarán menos de un día. Además, también está la situación de Emmanuel, ese muchacho es como un hijo para nosotros, no lo dejaré desamparado. Nunca terminó los estudios secundarios y no tiene otros familiares que lo ayuden —reprochó—. Con este trabajo no seremos nunca millonarios, pero tenemos comida segura, una casa en un lugar tranquilo y de buen clima y contamos con un sueldo digno con el que hemos podido sobrevivir por años, y que nos servirá para pagar el futuro de Emmanuel y nuestros entierros —argumentó—. Lo lamento de verdad, señorita, pero entienda que lo que hice fue por amor a mi familia. Por ningún otro motivo —concluyó con lágrimas en los ojos.

Después de un momento de silencio, Jimena se levantó de la banqueta y se cruzó de brazos frente a Goyo, que se mantenía cabizbajo.

—¿Qué acordaste con mi padre?

El hombre se irguió con esfuerzo y dobló el cuello de un lado a otro para hacer sonar las vértebras. Se sentía tenso e inquieto.

—Lo ayudaría a obtener la propiedad a cambio de que no nos sacara de aquí y nos permitiera trabajar. A todos, incluso a Don Tomás.

Jimena apretó la mandíbula, aquello no sería una ayuda para Tomás. Tener que trabajar de nuevo para otro, y en especial para un hombre que despreciaba por haber hecho infeliz a la única mujer que amó no ayudaría con su recuperación.

—Él te firmó algo —preguntó con el ceño fruncido.

—Me dio su palabra —contestó Goyo.

Ella bufó.

—Ayer papá me dijo que ya no le importaba la propiedad, porque había conseguido el dinero que necesitaba.

El hombre sonrió con poco ánimo.

—Señorita, su padre es muy parecido a Don Tomás, por eso he sabido negociar con él. Nunca dirá en voz alta cuanto necesita de otros. Es orgulloso y engreído. Para él, no hay nada más humillante que mostrarse vulnerable.

Jimena analizó por un instante esas palabras y las encontró muy acertadas.

—Está metido en deudas muy grandes —reveló Goyo—, el dinero que consiguió lo sacó de muchos apuros, pero seguirá necesitando inversiones. Esta propiedad, trabajada con dedicación asegura un buen flujo de dinero. Su padre lo sabe.

Ella asintió, también era consciente de esa verdad. El estudio de mercado que había realizado con ayuda de su amigo Marcos lo confirmaba.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes?

—Desde que llegó usted no mostró verdadero interés por las tierras. Solo quería cumplir con su padre y marcharse a su universidad. Se olvidaría de nosotros. Y más aún estando con ese David León.

Ella suspiró con agobio, sin poder rebatir sus palabras. Era cierto que se había comportado indiferente durante los primeros días de su estadía. Después, cuando comenzó a sentir apego por ese lugar, se lo mantuvo solo para ella, sin comunicárselo a nadie.

—Goyo, necesito dos grandes favores a cambio de un compromiso de mi parte.

El hombre la observó con interés. No era un tonto, sabía que confiar en Rodrigo Luna era riesgoso, cualquier otra persona sería más honesta que él.

—Te prometo que daré todo de mí para sacar a flote esta propiedad, pero necesito que me ayudes —aseguró Jimena—. Primero que nada, es imprescindible que rompas el convenio que hiciste con mi padre.

Él la observó con angustia. Aquello podría mucho más difícil que cualquier otra responsabilidad que haya asumido en la vida.

—Te ayudaré con eso, pero tienes que poner de tu parte. Papá no es un hombre que se preocupa por otros. Él no se interesará ni por ti ni por Malena, mucho menos, por Emmanuel o Tomás. Lo que hará será desangrar estas tierras hasta la última gota para cubrir sus deudas. Si

quieres que de verdad esto mejore y todos ganemos, tienes que ayudarme.

Goyo asintió, con el brillo de la determinación reflejado en sus pupilas. A pesar de sus inquietudes y sus inseguridades, estaba decidido a colaborar.

No era un tonto, él sabía que solo Jimena podía jugar limpio. Con Rodrigo Luna siempre tuvo miedo de una traición, esa era la característica particular del hombre.

—Lo haré, señorita, cuente con eso. Le doy mi palabra, que le juro, sí tiene valor.

Ella sonrió complacida al sentirse más aliviada. Sabía que con él podría contar. El hombre actuaba movido por el amor y no por la codicia.

—Lo otro que necesito es que me expliques con detalle sobre la enfermedad de Tomás. Quisiera conseguir el contacto con esa doctora que lo atendía para reunirme con ella e intentar hacerlo volver a las terapias.

—Enseguida le busco toda la información —aseguró Goyo con ánimo—. Malena tiene su número de teléfono guardado en una agenda, iré por él —expuso y se encaminó con rapidez hacia el pasillo de las habitaciones.

—Te esperaré en la cocina —le notificó Jimena, esperanzada.

—Pero señorita —agregó el hombre al detenerse de manera repentina—, ¿eso quiere decir que se quedará aquí y se ocupará de las tierras? ¿No dejará todo por David León?

La referencia sobresaltó a Jimena y le abrió un hoyo de amargura en el pecho.

—Me quedaré aquí —señaló, con una sonrisa entristecida.

Le dolía aquella situación, pero ahora no podía darles la espalda a esas personas. El conflicto en parte era su responsabilidad, debía colaborar para resolverlo.

No podía negar que dejar a David sería un duro golpe. Lo amaba, más de lo que hubiera imaginado, pero estar con él aumentaría los retos y podría evitar que las soluciones se alcanzaran.

Aunque el hecho de no estar a su lado, ni contar con su apoyo y cariño, le restaría muchas fuerzas, y la sumergiría a ella en la depresión.

Si hubiese un punto medio, con seguridad lo tomaría, pero mientras tanto, ¿qué sucedería con esas personas? ¿A dónde irían?

Respiró hondo y estiró la blusa de lana que llevaba puesta antes de encaminarse a la cocina en busca de algo que le repotenciara el ánimo y la ayudara a pensar con claridad.

Capítulo 48. Acorralados.

Para David, los días comenzaban a representar una cadena de eslabones unidos entre sí sin un fin específico, que lo llevaban a ningún lado y parecían no tener fin.

Todo se había congelado a su alrededor: el conflicto en una de las parcelas que trabajaba, su relación con Jimena y su propia existencia.

Ya no encontraba ninguna novedad en esa región. Las calles eran siempre las mismas, los rostros y las costumbres se repetían a diario.

Cada día entraba a comer en lugares diferentes, pero la comida le sabía igual, el sol brillaba con la misma intensidad y en las noches, la neblina le impedía que disfrutara de la vista nocturna de las montañas.

Estaba agotado, frustrado e inquieto, pero por más que se esforzaba por hacer cambiar las cosas, lo único que hallaba eran obstáculos que le impedían el paso.

En un descanso del trabajo se alejó de los empleados y sacó del bolsillo de su pantalón su teléfono móvil para llamar a Jimena.

No obtenía respuestas. La chica llevaba días sin contestar sus llamadas. El aparato repicaba y repicaba hasta que oía la voz desagradable de la máquina que le indicaba que dejara un mensaje después del tono. Ella lo evitaba, de eso no le cabía la menor duda, pero estaba desesperado por saber las razones de su repentino rechazo.

Al no poder comunicarse con ella intentó llamar a Malena. La buena mujer le había facilitado el número de teléfono de la casa para lograr que se marchara en una oportunidad en que había ido a buscarla a la propiedad.

Como en ocasiones anteriores, con dulzura ella le notificaba que la niña Jimena no se encontraba en casa.

—Está en Caracas —indicó Malena.

—¿En la casa de su padre?

—No creo, fue por un asunto personal, pero no sé si pretendía visitar a Rodrigo Luna.

—Eso quiere decir que volverá a la Colonia Tovar, ¿cierto? —preguntó, casi rayando en la desesperación.

—Claro que vuelve, joven. Don Tomás la espera para cenar.

Aquello resultó como un golpe en la nuca para David. Apretó los puños con ira mientras se esforzaba por despedirse de manera cortés de la mujer.

Era evidente que Jimena había retomado la relación con Tomás Reyes a pesar de lo que habían hablado hacía apenas tres días, cuando estuvieron en El Jarillo.

Por lo visto, ella había echado por tierra sus palabras y juramentos para continuar con su

idea de casarse con Tomás y recuperar así, las tierras que le había cedido su madre.

El dolor se expandió dentro de su organismo como una marea de ácido que se carcomía todo a su paso y dejaba solo ira.

Con la mirada empañada por la furia se encaminó al interior de uno de los invernaderos para supervisar los trabajos que se realizaban. Se acercó a un grupo de cinco empleados, quienes después de terminar de ajustar el emparrillado del último soporte suspendido de esa nave, conversaban entre sí sobre el método que Leonel Acosta quería implementar para cultivar fresas.

—No hay nada como comer frutos cosechados en estas tierras —expresó uno de ellos mientras guardaba los implementos que había utilizado en el trabajo.

—Tengo entendido que será el único terreno con el que probaran la siembra en invernadero, los demás serán a cielo abierto. Además, creo que utilizarán esta misma tierra, solo que más enriquecida —comentó otro, quien enrollaba en su brazo el cable de la extensión que había dado corriente a la máquina de soldar.

—Pero no la siembran en el suelo, sino en bolsas —agregó el primero, y acompañó sus palabras con una risita graciosa que contagió al resto de sus compañeros—. ¿Y quién en esta época de crisis se atreve a probar con la siembra? Es mejor utilizar métodos conocidos.

—Los que tienen dinero pueden hacerlo.

—¡Bah! —exclamó el que guardaba los materiales poniéndose de pie—. Ni siquiera los ricos se atreven a botar la plata de esta manera. ¿Qué diferencia puede haber entre sembrar en el suelo o en estas cosas?

Señaló con indiferencia los soportes que habían instalado.

—El cultivo sin suelo es una de las mejores estrategias sostenibles que se han creado —rebatía David al tiempo que evaluaba los puntos de soldadura colocados a todo lo largo del emparrillado—. No necesitamos desinfectar la tierra y llenarla de químicos que la harían inservible para otro tipo de cultivo. Nuestros empleados podrán trabajar de pie, lo que haría más cómodo el proceso de recolección y los residuos son mínimos, ya que las bolsas donde se cultiva la fresa pueden ser reutilizadas —enumeró, para luego mirarlos con fijeza—. Podemos controlar la cantidad de riego, la temperatura interna del invernadero, los nutrientes y las plagas, siendo posible la cosecha del producto en cualquier época del año. Es decir, que nunca faltará la fresa en esta región ni en otra del país. ¿Comprendieron?

Los cinco hombres lo observaron desconcertados. Algunos de ellos asintieron en silencio.

Pablo, el joven que trabajaba como su asistente, se acercó a él con precaución. Era consciente de la irritación que embargaba a su jefe desde hacía días, en dos ocasiones habían tenido fuertes discusiones.

No deseaba generar conflictos con David, por eso, trataba de actuar lo más sigiloso posible para no despertar su repentina furia.

—David. —Este se giró hacia el chico y lo observó con severidad—. Gonzalo está afuera con dos campesinos...

No pudo decir más. David emitió un bufido sonoro y salió del invernadero dando largas zancadas.

—Uy, el jefe está que arde —ironizó uno de los empleados.

El resto solo emitió risas ahogadas mientras Pablo les indicaba que cerraran la boca.

El chico se apresuró por alcanzar a David, quien enseguida llegó al punto del terreno donde estaba reunido Gonzalo con dos de los miembros del grupo de campesinos que había derribado la pared limítrofe.

Gonzalo los quería acercar a la zona afectada para mostrarles los daños ocasionados y hablarles de lo mucho que a ellos les costaría reparar el problema, de esa manera no siguieran enviándoles absurdas exigencias.

Los campesinos aseguraban haber invertido dinero de sus bolsillos para adquirir productos y materiales que les permitiera sembrar en esa zona, porque habían obtenido una extensión del comodato otorgado por el Alcalde anterior. Convenio que el Alcalde actual decía desconocer.

Los sujetos exigían una compensación. Alegaban negligencia gubernamental, pero no comprendían que ese tipo de reclamos solo debían hacerlo ante los entes involucrados, no a David. Él poseía un documento legal de venta y no tenía nada que ver con ese asunto. Por eso le exasperaba sus visitas.

—Señor Gutiérrez —saludó al sujeto bajo y canoso que fungía de portavoz de la agrupación.

—Señor León, gracias por recibirme.

¿Gracias?, pensó David, ¿Acaso tenía la posibilidad de no atenderlos sin que destruyeran alguna otra construcción del terreno?

—¿Qué lo trae por aquí? Pensé que ya habíamos aclarado puntos en la última reunión —expresó después de estrechar la mano del hombre.

—El Alcalde no nos atiende, necesitamos que nos ayude a hablar con él.

—Lo siento, sabe que eso no es mi problema. Tengo mucho trabajo aquí y en las otras cuatro parcelas que atiendo.

—Lo sabemos —expresó el hombre con sarcasmo y compartió una mirada con su compañero, un sujeto alto, trigueño y de cabello oscuro, que se mantenía parado firme tras él—, pero nosotros gastamos mucha plata en estos terrenos y ahora nadie quiere ayudarnos. Tenemos también otras tierras qué atender, pero ya no nos queda dinero y los recursos que nos dio el gobierno...

—Disculpe, señor Gutiérrez —lo detuvo David, cansado de escuchar una y otra vez la misma historia—. ¿Qué espera que haga? ¿Qué le pida al Alcalde que los atienda? Puedo

hacerlo, pero eso no significará que se logre.

—Bueno, señor León, es una...

La conversación finalizó por la repentina aparición de un grupo de seis sujetos armados con palos y cuchillos. David los observó con alarma. Reconoció a un par de ellos: al gorila y al cincuentón que le había propinado una golpiza en el pueblo.

Pensó que los hombres debieron entrar por el espacio destruido del muro, cubierto por un rústico cercado de alambre y troncos.

—¿Qué quieren? —preguntó, viendo como los sujetos los rodeaban.

Los dos campesinos retrocedieron para ubicarse tras él, nerviosos por la actitud poco amistosa de los recién llegados.

—Sabes lo que queremos, Pocaterra. A ti —indicó el cincuentón.

David percibió por el rabillo del ojo a Gonzalo que se alejaba varios pasos de él. No pensaba asumir su responsabilidad.

—No es lugar para conversar —señaló con la mandíbula apretada por la furia.

—¿Y quién dijo que venimos a conversar? —se mofó el invasor y compartió una mirada con sus secuaces.

Uno de ellos, en vez de avanzar, retrocedió con nerviosismo. Era un sujeto delgado, ataviado con un grueso abrigo y una gorra deportiva, quien miraba con cautela a todos los presentes.

—Venimos a terminar con nuestro trabajo.

David se irguió. Toda la rabia y la frustración que le rondaba el organismo se le acumuló en los puños. Estaba ansioso por descargar esos malos sentimientos, pero sus atacantes eran muchos y además de los campesinos, a su alrededor se encontraban los trabajadores, quienes no tenían nada que ver en ese asunto.

—¿Por qué no se van? Saben que la policía los busca —se atrevió a decir el campesino canoso que antes había hablado con David.

—Tranquilo, amigo. No dejaremos testigos.

Aquello los angustió a todos. Sin embargo, la huída apresurada del sujeto de la gorra distrajo a los invasores. Todos voltearon para mirarlo con furia y gritarle amenazas.

—¡Corran! —vociferó David hacia los campesinos.

Estos no se lo pensaron dos veces y emprendieron la huida hacia el interior de la instalación acompañados de Pablo y Gonzalo.

Capítulo 49. Ataque sorpresivo.

David no pudo escapar. Fue embestido por detrás por el gorila, que lo lanzó al suelo y lo apresó en segundos.

Al ponerlo de pie con brusquedad, le permitió que percibiera al cincuentón que le gritaba a dos de sus compañeros para que atraparan al sujeto que había huido. Al parecer, no aceptaba desertores.

Se quedó con otro además del gorila y se acercó a David con el rostro transformado por la furia. Mecía en su mano el palo que había llevado como arma.

—¡Maldita sea, siempre hay un imbécil que no acata órdenes! —gritó, antes de propinarle a David un fuerte golpe en las costillas.

Este cayó arrodillado al suelo. Boqueaba con esfuerzo para recuperar el aire perdido. El cincuentón se acuclilló frente a él, lo tomó por los cabellos y le alzó la cabeza con violencia.

—¿Trabajas para Leonel Acosta? —preguntó, procuraba controlar su irritación—. Dicen que eres algo así como su protegido, ¿es cierto?

—¿Qué quieren? ¿Dinero? Puedo darte tres veces más de lo que te ofrecieron.

El hombre sonrió con sarcasmo.

—Me encanta esa oferta.

—¡Roldan!

El otro sujeto que los acompañaba llamó al cincuentón con nerviosismo, lo que lo enfureció aún más.

—¡¿No ves que estoy haciendo negocios?! ¡¿Eres idiota?! —lo reprendió y lanzó hacia él una mirada asesina.

—Hay movimientos allá adelante —señaló la parte contraria del invernadero, donde minutos antes David había conversado con los trabajadores.

—Bien, entonces salgamos de aquí —ordenó el cincuentón molesto y se puso de pie.

El gorila levanta a David con un fuerte empujón y comenzó a arrastrarlo hacia la pared destruida, pero cerca de ellos comenzaron a caer disparos de forma dispersa.

—¡Maldita sea, están armados! —gritó el cincuentón y corrió lo más rápido que pudo hacia la salida.

El gorila trató de llevar consigo a David, pero tropezó y ambos cayeron al suelo.

Al verse liberado, David alzó la cabeza y miró hacia el invernadero. Dos de los empleados, con largas escopetas de balines, disparaban hacia ellos.

Pero era evidente su falta de adiestramiento, ya que no acertaban ningún blanco. Tenían tan mala puntería que eran capaces de herirlo incluso a él.

Comenzó a incorporarse para ocultarse tras un grueso árbol, pero detuvo su huida al ver que el gorila se levantaba y sacaba del interior de su abrigo un arma de fuego.

Se alarmó. Ese sujeto con seguridad tendría más pericia que los trabajadores y lograría lesionar a alguno de ellos sin mucho esfuerzo.

En medio de un grito de guerra corrió hacia él y lo embistió con un *tackle* de costado. Técnica que había aprendido en Londres jugando al rugby y con el que podía dominar a un contendiente mucho más grande y fuerte que él.

El hombre se desplomó como un saco de papas ante su arremetida. En la caída perdió el arma, que salió proyectada hacia unos arbustos. Enseguida David giró acostado en la tierra, decenas de disparos caían a su alrededor, debía ocultarse tras el árbol para no ser lastimado.

Al estar bajo resguardo, dirigió la mirada hacia el muro derribado. El cincuentón y su compañero escapaban por un hoyo que habían hecho en el alambrado. El gorila se levantó con dificultad del suelo y corrió apresurado hacia esa salida, su pierna derecha cojeaba y dejaba un rastro de sangre a su paso.

Las detonaciones dejaron de escucharse cuando el hombre desapareció tras la abertura. David apoyó la espalda y la cabeza en el tronco del árbol e intentó recuperar la cadencia de su agitada respiración.

A lo lejos se oía el sonido de varias motos, lo que le indicaba que los atacantes habían escapado.

Suspiró con alivio mientras percibía las voces y los pasos apresurados de los trabajadores que se acercaban a él.

—¡Ingeniero, ¿está bien?! —gritó uno de ellos.

David salió de su escondite con una mano alzada, aún boqueaba en busca de oxígeno. Dos empleados se aproximaron para servirle de apoyo al caminar.

Avanzaba lento y con la espalda arqueada, con una mano se frotó el estómago que le dolía por el golpe recibido.

—¿Estás herido? —le preguntó Pablo al llegar junto a él, acompañado de los campesinos.

David negó con la cabeza y comprimió el rostro en una mueca de sufrimiento al intentar erguirse.

—Solo fue un golpe, estaré bien. ¿Nadie salió herido?

—No. Nos salvó que estos dementes estuvieran armados —se burló el chico y señaló a los empleados que portaban las escopetas de balines desatando risas en alguno de los presentes.

—¿Llamaron a la policía? —indagó David.

—Ya están en camino, jefe —notificó uno de los empleados—. Aunque le aseguro que esos pendejos no eran profesionales. De haber sido así, todos hubiéramos muerto.

Mientras los trabajadores criticaban las torpes acciones de los atacantes y comentaban sus

experiencias personales con verdaderos homicidas, David caminaba con lentitud hacia el invernadero más cercano.

—¿Dónde está Gonzalo? —le preguntó a Pablo al notar que todos los empleados del terreno se acercaban a ellos para averiguar lo ocurrido y escuchaba a lo lejos el sonido de las sirenas de la policía, pero a su amigo no lo divisaba.

—No sé, no lo veo desde que corrimos para escondernos de los sujetos.

David procuró serenarse y controlar la furia que sentía hacia su amigo. No era momento de dejarse llevar por sus emociones, tenía que velar por la seguridad de los empleados y explicar lo ocurrido a la policía. Luego se ocuparía de la huida de Gonzalo.

—Señor León.

El campesino Gutiérrez se acercó a él cuando lograron sentarlo sobre unos cajones de madera. Él lo observó con una expresión exhausta, no quería reiniciar la discusión con ellos.

—Dígame.

—Reconocimos a uno de los atacantes —reveló en voz baja, para que solo él y Pablo lo escucharan, y compartiendo una mirada con su compañero.

David se interesó en lo que decía.

—¿Están seguros?

Los campesinos asintieron.

—El que escapó primero vive en los caseríos del sur. Trabajó con nosotros un tiempo, pero era muy conflictivo. Por eso huyó, porque nos reconoció.

Aquello a David le sentó muy bien. Una noticia como esa podía ayudar a la policía a dar con esos sujetos y eliminar el problema.

—¿Están dispuestos a dar esa información a los oficiales?

—Claro que sí —aseguró el canoso—. Somos los primeros interesados en mantener la paz en esta región.

David asintió mientras observaba a las patrullas de la policía acercarse a los terrenos. La ansiedad por acabar cuanto antes con aquel peligro le desapareció las molestias ocasionadas por el golpe.

Se levantó de su silla improvisada para afrontar el problema.

Capítulo 50. Súplicas.

Horas después, David aparcó el auto en el estacionamiento empedrado que precedía a la cabaña donde se residenciaba y apagó el motor en medio de un suspiro de cansancio.

La mayor parte de ese tiempo lo había pasado en la comandancia de la policía. Rindió declaraciones y luego visitó cada uno de los terrenos asignados para supervisar la culminación de los trabajos.

Incluso, tuvo que conversar con algunos periodistas, quienes lo seguían a sol y sombra, y calmar por teléfono los nervios de su madre, los reproches de su hermano y las cientos de advertencias de Leonel Acosta.

Estaba ansioso por tumbarse en la cama y dormir hasta la mañana siguiente.

Pero antes de salir del vehículo, su teléfono móvil sonó por veinteava vez. Pensó en ignorar la llamada y ocuparse de él por un par de horas, pero al ver el número que se reflejaba en la pantalla tomó con ansiedad el aparato para atender.

—¿Dónde estás? —fue su saludo.

El agotamiento físico y mental se le mezcló con la ira y el anhelo.

—David, ¿estás bien? —consultó Jimena con una voz que se esforzaba por sonar serena.

—¿Bien? Llevas días rechazando mis llamadas y mensajes —expresó con reproche—. He ido a buscarte a tu casa y nunca estás. ¡¿Qué demonios sucedió con Tomás Reyes?! ¡¿Por qué me tratas de esa manera?!

Después de aquella descarga de frustración, David quedó con la respiración agitada. Se recostó del respaldo del asiento y con la mano libre se frotó la frente perlada de sudor.

Afuera la temperatura era menor a los doce grados centígrados, la noche ya había cubierto el firmamento y una suave neblina bajaba por las montañas. Aunque la rabia que lo consumía le producía un intenso calor en la piel.

—David, lo siento. Yo...

—No me mientas, Jimena. No juegues conmigo. No quiero simples excusas, sino la verdad —le advirtió e hizo un gran esfuerzo por calmarse—. ¿Hablaste con Tomás? ¿Acaso tu silencio indica que los planes con él siguen en pie y tengo que ser yo el que se aparte del camino?

—¡No! —añadió ella casi enseguida—. David, las cosas se han complicado mucho, estos días he intentado resolverlas.

—No me digas lo que estás haciendo —pidió él con los ojos cerrados, harto de tantas evasivas—. Solo aclárame: ¿te casarás con Tomás Reyes o sigues conmigo?

El silencio que acompañó a esa pregunta estrujó el corazón de David. Para soportar la furia apretó la mandíbula.

—Tomás está muy mal, sufre de una severa depresión desde que murió mi madre y he tenido que obligarlo a reiniciar el tratamiento médico.

—¿Cómo responde eso a mi pregunta? —indagó él con irritación y se aferró al volante del auto con la mano libre. Esperaba la estocada que terminaría de doblegarlo.

—No he podido conversar con él sobre el tema del matrimonio. La vez en que lo intenté se enojó tanto que pasó muy mala noche, tuvimos que traerlo a Caracas de emergencia, e incluso... amenazó con asesinarte.

David soltó una risita poco graciosa.

—Que se ponga en la fila —ironizó con amargura.

Tomás Reyes no era el único que quería verlo acabado.

—David, hablaré con él. Solo espero que mejore su salud. No quiero que Tomás termine en un sanatorio mental por mi culpa o que esta situación lo lleve a la muerte. Créeme, no está bien —suplicó la chica.

El hombre bajó el rostro y cerró los ojos con fuerza mientras un oleaje de odio y pena le recorría el cuerpo.

—¿Por eso me has mantenido al margen?

—Yo tampoco la he pasado bien estos días. Si no he atendido tus llamadas es para evitar estallar en llanto y obligarte a cargar con mis lamentos.

—Tu indiferencia me pesa más.

—Mi amor... —rogó ella al borde del llanto.

David la escuchó gemir, pero se sentía tan saturado y enfermo que en vez de conmoverse se enfureció más.

—Quiero verte mañana, donde sea. Si no vienes a la Colonia Tovar recorreré toda Caracas para encontrarte. No me importa que Tomás termine encerrado en un psiquiátrico por mi culpa, yo también merezco un poco de consideración —sentenció en un arranque de indignación. Se sentía solo y humillado.

—Te juro que mañana iré a la Colonia.

—No me mientas, Jimena. Por favor —imploró.

—No lo haré. Te necesito.

—Te doy hasta el mediodía. Ven, hablemos y busquemos entre los dos una solución a todo —propuso, libre del efecto de la ira, y con solo la ansiedad clavada en su alma.

—Seguro, y por favor, cuídate. Hoy vi en las noticias que fuiste nuevamente atacado.

—No fue nada, esos tipos son unos idiotas. La policía está tras ellos.

—Te amo.

David respiró hondo para evitar que aquellas palabras terminaran de fracturar la barrera que contenía sus emociones. Se sentía vulnerable.

No quiso depender anímicamente de nadie, en una oportunidad lo hizo confiando en su amigo Mariano y terminó traicionado de la peor manera. Con Jimena no pudo contenerse.

Ahora temía que de forma repentina ella cortara las cuerdas que los unían para dejarlo de nuevo solo, a merced de fuertes vientos, y lo tomara por sorpresa mientras él perdía el tiempo admirando el paisaje.

¡No! Esta vez no se burlarían de él. No miraría con impotencia a la mujer que amaba mientras esta caía por un precipicio vencida por sus problemas. Lucharía hasta la extenuación no solo por la libertad de ella, sino también por la suya.

—Mañana, Jimena. Sin falta. Apenas estés disponible me pasas un mensaje de texto al móvil y te digo donde nos vemos.

—Está bien, lo haré. Te lo prometo.

Después de una cariñosa despedida, David cortó la llamada y entró en la cabaña, cabizbajo y de hombros caídos. Dejó el maletín con el computador portátil sobre el sofá y pasó a la cocina sin quitarse el abrigo.

La casa estaba en penumbras y sumida en el silencio. Desde el momento del ataque en las tierras no había vuelto a ver a Gonzalo, se hallaba desaparecido, o más bien, escondido.

Miró abierta la puerta que daba al patio trasero y al echar un vistazo hacia afuera, divisó la figura de su amigo sentado en las escalinatas, con los brazos apoyados en sus rodillas y a su lado una botella de whisky.

Tomó un vaso corto de vidrio de una encimera y salió al exterior.

A Gonzalo lo rodeaba la oscuridad y el frío, pero no parecía afectado por ninguno de los dos. Su rostro ensombrecido demostraba que sus pensamientos eran más apremiantes.

David se sentó a su lado y estiró la mano que sostenía el vaso pidiendo licor. Sin mirarlo y con movimientos casi autómatas, Gonzalo tomó la botella y lo llenó hasta la mitad, para luego dejarla de nuevo sobre las maderas del suelo.

De un solo trago David se consumió parte del whisky, apoyó los brazos en los muslos y con la mano libre se frotó el rostro.

—¿Por qué no hablas con la policía? —consultó a su amigo con la mirada fija en las siluetas de la selva que se veían a través de las sombras de la noche.

—¿Para qué? Ellos no los detendrán.

—Pueden brindarte seguridad.

—No lo hicieron contigo.

—Yo no lo pedí. Todos pensamos que no volverían.

Gonzalo suspiró con esfuerzo y alzó la cabeza hacia el cielo estrellado.

—La noticia de que el ingeniero David León fue atacado por segunda vez en la Colonia Tovar recorrió hoy todo el país —comentó Gonzalo—. En la televisión no dejan de hablar de

eso. Esos sujetos ya se deben haber enterado del error que cometieron. De ahora en adelante me buscarán a mí.

—Leonel me dijo que enviará a un par de sus escoltas, puedo llamarlo y...

—No, David —lo interrumpió Gonzalo con frustración mientras anclaba la cabeza entre sus manos—. No soporto ese tipo de compañías, además, eso no resolverá nada. Siempre me perseguirán.

David dejó el vaso de licor en el suelo y suspiró antes de hablarle.

—¿Sabes quién te busca?

Gonzalo alzó los hombros con indiferencia.

—Cualquiera. No suelo controlarme cuando de mujeres se trata. He estado con esposas de jueces, hijas de políticos y amantes de grandes empresarios, entre muchas otras.

David bufó y sonrió con poca gracia.

—¿Y qué piensas hacer?

Gonzalo sacó su cabeza de entre las manos para dirigir su atención hacia la oscuridad.

—No sé. —Se mantuvo en silencio por unos segundos, hasta que reunió las fuerzas necesarias para completar su intervención—. Sabrina está embarazada. —La noticia congeló a David, quien solo logró girar el rostro hacia su amigo y observar su perfil atribulado—. Y Dayana Luna también.

David volvió a sonreír sin ganas y desvió su mirada hacia la selva. Ambos se quedaron inmóviles y en silencio, por un buen rato, cada uno sumido en sus problemas.

Hasta que Gonzalo se movió para tomar la botella de whisky y, al notar que quedaba muy poco licor, se levantó de la escalinata.

—Voy a comprar más.

—¿Vas a salir?

—Si no tengo qué beber me volveré loco —expresó mientras se encaminaba hacia la cocina.

David escuchó los pasos pausados que indicaban que su amigo salía de la cabaña. Quedó solo, fundido con la apretada soledad de aquel lugar rodeado de penumbras.

Cuando comenzó a sentir que el frío traspasaba la tela de su abrigo y le entumecía la piel, entró. Se dirigió a su habitación y se encerró bajo llave. Dejó afuera todas las angustias que lo asediaban.

A la mañana siguiente, mientras intentaba desayunar unas tostadas antes de salir a evaluar los terrenos, recibió una visita.

Era sábado, ese día solo se realizarían algunas pocas actividades en las parcelas que deseaba atender para alejarse de la monotonía que le despertaría las preocupaciones. Se aproximó a la puerta y al abrir, arrugó el ceño al ver a la persona parada al otro lado del portal.

—¿Qué demonios haces aquí?

Una tos expectorante le respondió. David gruñó y le pidió al escolta de Leonel Acosta, quien sostenía al hombre con firmeza de un brazo, que lo ayudara a meterlo en la cabaña.

—¿No te das cuenta de que el frío de esta región te hace daño? —le reprochó mientras Leonel entraba con paso lento hacia la sala y con el cuerpo arqueado por el peso de la enfermedad.

David cerró la puerta, dejó afuera a tres escoltas más, quienes quedaron apostados junto al vehículo donde habían viajado.

El guardia sentó con delicadeza al empresario en uno de los sillones y se paró muy firme a su lado.

—¿Qué haces aquí? —volvió a acosarlo David.

Leonel le dirigió una mirada cansada, se notaba más delgado y con la piel cetrina. Le costaba respirar, pero procuraba erguirse para enfrentar con la mayor dignidad posible su desgastada vida.

—Vengo a hablar contigo —respondió con una voz pausada y ronca.

—¿No podías haberlo hecho por teléfono? Si era tan importante yo hubiera viajado a Caracas —insistió David.

No le gustaba el estado de Leonel, le preocupaba sobre manera su salud, pero el hombre era tan terco como una mula vieja y hacía siempre lo que se le venía en gana.

—Por favor, Meléndez, déjanos solos —le pidió al escolta, quien enseguida obedeció y salió al exterior.

Capítulo 51. Palabras que conmueven.

Al marcharse el sujeto, David suspiró hondo y fue a la cocina, preparó un té caliente para Leonel antes de sentarse en el sillón ubicado frente al hombre. Iba a atender su conversación mientras le lanzaba una dura mirada.

—¿Qué pasa?

Leonel dio primero un trago a su bebida sintiendo alivio por su calor. David aumentó la calefacción para intentar darle más alivio.

—Gonzalo está de camino a Londres.

Aquella noticia impactó a David. Se frotó los ojos con una mano demostrando cansancio. Debí suponer que Gonzalo haría eso.

Cuando se levantó de la cama esa mañana y notó que su amigo no estaba, se preocupó.

Lo llamó miles de veces al móvil sin recibir respuestas, finalmente tuvo que informar de la novedad a la policía de la zona, por miedo a que hubiera sido atrapado por los sujetos que lo perseguían, y llamó a Caracas para notificar el hecho a su familia, en caso de que en medio de una borrachera hubiera ido a dormir a su casa y no a la cabaña.

—Armando, su padre, me llamó para darme la noticia —reveló Leonel con esfuerzo—. Gonzalo se comunicó con él en la noche, muy angustiado, y le rogó que lo ayudara. Armando consideró prudente que se marchara del país por un tiempo.

—¿Sabe que aquí quedaron dos mujeres embarazadas de ese idiota? —masculló David con enfado. La reacción de su amigo lo decepcionaba.

—Sí, Armando se está haciendo cargo de eso. Iba a reunirse hoy con Sabrina, pero Dayana Luna es un caso particular, que en parte te incluye.

—¿A mí? —inquirió con mayor irritación y se incorporó en el asiento para apoyar los brazos en las rodillas y entrelazar las manos. De esa manera se acercaba más a Leonel.

Después de una pausa, causada por un nuevo ataque de tos, Leonel se recostó con cansancio en el sillón para responderle.

—Rodrigo Luna fue a visitarme hoy a primera hora, y no es la primera vez que lo hace —confesó y sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo para secarse el sudor de la frente, que el esfuerzo de la tos le producía—. Sabes que tuve que pagarle mucho dinero cuatro años atrás para que dejara de acusarte por la muerte de Mariano Lozada. —La furia de David se renovó. Se frotó las manos en un puño apretado para sosegar el oleaje de indignación que le recorría el cuerpo—. Hace una semana fue de nuevo y amenazó con reabrir la investigación.

—¿Qué?!

David se levantó del sillón al borde de sus fuerzas. Se paró firme frente a Leonel.

—Dice que lo provocaste al enredarte con una de sus hijas, que te burlas de ella solo para molestarlo. —David resopló su cólera y comenzó a caminar por la sala sin poder creerse lo que escuchaba—. Supe que lo tuyo con esa chica va en serio al ver que Amanda regresó a Caracas indignada por tu rechazo, pero tenía que cerrarle la boca a Rodrigo Luna o armaría un escándalo en la prensa por ese asunto...

—¿Qué dices?! —David lo interrumpió, con el rostro rojo de ira—. ¿Le diste más dinero a ese tipo?!

—¿Y qué querías que hiciera?! —Un nuevo ataque de tos agobió a Leonel. David se llevó las dos manos a la cabeza. Trataba de enfocar su mente para no explotar.

Tuvo que esperar a que Leonel se recuperara y tomara más tragos de té que lo ayudaran a continuar con su narración.

—Ahora exige resarcir el honor mancillado de su hija Dayana —continuó al estar más sereno—, y asegura que tú deshonraste a Jimena. Hoy fue a pedir más dinero.

—¡No! —bramó David—. No te atrevas a darle más.

—Amenaza con ir a la prensa. No soy dueño de todos los medios de comunicación, puedo controlar a los que trabajan para mí, pero no al resto de los periodistas.

—¡Me importa un carajo lo que haga! —Leonel suspiró con cansancio—. Amo a esa mujer y si él quiere hacer pública nuestra relación, que lo haga. Con eso me quitará un peso de encima.

—No puedes relacionarte con ella —lo reprendió Leonel.

—¿Por qué?!

—¿Crees que Rodrigo Luna los dejará vivir en paz?

—Ya te dije que no me importa lo que él haga o diga. Mi relación con Jimena solo nos compete...

—¡Ella se va a casar con otro hombre! —lo interrumpió— ¡Rodrigo me lo confirmó! —acusó Leonel antes de arquearse en el sillón en medio de un fuerte ataque de tos.

David tuvo que acercarse a ayudarlo, ya que este parecía más serio. Lo instó a tomar un poco más de té y recostarse para recuperar la cadencia de su respiración.

Cuando pasó el espasmo, David pudo notar que el pañuelo con el que Leonel se había tapado la boca para toser tenía una mancha de sangre.

—Maldita sea —expresó y esperó a que el hombre terminara de recobrar el aliento perdido—. Estás muy mal.

—Te dije que tengo esta batalla perdida.

El semblante de David se llenó de frustración.

Aunque había sospechado ese escenario, el hecho de no hablar de él lo ayudaba a imaginar que no existía. Ahora no podía ignorarlo por más tiempo.

—¿Qué dicen los médicos?

—No me queda mucho tiempo —reveló Leonel con los ojos cerrados. Se notaba muy cansado, tanto física como emocionalmente.

David se mantuvo por un instante en silencio, agobiado por aquella realidad. Lo miraba con la ansiedad anudada en su pecho.

—Por eso necesito dejar todo bien atado en este mundo, David —habló mientras se incorporaba para fijar su atención en el joven—. Aléjate de Jimena Luna, no te mezcles con esa familia.

—Ella no pertenece a esa familia —sentenció con irritación—. Y no la dejaré, no puedo. Mucho menos si es por una absurda petición de Rodrigo Luna.

—Hijo...

—No, papá. —Aquella simple palabra sobresaltó a Leonel y le impregnó de dicha el cuerpo derribado por la enfermedad.

Por primera vez David lo llamaba de esa manera. Una que habían evitado para no generar conflictos de intereses entre las familias.

David era su hijo, nació producto del pecado. Fue la consecuencia de un romance prohibido entre una mujer comprometida con otro y un hombre que en ese momento de su vida no tenía nada. Solo el amor que podía entregar.

—No quiero repetir tu historia —acusó David—. La amo y no dejaré que otro me la quite. Ni siquiera su propio padre.

Con mano temblorosa, Leonel acarició la cabeza de su hijo, mientras un par de lágrimas escapaban de sus ojos.

—Lo único que quiero es que seas feliz —enunció, saturado por sus emociones—. Te hice a venir a Venezuela para obligarte a superar tus penas y dejarte bien protegido. Así podía marcharme más tranquilo.

—¿De qué hablas?

—Las tierras de la Colonia Tovar que ahora trabajas son tuyas. Mi esposa Federica y mis socios se pelearon el resto de mis pertenencias, pero esto es tuyo. Ya todo está arreglado, no podía dejarte sin nada.

—No tenías que haberlo hecho.

Con delicadeza tomó la mano de Leonel que acariciaba su cabeza y se la llevó a los labios para besarle el dorso. El hombre sonrió con ternura, sin poder evitar que otras lágrimas escaparan de sus ojos.

—Es lo menos que puedo hacer por mi hijo después de todo el sufrimiento que tuvo que vivir por mi cobardía.

David lo observó, ahogado por el profundo vacío que le invadía el alma.

—El dinero no me hace falta, solo sinceridad y cariño.

—Ya es tarde para eso.

—Nunca es tarde.

Ambos compartieron una mirada entristecida, arrepentidos por no haberse perdonado los errores mutuos con anterioridad.

—No le des más dinero a Rodrigo Luna —pidió David—. Deja que yo resuelva este asunto a mi manera.

—Solo quería facilitarte...

—Deja que yo me encargue —insistió David—. Por favor, confía en mí.

Leonel asintió, con el rostro ensombrecido. Siempre actuó pensando en David, en su bienestar, pero lo que hacía era lastimarlo.

Esta vez debía confiar en él. Ya no era un niño, sino un hombre seguro de lo que quería en la vida.

Intentó levantarse del sillón. David se incorporó para ayudarlo. Sostenía su brazo mientras Leonel caminaba hacia la puerta y se secaba con el pañuelo las lágrimas.

—Si necesitas a alguien para suplantar a Gonzalo, puedo pedirle a Armando que envíe a otro ingeniero.

—Estaré bien así.

—¿Seguro?

—Seguro —aclaró David, al tiempo que abría la puerta y veía que Meléndez se acercaba para ayudar a Leonel a salir de la cabaña.

—Lo quieras o no, Contreras y Corbeta se quedaran contigo para protegerte mientras la policía da con los idiotas que te atacaron —pronunció Leonel y cruzó el jardín para llegar a su vehículo.

El ambiente intimista que se había generado entre ellos dentro de la cabaña enseguida se perdió. El que ahora hablaba era el empresario acostumbrado a mandar, decidir y hacer respetar sus dictámenes.

David no pudo hacer otra cosa que sonreír con poco ánimo mientras miraba los esfuerzos del hombre por entrar en el auto ayudado por su escolta.

Cuando Leonel ya estaba ubicado en su asiento, él se acercó a la ventanilla para despedirse.

—Te pido que me mantengas al tanto de los avances de la enfermedad —pidió.

Leonel le dirigió una mirada cansada y asintió.

—Serás el primero en enterarte de las novedades.

—Haré todo lo posible por ir mañana a visitarte.

—Sabes que en mi casa serás bien recibido —expresó y palmeó la mano que David tenía apoyada en la ventanilla.

El motor rugió y el auto se puso en marcha. Ambos mantuvieron las miradas entrelazadas hasta que la distancia lo impidió.

David observó en silencio al vehículo perderse entre las empinadas y estrechas calles del pueblo. El vacío por la despedida le ocupaba todo el pecho.

Lanzó una ojeada furtiva al cielo, cubierto en parte por esponjosas nubes blancas. Aunque no era un gran practicante de alguna religión, creía en Dios. Fue a él a quien envió un profundo clamor. Rogaba que aquel encuentro con su padre no fuera el último.

Al girarse para entrar de nuevo en su cabaña se percató de la presencia de Contreras y Corbeta, quienes desde ese momento serían sus escoltas. Dos sujetos altos, de espaldas anchas y hombros rectos, ataviados con pantalones, camisas oscuras y gruesos abrigos, y con los ojos ocultos tras delgadas gafas de sol.

—¿Desayunaron?

Los sujetos compartieron una mirada.

—Algo —respondió Corbeta, quien era el más delgado de los dos.

—Pues, completemos la ración. Acompañenme a comer y así conocen la cabaña.

Los hombres tomaron sus bolsas de viaje y siguieron a David al interior, atentos siempre a los alrededores.

Él no podía negar que al menos, de esa forma, podía dejar de ocuparse en mirar con nerviosismo a todos lados pendiente de las personas que se le acercaban.

Contar con alguien que cuidara su espalda, resultaba un gran alivio en ese momento de su vida.

Capítulo 52. Un duro sacrificio.

Pasado el mediodía, Jimena se comunicó con David por vía telefónica para informarle que había llegado a la Colonia Tovar.

Acordaron encontrarse en la posada de un amigo de Elías, en las afueras del pueblo, con quien David ya había conversado para que le facilitara una habitación y así poder reunirse con la chica en privado.

Los escoltas lo seguían sin descanso, casi tanto como los periodistas. Le sería imposible verse con ella en un lugar abierto.

El dormitorio que le asignaron era un espacio pequeño, de paredes rústicas con zócalos altos y techo bajo machihembrado. La ventana con cierres de madera daba hacia un profundo valle en la montaña, cubierto por sembradíos de hortalizas.

El mobiliario era escaso, pero se hallaba en muy buen estado, solo contaba con una amplia cama en el centro vestida con frazadas gruesas, custodiada por dos mesitas de noche y frente a un sillón orejero de amplio respaldo, tapizado en una imitación de piel. En un costado se hallaba la puerta del diminuto baño, todo cubierto por azulejos.

Él llevaba algunos minutos dentro, pero la esperaba con tanta ansiedad como si hubiera pasado horas encerrado entre esas cuatro paredes.

Caminaba de un lado a otro, sin apartar la vista de la alfombra de diseño asimétrico que cubría parte del suelo. Al escuchar que tocaban a la puerta con timidez se apresuró a abrir.

Su corazón se propulsó con poderosos latidos al verla, envuelta en su abrigo y con los cabellos ocultos bajo una gorra tratando de encubrir su identidad para que los reporteros no la reconocieran. La tomó de la mano y la introdujo con rapidez a la habitación.

Ella abrió la boca para saludarlo, pero él posó un dedo sobre sus labios y extinguió sus palabras.

—No digas nada —pidió, para luego acariciarle la piel del rostro—. Déjame disfrutarte primero.

Jimena cerró los ojos, erizada por el suave tacto que tanto había añorado. David le quitó la gorra y permitió que los cabellos le cayeran sobre los hombros como el agua de una cascada.

Él se los arregló mientras detallaba las facciones femeninas, por las que había pasado varias noches en vela.

Con la punta del pulgar le repasó una de las cejas y el pómulos, siguió por el borde de la nariz hasta llegar a los labios.

—Me hiciste tanta falta —susurró, y la tomó por la barbilla para depositar besos en todo el recorrido que su dedo había trazado.

Jimena suspiró mientras un cosquilleo de ansiedad le recorrió la piel. Las pulsaciones le aumentaron cuando David comenzó a bajar la cremallera del abrigo y lo retiró con lentitud.

Luego tomó el borde de su suéter tejido y lo subió para quitárselo por encima de su cabeza, he hizo lo mismo con la blusa que llevaba puesta. Solo la dejó con el sujetador.

Él admiró con hambre el cuerpo trigueño y semidesnudo que otras veces había amado hasta la saciedad, dispuesto a fundirse de nuevo en él, hacerlo suyo.

Posó sus manos a ambos lados de la cintura femenina y la atrajo hacia sí, hasta apoyarla contra su cuerpo ya listo para ella.

—No quiero que vuelvas a dejarme al margen —exigió y afincó sus palabras con una mirada llena de advertencias—. Me arriesgaré por ti, solo si tú me aceptas como el único en tu vida.

Jimena mantuvo su mirada por unos segundos, luego subió las manos y acarició los brazos del hombre. Le frotó los hombros hasta llegar al cuello.

Los ojos de David dejaron de expedir amenazas para embriagarse por el deseo. Más aún, cuando ella dirigió sus manos hacia los botones de su camisa y comenzó a abrirlos uno a uno, sin apartar su vista de la de él.

—Eres el único y siempre lo has sido —respondió antes de despojarlo poco a poco de la prenda—. Y lo serás por encima de quien sea.

Acarició el pecho desnudo y hundió los dedos en el fino vello, al tiempo que las manos de David comenzaban a moverse con soltura por la cintura y la espalda de la chica.

Al alcanzar el broche del sujetador, él lo abrió con un solo movimiento y lo retiró para dejar al descubierto sus senos coronados por apretados botones rosados.

La admiró con descaro, para luego dirigirla a la cama. Se sentó en el borde y la acercó dispuesto a devorarse con la boca sus pezones. La abrazó contra sí con firmeza mientras escuchaba sus gemidos de placer y con el sabor dulce de su cuerpo invadiéndole los sentidos.

Desabrochó con manos temblorosas el pantalón de la chica y se lo quitó junto a su ropa interior, sin que sus labios y lengua dejaran de deleitarse con la piel delicada de Jimena.

Al tenerla desnuda se levantó y comenzó a desatarse el cinto del pantalón. Sus ojos, transformados en una noche oscura y sin luna, le advertían a la chica lo próximo que ocurriría.

—Súbete a la cama —le ordenó.

Esa nueva estrategia la hizo estremecer de pies a cabeza.

El cuerpo de David destilaba autoridad por cada uno de sus poros y un apetito incalculable que aumentó aún más el deseo en ella.

Con sumisión lo obedeció, la sangre le fluía con energía en las venas. Gateó por el acolchado, pero al llegar a los almohadones escuchó que el hombre subía y se posaba tras ella.

—Quédate quieta —pronunció con voz gutural, poseída por el frenesí.

Lo próximo que Jimena sintió fueron las firmes y cálidas manos de David sobre sus nalgas, la abrían para él.

Luego su áspera y húmeda lengua, que invadía con delicia su intimidad hasta procurarle un placer que le arrancó de la cabeza cada uno de los pensamientos.

Jadeó convulsionada por el goce que él le prodigaba. Sus brazos perdieron el equilibrio y la obligaron a apoyar la cabeza contra los almohadones, lo que le permitía a David tener más acceso a ella.

No la dejó en paz hasta que la escuchó suplicar compasión y la miró abatida contra la cama, cubierta de sudor y con la piel enrojecida. Le apartó los cabellos del rostro y el cuello para besarla con ternura tras la oreja.

—No hemos terminado, amor —le susurró y sonrió complacido al ver como la piel de la chica se erizaba.

La sangre de Jimena fluyó de nuevo con intensidad al sentir sobre ella el cuerpo ardiente de David y su miembro duro que se abría paso entre sus piernas.

Él la cubrió por completo mientras la penetraba por detrás. Gemía sobre la nuca de la chica, con la cara hundida en sus cabellos.

Ella alzó más la cola y se unió con él en un coro de jadeos que les permitía exteriorizar las desbordantes sensaciones que la unión les producía.

Los minutos se extinguieron en el aire como lo hacían sus miedos e inquietudes. En sus almas quedó solo deseo y un poderoso amor que se volvía tan duro como el granito.

Él salía y entraba de su cuerpo. La fricción de los miembros húmedos creaba sonidos que armonizaban con sus gemidos.

No era simple sexo lo que ellos practicaban, se prodigaban cariño con las manos y reverenciaban su amor con los labios. Se entregaban en cuerpo y alma al otro a través de aquellos actos carnales, hasta lograr una alianza completa.

Al culminar, ninguno de los dos fue capaz de moverse, sus respiraciones agitadas era lo único que se hacía eco dentro de aquella pequeña habitación.

Cuando él recobró las fuerzas comenzó a depositar besos por el hombro de la chica, quien dormitaba con una sonrisa tallada en el rostro.

Bajó de ella y se recostó de espaldas en la cama. Sintió que Jimena se movía y se apoyaba en su costado, hasta posar la cabeza sobre su pecho.

Enseguida la acunó dentro de un abrazo posesivo y se quedaron así, por largo rato, sumergidos en la paz que el momento les aportaba.

—¿Qué ocurre con Tomás Reyes? —preguntó él con voz resignada después de haber descansado lo suficiente.

Tenían una conversación pendiente que no podía ser pospuesta.

Jimena respiró hondo antes de responderle. El mundo idílico en el que vivió desde que había llegado a esa habitación, se desvaneció al ser interrumpidos por la realidad.

No se movió de su sitio para hablarle, continuó arrullada a su lado mientras acariciaba con dulzura los vellos de su pecho.

—Sufre de depresión *post mortem*, algo de lo que su propia madre también fue víctima —argumentó—. Le ha sido imposible superar la pérdida de mi mamá, aunque la doctora que lo atiende me explicó que su situación es más complicada. Tomás ya sufría de depresiones estacionarias antes de conocer a Adelaida, la pérdida de sus padres y de sus tierras lo habían afectado profundamente. El conflicto que tuvo con mi madre, su enfermedad y su muerte, fue como la gota que rebasó el vaso.

—¿Y todo este tiempo has estado reuniéndote con esa doctora?

—Sí, y acompañando a Tomás. Él estuvo dos días hospitalizado por una crisis depresiva a causa de una conversación que mantuvimos. No aceptó mi negativa de matrimonio, insiste en que me case con él por una promesa que le hizo a mi madre en su lecho de muerte. Ha estado muy nervioso, sufre de ataques de pánico constantes. Me ha sido difícil convencerlo de que reinicie el tratamiento y las sesiones de psicoterapia.

—Eso es absurdo. ¿Tendrás que casarte con Tomás solo para que no caiga en la locura? —expresó David con enfado.

—La doctora me ayudará a encontrar una ocasión propicia para hacerle llegar mis decisiones. Él le juró a mi madre que me protegería y piensa que la única manera es casándonos. Conoce a mi padre y sus artimañas, sabe de lo que es capaz. Además, según la doctora, esa es quizás una forma de asegurarse de no quedar solo. Tomás ha demostrado sentir miedo a la soledad, le ha dicho que escucha voces que lo persiguen día y noche.

David apretó la mandíbula y fijó su mirada preocupada en el techo.

—Ese hombre puede ser peligroso, no quiero que estés cerca de él.

Ella se incorporó en la cama y lo observó con súplica.

—Necesito estarlo, es la única manera de mantenerlo calmado e impedir que mi padre lo agobie más y empeore su estado.

—Pero esa no es tu responsabilidad —acusó con enfado.

—Sí lo es, Tomás está así por mí culpa.

David la fulminó con una mirada severa. Dejaba en claro su postura.

—Es injusto que te culpes por eso, Jimena. ¿Eso quiere decir que sacrificarás lo nuestro por ese hombre?

—No. Lo nuestro continuará, no puedo vivir sin ti, pero para lograr que Tomás lo entienda primero necesito que se calme.

—¿Y si nunca pasa? Yo no pienso seguir escondiéndome para estar contigo.

Jimena le acarició el pecho con ternura, intentaba conmooverlo.

—Solo espera a que Tomás inicie las psicoterapias y retome el trabajo en la granja. Le prometí a Malena y a su esposo que los ayudaría, ellos temen que por el problema de Tomás se abandonen las tierras y todos terminen en la calle.

David volvió a mirar al techo lleno de cólera. Jimena aún acariciaba su pecho, pero aquello no parecía surtir el efecto que deseaba.

Capítulo 53. Un nuevo y violento ataque.

—Para mí será muy difícil —confesó David con tristeza. Jimena se incorporó y buscó su mirada.

—Para mí también lo será. La doctora me aseguró que si Tomás cede, en una semana inician las sesiones y allí me ayudará a llegar a un acuerdo con él. Luego me iré desprendiendo de ellos para retomar mi vida y dejarlos vivir la suya.

—¿Retomar tu vida? ¿Regresarás a la casa de tu padre en Caracas?

Jimena suspiró hondo y cayó de nuevo sobre el pecho de David.

—No. En realidad debí decir: iré a buscarme una vida. A la casa de mi padre no vuelvo, estos días he tenido demasiadas discusiones con él, creo que rozamos el límite.

David se incorporó para acostarla de espaldas en la cama y ubicarse a lado, frente a ella, así admiró su rostro melancólico.

El mismo que solía adquirir su amigo Mariano cada vez que le hablaba de sus problemas.

—¿Te sigue exigiendo que le entregues la propiedad?

Ella asintió.

—Ahora más que nunca. ¿Sabías que mi hermana Dayana está embarazada de tu amigo Gonzalo? —consultó. David asintió en silencio—. Ella se fue de la casa, vive con su abuelo materno. Tuvo un fuerte altercado con papá porque él, al enterarse de la noticia, lo que hizo fue correr a la casa de Armando Pocaterra para exigirle dinero por el agravio. Dayana se molestó por la humillación y decidió abandonarlo. Su abuelo también se enfadó por esa actitud y cerró todas las cuentas por las que le pasaba dinero a mi padre para la manutención de su nieta. Eso lo trastornó. Era su mayor fuente de ingresos.

—Está sin nada.

—Aún tiene dinero, pero no será suficiente para él y su estilo de vida. Además, una de las amigas de Dayana está embarazada de él.

David sonrió con poco ánimo.

—Creo que deberías inscribir a tu padre en esas psicoterapias.

La chica se obligó a sonreír también y dirigió su atención a las láminas de maderas del techo.

—Imagina a Tomás y a mi padre juntos, en una sala de psiquiatría —se mofó ella.

David se incorporó para ubicarse sobre la joven y buscar no solo su mirada, sino también sus labios.

—A mí también tendrás que anotarme en esas terapias —le dijo y le llenó de besos el rostro—. Ese tiempo que me pides me hará enloquecer.

Jimena le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó más a ella. Exigía un beso más profundo.

—Tú eres mi cordura, si enloqueces, yo también perderé la cabeza —le susurró antes de que David se apodera con pasión de su boca y de su cuerpo.

Se amaron con intensidad una vez más, pero las responsabilidades de ambos los obligaron a ocuparse de otros asuntos.

Una hora después salieron de la habitación luego de acordar la manera en que enfrentarían esas duras semanas sin dejar de verse ni comunicarse.

Caminaron tomados de la mano por el pasillo de las habitaciones y se adentraron en una sala privada que poseía un balcón abierto de cara a un precioso jardín lateral, poblado de calas y pensamientos.

Buscaron la puerta que los conduciría al bar/restaurante donde los escoltas de David esperaban.

—Por fin saliste.

La voz ronca de Tomás Reyes paralizó a Jimena en medio de la habitación. Giró el rostro hacia uno de los rincones y divisó al hombre sentado sobre un cómodo sillón de piel, con el pie derecho apoyado en su muslo izquierdo y mirándola con una intensidad perturbadora.

Con mucha calma David se ubicó junto a ella, sin dejar de vigilar los movimientos del sujeto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer, desconcertada por la visita.

Lo había dejado en casa, dormido, luego de haberse tomado los antidepresivos que le había recetado la doctora, y en compañía de Goyo y Malena.

Tomás se levantó con lentitud de su asiento, asumió una postura desafiante y clavó una mirada mortal en David.

—Espero hayan quedado satisfechos, porque esta será la última vez que se verán las caras —desafió mientras se acercaba a ellos.

David dio un paso y se ubicó delante de Jimena. Soltó la mano de la chica para enfrentar sin inconvenientes al sujeto.

—Creo que necesitaremos sentarnos para conversar —propuso, dispuesto a no salir de allí sin aclarar la situación.

Había aceptado seguir el plan de la chica, pero ya que Tomás le daba un giro al problema, él no perdería la oportunidad para cerrar aquel capítulo.

—Contigo no cruzaré una sola palabra, David León —gruñó Tomás con el cuerpo tenso y los ojos inyectados de sangre.

Jimena se angustió al verlo en ese estado, no quería perder los avances que había logrado en días pasados, así que se adelantó para quedar junto a David e intentar negociar con el hombre.

—Escúchame, somos adultos, podemos sentarnos a...

—¡Cállate!

La violenta interrupción la sobresaltó.

—¡No te permito que le hables así! —advirtió David y se encaró con Tomás. Ambos con los puños cerrados.

El temor se le subió a la cabeza a Jimena, pero no tuvo tiempo de interponerse para evitar una pelea. Un sujeto entró a la sala proveniente del jardín lateral e interrumpió la discusión.

—Vaya, el hombre se dignó en salir de la habitación —se mofó el cincuentón que en dos ocasiones había atacado a David.

Ingresó a la estancia acompañado del gorila, que aún cojeaba por la herida que le habían infringido en una pierna, y el sujeto delgado que amenazó a Jimena con un cuchillo la vez que los pillaron en el pueblo.

David, al verlos, perdió todo interés por Tomás y se giró hacia los hombres.

—¿Qué quieren? —inquirió con enfado, harto de ser sorprendido por esos idiotas en los momentos menos indicados.

—Ahora a ti, David León —aclaró el sujeto, y se acercó a ellos sin dejar de evaluar a Tomás que parecía arder en furia—. Tú y Pocaterra nos supieron engañar, pero no importa, soy un hombre justo, les permitiré rectificar los errores. Vengo a que me digas dónde está ese cobarde.

David tomó a Jimena de la mano y la puso tras él.

—Les diré todo lo que quieran si dejan que estas personas se marchen —exigió y señaló a Jimena y a Tomás con la cabeza.

El cincuentón mostró una sonrisa torcida.

—¿Nos crees pendejos? No dejaremos que nos dañen de nuevo el trabajo. Dicen que la tercera es la vencida, así que esta es la última oportunidad que tenemos para terminar lo que vinimos a hacer —expresó y se aproximó más, sacando una filosa navaja de su abrigo.

El gorila y el sujeto delgado hicieron lo mismo, lo que obligó a David a retroceder un paso para proteger a Jimena.

—¡Germán, agárralo! —le ordenó el cincuentón al gorila, quien enseguida pasó a su lado en busca de David para apresararlo, pero Tomás se atravesó en su camino.

—Si alguien va a cortarle el cuello a este mal nacido, ese seré yo. ¿Entendido? —pronunció y posó un dedo acusador en el pecho del hombre.

El grandulón lanzó una mirada desconcertada hacia su compañero, para luego arropar con su ira a Tomás.

—Tendrás que esperar tú turno —comentó el cincuentón y desató una risa pesada en el sujeto delgado que lo acompañaba, pero enseguida ambos perdieron la expresión divertida para

mostrarse irritados—. ¡Quítate del medio, imbécil! ¡¿No ves que tenemos trabajo qué hacer?! —rugió, lo que activó al gorila, quien para apartar el estorbo le asestó a Tomás un empujón que lo proyectó hacia un costado y lo golpeó contra la pared.

Luego caminó hacia David con el cuchillo sostenido con firmeza en su mano.

Cuando le faltaban solo centímetros para agarrarlo, Tomás pasó como una exhalación y se lo llevó por delante. Ambos cayeron al suelo, enzarzados en una intensa pelea.

El sujeto delgado se apresuró a ayudar a su amigo, pero recibió un codazo en la nariz que lo lanzó de cabeza sobre una mesa cercana. El doble golpe lo dejó aturdido en el suelo.

—¡Jimena, avisa a la policía! —gritó David y la empujó hacia la puerta que daba al bar/restaurante antes de que el cincuentón se abalanzara sobre él para atacarlo con su navaja.

Ella corrió a cumplir con la encomienda. Su entrada tempestiva alertó a los escoltas que esperaban a David sentados en una de las mesas del lugar.

David luchaba con todas sus fuerzas para zafarse del agarre del cincuentón, quien a pesar de su corto tamaño y su contextura delgada, era ágil y fuerte, y batallaba con desesperación. Buscaba clavar la hoja de su cuchillo en la anatomía de su víctima.

—¡Dime dónde está Pocaterra! —exigía el sujeto e hizo una rápida maniobra que le permitió tumbar al suelo a David y lanzarse sobre él para intentar hundirle en el pecho la navaja.

La pronta aparición de los escoltas impidió el crimen y liberó a David de su atacante.

Él se levantó enseguida, la sangre le fluía a mil por horas en las venas. Miró como Tomás Reyes se había encargado del gorila, lo tenía derrumbado en el suelo y se hallaba sentado sobre él, a horcajadas. Le propinaba decenas de golpes en la cara.

Después de avisar al dueño del establecimiento para que llamara a la policía, Jimena regresó a la sala privada. Al ver que Tomás con rostro enloquecido apaleaba sin descanso la cabeza desfigurada y ensangrentada de un sujeto, se aterró.

Se acercó a él para pedirle que lo dejara, lo tomó por los hombros e intentó hacerlo entrar en razón, ya que el hombre parecía estar abducido por alguna fuerza desconocida que lo empujaba a atacar al sujeto que se encontraba bajo él.

—¡Es mía, maldito! ¡ES MÍA! —gritaba Tomás sin dejar de estrellar su puño en la cara del hombre.

—¡Tomás, déjalo! —vociferó ella para llamar su atención.

En medio de un rugido, Tomás se apartó de la masa inerte en la que había dejado a su víctima y se giró lleno de furia hacia ella. La tomó del cuello con una de sus grandes manos y la estrelló contra la pared sin dejar de estrangularla.

—¡ES MÍA!

Alzó su enorme puño cubierto de sangre dispuesto a continuar castigando a su oponente.

Estaba fuera de sí, miraba en el rostro de Jimena las caras de todas las personas que lo

habían lastimado. La furia lo desubicó en el tiempo y en el espacio. Reclamaba a su mujer ya fallecida.

Cuando faltaba muy poco para que lograra estampar su puño en Jimena, fue lanzado con fuerza hacia un costado. David aplicó en él la misma técnica de rugby con la que había derribado en una oportunidad al gorila.

Al recuperarse, Tomás se incorporó encendido en cólera, pero David le propinó un potente golpe en la mandíbula que lo dejó medio inconsciente en el piso.

Se giró hacia Jimena, que había quedado ovillada en el suelo. Temblaba de pies a cabeza y lloraba por la angustia.

Aún con la respiración agitada por el enfrentamiento, él la levantó y le acarició los cabellos mientras le susurraba palabras de sosiego.

—Quiso golpearme, quiso golpearme... —repetía ella con voz trémula y recortada por el llanto. Había entrado en shock.

—Todo está bien, ya pasó, tranquila —la serenaba David.

Depositó suaves besos en su rostro atribulado, al tiempo que a la sala entraban oficiales de la policía acompañados por el dueño del local y algunos curiosos.

Capítulo 54. Un oasis en medio del desierto.

La policía había rodeado el hotel. Decenas de patrullas, incluso, venidas de Caracas, estaban apostadas en las cercanías y recorrían el pueblo entero.

No por el hecho de que los atacantes se hubiesen escapado, sino porque un nutrido grupo de periodistas, fotógrafos, columnistas de redes sociales y curiosos habían invadido la Colonia Tovar intentando conseguir una primicia.

David León había acaparado las noticias de las últimas semanas. El país entero quería conocer los motivos de este nuevo atentado y ahondar en el escándalo romántico en el que estaba inmerso.

No iban a ser piadosos en esta ocasión. Las teorías que entretejían eran cada vez más absurdas, pero a él nada de eso lo inquietaba, solo el estado de Jimena y de Tomás Reyes.

Había sido necesaria la intervención de varios oficiales para calmar al hombre y obligarlo a entrar en una ambulancia. Eran pocas las heridas que tenía de la pelea, aunque su condición de salud mental no era la más óptima.

Gritaba y golpeaba a todos queriendo librarse de atacantes ficticios. Jimena quería intervenir para calmarlo, pero David no la dejaba.

Tomás se había vuelto tan peligroso e incontrolable que tuvieron que sedarlo para sacarlo de allí sin que los medios se enteraran de lo que sucedía.

—Mi amor, tranquila —rogaba David a Jimena al verla llorar con desconsuelo. La mantenía abrazada sintiendo como ella temblaba por culpa de sus nervios agitados.

—Esto era lo que quería evitarle. Ese estado terminará de romperlo.

Él apretó su abrazo de forma protectora mientras veía cómo se llevaban a Tomás medio dormido en una camilla y atado de manos de pies.

—Confiemos en que los médicos sabrán cómo controlarlo.

Goyo apareció a los minutos y se encargó de comunicarse con la doctora que había atendido a Tomás para que lo recibiera en el hospital. Lo habían trasladado de urgencias a Caracas, en el pueblo no tenían a personal especializado para esos casos.

Elías Hamed también se hizo presente para apoyar a David en todo lo que necesitara. Mientras los paramédicos atendían a David, su amigo no se apartó de Jimena. David no quería dejarla desprotegida. Aunque el lugar estaba lleno de policías y a los atacantes ya se los habían llevado a la comisaría, él seguía sintiendo recelo.

El golpe recibido le impedía moverse con soltura, pero intentaba mostrarse erguido. No era momento para debilidades.

—Me comentó el comisario que estos tipos no tienen un prontuario muy amplio, solo

algunos ataques con armas y denuncias por estafas en la capital —le informó Elías en un momento de calma.

—¿Saben si fueron contratados por alguien?

—Al parecer, es así. Aunque él ya no puede inmiscuirse en el asunto. Estos sujetos eran solicitados por la policía científica por un serio caso de estafa y extorsión. Ellos están por llegar a la Colonia para llevárselos.

David apretó la mandíbula con enfado. Nunca se enteraría quien había sido el hombre que los contrató para darle una golpiza a Gonzalo, y quizás, aquello ya no importaba.

Era evidente que los atacantes se habían dado cuenta de su error antes de que los atraparan y ahora no saldrían de prisión por la próxima década. De aquella situación, al menos, ya se había librado. Esperaba que nunca más se repitiera.

—David, sé que este no es mi asunto, pero creo que deberás tener mucho más cuidado de ahora en adelante. Ya mucha gente se ha enterado de tu estadía en este lugar y, aunque comercialmente nos conviene que haya tanto ajetreo en la zona, para ti no va a resultar muy tranquilo este tiempo.

—No te preocupes, eso lo tengo claro y ya estoy pensando en soluciones definitivas. Creo que lo que sucedió aquí es el giro final que mi vida necesitaba para tomar el rumbo más claro —aseguró, posando su atención en Jimena, quien ahora daba declaraciones a los policías sin mostrarse tan perturbada.

Ella presintió su mirada y enseguida se giró hacia él para observarlo. Él se ahogó en sus ojos cansados, que aún seguían brillando a causa de la determinación.

Ambos estaban ya saturados por todos los problemas que los agobiaban, pero lo sucedido en esa ocasión les dejó en claro que, si no atendían cuanto antes cada situación, sin darles más largas, las consecuencias serían cada vez más catastróficas.

Una vez que los policías decidieron dejarlos en paz y que los paramédicos los habían revisado, Elías les propuso que fueran a su casa donde podían terminar de pasar el día lejos de los periodistas y curiosos. Tanto la cabaña de David como la casa de Jimena habían sido rodeadas esperando la aparición de ellos para obtener alguna imagen o entrevista.

Deborah, la mujer de Elías, los recibió con alegría y les cedió una habitación con vistas a las montañas. Allí pudieron descansar lejos de todas las molestias.

Jimena se comunicó con Malena y con su amigo Marcos, que se había enterado de lo sucedido al ver las noticias en la televisión. David tuvo que dar razón de su vida a su madre y a Leonel, quien decidió enviar a dos guardias más a la Colonia para su seguridad a pesar de que le aseguraban que el peligro había pasado.

—¿Estás bien? —quiso saber David al culminar sus llamadas.

Ella estaba sentada en el borde de la cama de hombros caídos, se notaba agotada.

—Sí, solo... sigo asimilando lo sucedido —reveló con la mirada perdida—. Me cuesta creer que Tomás haya llegado al límite de no reconocermelo e intentar lastimarme.

—Él no está bien, Jimena. Nunca lo estuvo. Desde el día en que lo conocí lo noté. Necesita con urgencia atención especializada.

—Y ya comenzarán a dársela, eso me tranquiliza —expuso en medio de un suspiro.

—¿Entiendes que debes permanecer lejos de él? O al menos, a una distancia prudencial.

La joven asintió con la cabeza.

—Aunque velaré por su salud. Desde una distancia prudencial —aclaró al recibir una mirada severa de David—. Él necesita de amigos y, además, lo hago por mi madre. Ella lo amó mucho y no quiso que estuviese solo.

—No quedará del todo solo. Goyo y Malena le tienen una gran estima. Pude notarlo hoy. Ambos estaban tan preocupados por él que no dejaron de velar por su salud y seguridad.

—Sí. Ellos han sido así como una familia. Todos necesitaban esa compañía.

Estuvieron en silencio un instante, con sus atenciones perdidas en la nada, hasta que Jimena respiró hondo y se enfocó de nuevo en él.

—Y tú, ¿cómo estás? —preguntó ella hacia David.

—Bien. Eso creo.

Aquello lo dijo con semblante agotado, aunque pronto reaccionó saliendo de su mutismo. Tomó una mano de la joven y la arropó con las suyas llenándolas de caricias.

—Tú estás bien, a mi lado, y lo que amenazaba mi paz ya está eliminado. Es lo que me importa.

—¿Irás a Caracas? —quiso saber, al recordar que su madre le insistió en que se quedara unas semanas con ella en espera de que la ansiedad de los periodistas se calmara en el pueblo.

—Por ahora no. Mucha gente depende de mí en este lugar, ya tengo más de veinte empleados a mi cargo y cinco terrenos a punto de ser cosechados. Si me voy todo se vendrá abajo y ya no está Gonzalo para hacerme la suplencia —mencionó eso último con desgana, generando un suspiro en Jimena.

Así recordó la nueva realidad de su familia y la nueva responsabilidad que pretendían echar sobre sus hombros.

Dayana, su hermana, no dejaba de enviarle mensajes de texto. Pedía con ansiedad su tiempo para conversar.

Antes la ignoraban con descaro y ahora la trataban como si fuese la única que podría salvarlos a todos de la desgracia. La vida en ocasiones daba unos giros bastante irónicos.

Se recostó del hombro de David y se aferró a su brazo.

Él era su fuerza, su cedro gigante, su balsa en medio de un mar bravío, su oasis en mitad del desierto. Mientras estuviese a su lado, las fuerzas nunca le fallarían.

Capítulo 55. Su juramento personal.

Dayana Luna Sartori insistió tanto que Jimena tuvo que aceptar atenderla al día siguiente de lo sucedido en la Colonia.

La recibió en su casa, estando acompañada por Malena y Emmanuel, aunque este último aún se encontraba en cama por las heridas recibidas.

Goyo había ido a Caracas para llevarle ropa y otros artículos de uso personal a Tomás y la policía había logrado controlar a los periodistas y curiosos.

Al llegar su hermana, el frente de su casa estaba despejado. De todas formas la chica se quejó por haber sufrido el acoso de un fotógrafo mientras iba de camino a esa residencia.

Quedaban rezagados algunos periodistas que se negaban a perder alguna exclusiva.

—Este pueblo se volvió un infierno —bramó Dayana al entrar en la sala y quitarse su grueso abrigo.

—Para nosotros —completó Jimena.

Ella sabía que los pobladores, en parte, estaban felices por la atención que esa región estaba obteniendo por culpa de los escándalos de David León. Los dueños de las posadas y los restaurantes veían sus ganancias aumentar en una época que no era turística.

Se quedó de pie, muy quieta, viendo como su hermana se ponía cómoda en el sofá y arreglaba su larga cabellera. Ese día había amanecido ventoso.

—¿No vas a sentarte para que hablemos? —reprochó Dayana.

En medio de un suspiro, Jimena se ubicó en un sillón frente a su hermana.

—¿Qué sucede? —exigió, para iniciar cuanto antes con la conversación.

—Sabes de mi condición, ¿cierto? Supongo que David León te lo dijo. Si es que ustedes manejan una comunicación fluida —ironizó eso último, provocando irritación en Jimena.

Su hermana seguía sin creerse el hecho de que ella, una persona que para su criterio no tenía nada que ofrecer, lograra conquistar a un hombre de mundo como David León.

—Sí, lo supe. Así como también me enteré que Gonzalo se marchó a Londres con Sabrina, su novia, quien también está embarazada, y se desentendió de ti.

Ese recordatorio fue como una lanza envenenada para Dayana. La joven se irguió con prepotencia e intentó mostrarse indiferente.

—Tengo mi vida resuelta, si eso te preocupa —soltó con desagrado—. Mis abuelos maternos se harán cargo de mí y de mi embarazo. Nada me faltará. Me estoy mudando con ellos.

Jimena asintió, había supuesto que eso sucedería. Al menos, Dayana tenía quienes velaran por ella y la auxiliaran en todas sus necesidades, y hasta en sus caprichos.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—¿Pensaste que venía a solicitarte refugio o dinero? —se burló la rubia.

—Contigo no puedo suponer nada. Siempre me sorprendes.

La rubia se irguió arrogante.

—Escucha, estar embarazada no es tarea fácil. Debo cuidar de mi salud y de mi estado anímico el doble de lo que la cuidaba antes, por eso, hay situaciones de las que no podré encargarme. Vine para que tú te ocuparas de ellas.

Jimena respiró hondo sintiéndose incómoda por esa explicación previa. Su hermana pretendía ignorar sus responsabilidades y dejarle a ella alguna carga.

—¿De qué situaciones hablamos?

—De Tamara y papá.

Jimena resopló con enfado.

—Ya te dije que los problemas que existan entre ellos, los deben resolver ellos mismos.

—Eso lo sé muy bien, pero recuerda que está Alejandro en medio, no puedes dejarlo solo.

—Tú tampoco puedes dejarlo solo —rebató indignada.

Antes la echaban siempre a un lado considerándola un estorbo, ahora resultaba que era la única que debía atender los problemas en casa.

—¡Tengo un hijo por el que debo velar! —reclamó con obviedad, señalando hacia su vientre aún plano—. Mi abuelo no piensa hacerse cargo de más responsabilidades de mi padre. Él no quiere que yo me ocupe de Alejandro. Me advirtió que si me voy con ellos, debo cortar todo vínculo con mi familia paterna. Es lo más sano.

A Jimena aquello le cayó como un balde de agua fría en la cabeza.

—¿Cortar todo vínculo? Le guste a él o no nosotros seguiremos siendo tus medio hermanos.

—Jimena, cuando me refiero a vínculo hablo de aportes monetarios —expuso fastidiada—. Mi abuelo ya le ha dado demasiado a mi padre, no piensa soltar una moneda más por él. Solo cuidará de mí y de mi hijo, de nadie...

—Espera —la detuvo Jimena—. Si tú te vas con tus abuelos y yo hago mi vida por mi cuenta, papá no tendrá ningún problema con hacerse cargo solo de Alejandro.

Dayana suspiró con dramatismo.

—Lucia irá esta misma semana a la casa de mi padre para reclamar la manutención del hijo que viene en camino. Nuestro hermano —aclaró eso último con tono pedante—. Esa situación creará un conflicto apocalíptico entre papá y Tamara y complicará las cosas en casa. Más ahora, que papá está a punto de declararse en quiebra para evitar pagar unas deudas casi millonarias que debe a unos prestamistas.

Jimena puso los ojos en blanco al escuchar esa noticia.

—Mi abuelo, para evitar que me molesten cuando esa bomba estalle —siguió Dayana—,

piensa sacarme del país para mantener así mi paz mental. Vine aquí porque, a pesar de todo, siento cariño por ustedes —mencionó con cierta dificultad—. Solo quería ponerte al tanto de lo que sucederá para que ayudes a resolver el problema.

—Mientras tú escapas y te escondes.

—¡No voy a escapar ni esconderme! —alegó ofendida—. Voy a tener un bebé. ¿Eso no lo has entendido?

Jimena se puso de pie comenzando a sentirse agotada por aquella situación. Como siempre, su familia huía a las responsabilidades dejándola a ella sola cargando con todos los pesos.

—Dayana, yo no estoy embarazada, pero también tengo muchos problemas encima que debo resolver. No puedo ocuparme de resolver el lio que le caerá encima a papá porque él no lo permitirá. Recuerda que yo no soy su hija preferida. Su mayor anhelo siempre ha sido librarse de mí porque le resulté una carga.

La rubia se levantó de su asiento con actitud altanera.

—Ahora eres la novia de David León, ¿no es así? Los recursos te caerán del cielo.

Jimena soltó una risa mordaz.

—Yo no pienso vivir a expensas de David. Soy una profesional, puedo trabajar y mantenerme por mi cuenta.

Dayana se burló de ella con un resoplido y comenzó a recoger sus pertenencias.

—Tú siempre queriendo dártelas de mejor, aunque al final, eres la más mosquita muerta de todas.

La rubia se irguió, repasando a su hermana con soberbia de pies a cabeza.

—No sé qué artimañas usaste para superar a Amanda Dietrich Castillo y quedarte con David León, quien dicen, será el mayor heredero de Leonel Acosta. Fuiste muy inteligente —acusó con insolencia—. Te subestimé demasiado, hermanita.

Luego de decir aquello, se marchó sola a la salida. Abrió la puerta y se fue sin despedirse y sin mirar atrás.

Jimena quedó allí, ahogada en su rabia, con las lágrimas de indignación atoradas en los ojos.

Sabía que Dayana había soltado todo aquel veneno por simple envidia, pero estaba cansada de ser humillada y pisoteada, incluso, por su propia familia.

En ese momento entendió que de ellos jamás obtendría nada. Estaba sola en el mundo.

No pudo evitar que una lágrima de rencor escapara de sus ojos mientras aceptaba su destino y sin dejar de mirar con decepción la puerta cerrada. En ese instante apareció Malena en la sala y se acercó a ella con lentitud.

—Tranquila, mi niña. Mientras nosotros estemos vivos, nunca te faltará cariño verdadero —dijo la mujer antes de abrazarla, logrando con ese gesto consolar su pesar.

No estaba sola en el mundo, seguía teniendo gente que la apoyaba y acompañaba, y un hombre que le había declarado cientos de veces amor eterno.

Ahora tenía la posibilidad de luchar por ellos y mantenerse a su lado. Nada la retendría jamás. Aquel fue su juramento personal.

Capítulo 56. Rechazo.

Mientras David supervisaba la culminación del trabajo de instalación de los invernaderos que formarían parte de una de las parcelas a su cargo, recibió la visita de su hermano Danilo.

Disimuló una mueca de desagrado mientras el hombre estacionaba su vehículo y bajaba para acercarse a él. Se alejó de los empleados para recibirlo. Si venía a hacerle algún reclamo, al menos, no quería que se lo hiciera en público.

—¿Qué haces aquí? —fue su saludo.

Danilo y él nunca habían tenido relación, ni siquiera de pequeños. Se llevaban siete años de diferencia, algo que para ellos era como pertenecer a generaciones diferentes.

Su hermano siempre fue el prudente, el práctico y el estratega, pero también, el rencoroso y el vengativo. Era muy bueno liderando proyectos y llevándolos al éxito, pero malo con las relaciones interpersonales.

Aún no se había casado, aunque, por supuesto, tenía una prometida de clase alta. Una joven que pertenecía a una de las familias más pudientes y poderosas del país. A ella, casi no la veía, pero al padre y a los hermanos sí.

Desde ya trabajaba con ellos en la empresa de construcción de la que muy pronto formaría parte. Luego de la boda, él lideraría todo un departamento con cientos de empleados a su cargo y dirigiría proyectos millonarios, aunque, para que eso pudiese llevarse a cabo, él sacrificaría su luna de miel y el tiempo que compartiría con su esposa.

David nunca aceptó ese tipo de imposiciones. En ocasiones se dejaba llevar por los caprichos de sus padres, solo por diversión, pero desde siempre dejó en claro que jamás se enredaría en una relación con esas características.

Danilo, en cambio, estaba encantado. Lo suyo no era el amor, sino el poder. Para él las mujeres eran para disfrutarlas una noche, más de eso, resultaban un estorbo y una distracción. Por eso solía tener problemas con su hermano menor.

Ambos tenían distintas personalidades y creencias. Esa era la razón por la que chocaban tanto.

—Mi madre me envió para que me asegurara de que estabas bien —respondió aproximándose a él, aunque pendiente de lo que hacían los trabajadores.

—Estoy bien —respondió David con molestia.

—¿Sí? —preguntó Danilo como si fuese una burla. Gesto que molestó a su hermano—. ¿Qué hacen? —quiso saber, ignorándolo, y se dirigió hacia los empleados.

David puso los ojos en blanco. Odiaba que Danilo metiera las narices en sus asuntos.

—Su trabajo —respondió, siguiéndolo.

—¿Por qué usaron policarbonato en vez de vidrio? —consultó mirando al techo de la instalación.

—Porque el policarbonato tiene mayores propiedades de aislamiento.

—¿Y por qué no usaron aluminio en la base? Aunque es más costoso no se oxida con el tiempo y tiene mejor aislamiento.

—Pero es menos resistente a la fuerza del viento de esta región. Necesitamos estabilidad. Además, el tipo que elegí tiene mayor protección al óxido, ya que...

David calló al ver que su hermano volvía a ignorarlo para entrar dentro del invernadero.

Darle explicaciones a Danilo era tarea perdida. Para él, solo sus ideas eran válidas, el resto era solo ruido. Por más demostraciones científicas súper comprobadas que le dieran, nunca lo convencerían que de otra manera era mejor.

David gruñó como reproche para sí mismo y lo acompañó en silencio durante el recorrido. El hombre criticó desde las bolsas que se usarían para la cosecha hasta el tipo de empleados que habían contratado.

Él hubiese preferido traerse cuadrillas de la capital que usar a los campesinos de la región, a los primeros podía pagarles menos y exigirles más, ya que no tenían idea del trabajo que realizaban. Los de allí tenían años trabajando esas tierras, sabían bien lo que hacían.

Luego de casi una hora de extenuante visita, Danilo decidió irse.

—Bueno, ya cumplí. Comprobé que estabas bien y que nada te falta.

David resopló. Su hermano en ningún momento se interesó por su salud o su bienestar, solo en el trabajo. Algo típico de él.

—Si no se presenta algún inconveniente, es posible que en dos semanas organicemos en casa una cena para oficializar mi compromiso —informó Danilo.

—¿No estaba oficializado? —indagó David confuso. Hasta donde sabía, si hermano llevaba dos años comprometido.

—Aún no lo hemos presentado a la prensa.

—Ah, claro. Si no sale en los medios de comunicación no es real —mencionó con sorna.

Danilo se detuvo para traspasar a su hermano con la severidad que destilaban sus ojos.

—Sé que para ti esto es un juego, pero para mí es importante. Me rijo por ciertas costumbres.

—Por supuesto —aceptó David y se guardó las manos en los bolsillos de su pantalón como señal de tregua. Su hermano ardía cuando ponían en tela de juicio sus costumbres.

—Tú deberías seguir también esas costumbres. Te ahorrarías muchos de los problemas en los que ahora estás metido —aconsejó con ironía.

—Si las sigo se triplicarían mis problemas, sobre todo, conmigo mismo.

Danilo resopló.

—No puedo creer que estés echando por tierra una de las mejores oportunidades que has tenido en la vida y todo por un capricho.

—No dejé a Amanda por un capricho, sino por alguien a quien amo de verdad.

—¿Amar de verdad? —Danilo emitió una risa divertida—. No seas imbécil, David. Eso no existe. Lo tuyo es solo un calentón. Quizás la chica es muy buena en la cama, pero de ninguna manera podrás ponerla al mismo nivel de una Dietrich Castillo.

David se tensó por la referencia.

—No pienso minimizar a Amanda, pero tampoco permitiré que lo hagan con Jimena. Ambas son extremo distintas y provienen de mundos diferentes. Lo único que les pido a todos ustedes es que respeten mi decisión y a la mujer que elegí.

Danilo negó con la cabeza e iba a continuar con la discusión, pero en ese instante se estacionó una camioneta en la entrada de la parcela y vieron que de ella bajar Jimena.

—La invocamos.

—Danilo —lo regañó David, y le advirtió, con una mirada desafiante, que no se atreviera a ofenderla.

Para no provocar una pelea entre ellos. Danilo enseguida subió a su auto para marcharse. Jimena se había detenido en la puerta al verlo. Por los rostros de los hombres dedujo que lo mejor era mantenerse alejada hasta que él se fuera.

Cuando el auto pasó por su lado el hombre le dirigió una fría mirada antes de continuar, gesto que a ella le incomodó.

Pero casi enseguida David llegó a su lado y la envolvió en sus brazos.

—Hola.

Ella se aferró a él y aceptó su beso.

—¿Todo bien? —quiso saber en referencia a Danilo.

—Sí, solo vino enviado por mi madre para verificar que estoy bien.

—Me hubieses advertido que él estaba aquí y yo...

—No nos vamos a esconder de ellos —aseguró David con firmeza—. Ni de nadie más. Si a alguien no le gusta lo que hacemos, pues... que se busque otra vida. Porque ésta la viviremos juntos.

Ella no supo qué decirle, solo se fundió con él en un abrazo apretado. Le dolía que nadie en la familia de David aceptara su relación, ni en la suya. Los condenaban sin siquiera darle una oportunidad.

Quizás con el tiempo esa situación cambiaría, pero mientras tanto, les tocaba cultivar la paciencia y centrarse en su relación.

Capítulo 57. Luchar por amor.

Luego de terminar la jornada de trabajo, David se marchó con Jimena a su cabaña. Aún estaban algo incómodos por la situación ocurrida con Danilo León, la espina del rechazo a ambos les molestaba.

Sin embargo, decidieron no darle importancia en ese momento. Necesitaban un descanso.

—¿Tienes algo pendiente para hoy? —le preguntó a ella al abordarla por detrás.

Habló sobre su oreja, en susurros, logrando erizarla. La abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo buscando frotarse en ella, y así conseguir placer.

—Es posible —rebatía la mujer apartándose. Quería torturarlo—. Convénceme de quedarme —lo provocó antes de encararlo.

La mirada seductora y desafiante que le dedicó estremeció a David y en segundos lo puso tan duro como el mármol.

—¿Quién eres? —consultó travieso.

Ella nunca había jugado con él de esa manera y descubrió que le gustaba.

Jimena siempre resultaba una cajita de sorpresas. Con ella nunca se aburría.

La mujer sonrió con malicia y se mordió el labio inferior mientras se dirigía hacia la habitación. David no necesitó de ninguna invitación para seguirla.

Al entrar comenzó a quitarse la ropa con ansiedad.

—Me estás acosando —bromeó ella, al tiempo que se quitaba su abrigo y desataba la coleta en la que tenía atado el cabello. Sus cabellos cayeron en cascada sobre sus hombros.

—¿Yo? Eres tú quien me tiene acorralado.

Ella seguía caminando de espaldas, lento, hacia la cama mientras se iba desprendiendo de su ropa.

Lo tenía hipnotizado, presa de su hechizo seductor. Al verla quitarse la blusa, un oleaje de excitación lo estremeció por completo. Tragó grueso al divisar la bella imagen de sus senos apresados por el sujetador.

La tela semitransparente le daba una visión perfecta de unos pechos henchidos y de sus pezones claros y erguidos que parecían llamarlo con un canto mortal similar al de las sirenas.

—¿No vas a desnudarte?

La pregunta de ella lo trajo de nuevo a la realidad.

David había quedado estático y sin capacidad de raciocinio, algo que nunca en la vida le había ocurrido. Siempre fue activo, imponente y provocador. Sin embargo, ahora se comportaba como un inexperto, quien esperaba ansioso a ser amado, dispuesto hasta entregar su alma al demonio que lo seducía.

Con rapidez terminó de quitarse las capas de ropa que lo cubrían, hasta quedar como un Adán frente a ella, su Eva, por quien caería dichoso en cualquier pecado.

Ambos quedaron parados frente a frente, desnudos y con las pieles ardiendo por el deseo. Sus miradas famélicas repasaban con hambre el cuerpo del otro, ansioso por devorárselo.

—¿Y ahora qué hacemos?

La pregunta de Jimena le causó risas.

En segundos, la mujer seductora y fiera se transformó en una chica virginal e inexperta, conmoviéndolo hasta los huesos.

Corrió hasta ella y la abrazó alzándola del suelo. Enseguida Jimena enrolló las piernas en su cintura y hundió su lengua en la boca de él para comérselo a besos.

Aunque su estrategia seductora había sido interrumpida por haber quedado su mente frente al cuerpo imponente e intimidante de David, dejó que sus instintos actuaran y fueran por esa comida deliciosa que anhelaba.

Lo quería a él.

David la llevó hasta la cama y la colocó con cuidado sobre el colchón sin dejar de besarla. Se acostó sobre ella haciendo encajar enseguida sus cuerpos. No podía esperar más.

El juego seductor de la mujer y su repentina inocencia, avivó en su interior unas llamas que le serían difíciles de controlar.

Jadeo de gusto cuando ella lo absorbió con su calidez, apretándolo, generándole un exquisito placer cuando comenzó a balancear sus caderas para entrar y salir de ella.

Enseguida perdió el sentido de la realidad para enfocarse solo en ese delicioso goce. Olvidó todos sus problemas, los rechazos y las obligaciones para ocuparse únicamente en amarla.

Jimena se retorció debajo de él. Buscaba arquearse y menear sus caderas para acrecentar la fricción. Sus movimientos enloquecieron a David y lo obligaron a acentuar sus estocadas y el ritmo que imponía.

Tuvieron que detener el beso para respirar. Ambos boqueaban como peces fuera del agua aunque dispuestos a no detenerse hasta que sus cuerpos y mentes explotaran.

Ella clavó sus uñas en la espalda de él y en sus nalgas intentando empujarlo más a sí. Sentía que el organismo se le tensaba como si fuese la cuerda de un guitarra y no permitiría que él se rindiera hasta que no la rompiera por completo.

Él hundió la cara en el cuello de la mujer ahogando gritos de placer mientras se incorporaba para penetrarla con mayor intensidad. Quería llegar lo más hondo posible.

Anhelaba hundirse en el cuerpo de ella, hacerse una misma persona, desaparecer del mundo para estar solo dentro de su corazón, donde sabía que había amor a raudales para él.

Esa mujer era el lugar que siempre había deseado, esa calma que durante décadas buscó.

Su paz y su refugio.

No le importaba que nadie a su alrededor la quisiera, que desaprobaran su relación solo porque ambos eran hijos del pecado y por tanto, no estaba permitido que estuviesen juntos.

Él se esforzaría por hacerlo posible, por romper a punta de amor y las cadenas que les habían impuestos. Iba a ser libre y eso logró una vez que el cuerpo de ella estalló en mil pedazos empujándolo a él al delirio del orgasmo.

Los dos gritaron por la tempestiva tormenta que se desató en sus vientres. Se derramaron en un final que pareció eterno y liberador.

Quedaron hecho añicos, aunque felices, pero sin lograr mover ni un solo músculo por casi un minuto.

—¿Te estoy aplastando? —preguntó David con dificultad.

—Ahora no siento nada. Solo fuego —reveló Jimena, arrancando en él una sonrisa de satisfacción.

Con esfuerzo se incorporó para verla a la cara, deleitándose con su rostro enrojecido, sudado y embriagado de placer. Ella mantenía los ojos cerrados mientras recuperaba el aliento.

La tierna y temblorosa sonrisa que ella le obsequió lo conmovió. Bajó su cabeza para besar con suavidad el contorno de sus labios y acarició su piel con la punta de su nariz.

—Me tienes loco, Jimena. Cada día enloquezco más por ti, no logro saciarme.

—Te estoy dando una taza de tu propio chocolate.

Él volvió a besarla, complacido, sintiendo a su pecho henchido por el amor que ella le hacía experimentar.

—Jimena, quiero que seas fuerte. Lo que está por caernos encima será tan difícil como lo que hemos vivido hasta ahora. Mucha gente no entiende lo que sentimos, ya viste como reaccionó hoy mi hermano.

La joven abrió los ojos y le dedicó una mirada brillante.

—No te preocupes, eso lo entiendo, aunque no deja de ser doloroso.

—Para mí también lo es, pero más doloroso me resulta perderte. No quiero volver a pasar por eso. Te juro que no podré seguir en este país sin ti.

Ella le acarició el rostro con dulzura, emocionada por su confesión.

—Yo tampoco podré seguir sin ti, por eso ignoro sus malas caras. Espero que con el tiempo ellas desaparezcan.

—Si no lo hacen me da igual. Yo no pienso apartarte de mi lado. Si ellos no lo entienden es su problema.

La mujer lo tomó por el rostro para acercarlo a sí y volver a besarlo. Quería calmar con sus besos sus ansiedades.

La vida quizás no les resultaría fácil a ninguno de los dos, más aún, si se empeñaban en

llevarle la contraria a sus familiares.

Ninguno pensaba repetir las historias fallidas de amor que habían proliferado a su alrededor. Ellos sí estaban dispuestos a luchar contra viento y marea por lo que sentían, sin importar las consecuencias.

Se esforzarían por mantener esa fortaleza con ayuda del cariño que se dedicaban.

Capítulo 58. La llamada que temía recibir.

El patio trasero de la cabaña de David estaba separado de la montaña por un cercado de alambre. Hilos de agua lo atravesaban, provenientes de pozos naturales que se formaban en las partes más altas.

Cuando la lluvia arreciaba, se divisaba un riachuelo cuyo recorrido había sido trazado sobre un camino de cemento y piedras redondas, del tamaño de un puño. A su alrededor coexistían orquídeas, calas, lavanda y rosas, así como hortensias, campanitas y arbustos de flores amarillas.

También se apreciaban diversas hierbas y lechugas sembradas en los alrededores, mezcladas con manzanillas y follajes.

Sentarse en medio de ese jardín, a la sombra de un pino joven, resultaba toda una experiencia para los sentidos.

Los sonidos de la naturaleza acaparaban por completo la atención, así como los aromas de las flores y las hierbas. Solo bastaba con cerrar los ojos para ser invadidos por aquella majestuosidad.

Allí se encontraban David y Jimena, dos días después del conflicto ocurrido en la posada. Él estaba sentado sobre la grama, recostado del tronco del pino, con Jimena entre sus piernas. Ella apoyaba la espalda en su pecho y se dejaba cubrir por los brazos masculinos.

—¿Qué has sabido de Tomás? —preguntó David sin modificar su posición.

—La doctora me asegura que está más tranquilo. Cumple al pie de la letra con el tratamiento, pero aún no sale de su mutismo —respondió ella con la mirada fija en las copas de los árboles que se mecían con la suave brisa.

—No será fácil para él.

—Ella dice que Tomás es fuerte y cuando está sereno pone de su parte para su recuperación.

—Aún así pasará algún tiempo internado en esa clínica.

—Todo depende de su avance. Una de las cosas que lo ayuda es el trabajo en la granja. Es su mejor terapia. Por eso la doctora no descarta que una parte del tratamiento la haga aquí, en la Colonia Tovar.

David suspiró y apretó su agarre.

—No quiero que vivas con él cuando regrese —exigió David.

—No creo que le haga bien. Si ahora me quedo en esa casa es para ayudar a Malena y a Goyo mientras Tomás está en Caracas, pero luego, tendré que irme.

—¿Seguirás reclamando esas tierras?

—No, se las cederé a Tomás. Si él insiste en incluirme para cumplir con la promesa que le hizo a mi madre, le propondré que seamos socios de la granja. Puedo ocuparme de comercializar la producción, un trabajo que a él le inquieta, así se centra solo en la cosecha.

—Me parece una buena idea —le dijo y hundió el rostro en sus cabellos—. ¿Y qué piensas hacer con tu vida?

El silencio fluyó entre ellos por unos segundos mientras Jimena se llenaba los pulmones de aire.

—No sé. Ayer hablé por teléfono con Marcos, mi amigo. Perdí la suplencia en la universidad al no presentarme —reveló y se aferró a los brazos de él en busca de estabilidad—. Tengo otras opciones, aunque te confieso que estoy perdida. No sé cuál tomar.

—¿Y no aceptas nuevas ideas?

Ella sonrió al sentir los labios húmedos de David recorrer con besos el lóbulo de su oreja.

—Claro, siempre son bienvenidas.

—Voy a necesitar de alguien que me asesore con el tema financiero —le susurró sobre el oído, lo que la hizo erizar.

—¿Y no tienes a los asesores de Leonel Acosta?

Ella emitió un gemido al recibir sensuales mordiscos en el cuello.

—Esos son de Leonel, yo quiero uno solo para mí —expresó, al tiempo que introducía una mano dentro del abrigo de la chica.

—¿Qué haces?! —preguntó ella en medio de risas.

—Quédate quieta, estamos en una entrevista de trabajo.

Él le giró el rostro para alcanzar con facilidad su boca y acapararla con un beso profundo, mientras su mano acariciaba el vientre plano de la joven y buscaba uno de sus senos.

—Esto es acoso sexual —pronunció la mujer entre gemidos y risas, con la piel encendida por el deseo.

—No. Esto es amor —pronunció él antes de besarla con ansiedad.

Las caricias cada vez se volvían más atrevidas. David pensó en detenerse e ir al interior de la cabaña, ya que el patio estaba separado de los jardines de los vecinos únicamente por un cercado de alambre, pudiendo estar a la vista de cualquiera.

Cuando estuvo a punto de levantarse para llevar a cabo su propósito, su teléfono móvil comenzó a sonar con insistencia dentro del bolsillo de su abrigo.

—Maldita sea —masculló mientras se afanaba en buscar el aparato.

Jimena sonrió y se sentó abrazada a sus rodillas para darle libertad de movimiento con la cara sonrojada por la pasión.

David comprimió el rostro en una mueca de disgusto al ver el número de su madre reflejado en la pantalla de su móvil.

—Mamá —la saludó con resignación al atender la llamada y se apretó el puente de la nariz con los dedos de su mano libre—. ¿Qué pasa? —preguntó con curiosidad al escucharla llorar.

Mientras la mujer le explicaba el motivo de su tristeza, las facciones de David se endurecían. Jimena no lo notaba por observar ensimismada los hilos de agua que corrían por el camino de piedra y atravesaban el jardín para sumergirse luego en el valle de la montaña.

—Voy enseguida para allá.

Al escuchar la voz irritada de David, ella se giró. Percibió como la ira y la angustia se debatían en su rostro.

Él finalizó la llamada y se mantuvo por un instante sumido en sus pensamientos, con la mirada fija en la grama.

—¿Qué ocurre?

David alzó la vista para observarla con desasosiego.

—Leonel... lo hospitalizaron de emergencia.

No fue necesario que se explicara más para que ella comprendiera la situación. En otras oportunidades, David le había comentado el delicado estado de salud de Leonel Acosta y aunque él poco hablaba de ello, Jimena había notado lo mucho que esa situación lo afectaba.

—Debo viajar a Caracas —notificó, algo aturdido.

Ella, al ver su duda, decidió levantarse del suelo para animarlo a hacer lo mismo. No sabía qué le había dicho su madre por teléfono, pero aquello golpeó de tal manera a David que no lo dejaba actuar con claridad.

—¿Quieres que te acompañe?

Él oteó los alrededores, como si de repente no reconociera el lugar donde se hallaba. Jimena lo tomó por un brazo y lo obligó a mirarla a los ojos.

—David, ¿estás bien?

El hombre negó con la cabeza. En sus ojos se reflejaba una creciente preocupación.

—No sé qué haré si muere.

Ella le acarició el rostro con dulzura, conmovida por la imagen de niño extraviado que David mostraba.

—Iré contigo. Llegaremos a tiempo —le aseguró.

Solo recibió un movimiento de cabeza como afirmación. Lo tomó de la mano y caminaron juntos al interior de la casa, en busca de las llaves del auto.

Horas después, ambos llegaban a la clínica. El viaje había sido silencioso, solo recortado por las conversaciones telefónicas de David con su madre, su hermano y con su asistente, el joven Pablo, con quien se había comunicado para dejarle instrucciones sobre el trabajo en las propiedades de la Colonia Tovar mientras él estaba en Caracas.

Ella lo único que hacía era escucharlo sin hacer comentarios, pero preocupada por haber

oído un par de veces el nombre de su padre en medio de esas charlas.

La ansiedad se le transformó en furia al llegar a la clínica y recibir una mirada desaprobatoria de parte de Danilo León, el hermano de David, cuando este los vio llegar juntos al centro de salud.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó el hombre con enfado.

La había conocido días atrás cuando fue a la Colonia Tovar para asegurarse, por orden de su madre, que su hermano se hallaba en excelente estado de salud luego del último ataque recibido. En esa oportunidad fue frío con Jimena, al igual que en esa ocasión.

—Es mi novia y viene conmigo —respondió David con la misma actitud.

—No creo que sea prudente que te pasees con ella en este lugar, no solo por lo ocurrido, sino porque Amanda está aquí con nosotros y merece respeto.

David estuvo a punto de rebatir esas palabras, pero Jimena lo detuvo al tomarlo por un brazo y obligarlo a mirarla.

—Ve con Leonel, yo iré a mi casa.

—No, te quedas conmigo. Te necesito mi lado —exigió, pero ella le habló con calma y firmeza para convencerlo.

—Ahora lo importante es que estés con Leonel. Él te espera. No pierdas más tiempo.

David cerró los puños y apretó la mandíbula con furia. Odiaba hallarse en esa situación, donde la única opción era hacer lo que otros querían.

No podía estar afuera con ella para defenderla de cualquier acusación, ni llevarla consigo a la terapia intensiva de la clínica.

—Quiero que atiendas el teléfono cada vez que te llame —ordenó con autoridad.

Ignoraba por completo la ansiedad que reflejaba su hermano, quien les había dado la espalda en medio de un resoplido deseoso porque terminaran su conversación para hablar con David antes de que él se reuniera con Leonel.

—No me dejes de lado, Jimena. Hoy te necesito más que nunca —pronunció con voz casi suplicante.

—No lo haré, estaré pendiente del teléfono y te prometo que estaré aquí cuando me lo pidas, pero ahora ve con Leonel.

David dudó un instante. Posó sus ojos inundados de temores en ella. Le encerró el rostro entre las manos y la besó con frenesí, ávido por beberse toda su fortaleza, ya que a él no le quedaba mucha.

—Te amo, no lo olvides nunca —susurró sobre los labios de la chica antes de despedirse con un beso corto y encaminarse con su hermano al interior de la clínica, donde se hallaban los socios y asesores de Leonel Acosta.

Jimena lo observó por un instante, con los ojos húmedos, para luego darse media vuelta y

regresar al exterior mientras la rabia le invadía cada rincón de su organismo.

Al cabo de varios minutos llegó a la casa de su padre, donde el silencio reinaba con una intensidad abrumadora.

Al pasar a la sala quedó paralizada, todo el lugar estaba sumido en el desastre: los adornos de las mesas y estantes se hallaban en el suelo, rotos en pedazos, y algunos muebles estaban caídos. Era evidente que alguien los había lanzado en un arrebato de furia.

Caminó al interior hasta llegar al comedor. Allí encontró a su padre sentado a la cabecera de la mesa, en una posición deplorable.

Se encontraba abatido en la silla, como si el organismo le pesara, dormido, sudoroso y despeinado. La camisa la tenía abierta hasta la mitad y fuera del pantalón. Se había quitado la corbata y los zapatos se hallaban a pocos metros de él.

Dos botellas de coñac descansaban vacías sobre la mesa, junto a un vaso de cristal derribado.

Se acercó con sigilo mientras escuchaba sus débiles ronquidos. En una mejilla Rodrigo Luna tenía una herida manchada con sangre fresca, parecía un rasguño hecho por una mano femenina.

—Papá —lo llamó con serenidad para no sobresaltarlo. Tocó su hombro y lo agitó un poco—. Papá, ¿estás bien?

Con lentitud Rodrigo despertó, observaba confundido los alrededores.

Al ver a Jimena su rostro se endureció y emitió un gruñido mientras se incorporaba con esfuerzo para sentarse con dignidad en la silla.

Capítulo 59. Decepción.

—¿Qué haces aquí? —preguntó irritado y tomó las botellas para revisar su contenido.

Ella se irguió y se cruzó de brazos. Dirigió una mirada severa hacia él.

—¿Qué le hiciste a Leonel Acosta?

El hombre bufó y se levantó de la silla para caminar tambaleante hacia una pequeña mesa ubicada en un costado, que servía de bar, y donde se hallaban diversos tipos de licores.

Rodrigo los evaluó señalándolos con el dedo índice, hasta que encontró uno de su agrado.

Sonrió con satisfacción mientras regresaba a la mesa con una botella de vodka. Tomó el vaso derribado y lo sacudió para quitarle los restos de coñac, finalmente se sentó con cansancio para servirse la bebida.

—No hice nada —respondió con voz embriagada.

—Leonel está mal, lo tienen hospitalizado en una clínica y dicen que fue por tu culpa.

Rodrigo emitió una risa ahogada.

—¿Mi culpa? Ese imbécil estaba mal cuando fui anoche a verlo. ¡Se está muriendo, ¿lo sabías?!

Jimena se enfadó por la expresión divertida que asumió su padre mientras comentaba el estado de salud de Leonel Acosta.

El hombre se tambaleó como si fuera a caerse de la silla y derramó licor en sus pantalones, pero se recuperó con rapidez y continuó llenando su vaso.

Dejó con estruendo la botella sobre la mesa, para demostrar su disgusto. Dio un trago largo a la bebida y comprimió el rostro en una mueca de desagrado.

—Solo fui a defender tu honor. ¡Desagradecida! —se quejó, sin poder dejar inmóvil su torso, que oscilaba de un lado a otro amenazando con caer en algún momento. Jimena se mantenía imperturbable. La furia le impedía conmoverse por el estado patético del hombre—. Reclamé los derechos que te correspondían y ese estúpido me gritó y me echó de la casa, ¡como si yo no fuera nadie! —espetó dando un fuerte golpe a la mesa con su puño, lo que agitó el vaso lleno de vodka.

—No tenías que haber hecho eso.

—¿No?! ¡Eres mi hija y David León se aprovechó de ti! ¡Él quiere destruirte como lo hizo con Mariano!

Al pronunciar el nombre de Mariano Lozada, Rodrigo estalló en llanto. Con una mano sostuvo su cabeza y lloró con intensidad, lo que enfureció aún más a Jimena.

—A Mariano lo destruiste tú con tu rechazo.

Rodrigo Luna rugió y barrió con sus brazos la mesa. Lanzó a un costado las botellas vacías

de coñac y la de vodka, así como el vaso que cristal, que se estrelló contra la pared para hacerse añicos.

Jimena se sobresaltó y retrocedió un paso. Observó con alarma a su padre, quien parecía un toro embravecido y herido, que mantenía la mirada fija en la persona que lo había retado.

—Mariano era un imbécil, un llorón.

—No le digas así.

—¡Le di todo lo que necesitaba!

—¡El solo quería amor y tú se lo negaste!

—¡No seas idiota! —vociferó Rodrigo y se puso de pie. Tuvo que sostenerse de la mesa para no caer—. ¡El amor no existe, es un mito inútil que utilizan todos ustedes para pedirme dinero!

Jimena resopló indignada y cerró los puños para controlarse y no perder el tiempo en discusiones con su padre.

—¿Dinero? Eso es lo único que tú buscas. Nosotros queremos respeto y cariño.

La carcajada sonora de Rodrigo resonó en la casa.

—Deja de hablar tonterías. Nada de eso te da de comer, no paga las cuentas, no te compra ropa de marca, ni libros, ni juguetes, ¡ni las drogas que ese idiota consumía a diario!

Ella sintió desprecio por la forma en que él se refería de sus propios hijos. Los consideraba simples objetos que podía satisfacer con dinero.

—Me das lástima —fue lo único que pudo decirle al mirar la imagen penosa en la que había terminado aquel hombre, quien en más de una ocasión se había venerado a sí mismo asegurando que era invencible.

—¿Yo, lástima? —Rodrigo sonrió con energía y se tambaleó aún más. Debió sostenerse con mayor fuerza de la mesa para conservar el equilibrio—. Tú eres quien da lástima. ¿Crees que este es mi fin? No, chiquita, es solo un resbalón —declaró sin dejar de reír—. Soy más fuerte de lo que crees.

—¿Fuerte? Eso lo crees ahora, pero cuando te des cuenta de que estás solo reaccionarás —respondió ella con enfado.

Rodrigo volvió a reír.

—¿Solo? No, no. ¿Lo dices por Tamara? —El hombre bufó y se tambaleó hacia atrás viéndose obligado a sentarse en el borde de la silla para no caer—. Esa estúpida se fue porque es corta de mente. Mira lo que me hizo al enterarse del embarazo de Lucía —acusó y señaló su mejilla herida—, y mira como dejó la sala. ¡Es una bestia! ¡Bruta como su familia!

Jimena apretó la mandíbula y los puños para no rebajarse al nivel de su padre y terminar enzarzada con él en un altercado inútil.

—Pero ya verás como pronto regresa —aseguró el hombre con una sonrisa traviesa—, le

gusta la buena vida y esa solo podré dársela yo.

—Dudo que sea así.

—¡Tú no sabes nada! —sentenció Rodrigo con ira—. Eres bruta también, como tu madre. Tengo que dejar de mezclarme con gentuza —declaró para sí mismo y oteó los alrededores en busca de la botella de vodka. Al verla destruida en el suelo, se sorprendió y la señaló rabioso—. ¡Mira lo que me hiciste hacer, bruta! ¡Tráeme otra botella! —ordenó, pero Jimena no se movió de su sitio.

—En unos días vendré a buscar mis cosas —expresó ella con serenidad, decepcionada por la conversación que había mantenido con ese hombre.

—¡Llévate tus porquerías de una vez! —rugió Rodrigo—. ¡Y sal para siempre de mi vida! ¡Eres una carga, nunca quise tenerte!

Ella se dio media vuelta y salió de la casa con el corazón apretado en el pecho.

—¡Jimena! ¡JIMENA! ¡Vuelve aquí! —exigió Rodrigo desde el comedor—. Ven ya, maldita sea. ¡Tráeme una botella!

Como la joven no lo atendía, él se puso más ansioso.

—¡Jimena! ¡Habla con Leonel Acosta! ¡Dile que atienda a mis llamadas! ¡Jimena! ¡JIMENA! —gritó, cada vez más desesperado.

Sin embargo, ella no se detuvo. Cruzó aquella vivienda sin mirar atrás, sin extrañar nada ni lamentar su decisión y con los ojos empañados en lágrimas, más por ira que por tristeza.

Al menos cumplía uno de los propósitos de su vida: marcharse para siempre de ese hogar que nunca dejó de serle desconocido y ajeno.

Capítulo 60. Un bálsamo reconfortante.

David tuvo que soportar por varios minutos, con rabia y frustración, una desagradable conversación con los socios y abogados de Leonel Acosta en relación a la extensa herencia que el hombre estaba por dejar.

Su hermano Danilo se mantuvo en todo momento a su lado. Se había autoproclamado protector de sus intereses. Federica Castillo también estuvo presente, seguía con seriedad e interés la discusión.

Amanda la acompañaba, pretendía servirle de apoyo a su tía, aunque aprovechó la ocasión para lanzarle a David miradas llenas de reproches y acusaciones, lo que hizo que él se sintiera aún más incómodo.

Cuando al fin logró que le permitieran el paso a la terapia intensiva, el que caminaba por el largo y aséptico pasillo era un hombre destruido, enojado con la hipócrita realidad que lo rodeaba.

A todas aquellas personas lo único que le importaba era determinar la justa repartición de los bienes del moribundo, incluso, antes de que este muriera. Así, si era precisa su firma para algún documento, la obtendrían a tiempo.

Federica reclamaba sus derechos, furiosa porque la mayor parte de la herencia la obtendría David, quien justo en ese instante se había enterado de que existían pruebas que confirmaban la paternidad de Leonel sobre él.

Esas pruebas habían sido hechas en secreto cuando era un bebé y fueron ocultadas para luego utilizarlas en la elaboración de su testamento, entregándole más que las tierras de la Colonia Tovar.

Todas las sorpresas, exigencias y reproches obtenidos en menos de una hora, se mezclaron con el miedo y el dolor anidado en su pecho.

Como un autómatas avanzó hacia el lugar donde se hallaba su verdadero padre, al que le negaron toda su vida, viendo que de allí salía un sacerdote portando en la mano derecha una gruesa biblia y en la otra, un frasquito que contenía una especie de aceite.

Al pasar por su lado él lo saludó con una venia de la cabeza. El hombre le dedicó una sonrisa compasiva y siguió de largo.

Era el fin, David lo presentía, pero le costaba aceptarlo.

Al entrar y mirar el cuerpo flácido del padre a quien añoró por años, acostado en una cama de hospital que lo hacía ver más pequeño de lo que era y sobre unas sábanas tan blancas como su piel, se estremeció.

No pudo avanzar más. Se frotó la frente perlada de sudor con una mano fría y pálida, que

temblaba de manera perceptible.

Su madre se hallaba sentada junto a él, con la cabeza gacha. Acunaba entre sus manos, una mano pálida y huesuda de Leonel.

Una punzaba de angustia lo invadió al reflejarse en esas manos entrelazadas.

Desde su posición captaba todo el amor que ellas desprendían, así como la soledad y la pena que siempre las rodeó.

Manos que millones de veces se unieron en las sombras, se acariciaron ocultas de miradas ajenas y se rozaron bajo las mesas o cuando otros les daban la espalda. Unas que se amaron en el silencio durante una eternidad, para mantener intacta las apariencias y no perder la posición alcanzada ni enfrentar los conflictos.

Ahora no les importaba nada, era el final, la última vez que se sentirían. Por eso no se escondían. Total, en cualquier momento se separarían y solo otra muerte podría unirlos de nuevo.

Cerró los ojos para calmar el ahogo que experimentó su alma. No quería eso para sí, no deseaba sufrir de esa manera. Si debía atravesar el infierno para evitar esa angustia lo haría, no estaba dispuesto a cometer el mismo error.

—Hijo.

La débil llamada de su madre lo obligó a abrir los ojos, velados por las lágrimas. Se fijó que Leonel también había girado el rostro hacia él y lo observaba con ansiedad.

No podía hablar, una mascarilla de oxígeno le cubría la boca y la nariz, pero sus ojos café, tan parecidos a los de David, le gritaban ruegos que él supo traducir.

Se acercó en silencio a la cama y se ubicó a su lado.

—Aquí estoy —le dijo y unió sus manos a esas manos entrelazadas, que eran tan suyas como las propias.

Leonel cerró los ojos con alivio y se le vio sonreír a través de la mascarilla. Permaneció así, con el rostro en dirección a su hijo y a la mujer que amaba.

No era necesario decir nada, las palabras sobraban, el calor de esas manos unidas se traspasaron todos los «te quiero» y los «perdóname» que los labios nunca pronunciaron.

En ese último momento el lenguaje de las caricias fue el vehículo que le otorgó a David lo que tanto había anhelado.

—Dejo algo para ti —le informó su madre una hora después, cuando las enfermeras les indicaron que esperaran en el pasillo mientras los doctores realizaban el control por cambio de guardia.

La mujer abrió su cartera y sacó una libreta de bolsillo que puso en sus manos.

—Me dijo que era muy importante, que te lo entregara sin que nadie nos viera.

—¿Qué es?

—No sé. Me pidió discreción y eso le di.

Ella se recostó de la pared con el rostro comprimido por la tristeza mientras él revisaba la libreta.

Al inicio dudó, tenía miedo de lo que pudiera encontrar allí, pero con mano temblorosa se atrevió a leer sus primeras páginas, descubriendo que era una especie de diario.

Leonel había escrito, cada día, textos cortos dirigidos hacia él. Ya fuesen de disculpa, de alegría por sus logros alcanzados, consejos, frases motivadoras y hasta instrucciones.

Se recostó contra la pared y decidió no leer con detalle el cuaderno, al menos, no en ese momento. El corazón se le astillaba cada vez más con cada frase leída. Lo revisó por encima, pasando sus hojas con curiosidad mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Su padre le había dejado, incluso, las claves de acceso a sus cajas fuertes, datos bancarios y de sus empresas. Nombres de las personas con las que previamente él ya se había comunicado para que lo asesoraran en el trabajo y aquellos a los que él deseaba que protegiera, esos empleados leales que nunca lo abandonaron ni en las buenas ni en las malas.

Leonel le dejaba sus últimos deseos, pero también, sus verdaderos sentimientos.

Las últimas páginas, que estaban escritas con letras torcidas y temblorosas, contenían cada vez menos información. Era evidente que el malestar de la enfermedad lo dominaba y no le permitía escribir.

«Te amo», «Te amo», «Te amo...», contenían las últimas dos páginas, con letra cada vez menos legible.

David rodó su espalda por la pared para agacharse y apoyar un codo en su rodilla. Se tapó el rostro para desatar su llanto, sin importarle quien pudiera verlo.

Su madre quiso consolarlo, pero el dolor de él propulsó el de ella, acompañándolo en su desahogo.

Cuando les permitieron regresar a la habitación, volvieron a sus lugares y tomaron de nuevo su mano.

—Te amo, papá. Siempre te amé —susurró David junto a la oreja del hombre—. No te preocupes por nada, me ocuparé de todo como siempre has querido. Todo entre nosotros queda perdonado —aseguró, antes de besar su cabeza.

Leonel dibujó una sonrisa y giró un poco el rostro hacia él, dejando en claro que lo había escuchado. Y entendido.

Así estuvieron por los próximos minutos, hasta que su respiración se detuvo definitivamente y el pitido de los aparatos les anunció que era el final.

Horas después, David dejó a su madre con su hermano y caminó con pasos mecánicos hacia el exterior del recinto.

Buscaba aire, luz y calor, elementos que le indicaran que la vida continuaba y que él debía

mirar hacia adelante a pesar de la destrucción interna en la que se hallaba.

Allí la encontró, sentada en el muro de piedra de una jardinera, sola, lejos del resto de los familiares, socios y amigos de Leonel Acosta. Oculta por palmeras y arbustos de las miradas cargadas de reproche que algunos le dirigían, sobre todo, Amanda Dietrich.

Al verla, David se acercó a ella, y sin pensarlo la envolvió entre sus brazos para apretarla contra sí. Le importaba muy poco los murmullos que se produjeron a su espalda, él no se escondería como lo habían hecho sus padres, no sacrificaría su vida a las apariencias.

—Lo siento mucho —murmuró Jimena sin dejar de acariciarle la espalda y cerró los ojos para disfrutar de aquel abrazo, que para ambos resultaba un bálsamo reconfortante en ese momento marcado por las pérdidas.

Capítulo 61. Dos arcoíris en el cielo.

Tres meses después de la muerte de Leonel Acosta, David aún permanecía en el país. Se ocupaba del desempeño de los terrenos que había heredado en la Colonia Tovar y que, junto con su relación con Jimena, representaban su motivo para no dejarse amilanar por las adversidades y seguir adelante.

La pelea por la enorme fortuna que le había dejado su padre lo consumía. Por eso él solía refugiarse en la Colonia, en ese paraje oculto entre montañas, así disfrutaba de sus dos grandes pasiones: la mujer que se había convertido en el amor de su vida y el contacto con la naturaleza.

Ambos se pasaban la mayor cantidad de tiempo en esa región, vivían juntos en aquel pedacito de Alemania asentado en el Caribe, un lugar de ensueño, donde era fácil imaginar que al cruzar sus límites se traspasaba el tiempo cayendo en una realidad paralela de la que nunca deseaban salir.

Compró una cabaña propia, cerca de los terrenos más grandes que trabajaba. Allí construían sus sueños y superaban las dificultades.

La propiedad que había adquirido tenía más de 2000mts y una construcción compuesta por tres cabañas de madera que poseían el típico estilo de arquitectura alemana medieval.

La casa principal, donde vivía con Jimena, poseía un salón amplio junto al comedor. La cocina daba al enorme patio y la parte superior contaba con dos habitaciones cada una con su baño. En la terraza trasera había una chimenea y un bar, era allí donde ellos se pasaban la mayor cantidad de tiempo, hasta habían instalado sus oficinas.

A pocos metros se hallaba la cabaña de huéspedes, que poseía una distribución parecida a la principal solo que mucho más pequeña. Y pasando un campo de flores se hallaba una cabaña anexo, pequeñita, de apenas una habitación con baño y una cocina. Esa se la dejaban a los empleados de la capital que iban a la zona a trabajar en sus terrenos por algunos meses.

David estaba emocionado con aquella propiedad, por primera vez sentía que tenía algo suyo que nadie le arrancaría de las manos y donde comenzaría a construir su futura vida.

Quería tener hijos con Jimena, unos a los que jamás abandonaría, que llenaran con sus risas y alegrías cada rincón.

Solía hablar con ella de sus nuevos proyectos mientras ambos disfrutaban de un chocolate caliente en el mirador ubicado al final de la propiedad, que les daba una hermosa vista a las montañas de la zona. Imagen que lo reconciliaba con la vida.

La madre de David había aceptado con buen agrado a Jimena, la pérdida del hombre que amaba la ayudó a comprender las decisiones de su hijo. En ocasiones se reunían para charlar y conocerse, llegando a establecer una bonita y respetuosa relación.

Al resto de su familia y allegados les costaba asimilar la situación. Como a Danilo, su hermano, quien no volvió a rechazarla ni a tratarla con desprecio, pero se mantenía al margen. Él tan solo la veía como una extraña, alguien en quien le costaba confiar.

A David, eso no le preocupaba, ahora podía asegurar que era feliz, y ese estado de gracia no se lo quitarían con absurdas exigencias.

Poco a poco fue retomando sus antiguas costumbres, así como el contacto con amigos que al igual que él, eran fanáticos de la naturaleza y de los deportes extremos.

En una ocasión viajó con Jimena y un grupo de compañeros de Caracas a la Colonia Tovar a través del río Tuy por un camino de tierra.

Sobre vehículos 4x4, especialmente equipados para la osadía, se sumergieron en la vegetación y atravesaron treinta y dos veces el río en medio del feroz rugido de los motores de los autos.

Jimena nunca había vivido una experiencia similar. Y aunque el camino le había resultado un poco brusco, por la cantidad de piedras, surcos y restos de vegetación que tuvieron que franquear, al final el paseo le pareció fascinante.

Se toparon con pendientes muy inclinadas que David atravesó sin inconvenientes, con una enorme sonrisa en los labios y con el brillo de la adrenalina refulgiéndole en las pupilas, mientras escuchaba a todo volumen las estruendosas notas de sus temas favoritos de rock.

Ella, sin embargo, se aferraba al asiento como si fuese un gato asustado, sintiendo como el corazón le latía en la garganta cada vez que el vehículo tomaba una posición casi vertical durante esas riesgosas subidas y batallaba contra el terreno para llegar a su destino.

Aún más increíble le pareció el paso por el río, con el agua llegando un poco más abajo de su ventanilla y oyendo los sonidos del auto que se esforzaba por sortear el obstáculo para luego lidiar con la arena resbalosa de la orilla.

En una oportunidad tuvieron que detener el paseo para auxiliar al vehículo de uno de los miembros de la expedición, que se había quedado varado en medio del río. Con la ayuda de fuertes cinchas y la colaboración de todos, lo arrastraron a la orilla, y se esforzaron por revivir el motor que se había llenado por completo de agua.

Cuando llegaron a la carretera asfaltada para tomar el camino a la Colonia Tovar, las vistas que se le presentaban desde esas latitudes eran más que un regalo. Kilómetros y kilómetros de montañas y valles fértiles se extendían ante ellos y les mostraban las bellezas de sus parajes.

Más cerca del pueblo los techos rojos de las casas se hicieron visibles, así como los terrenos sembrados de tomates, fresas y duraznos.

La vida en la Colonia no se les hacía monótona. Cada vez que tenían ocasión escapaban del trabajo y se subían a las bicicletas de montaña que habían adquirido dispuestos a recorrer diferentes rutas y visitar los lugares que más les agradaban.

Como el cedro gigante, el árbol milenario del que tanto le había hablado Adelaida a Jimena, sitio que visitaba cada vez que podían para sentarse sobre sus raíces solo a pensar mientras admiraba las bellezas de la naturaleza.

En zonas como esas David también se perdía en sus pensamientos.

En una ocasión él se había extraviado tanto entre sus recuerdos mientras admiraba el horizonte montañoso y la tormenta que se alejaba de la región, que Jimena decidió apartarse con sigilo para concederle intimidad.

Sabía que en esos momentos David luchaba por recordar los instantes compartidos con su padre, que en el pasado se esforzó por olvidar, y ahora intentaba recuperar para atesorarlos en su memoria.

Ella caminaba hasta el gran cedro y se abrazaba a sus raíces. Protegida bajo su sombra procuraba oír los latidos que en una oportunidad creyó haber escuchado. Las energías que el inmenso árbol le trasmitía le producían bienestar, sensaciones que también experimentaba cuando se abrazaba a David.

Él era su árbol, su cedro gigante, su estabilidad y fortaleza.

Minutos después, mientras se alistaban para regresar en bicicleta al pueblo, una ligera llovizna comenzó a caer.

Jimena alzó el rostro al cielo y cerró los ojos para que el agua le cayera sobre la cara.

—Mira los arcoíris.

El llamado de David la obligó a dirigir su atención hacia las montañas para apreciar los dos arcoíris de intensos colores que se producían cerca de ellos. Uno más grande que el otro.

—¡Que hermosos!

—Los colores son tan brillantes que parecen pintados en acuarela y no formados por un espectro de luz —comentó él, con la mirada fija en el poco habitual fenómeno.

Jimena sonrió complacida y sintió que la piel se le erizó al ser embargada por los recuerdos.

—¿Has oído hablar de la leyenda del collar de cristal? —le preguntó a David, quien la observó con curiosidad y negó con la cabeza—. Es un mito *Wayüu*, me lo contó mi abuela materna cuando era una niña y habla sobre el origen del arcoíris según los indígenas de esa tribu.

—Me encantaría escucharlo —aseguró él con una sonrisa mientras ambos se colocaban los cascos y caminaban uno junto al otro por un sendero de tierra para salir de la zona del árbol milenario, llevando consigo las bicicletas.

—Hace mucho tiempo vivía en la Guajira un joven de nombre Arikuai, hijo de un piache, sabio y prudente como él, que conocía los secretos de la naturaleza. Sabía curar las enfermedades, tanto del cuerpo como del alma, e imitaba los sonidos del viento y de los animales —comenzó a narrar ella—. En una rancharía cercana vivía un adinerado patriarca que tenía una

hija llamada Anakuai, delicada, diligente, alegre y cariñosa. Todos la querían, no porque fuera la más bella, sino porque era agradable y cordial. Arikuai y Anakuai se encontraban siempre en todas las fiestas, eran el centro de atención, al poco tiempo se casaron.

Ella detuvo unos segundos la narración para mirar con alegría a los dos arcoíris, antes de que estos desaparecieran del cielo.

—Como regalo de bodas, el anciano piache colocó en el cuello de Anakuai un sencillo collar de cristal y le ordenó que lo conservara y lo utilizara cuando estuviera en peligro, con la única condición de que siempre amara a su esposo y le fuera fiel. Algo que por supuesto, no fue difícil para la chica —aclaró Jimena con una sonrisa cómplice—. Los dos se amaron con pasión, sin dejar de ser amistosos ni solidarios, pero la cordialidad de Anakuai fue malinterpretada por un apuesto y rico joven venido de un lugar distante de La Guajira, que le declaró su amor a la chica y como esta se negó, le aseguró que si no se divorciaba de su esposo para unirse a él, se vengaría.

—Típico —se burló David y recibió un golpe en el hombro como reprimenda.

—Déjame continuar.

—Está bien. Sigue, sigue —la aupó sin dejar de reír.

—Anakuai se entristeció, pero por temor a empañar su amor o no ser comprendida por Arikuai no le dijo nada. Tiempo después los esposos caminaban en dirección a la selva. Sin ser visto, el vengativo enamorado los seguía. Ellos se sentaron en un tronco caído y se amaron jurándose fidelidad. El pretendiente furioso, en un ataque de celos, sacó una flecha, templó el arco y cuando se disponía a lanzarla hacia Arikuai, la joven lo vio y lanzó un grito de terror a la vez que se arrancaba el collar, regalo del piache, y lo lanzó al intruso.

La acción del relato llamó aún más la atención de David, quien miraba expectante a Jimena para conocer el final de esa historia.

—En ese instante la selva enmudeció y se pobló de niebla, y en el cielo aparecieron dos hermosísimos arcos de siete colores que cegaron la vista del vengativo pretendiente, aunque no evitaron la catástrofe. La pareja murió traspasada por la flecha, transformando sus cuerpos en dos espectros de luz de colores que adornaron el cielo. Por eso dicen que en el cielo de La Guajira después de las tempestades, cuando aparecen dos arcoíris juntos, sin un símbolo de amor, paz y esperanza para los habitantes.

David resopló.

—Preciosa la historia, pero ¿te das cuenta del mensaje que encierra?

Jimena lo miró ceñuda.

—¿Cuál?

—Si la mujer le hubiera dicho a su marido lo que ocurría, nada de eso hubiera pasado. —Ella bufó y negó con la cabeza—. Arikuai habría actuado antes, se encargaba del sujeto y fin de

la historia.

—Si Arikuai hubiera hecho eso, no se habrían formado los arcoíris.

—El arcoíris es un fenómeno óptico y meteorológico que...

—¡David!

Jimena detuvo la explicación científica que el hombre pretendía dar.

—¿Qué?!

—A veces es necesario cometer errores para comprender la amplitud de nuestros actos —explicó la chica para ganarse la atención de él—. De no ser así, es posible que en vez de vivir un idilio, lo hagamos dentro de una mentira bien diseñada. ¿No crees?

David se mantuvo en silencio mientras salían del sendero y tomaban la vía que los llevaría de vuelta a la Colonia Tovar, acompañados por una casi imperceptible llovizna.

Consideraba las palabras de Jimena y trataba de llevarlas a su vida. Si no hubiera sido por los errores cometidos, jamás hubiera podido comprender su propio actuar y las consecuencias que ellos arrastraban.

Nunca habría salido de su mundo de fantasía, creado para escapar de sus tormentos y guardar las apariencias, y hasta hubiese repetido el mismo error que sus padres, una y mil veces, hasta que su dolor acabara con él.

La batalla le fue difícil, pero los resultados le eran satisfactorios. Giró el rostro hacia su arcoíris particular, la mujer que había logrado llenar de luz y color sus días.

—Cuando tienes razón... tienes razón —fue lo único que pudo responder, lo que arrancó una sonrisa en Jimena.

La tomó por el cuello y la acercó a él para darle un profundo beso antes de que ambos subieran a sus bicicletas y emprendieran el camino de regreso.

Capítulo 62. Vientos de libertad.

Llegado el once de noviembre, la Colonia Tovar se volvió un hervidero de turistas. Ese día se celebraba la fiesta patronal del pueblo en honor a San Martín de Tours. La imagen de ese Santo había viajado con los colonos desde Endingen hasta Venezuela en 1843.

Aquellas fiestas se convirtieron en la actualidad en Patrimonio Cultural Inmaterial del municipio Tovar y resultan el clímax del turismo en la zona.

La gran cantidad de personas que viajaban del todo el país, e incluso, del exterior, para estar presentes en esa celebración, se convertían en el motor de la economía.

Por eso todos los habitantes colaboraban para que se realizaran con toda la dedicación posible, ya que muchos dependían de su éxito.

Desde días antes se desarrollaban actividades culturales, gastronómicas y religiosas en la zona, lo que atraía una inmensa cantidad de visitantes. Era imposible recorrer el pueblo en auto, los turistas dejaban sus vehículos resguardados en estacionamientos dispuestos para ello en la entrada de la región y caminaban a pie las empinadas calles.

Disfrutaban de las ferias de comida, ventas de dulces, frutas y hortalizas, y de las exposiciones de artesanía que se podían hallar en cada rincón.

En el día exacto de la celebración se organizaba una procesión con la imagen del Santo que recorría casi todo el pueblo, invitando a los visitantes y nativos de la zona a asistir con linternas. Las luces de las calles se apagaban para que las linternas de los asistentes iluminaran el recorrido, algunos llevaban candelabros antiguos, en alusión a los colonos fundadores. Con eso pretendían crear un faro de esperanza y calidez en recuerdo de la bondad de San Martín.

Jimena había acompañado a Malena a la misa de primera comunión que se realizó en la iglesia esa mañana, en la que habían recibido el sacramento hijos de varios de los empleados de la granja.

Goyo se encontraba en la plaza, junto a otros pobladores. Organizaban la fiesta infantil que se desarrollaría para alegrar a los más pequeños esa tarde con payasos, piñatas, dulces y tortas, así como rifas de juguetes.

Con un espectáculo de cohetes y repiques de campanas se iniciaron las fiestas centrales. Los músicos colonieros hacían sonar sus instrumentos mientras que los más devotos, vestidos con los trajes coloniales de la época en que llegaron los primeros fundadores, realizaban bailes y recitaban poesías que hablaban del tipo de vida y de las dificultades que debieron atravesar los primeros habitantes para hacer próspera esa región.

Jimena estaba fascinada con todo lo que organizaban y lo que veía. Nunca había sido testigo de un movimiento tan grande de personas dispuestas a hacer inolvidables unas fiestas solo

para atraer la atención de los turistas.

La prensa y todos los medios de comunicación disponibles en el país estaban instalados en la zona desde días antes, convirtiendo aquel lugar en el escenario más observado del país.

—¿Irás a la casa o te quedarás en el pueblo? —le preguntó Jimena a Malena mientras salían de la iglesia.

—Me quedo para disfrutar un rato de la fiesta. Allá dejé la comida preparada. Emmanuel me dijo que al finalizar la maratón que están organizando con los turistas en las afueras del pueblo, pasará por la casa a ver si Don Tomás necesita algo. Yo iré después del almuerzo.

Jimena dirigió su mirada hacia un grupo de niñas ataviadas con los trajes típicos colonieros, quienes se preparaban para iniciar una presentación de danzas tradicionales.

Recordó a Tomás y el excelente avance que había logrado en su recuperación. Aún seguía tratándose la depresión, pero lo hacía desde la casa. Su relación con él poco a poco avanzó, intentaban ser amigos. Algo lejanos, pero amigos al fin.

Se veían en ocasiones para conversar sobre la producción de flores, ya que además, eran socios. Él se ocupaba de la cosecha y ella del tedioso trabajo de la comercialización atendiendo a clientes, estableciendo acuerdos con grupos de floricultores y gestionando permisos con el gobierno.

Según le había confesado Malena, Tomás había retomado el trabajo en su taller de carpintería. Hacía pequeñas obras para llenar aún más la casa de adornos y muebles.

Cierto día, y con resignación, el hombre le permitió que recogiera las pertenencias de Adelaida. Muchas las conservó para ella, como tesoros personales, entre ellos, el rosario de madera que Tomás había creado para su madre. Otras, como ropa y zapatos, fueron donados a familias de pocos recursos de la región.

Él también se quedó con algunos objetos y fotografías, para mantenerlas como un recuerdo, pero ya no se mostraba obsesionado. Con lentitud aceptaba la triste pérdida y comenzaba a mirar hacia adelante.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó Malena cuando entraron en un café cercano para tomar un chocolate caliente.

La mujer iba a desayunar algo antes de volver a la iglesia para ayudar en la decoración floral de la imagen de San Martín de Tours, que esa noche saldría en procesión después de la misa de confirmación.

—Voy al Banco a hacerle un depósito a Tamara.

—¿Otro? —consultó Malena molesta.

—En la escuela de Alejandro están organizando un paseo para finales de mes y le prometí a Tamara que la ayudaría con los gastos.

—¿Tu padre se desentendió por completo de él?

Ella suspiró con agobio. Recordar a su padre le produjo cierto pesar. Pocos días atrás se había topado con Rodrigo Luna en Caracas, cuando ella visitaba la oficina de un empresario de la construcción que había solicitado sus servicios como consultora financiera, empresa independiente que montó en sociedad con su amigo Marcos.

La realidad de su padre le producía desconsuelo. Rodrigo se había unido a Lucía Arrieta, la amiga de Dayana, quien esperaba un hijo de él.

Vivían en la misma casa donde ella había convivido con el hombre cumpliendo con las estúpidas costumbres y tradiciones que por años tuvo que soportar.

Por solidaridad de Dayana y de su abuelo, él seguía trabajando para los Sartori, aunque como un empleado más, con un sueldo limitado y los mismos beneficios que le eran otorgados a cualquier mortal, sin asignaciones especiales.

Para su inquietud, compartían clientes, y esa ocasión en que lo vio dentro de las oficinas de uno de ellos y apreció su cuerpo ahora delgado, de cabello canoso y rostro huesudo marcado por ojeras y cientos de arrugas, así como por una perenne expresión de insatisfacción en el semblante, no pudo evitar sentir compasión.

Quiso acercarse para hablarle, ya que no lo había vuelto a ver desde su discusión el día de la muerte de Leonel Acosta, pero el hombre la rechazó.

Le dio la espalda y en medio de un gruñido salió de la oficina. La dejó con la palabra en la boca y las lágrimas en los ojos.

Tamara lo había abandonado al enterarse de su engaño y harta por el constante rechazo que le infringía. Se marchó con su hijo Alejandro al oriente del país, donde vivía su humilde familia.

Por ironía del destino, Tamara solo mantenía contacto con Jimena, a quien siempre evitó por tener unos orígenes tan iguales a los de ella.

La comunicación la inició por la necesidad de dinero. Cuidar a un hijo con un sueldo de enfermera auxiliar no le era suficiente, pero en vez de buscar a Dayana, quien vivía con su familia materna, acomodada en sus mansiones y en espera de su hijo, lo hizo con ella.

Sabía que nadie la entendería mejor y la ayudaría sin juzgarla, al menos, por amor a su hermano. Además, Dayana ya había en claro que no iba a socorrerla de ninguna manera, su abuelo no lo permitiría. Tal vez, Tamara sabía esa realidad, por eso no se molestó en llamarla.

Dayana, por su lado, vivía con sus abuelos maternos sin preocuparse en buscar a Gonzalo Pocaterra. Sus abuelos la habían convencido de que él no valía la pena y, que con probabilidad, lo que lograría sería que él la agobiara con exigencias para aprovecharse de sus sentimientos.

Así que decidió olvidarse de él. Total, a ella jamás le faltarían atenciones masculinas. Con o sin hijo las recibía igual, por ser una mujer hermosa, exitosa y de familia reconocida y con dinero.

Gonzalo se quedó en Londres, donde se estableció con Sabrina Landaeta.

Días después de su llegada a Europa, él mismo llamó a su novia y con esfuerzo la convenció para que viajara y se quedara a su lado. Su mayor miedo siempre había sido quedarse solo.

A pesar de ser un hombre traicionero, contaba con el amor incondicional de una mujer que nunca lo abandonaría, porque ella también tenía la misma debilidad del hombre. Temía quedarse sola en un mundo tan agresivo.

Después de disfrutar de un delicioso chocolate caliente y de las típicas galletas de mantequilla de la región, Jimena se despidió de Malena para realizar su gestión en el Banco.

Al salir de la entidad recibió un mensaje de texto de David: «No te olvides de la promesa que me hiciste».

El corazón le dio un salto en el pecho por la expectativa y, experimentando un cosquilleo en el cuerpo, se encaminó hacia el lugar donde él la esperaba.

En previo acuerdo con Elías Hamed, Jimena viajó con uno de los choferes de la empresa de turismo a Pie de Cerro, una zona ubicada en la carretera entre el pueblo de la Colonia Tovar y la ciudad de La Victoria.

Atravesaron los paradores turísticos y se adentraron por una vía inclinada hacia Placivel, una base donde se podían realizar vuelos tándem en parapente (con pasajeros).

Allí encontró a David, rodeado por varios compañeros, que, al igual que él, preparaban sus planeadores para realizar un vuelo.

Se apresuró a llegar junto al hombre y lo saludó con un fuerte abrazo.

—Pensé que te arrepentirías —le susurró David al oído, sin soltarla.

—Nunca. Dije que te acompañaría y aquí estoy.

Él la tomó por los hombros para mirarla a los ojos. Jimena pudo divisar en sus pupilas color café el brillo de la adrenalina, que ya comenzaba a inquietarlo.

Estaba ansioso. No había practicado ese deporte desde la muerte de Mariano y aunque prometió no volver a hacerlo, sabía que necesitaba enfrentarse a esa experiencia para superar sus culpas.

Pero prefirió intentarlo desde otra base de despegue que poseía vientos ascendentes más suaves que los de El Jarillo.

—Bien, entonces... vamos a prepararlo todo.

Jimena asintió con algo de nerviosismo. La idea de volar le asustaba, aunque a la vez le fascinaba.

Mientras David se ocupaba de asegurar el arnés alrededor de ella, le daba las mismas instrucciones que le había recitado días antes. No quería que olvidara nada.

Él era un piloto adiestrado, con años de vuelos a sus espaldas y licencia renovada, pero cargaba en su conciencia una muy mala experiencia que lo llenaba de temor.

—¿Tienes alguna duda? —le preguntó mientras le aseguraba el casco en la cabeza.

—No.

Su amigo Elías, que no paraba de emitir advertencias y explicaciones al resto del grupo, se acercó a ellos y le dio un vistazo al equipo de ambos.

—¿Todo bien, León?

—Seguro —respondió él con certeza.

Elías le palmeó un hombro y le sonrió con orgullo.

—Lo harás excelente, amigo. Como siempre lo has hecho.

David asintió y agradeció con una sonrisa esas palabras fortalecedoras. Al volver a quedar solos, él se ubicó tras ella.

Soportaría las guías del parapente y tendría a Jimena en la silla del pasajero. Por un instante admiraron juntos el imponente valle que se hundía de forma precipitada frente a ellos y les dejaba abierto un claro entre las montañas.

—No quiero perderte.

El ruego ansioso de David le erizó a Jimena toda la piel, cerró los ojos y se llenó los pulmones de aire. Sintió en el rostro la fuerza del viento que la esperaba dispuesto a llevarla hasta la cima del cielo.

—Estaré contigo siempre, te lo prometo. —Giró la cabeza hacia él y le sonrió con picardía —. Ni sueñes con que te librarás de mí tan fácilmente.

La ocurrencia produjo en David una amplia sonrisa y relajó la tensión de su cuerpo.

—Estoy listo para lo que sea —pronunció.

La determinación le refulgía en la mirada. Acercó la cabeza y le dio un profundo beso antes de ponerse en posición para iniciar el vuelo.

Las voces del resto de los pilotos resonaban en los alrededores. Gritaban las últimas instrucciones.

El corazón de Jimena comenzó a palpar con ímpetu. La adrenalina le recorría con intensidad en las venas.

—¡Corre, corre, corre! —le ordenó David al llegar el turno de ellos.

Ella lo obedeció y avanzó con rapidez por la pendiente en medio de un alarido de alegría colectivo.

Cuando sus pies se despegaron del suelo por la fuerza del viento, ella gritó jubilosa y se aferró a las tiras del arnés mientras el vértigo la invadía al ver como se alejaba de la montaña.

La brisa soplaba con energía a su lado, como una compañera de juegos, y los subía cada vez más en dirección a las nubes.

Poco a poco se mostraba ante ellos la inmensidad del panorama. Las verdes montañas, desnudas de cualquier rastro de civilización, aparecían una junto a la otra, encadenadas en un

paisaje interminable.

A lo lejos, en dirección al sur, se divisaban los Morros de San Juan, unas colosales formaciones de roca caliza en forma de sierra dentada que daban la impresión de ser castillos en ruinas, así como las lagunas de Taiguaigwai y Zuata, y el gran Lago de Valencia.

—¿Te gusta?! —consultó David sin descuidar el control del parapente.

Jimena se sentía dichosa. Una explosión de alegría, libertad y amor se producía en su interior.

—¡Esto es genial!

—¡Y aún no termina, corazón!

La promesa de David vino acompañada de un grito de júbilo que le erizó a ella aún más la piel. Rió a carcajadas mientras planeaban con elegancia por el firmamento, escoltados por otros parapentes, que matizaban el cielo con sus brillantes colores.

Estaba de acuerdo con él: esa libertad jamás terminaría. Ambos lucharían contra viento y marea por conservarla. En ella sembrarían su amor y lo cuidarían con dedicación cada día de sus vidas. Cimentarían allí sus existencias y las harían fuertes e invencibles.

En ese lugar, a más de mil quinientos metros de altura, rodeados por el infinito y con el sol como testigo, lograron hallar la paz.

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta intensa y romántica historia y me dejes tu comentario en la plataforma, o en las redes sociales. También puedes escribirme a jonairacampagnuolo@gmail.com.

Si quieres leer más historias de este estilo, te invito a disfrutar de otras novelas publicadas en ese subgénero, como:

[Dos amores y un destino](#)

[La heredera](#)

[Sé mi chica](#)

[Bilogía el dragón 1. La mirada del dragón](#)

[Bilogía el dragón 2. El deseo del dragón](#)

[Lo que oculta tu corazón](#)

[Al son que me tocas](#)

SOBRE LA AUTORA

Jonaira Campagnuolo, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a escribir a tiempo completo y a dictar talleres de escritura.

Si quieres formar parte de mi comunidad lectora (y escritora) suscríbete en el siguiente enlace: <http://eepurl.com/budMpH>.

Sígueme en mis redes sociales:

Instagram: [@jonairacampagnuolo](#)

Twitter: [@jonaira16](#)

Facebook: [JonairaCampagnuoloAutor](#)